

ALFAGUARA



Alejandro Gándara

Las puertas de la noche



ALEJANDRO GANDARA

Las puertas de la noche

Alfaguara

Autor: Gandara, Alejandro
©2013, Alfaguara
ISBN: 9788420415178
Generado con: QualityEbook v0.70

A Iris, para quien su madre pidió este libro.

Veo las puertas del día y de la noche con sus goznes, en torno de ellas dintel y umbral de piedra, infinitos, etéreas ellas mismas, y a cal y canto como un cofre cerradas por Diké, la diosa de múltiples castigos.

Poema, PARMÉNIDES

Prólogo

A los que van a morir

Estamos aquí, en este mundo, para saber por qué estamos aquí. No cabe otra razón. No hay mejor razón. Sentido de la vida y objeto de la existencia: nacemos para conocer. Y vamos creciendo. La flecha del tiempo es la flecha del conocimiento. Flecha: lo que atraviesa. Pero no es lo que se sabe, no es lo que se puede aprender, ni lo que decimos, ni lo que creemos. Es lo que sentimos. Es el sentido que sentimos: sentimiento. Lo que nos atraviesa.

Nos preguntamos para qué sirve conocer. ¿Y quiénes somos nosotros, los que se preguntan? Nosotros somos los que van a morir. Los que van a morir en un universo que permanecerá cuando nos hayamos ido y que nunca entenderemos del todo. De modo que hay una respuesta: el conocimiento sirve para aprender a morir y el conocimiento sirve para distinguir lo que podemos llegar a saber de aquello que no sabremos nunca. Lo primero nos quita miedo. Lo segundo ahorra dolor.

Pero no es más que una búsqueda.

Búsqueda: la flecha siempre está en el aire. Parte de muy atrás, es anterior a nosotros. Y se hunde en la oscuridad mucho antes de caer. Cruza el espacio (sólo ahí la divisamos) igual que nosotros recorremos el camino que llamamos vida.

El conocimiento es pues un camino. Que no tiene principio, que no tiene final. No dice de dónde venimos, no dice adónde vamos. Sí, él ni va ni viene de parte alguna, pero si no lo emprendemos somos nosotros los que no vamos a ninguna parte.

Hay cosas que aprender: el camino no lo hacemos solos, en el camino no estamos solos. Hay que fijarse, mirar afuera. Mirar al lado.

Canto y camino tienen una raíz antigua y común (*oimos, oimê*). Aunque no son la misma palabra, sólo se reúnen. ¿Cantar es el camino?

El canto sale de nosotros, pero no es nuestro: son palabras aprendidas, notas ya inventadas, memoria. Una voz que es de todo y de todos.

Todos necesitamos una confirmación exterior de que merecemos existir. Por eso nos cantan al nacer, al morir, al amar.

El arte del camino no es el de llegar. Es el de confiar en que el camino nos alcance allí donde no llegaremos nunca.

A veces no entendemos. Quizá entonces no haya nada que entender. Escucha esas palabras que son música. Muévete.

Aparecerán imágenes. Vienen de dentro, pero nos asaltan como fieras. Somos sus creadores, pero también sus criaturas. Su alimento.

Por este sendero se alcanza el cielo o el infierno. Y de esa forma comienzas a llevar contigo el cielo y el infierno. Verás ambos.

Algunas imágenes se esfuman deprisa. Otras permanecen y nos vemos andando por ellas. Las primeras son fantasmas; las segundas, ideas.

Las ideas son tuyas para siempre, pero tienes que darlas. Si no las compartes, se esfumarán también. Y tú serás su fantasma.

Usar las palabras para alcanzar la idea y luego, con determinación, alargar la mano y rozar el mundo con la punta de los dedos.

No hay más. Es todo. Tocar por un momento, ver lo que se ha tocado. Y seguir andando el camino.

Claro que hay dolor. Pero el dolor nos apega a la tierra, dice dónde estamos, nos orienta, pone precio justo a las cosas.

«La vida es un cuento contado por un idiota, lleno de ruido y de furia.» Nada de cuentos, pues. Un poco de silencio.

Pero no nacemos solos, no morimos solos, no nos consolamos solos. Fíjate: hay que conseguir no hacerlo más difícil.

La felicidad no es placer ni éxtasis. Es poder ver juntos el sufrimiento y la dicha. Es la visión de lo que no debe estar separado.

Distinguir dolor y daño. El dolor pertenece a la vida. El daño es lo que hacemos con el dolor.

Si ves demonios, te llevarán de los pelos al infierno. Si ves ángeles, al cielo. Ten cuidado con lo que miras. Más aún con lo que ves.

«El infierno de los vivos no es algo por venir; hay uno, el que ya existe aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Hay dos maneras de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de dejar de verlo. La segunda es arriesgada y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber reconocer qué y quién, en medio del infierno, no es infierno, y hacer que dure, y dejarle espacio.» (Italo Calvino).

El día corriente

Antes de abrir los ojos, ya pesan en los párpados todas las cosas por hacer y la escasez de tiempo para hacerlas. Un peso que es una pesadumbre: acción más relojes.

Desayuno con mi mujer entre ocho y media y nueve. Debería ser un tiempo de placer, es decir, algo sin plazos opresivos, pero lo es a medias, todo lo que hay que hacer mira a escondidas, intacto: trabajo en casa. No es raro que hablemos de mis hijos, ya adentrados en la veintena, independientes. Ella los cuidó durante años, cuando no era mucho mayor que ellos ahora. Han creado su propio vínculo. Incluso he sido ligeramente desplazado, el viejo de la casa que además trabaja en casa. Hago cálculos sobre mi relación con ellos a partir de la frecuencia de los encuentros, pienso en la última vez que los vi.

No es raro tampoco que hablemos del hijo que deseamos. Andamos en ello. No está resultando fácil. Ella es joven y yo paso de los cincuenta. Veo la posibilidad cerca y lejos. Lejos, porque el futuro ya no es para mí una expectativa, sino una arbitrariedad que se descargará como un meteoro. Cerca, porque el deseo es un parásito, y porque el deseo de mi mujer está aquí.

Le pregunto cuándo regresará y contesta que a la hora de siempre, o sea, cuando le deje su trabajo directivo en una cadena multimedia. Podríamos salir a cenar. El problema es que se haga tarde, que llegue tarde. Al hablar de la noche, el día se comprime un

poco más. Las tareas se mueven en espacios más pequeños, se aprietan, se asfixian.

Salimos juntos. Yo, con el perro. Siento que la media hora de pasearlo me la roban. Me la roba el chucho de mi tiempo escaso. Sé que no tendría que ser así, el rato podría aprovecharse para calentar ideas. Pero en el debate sobre el robo y el beneficio se pasa la media hora. Últimamente se ha introducido otro factor: el perro empieza a ser viejo. Verifico su energía, sus cacas, el principio de artrosis en la pata trasera izquierda. En las equivalencias con lo humano, el animal tiene casi setenta años. Debería concentrarme en los momentos con él. Ha sido un buen perro, y no valdrá echarlo de menos cuando sea tarde.

Lo primero es escribir el blog para el periódico. No parece la mejor táctica. La mejor sería disponer de las horas despejadas para lo más creativo, la mejor para mí, quiero decir. Pero me resulta más urgente echar lastre, tachar obligaciones. Es una urgencia poco práctica. Racionalmente considerada, es una perturbación en la dinámica del día. Escribir tan temprano para un periódico es abrirle todas las ventanas al mundo, un frío con las sábanas del sueño aún pegadas al cuerpo. Pero yo lo he elegido y sé todo lo que hay que saber sobre esa elección. ¿Qué me impide escribir el blog en los lapsos marginales? Incluso es probable que fuera más exitoso. No se trata de una oda ni de un ensayo. Criticas, opinas, disparas a ciegas o al bulto. El error, la extremosidad, la gratuidad forman parte de sus atractivos. Pim, pam, pum. Y a correr.

Tardo aproximadamente entre hora y hora y media en que acabe colgado en la página. Pero antes también ha supuesto tiempo de lectura, es un blog de libros. Sobre el mundo del libro, aunque con frecuencia sobre el mundo de las palabras.

Cuando llega el momento de mi libro, del libro que suelo estar escribiendo, noto el umbral de otra temperatura. Podría no escribir libros, pero lo hago por equilibrio intrapsíquico, además de por un extraño sentimiento del deber, porque no puede dejar de hacerse. A menudo cuento los años que pasaron desde que se publicó el

último. Una contabilidad de la vida eficiente que contradice lo del equilibrio. Frágil cristal, el anhelo.

Una brusca pereza: regresar del mundo, entrar en tu mundo. A ver qué tenemos entre manos. A ver si lo siento. A ver de cuánto tiempo disponemos. A ver qué decíamos ayer. Bien, empecemos de cualquier manera o no habrá modo de empezar. ¿Parezco tener prisa? ¿De dónde viene esta prisa? Adelantar es lo que importa. Una página, y si son dos, perfecto. ¿Y si no llego a media página? ¿Será tiempo bien empleado? Por cierto, la clase de por la tarde está aún por rematar. La clase —que es lo que viene después del blog y del libro— ¿anda ya metida en mi libro? Todavía intentando escapar del blog y ya llegan noticias del futuro inmediato.

Escribo durante una hora. Quizá durante dos. Pongamos hasta tres. ¿Será suficiente? Sale una página entera, digamos. Entonces, podría decirse que he cumplido. Quizá me pongo a rematar la clase y si sobra tiempo, vuelvo al libro. Pero si todo está yendo bien, ¿por qué parar? Aunque nunca se sabe hasta qué punto la clase está fabricada. Es imposible saberlo hasta que no se echa el vistazo final.

En efecto, soy profesor. Soy profesor en la Escuela Contemporánea de Humanidades, un centro de altos estudios dedicado a la creación, a la creación relacionada con las palabras, no sé explicarlo muy bien, la verdad. El que quiera puede llamarlo una escuela de creación literaria y luego ver qué pasa. El caso es que nos concentramos en las palabras y en concreto en las palabras de los libros, y también en las palabras de los que van allí, las escritas y las habladas. Lo que ocurre es que hay palabras en todas partes, no sólo en los cuentos y en las novelas, y de muchas clases, no sólo las que pueden leerse o escribirse o decirse. Las hay en la física cuántica, en la filosofía, en los espacios, en las imágenes, en los sentidos. También en el silencio de lo que no se dice o de lo que no puede decirse: sí, ésas también son palabras. Así que tocamos la física cuántica, la filosofía, los espacios, las imágenes, los sentidos, lo inefable. En realidad, buscamos. Sin saber qué vamos

buscando, ni ganas. Al final, las mejores palabras y las que más nos gustan son las que no pueden decirse. Quizá porque son más cálidas. O porque no son de nadie. Total, que ése es un camino que no acaba y que tampoco se agota en las palabras. Y en el que el paisaje cambia. No siempre he tenido yo tan claro lo oscuro. Así que voy andando. Por ejemplo, este libro que estoy escribiendo ahora mismo sirve de palanca, este libro que estoy escribiendo y en el que ya se está metiendo la clase que tengo que preparar más tarde. Es natural, pienso ahora, que la clase se meta en este libro cuando lo estoy escribiendo.

Soy feliz dando clase, aunque sería más justo decir que soy feliz dando clase sobre las palabras que no pueden decirse. Pero aún me falta mucho para dar clases *sólo* sobre las palabras que no pueden decirse. Eso me gustaría. Quién sabe.

Bien, pongamos que ya he parado de escribir el libro que tiene que ver con la clase o de rematar la clase que tiene que ver con el libro. Son las dos de la tarde. Es hora de irse a correr. Siete u ocho kilómetros. A los cuarenta y cinco decidí volver a esta rutina, después de una juventud competitiva y una primera madurez derrotada. Tuvo que ver, supongo, con la necesidad de otro principio, con probar las fuerzas...

Ducha y comida. Siesta breve, pero obligatoria, la jornada será larga. Acabará cerca de medianoche. Hay que reservar y reponer energías. Las prolongaciones y los excesos se pagan.

Hacia las cuatro empiezan las horas de lectura. Alrededor de tres: para las clases, para el blog, para mi libro. Ignoro si las necesito tan a diario, incluidos fines de semana, pero sé que de ellas dependen las clases, el blog, el libro. Si faltan, si se alteran, también faltan y se alteran en la imaginación las clases, el blog, el libro. Necesito ese cómputo acaso por encima de su productividad inherente.

Hacia las siete cojo la moto para ir a la Escuela. Utilizo variantes de trayecto hasta la Colonia de El Viso, en la parte alta de Serrano, en Madrid. Veinte minutos. Los veinte minutos me los tomo a pecho,

no me gusta que sean más, y me alegro tontamente cuando son menos. Aunque suelo ir con tiempo de sobra. El reto de los minutos me permite arriesgar un poco, dar caña a la máquina, concentrarme en el tráfico y en las maniobras, fundir el físico con el carenado, aligerar la mente. Hacer el gilipollas.

En la clase, una sensación de desahogo. Echo fuera todo lo que he ido acumulando con trabajo. Lo dejo ir. Me dejo ir quizá por primera vez en el día. Me digo que nadie tiene que ir a parar a ninguna parte. Los alumnos son gente experimentada, profesores, escritores, creadores ya no tan jóvenes. También se desahogan.

Nos despedimos hacia las diez y media u once. En el regreso, sin tráfico, vuelve la urgencia, meterse en la cama, despertarse pronto. Aunque cuando llegue, empezaré a dar vueltas, encenderé la televisión, miraré el correo, la agenda, y sin darme cuenta estaré adelantando el día de mañana, contando las horas que me esperan y me preguntaré si no tengo otra forma de hacer las cosas, qué tiempo se oculta en ese tiempo ocupado, adónde voy tan consciente de mi prisa. Porque lo cierto es que los días pasan rápido, increíblemente fugaces.

Días distintos, pero el mismo viaje por las horas. Tal vez el mismo miedo. Quizá en todos los viajes haya miedo. Tememos morir sin volver, tememos irnos para nada, tememos regresar sólo por cansancio.

Y sin embargo, estoy seguro de que hay viajes sin miedo. De hecho, este libro se escribirá porque algo ha cambiado ya, porque algo está cambiando, porque algo, al final, habrá cambiado.

Muriel

Sucedió en aquel año, mejor dicho, en aquella época que duraría un año exacto, mientras cumplía los cincuenta. Casi un lustro desde entonces. Era mediados de abril y Muriel había pedido una tutoría. Alumna del máster en la Escuela, estaba terminando su segundo y último curso y se le reconocía un talento considerable. Había llegado de Buenos Aires con treinta y cuatro años y un notable currículum de periodista, un deseo (algo fanático, como en la mayoría de casos) de convertirse en escritora de ficción y apenas recuperada de la quimioterapia a la que tuvo que someterse por un cáncer de mama. Siempre había querido escribir libremente, sin las opresiones y la sequedad que produce el periodismo de batalla, y en esta voluntad podía sospecharse ese ingrediente de pura determinación que la proximidad de la muerte, el miedo a la vida truncada y a la esterilidad de los sueños alimentados durante tiempo introduce en las pasiones de los individuos.

Pero había resultado que tenía potencial, y que no sólo era aplicada, sino también original, ya fuera en la práctica literaria o en la exposición de conocimientos.

El que hubiese pedido una tutoría resultaba bastante normal, aunque también era de lo más normal que apareciese un poco antes de clase y se colase en el despacho, tímidamente, eso sí, y con las disculpas a flor de boca, aceptando con una sonrisa la negativa, si era el caso. Lo cierto es que ella sentía que podía emplear cierta

espontaneidad en las visitas, quizá debido a que me abrió su corazón desde el principio y a que, por mi lado, había ido apareciendo una especie de deber tutelar con acordes íntimos. Yo también le contaba cosas: después de todo, abrir el corazón a quien te lo abre permite aliviar esa responsabilidad y esa exigencia que se imponen, no siempre con miramientos, al que sólo escucha y juzga.

Era de mediana estatura, enjuta, con ojos oscuros que chispeaban en una carita anfibia, y al hablar solía encogerse, como si las palabras desalojaran un volumen de aire. Del despacho acostumbraba a salir la mitad de la Muriel que había entrado.

—Ha rebrotado el cáncer —dijo.

Estaba sentada, pero aún llevaba los libros en el regazo y no se había quitado el abrigo. Hice lo que hacen algunos en esas situaciones en que las cosas no pueden estar más claras: pedir que se las aclaren más.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué significa?

—Significa que el cáncer ha vuelto. No lo esperaba. Ahora, no...

—Ha vuelto —repetí.

—Es como si no se hubiera ido.

Por torpe e ignorante que fuera, yo no podía evitar conocer las consecuencias de lo que me estaba diciendo. Pero no aceptaba esa conversación, me parecía que mi obligación era resistirme a ella, como si de esa manera resistiera también a la evidencia, a la enfermedad, a sus implicaciones. Además, Muriel sonreía y no era una sonrisa más ni menos triste que la de otras veces, cuando rebosaba optimismo o planes.

—Y qué es lo que hay que hacer ahora —pregunté enseguida.

—Aún falta una prueba. Después quizá tenga que volver a Buenos Aires.

—Sólo te quedan dos meses para acabar el máster.

Nada más decirlo observé hasta qué punto me había predispuesto contra la emoción. Volver a Buenos Aires era volver a la incertidumbre de un plazo de vida con la muerte al fondo. Y yo hablaba de otro plazo ante alguien a quien podía empezar a faltarle

tiempo para todo. No fue únicamente cuestión de tacto, fue una coraza refleja contra la angustia. Había otras cosas: la dificultad para dar consuelo, para sostenerse ante el que puede desmoronarse en cualquier momento, para quedarse en segundo plano ante el alud de desgracia ajena, la serenidad para escuchar el siseo de la fatalidad en el oído o sencillamente para estar con Muriel sin ocuparme de mí.

—Si tengo que volver, ¿puedo enviarte los trabajos desde allá? Me gustaría acabar el máster. ¿Creés que podría?

Sentí que ella me consolaba de mi incapacidad para el consuelo. Y que me concedía el mísero deseo de mantenerme a salvo.

—Acabarás el máster. Te lo aseguro —esa prepotencia que es una máscara de la impotencia.

—¿De verdad?

Ya había disminuido en la silla. La separación de la mesa tenía una amplitud nueva, árida. Yo estaba en un lado, mientras ella encogía en el otro. Había dejado de sonreír. Ahora me miraba con intensidad, no había chispa en sus ojos, sino una pupila mate, una pregunta que se estaba volviendo de espaldas.

Me levanté, aunque no iba hacia ella, no iba a ninguna parte. La encontré por el camino, de pie. Luego, ella hundió la cara en mi cuello y un aliento cálido y regular llegó como un soplo que se hubiera colado en la habitación.

Cuando se marchó al aula, todavía permanecí un momento en el sitio, como si el abrazo se prolongara. Muriel ya no estaba dentro de él. Aunque había dejado el hueco, con su molde de piel y aquella brisa.

Mujeres después de una esquina

Cuando Muriel se marchó definitivamente a Buenos Aires, unos diez días después del encuentro en el despacho, tuvimos una despedida. Pero en la memoria se grabó, no la inquietud y la tristeza del adiós, sino el lugar, la luz puntiaguda de aquella tarde de abril que caía por una claraboya gigante y que se depositaba en unos rotuladores recién comprados, unas cuartillas en forma de aspa sobre la mesa, el lomo abrigado de los libros, los dos cuadros que colgaban como dos manchurroneos a la espalda del sillón, el verde avivado de la alfombra. Fue entonces cuando la memoria se puso en acción, consciente ya de que aquel momento era sobre todo un sitio y de que aún no había fijado los límites.

En mayo, me encontraba visitando la Bienal de Venecia con motivo de una invitación a la que me había mostrado reacio (por el trámite de viajar y porque me abrumaban esas inacabables jornadas de expectación artística). En el pabellón español, el realizador José Luis Guerín presentaba una instalación con veinticuatro cuadros fílmicos titulada «Las mujeres que no conocemos», y se dedicaba a mostrar grabaciones de mujeres incógnitas que doblaban una esquina concreta y desaparecían. La cámara se quedaba en el sitio ya vacío durante un buen rato y la esquina se congelaba en una suerte de espera, las mismas luces y reflejos, ruidos, tráfico, pero

sin la imagen que acababa de pasar por allí. No obstante, la presencia, aún retenida por el ojo, permanecía doblando la esquina.

Aún retenida por el ojo..., y retenida también por la esquina, inseparable de aquel tránsito fugaz. El ojo de la cámara no era más que el de una atención sostenida a la que eran devueltas las relaciones entre una esquina que se queda y una mujer que se va. Lo inanimado y lo vivo, su compenetración, la imposibilidad (o la tragedia) de separar lo uno de lo otro. ¿Los lugares recuerdan? ¿La memoria es sólo nuestra?

Y entonces, ante la instalación de Guerín, me sorprendió uno de esos recuerdos que comparece por la trampilla del sótano. Hacía unos años, por lo menos seis, y después de mucho, había regresado al pueblo de mi infancia, uno de esos protectorados históricos, amurallado y circundado por arrabales amorfos. Estaba recorriendo con un amigo local el barrio extramuros en que viví, y nos paramos ante mi antigua casa, una construcción pobre de una sola planta, en el estilo aldeano de Castilla.

El amigo se acercó a la puerta y señaló la gatera del paño de abajo. Mientras él hablaba de los gatos y de sus hábitos, reparé en el canalón de la casa vecina. En su tramo inferior había un parche de cemento, como si hubieran tapado un boquete. Al principio, no supe por qué captaba de ese modo mi atención. Pero no tardé en acordarme de la época en que por alguna razón, probablemente consistorial, los arrabales se lanzaron a colocar canalones. En mi casa hubo largos debates por el desembolso. Y yo no tendría más de siete u ocho años. Los vecinos pusieron su canalón antes que nosotros, y una noche, atacado por la envidia, le di una patada al cemento todavía fresco.

No podía creer que mi memoria guardara aún aquella villanía. La única explicación era que la guardase el canalón. En todo caso, lo seguro es que sin el canalón se habría desvanecido para siempre. Y lo que se esfumaría no era únicamente la tosca obra de albañilería, sino aquel tiempo de los canalones, de la penuria de mis padres, de la intensidad con que yo la vivía, de los malignos sentimientos que

me provocaba, de mi tendencia al arrebató, de la pobreza sin horizonte que asediaba a aquel pueblo...

Y ahora estaba ante la instalación de Guerín en Venecia, que me invitaba a pensar que entre los vivos y las cosas que tocan los vivos hay un sello mutuo, una polaridad conectada y necesaria. Yo podía pensarlo. Tal vez, sentirlo. ¿Me esperaban novedades?

La hermana de Muriel

A principios de septiembre —ese mes de regresos, pero en el que se tiene la sensación de que hay que volver a hacer el equipaje para otra partida— recibí este correo:

«Soy Sonia, la hermana de Muriel. Muriel murió hace dos semanas. Perdóname que no se lo haya comunicado antes, pero cuesta superarlo y ha habido mucho que hacer. Ella hablaba con frecuencia de usted y sé que tenían una relación especial. Siento darle esta noticia. En lo último, estaba muy preocupada, fíjese, por si sacaría el máster. Parece que no entregó la memoria final que tengo entendido es obligatoria para el título. Me preguntaba si, a pesar de todo, se le podría conceder el máster, a ella le ilusionaba especialmente y le estaba dando fuerzas. Sé que hizo todos los trabajos y ensayos anteriores. ¿Cree que es posible? A lo mejor le parece una tontería, pero a mí me gustaría, y a ella más que a nadie. Piénselo. Yo pasaré por Madrid dentro de poco, y quisiera comentar con usted. Un abrazo.»

Contesté:

«Querida Sonia: es verdad que teníamos una relación especial y que siento profundamente la noticia. No sabría explicarte cuánto, aunque imagino que no tanto como tú. Déjame lamentar tu pérdida y compartir algo de ese dolor. No te preocupes por el máster: estaba

concedido de antemano. Ojalá pudiera ayudarte en algo o decirte algo más. Cuenta conmigo para lo que quieras. Sabes que te acompaño en el sentimiento.»

Fuera del comentario de texto que merece esta respuesta (ese entrar y salir del duelo, ese estar adentro y afuera al mismo tiempo), las palabras de cualquier condolencia siempre dejan el resquemor de algo insuficiente y, en los casos peores, de una incompetencia supina, cuando no de estupidez. (Una conocida mandó un telegrama de pésame con el siguiente texto a una amiga que había enviudado: «Me acuerdo mucho de ti. Besos, besos, besos». La respuesta de la viuda fue: «Gracias por tus besos. ¿Sabías que mi marido ha muerto?».)

Sonia contestó brevemente:

«De todos modos, te llamaré cuando esté allí. Gracias.»

¿De todos modos? Observé el tuteo y temí que ella hubiera hecho su propio comentario de texto, sospechablemente parecido al mío.

A finales de mes, llamó y quedamos en el despacho: quería conocer la Escuela, los espacios que habían ilusionado a su hermana. Era comprensible, pero yo, sin saber muy bien por qué, habría preferido citarla en otro sitio.

La hermana de Muriel resultó su antítesis física y además estaba nerviosa, con lo cual también debía de ser una antítesis de sí misma. Era una mujer caballuna en versión atractiva, grande y moldeada, de voz poderosa, aunque matizada, tres o cuatro años mayor que la hermana. En comparación, Muriel era una página de libro, una geometría suave, un camino sin obstáculos hacia un final adecuado. Los protocolos nos retuvieron un buen rato: nos dábamos mutua y alternativamente las gracias y el pésame.

No hablamos enseguida de la fallecida. Sonia dijo que era psicoanalista y yo me abstuve cortésmente del chiste en relación con los argentinos. Y que acababa de divorciarse cuando su

hermana entró en fase terminal. No tenía hijos. Aparte de eso, había dejado el psicoanálisis un año atrás, sin motivo específico, sólo con la certidumbre de que era una calle sin salida.

—¿Y qué crees que pasó? —pregunté, dejándome llevar.

—No sé seguro. Quizá una prepotencia. No te das cuenta, pero todos los días tenés que hacer el ejercicio de que lo sabés todo. Y no sabés nada. Sólo es trabajo.

—¿No quieres ver la Escuela? A este paso te vas sin conocerla —¿a qué paso?

—Tengo tiempo, pero vamos.

Hicimos el recorrido que, en realidad, consistía en visitar dos pisos con aulas: ella no hizo comentarios, ni preguntó dónde se sentaba su hermana, ese tipo de cosas previsibles. Yo hablé de la historia del edificio y del barrio, los orígenes racionalistas, la mezcla poblacional de pijos y artistas, allí donde era posible distinguirlos, del jardín (escueto) que habíamos diseñado con el ciprés a la entrada y cierta pretensión simbólica.

Regresamos al despacho con la inquietud de lo que vendría a continuación. ¿Deberíamos volver a sentarnos y trabar conversación? ¿Tal vez evocar a Muriel en los últimos momentos, repasar su vida? Esos instantes fueron, de pie entre los sofás, como si cada uno deambulara alrededor de sí mismo y alrededor del otro. A menudo las personas son peonzas.

Propuse que fuéramos a tomar algo, se acercaba la hora del almuerzo. Aceptó con naturalidad. Había una cafetería en la Plaza de la República Argentina (casualidad), en la que si nos apetecía podíamos comer o podíamos no hacerlo. Fuimos dando un paseo que aproveché para ejemplificar el patente racionalismo de la zona.

Pedimos dos cervezas junto a un ventanal. El sol no molestaba demasiado. Entonces dijo:

—Es injusto. Es una injusticia tremenda. Había estado ahorrando tres años para venir aquí, y ni siquiera pudo terminar.

Pensé que en los casos de muerte *anticipada* (respecto de qué, de quiénes) la «injusticia» formaba parte de las bellas artes.

Naturalmente era un desahogo, y los desahogos eligen formas aceptables, estipuladas.

A principios del siglo XX, la mitad de los que morían eran niños menores de doce años. Según la teoría de *la muerte anticipada*, estaríamos ante una injusticia colosal. Sin embargo, la gente contaba con ello, aunque no se sepa qué significa eso en términos de dolor. ¿Sería la injusticia una retorcida forma de consuelo?

—Habría sido más injusto que ni siquiera hubiera podido intentarlo —me atreví a decir.

—Sigue siendo injusto.

Me concentré en la que me estaba hablando: el divorcio, el abandono de su profesión, probablemente sólo una parte de lo que se congregaba en su sentimiento de injusticia.

—¿Hasta dónde tendría que haber llegado Muriel? —volví a atreverme.

—Ya sé lo que vas a decirme. Muriel es lo que fue. Lo que no fue no es Muriel. De no haber existido, eso sí habría sido una gran injusticia.

Habíamos terminado las cervezas y de nuevo surgió el momento ambiguo: seguir o despedirse. Sonia se adelantó y pidió un sándwich vegetal. Yo, otra cerveza. Tuve la impresión de que comía con apetito, con un apetito desconcertante incluso para ella misma. Cuando terminó, pidió un café y yo, la tercera cerveza. Ese rato lo habíamos pasado sin decir palabra.

—No te he preguntado qué vienes a hacer en España.

—Te diría que a visitar a los amigos de Muriel, como vos, pero es sólo el pretexto. Nunca salí de la Argentina. Ella lo hizo y creí que yo también tenía que hacerlo. Además, era la ocasión. Necesitaba poner un poco de distancia y aclararme otro poco. Mi vida..., ya te he contado. ¿Sabés una cosa? Este viaje es gracias a Muriel, y se lo deberé aunque no esté.

—Ah, los muertos se ocupan de nosotros...

—Y hasta les caemos bien —sonrió.

Se quedó con la sonrisa y mirando por el ventanal, en la luz de dedos anaranjados. Yo pensaba en la deriva de la conversación y en el efecto de las cervezas en el estómago vacío, aunque no se me ocurría meter algo dentro.

—Mi pareja, el psicoanálisis... Fue en la fase del final de Muriel cuando empecé a dar vueltas a todo. A lo mejor nunca me habría decidido por mí misma. Pero al ver que ella corría peligro, que podía acabarse, ¿qué hacía yo aguantándolo todo? ¿Qué hacía yo con aquel sarcasmo de estabilidad?

—Entonces —me limité a deducir— se ha cumplido cierta justicia con la muerte de Muriel.

—Sí, de acuerdo. ¿Y tú? ¿A ti no te ha pasado nada con esto?

Sentí que era una pregunta impertinente, en lo lógico y en lo afectivo. No se me había pasado por la cabeza tener que hablar de sentimientos (míos). Muriel había muerto y yo lo lamentaba, recibía a su hermana en Madrid, concedía el máster: ¿qué más se me pedía?

El problema era otra pregunta escondida en esa irritación: ¿qué más me hubiera pedido yo? En los últimos meses, Muriel había enviado media docena de textos que faltaban para cumplir con asignaturas. Los profesores habían escrito sus comentarios, yo los había leído y añadido algo de mi cosecha en relación con los progresos generales de la estudiante. No me atreví a preguntar directamente por el curso de la enfermedad, ni realicé ningún esfuerzo extra para infundirle valor o lo que quiera que se infunda a una persona en ese trance. Sus correos con el archivo adjunto del ejercicio contenían muy pocas palabras, del tipo: todo va bien, todavía aguantamos, he acabado el ciclo de quimio, gracias por estar ahí, etcétera. Y yo, amparado por esa forma de comunicación que me mantenía a resguardo, pero que hubiera podido interpretar como una angustia sofocada, respondía en términos igual de sintéticos, produciendo (lo veía ahora, con Sonia como testigo) una simetría anómala. ¿Debería haber dado algo más de mí? A lo peor, cuando Muriel se fue, me dediqué a enterrarla. Y aún no había

muerto. Así que cuando murió, hacía tiempo que yo había regresado del cementerio. Enterarme de su muerte habría sido como leer una noticia atrasada.

—Claro que me pasa, todavía es pronto...

Me atasqué ahí. Sonia parecía esperar más. Lo curioso es que yo no me sentía cómodo quedándome en esa respuesta ni muy probablemente ampliándola.

—No sé qué contestar...

Pero Sonia seguía esperando con un interés que, pérfidamente, juzgué de psicoterapeuta, y además de psicoterapeuta rioplatense. Y forofa del tango. Fue en ese momento, mientras intentaba detestarla, mientras me detestaba a mí mismo por estar a punto de sucumbir al juego del intercambio sentimental (esa plaga), cuando se presentó en escena el cuerpo de Sonia, sus pechos fornidos con los pezones apuntando bajo una camiseta elástica, los hombros torneados de nadadora, la carne rosa de los labios en una boca que se contraía tentadoramente, los ojos pardos penetrantes, la piel desnuda y tostada de brazos y cuello... A la vez que trataba de borrar de la mente esa perturbación loca (¿había algo más loco que excitarse en un velatorio?), tenía la certeza de que aquello que me estaba atravesando era más que físico, una intimidad pobremente expresada por el cuerpo. Por otro lado, si Sonia se sentía con derecho a entrar en mí, entonces yo tenía derecho a llevármela a la cama sin mayor preámbulo. La penetración debía ser mutua y ella, conocedora de los protocolos humanos, tenía la obligación de saberlo. En verdad, no era un halo, ni era mi mirada, era que se estaba poniendo realmente hermosa. Y la contemplación apasionada de la belleza se comunica directamente con la lengua. Para enmudecerla o para desatarla.

—Creo que tiene que ver con mi trabajo como profesor — comencé, deteniéndome acto seguido, como si cavilase hondamente.

Dijera lo que dijese, yo sabía que estábamos entrando en un cambio de fase. Quizá los muertos fueran absolutamente íntimos y

compartirlos creara lazos secretos, memoria común, desnudez. Y su ausencia fuese lo que nos volvía visibles bajo todos los ropajes. Los muertos supondrían un cuerpo a cuerpo entre los vivos. Bien, bien.

—Los que nos dedicamos a esto queremos detener el tiempo. Año tras año, se recibe a alumnos con las mismas edades y que se reparten los mismos papeles, aunque ellos no lo saben. Y uno viene a contar más o menos lo mismo: una vieja obsesión revisada o ampliada, pero sin cambios de fondo. La rutina es importante, la inmovilidad es importante. El cuarto con los libros, los horarios, la conservación y defensa de las manías, la pose en la tarima... Gracias a ello, el profesor cree tener siempre la misma edad y que sigue siendo joven cuando no lo es, ya que no hay modificaciones en el paisaje.

—Estás jugando conmigo. Tú no eres así. El profesor del que hablaba Muriel era bastante distinto, por no decir opuesto —me pareció que le divertía.

—Un profesor es también un actor. Sin la invención de la comedia no habría habido docencia.

—No te creo nada —sí, estaba realmente divertida, en lugar de estar preguntándose cuál habría sido mi comedia con Muriel, posibilidad que me supuso un sobresalto interior.

También nuestra conversación era una comedia y aspiraba a su clímax. Lo que pasa es que a veces el papel devora al intérprete. Comenzaba a encontrarme a medio camino entre la seducción y el deseo inesperado de profundizar en el argumento. ¿Serían complementarios? ¿Mutuamente repelentes?

—Hará diez o doce años, llegó a la Escuela un padre con un hijo en silla de ruedas. El muchacho tendría veintitantos. El padre quiso verme a solas después de la entrevista y entonces me contó que el chaval tenía una enfermedad degenerativa, que no le quedaba más de un año y medio o dos de vida, y que siempre había querido escribir. Ésta era su oportunidad y quería que yo supiera de qué clase de oportunidad se trataba. El tema era que el programa de aquellos estudios duraba tres años, pero no había necesidad de

mencionarlo, quitando que el padre y el hijo habían recibido la oportuna información. No podrías adivinar lo que contesté al padre.

—Es que no imagino que se le pudiese contestar algo —un suspense en sus ojos.

—Le dije sin que me temblara la voz que su hijo terminaría los tres años de estudio, que en ese tiempo no le pasaría nada y que sería escritor. Qué tal.

—Pero vos, ¿cómo te atreviste? ¿Te creías Dios omnipotente? —ahora sí, un auténtico estupor vetado por una sombra—. Y qué ocurrió con el muchacho.

—Pues el muchacho acabó los tres años de estudio y publicó una novela. Pero no gracias a mi conjuro chamánico, sino a que ese tipo de enfermedad se bloquea cuando le da la gana y deja de hacer daño, y al muchacho se le paró. Se quedó en silla de ruedas, pero la enfermedad se estancó. ¿Con qué cara habría podido mirar al padre si llega a suceder lo previsto? Y todo para que el tiempo cumpliera con su misión de quedarse mudo y en el sitio. Al fin y al cabo, un programa de estudios, si el profesor es competente, está por encima de la enfermedad, la vida o la muerte. Qué tal.

—Lamentable —dijo, mirando como para leer dentro de mis ojos—. Pero yo no afirmaré que tú no hiciste nada en lo que pasó. Esas enfermedades son muy psicosomáticas, ¿sabés?

—No alimentos a la bestia. Y además no cambia nada. Lo hice por mí, no por él.

—A lo mejor estabas convencido y sentías, aunque no te lo confesaras, que lo que enseñabas servía para algo más que para aprender a escribir. Muriel me dijo eso. Que para ella lo de menos había sido la escritura.

—No salva vidas... —dije, mientras me sobrevénía una tristeza por Muriel, que ella detectó.

Me cogió una mano, la apretó fuerte, levanté la vista y allí estaba una mujer cálida y entera, como un cobijo.

—Qué fue del muchacho.

—Le perdí la pista.

Adiviné en su cara una pregunta relacionada con eso, pero acabó disipándose. Después de todo, la respuesta ya era demasiado congruente de por sí.

Miré el vaso de nuevo vacío y me sentí exactamente así, como alguien que mira un vaso en el que hubo cerveza y donde quizá, un poco más adelante, vuelva a haber cerveza. Dije:

—Habría que cambiar este sistema en el que la gente quiere aprender cosas para hacer algo y en el que el profesor no arriesga nada.

—Pero Muriel decía que tú no hacías eso, que era otra cosa.

—Me gustaría que valiese algo, no que sirviese para nada.

—Te flagelás un poco, me parece. También debés pensar en lo que ya está bien.

Su mano todavía seguía por allí. Me dio un poco de vergüenza sentir que al final el consolado era yo: era algo que solía suceder durante los trances en que se suponía que era yo el que debía dar fuerzas. Me las ingeniaba bien, a qué negarlo, y supongo que era una estrategia aprendida muy tempranamente para librarme de tener que interesarme a fondo por la tribulación ajena. Desde pequeño, había conseguido bastante regularmente que cada una de mis pequeñas angustias se convirtiera en un centro de atención, sin intrusiones. Quizá debiera preguntarme qué les hice a mis padres y cómo sobrevivieron. ¿El síndrome del niño mimado que sólo se relaciona con el mundo cuando los demás claudican y prescinden de sus sentimientos?

La mano de Sonia ya no conectaba solamente con el impulso de llevarla a la cama. Lo hacía también con una cierta penuria, con interrogantes afilados. Pero la cama continuaba siendo un destino deseable para todo ello. ¿Habría que usar tácticas? Quizá sólo había que dejarse llevar. Que me llevaran, cómo no. Hubo suerte.

—¿Quieres que vayamos a mi hotel? —preguntó ella como si leyera el pensamiento, al fin y al cabo era su especialidad.

La miré con un asombro calculado y salimos a buscar un taxi.

Por el camino, lo único que se me ocurrió comentarle es que a los griegos no les gustaban los responsos y se limitaban a preguntar acerca del muerto: ¿Tenía pasión?

Niebla

Hará de esto unos doce años. Cuando llegué a casa, mi hija Julia, entonces de trece, estaba llorando. Lloraba sin ruido, quieta, envarada en el sofá enfrentado al jardín. Eran las diez de la noche de un día de octubre inesperadamente invernal y yo regresaba a Torrelodones desde Madrid, treinta kilómetros de autopista tras una jornada de tutorías con estudiantes (las tutorías tienden a comportarse como una terapia de pareja sin terapeuta: el objeto de la consulta no es escucharse, ni congraciarse, sino que no quede nada por decir). De modo que llegaba un tanto exhausto del tráfico de vehículos y de emociones.

Por lo demás, mi hija era propensa a las exaltaciones y al clima que formaban alrededor. Lo que fuese que le estuviera pasando en ese momento era demasiado ensimismante para ella. Quizá debiera alarmarme.

—Javi se ha matado en la moto esta mañana. Había niebla. Se estrelló contra un camión averiado —dijo.

Observé a la cría como si no hubiera contado toda la verdad y faltase algo para completar aquella magnitud de desgracia. Javi no era mucho mayor que ella. A veces, la recogía para ir al instituto. Yo le veía cuando esperaba con la Vespa, al final del sendero de grava.

—Lo siento, cariño. Lo siento... ¿Y dónde está ahora? —pregunté.

—¿Cómo que dónde está?

—¿No le has visto?

—Papá, está en el tanatorio, ¿dónde quieres que esté? —
contestó desconcertada.

—¿Y has ido a verle?

Sus ojos se abrieron y se quedaron atentos y desarmados.

—No —musitó.

Me detuve. La conversación no podía terminar ahí. Lo malo es que era yo el que debía continuarla. Decidí que ese yo se pusiera a las órdenes del padre. Un padre siempre debe ser más que el yo del padre. Era la tradición. Era una verdad histórica.

—Pues tienes que ir.

—Tengo miedo.

—Y también tienes que despedirte de él.

—Tengo miedo.

—Coge el abrigo. ¿Aún no ha llegado tu madre?

Me resultó sorprendente que se levantara en el acto y obedeciera. Yo me habría resistido bastante más. No me sorprendió menos mi firmeza. De hecho, y mi hija lo ignoraba, para ambos sería nuestro primer muerto presencial. ¿Cómo me las había arreglado? Cuando esto sucedió hacía un año que había muerto mi padre y no pude ir a su entierro. No pude o no quise. Desapareció de mi vida cuando yo tenía quince. Tuve noticias suyas más tarde, a través de una especie de suplicatorio que llegó a mis superiores en el cuartel, cuando estaba haciendo el servicio militar obligatorio, aquella mili. Ya no deseaba verle. ¿Viene a cuento esta historia? Me llamaron sus parientes cuando ya había muerto. Me esperaba un viaje nocturno de quinientos kilómetros si quería llegar al entierro. No hice el viaje.

Mi determinación en ese momento... ¿Quería que Julia aprendiese algo, que aprendiese, por ejemplo, que hay que despedirse, que los vivos se van, que los muertos también aspiran a que se les dé la bienvenida, que hay que cuidarlos? Yo era bueno en la teoría y se me presentaba la oportunidad de que mi hija lo

supiera y me admirase por ello. Una teoría aprendida de memoria como aprendí en el colegio los ríos de la vertiente cantábrica.

De camino, en el coche, Julia seguía tiesa como un palo, congelada en el horizonte. Yo espiaba por el rabillo: me habría parecido más tranquilizador que dijera algo, que se removiese, que expresara la angustia. En cuanto a mí, estaba chequeando la propia inquietud y el diagnóstico era ambivalente. Iba cargado de resolución, pero también y en consecuencia acorazado, íntimamente dispuesto a encajar o esquivar impactos. Aunque entonces sólo me parecía estar haciendo lo que debía hacerse y se me escapaban las enrevesadas mañas por las que uno se hurta de las situaciones y de su signo. La niebla de por la mañana persistía y se sentía como diferente de un simple meteoro, impregnada del accidente, sin haber dicho quizá la última palabra.

El tanatorio estaba en la otra punta del pueblo, en el borde del monte de encinas y peñascales sobre el que caía la otra densidad de la noche. El paisaje guardaba demasiada concordancia con los sentimientos y resultaba ligeramente ficticio, como un contrachapado gótico.

Cuando nos apeamos del vehículo pregunté a mi hija si estaba preparada. Se arrimó a mí sin contestar. Nos informaron del número de la sala y recorrimos un pasillo silencioso y vacío, en una luz granulosa. Creo que ambos habíamos esperado encontrar a alguien, algún conocido que anticipara la escena, algunas palabras preparatorias para el choque, quizá los deudos de otro difunto con el rostro ya cuajado de realidad y obsequiando confianza al recién llegado.

Julia reculó perceptiblemente cuando agarré el tirador. Pasé sin mirarla: estaba en juego la determinación. Era un cuarto pequeño con bancos corridos pegados a la pared. Había ocho o diez personas, y aunque parecían no abrir la boca, se escuchaba el rumor de las conversaciones.

Inexplicablemente, Julia estaba ahora delante de mí. Un hombre de unos cincuenta años, bajo y fornido, con el chaquetón todavía

puesto, se levantó, se acercó a mi hija y dijo:

—Hola, Julia. Gracias por venir. Javi te quería mucho. Nosotros también te queremos mucho, ya lo sabes.

—Yo también..., yo también le quería mucho —dijo mi hija con bastante entereza—. Me da mucha pena. Y también por ustedes me da mucha pena.

—Da pena, ¿verdad? Sí, da pena. Pero piensa, Julia, que la vida es un milagro y él fue parte de ese milagro. Muchos seres son posibles, pero sólo unos pocos llegan a existir. Javi existió. No se puede quejar.

Se habían cogido de la mano. Yo no podía ver la cara de mi hija. Veía la cara del que pudiera ser el padre, con aquella serenidad esculpida, y las palabras de consuelo, que le agradecí, dedicadas a Julia, extraídas de una convicción dolorosa y generosamente entregadas a una chiquilla que también las necesitaba.

—Me gustaría ver a Mariela —dijo mi hija.

—Mariela está en casa, mi niña. A lo mejor, mañana puedes verla en el entierro. No tiene fuerzas, ¿comprendes? Estoy seguro de que le gustará verte. No faltes.

Dentro del aturdimiento que iba desplegándose como otra luz, noté que el rictus y las palabras de aquel hombre se balanceaban entre mundos. El saqueo emotivo era evidente, aunque envuelto en una proximidad desfigurada, algo indolente: había dos hombres en uno, uno que se mantenía en pie hincado en tierra y otro que se agarraba a él con el cuerpo pendiendo del abismo.

—He venido con mi padre —dijo Julia, como si acabase de reparar en mi presencia—. Papá, éste es Alfonso, el padre de Javi.

Extendí la mano y él la agarró con las suyas. No tenían temperatura. Podía sentir la atmósfera susurrante, el olor del dolor, incluso el sabor del miedo, pero era como si los cuerpos se hubieran descarnado.

—Le acompaño en el sentimiento —dije.

Y luego:

—A veces llevaba a Julia en la moto para ir al instituto. Yo le veía esperar en la puerta del jardín. Llevaba un casco amarillo. Parecía muy hábil con la moto. Yo tuve una a su edad, aunque yo no era hábil. Ahora es muy frecuente que los chavales tengan moto. En Torrelodones resulta útil, es un pueblo grande y en invierno hace demasiado frío para esperar un autobús —farfullé.

A esa otra distancia, descubrí que la mueca de su cara era una de esas sonrisas ambiguas, que no parecen causadas ni tener objeto, posadas en la boca desde el exterior. Pensé absurdamente: como si le hubiera besado un ángel. Para entonces ya no estábamos en Torrelodones, ni en el tanatorio, ni siquiera visitando a un muerto concreto, sino en un espacio abstracto, aunque sólido y equilibrado, en un tiempo que ni iba ni venía, como si las cosas y las personas hubieran desistido de cualquier dirección y flotaran, no por encima o por debajo de algo, sino en su propia sustancia extendida más allá de ellas, por todo lo que las rodeaba.

Había congoja, desde luego, pero subordinada al sentimiento de una constatación inviolable que producía finalmente un estado de ánimo satisfactorio en lo que tenía de estable, de cerrado en sí mismo, de libre de toda influencia. Pensé en la extraña sonrisa del padre, en si tendría que ver con eso, en si las sonrisas no son la frontera entre dos mundos. ¿Los muertos tienen la virtud de hacernos sonreír?

—Supongo que querréis verle —propuso Alfonso.

Le seguimos al cuarto contiguo. El ataúd estaba cerrado. Había una corona de flores enviada por el instituto con una banda dorada, y media docena de ramos henchidos. Tampoco percibí ese olor que, en la estrechez del cuarto, debería imponerse.

El padre se colocó a un lado y nosotros, en el opuesto. Levantó una portilla y apareció la cara de Javi con una lividez aceitunada, cruzada de costuras negras, sin expresión alguna, sin paz ni tortura, como la cabeza de un muñeco recosido y remoto a cualquier comparación con el muchacho que fue en vida. Y, no obstante, había presencia. Javi estaba allí, proyectado por la memoria y

despidiéndose como nos despedimos de alguien que va en un tren que se ha puesto en marcha y del que seguimos despidiéndonos cuando ya no le vemos. En la imagen no había nada desbordante ni agitador. Era tremendamente simple y conciliadora, como una prenda dejada para el recuerdo a los que se quedan por los que no han tenido más remedio que irse.

Un golpe de sangre tiñó la cara de Julia y se fue disolviendo lentamente, como si la hubieran descubierto en una habitación ajena manoseando objetos y luego, le agradecieran la visita. Puede que descubra esa paz, pensé, esa paz que yo he leído en sitios, esa paz inesperada del que conjura el miedo mirándole a los ojos.

La cara del padre era otra cosa. Contempló el cadáver y a continuación clavó la vista en mí durante lo que me pareció un buen rato. ¿Quería decirme algo? ¿Me lo estaba diciendo? Sentí que me ofrecía ponerme en su lugar, en el lugar de los que pierden a un hijo. Si aquello era una llamada a ocupar su sitio, desde luego no era una llamada que exigiera que sufriese con él, que me enterase de lo que es un dolor verdadero, que denunciase mi ignorancia sobre el valor de un hijo ahora que yo tenía vivos a los míos o cualquiera de los reproches que lanza la desolación a sus simples excursionistas.

Más bien era lo contrario: ven aquí, no pasa nada, éste es un lugar como otros y éste es un dolor de la vida, no hay nada aniquilador ni insoportable en este lado del féretro. Ven aquí, no es tan malo y, sobre todo, no sucede nada de lo que imaginas.

Por otra parte, tenía la impresión de que no era el padre doliente, o no sólo él, quien hacía la llamada. En aquellos pocos minutos que llevábamos en su compañía, había conseguido que el padre arrasado por el dolor, digno de compasión y difícilmente consolable que los demás podían presumir (una presunción proyectada por el miedo intolerable de los testigos) se hubiera esfumado y dejado en su lugar a una especie de emisario que traía un mensaje para quien quisiera escucharlo. De modo que aquel hombre ya no eran dos, sino tres: el de los pies clavados en tierra, el que pendía del abismo

y el emisario de otro lado (situado adecuadamente en el otro lado del féretro).

—¿Te parece que está guapo, Julia? —dijo, de pronto, volviendo a la cara zurcida de Javi.

Es probable que mis nervios se comprimieran un poco, pero el cuerpo anestesiado y capturado por el viaje violento de la mente lo pasó por alto.

—Ha quedado muy bien —respondió Julia con la tranquilidad que ya mostraba misteriosamente—. Javi está muy bien.

El padre cerró la portilla y salimos. En la salita de los bancos, estaban comiendo bocadillos que alguien había traído y se conversaba con normalidad, ya no era el rumor enigmático de antes. Alfonso aceptó comer y nos propuso que hiciéramos lo mismo. A mi hija le pareció buena idea y yo rehusé. Después, ella estaba zampando a dos carrillos —eran las once y pico de la noche— sentada junto a Alfonso y yo aguardaba cerca con el corazón sacudido por pequeñas turbulencias, más molestas cuanto que se suponía que lo peor había pasado. Al venir, estaba lleno de determinación. Ahora, próximo a marcharme, presentía un desmoronamiento de origen desconocido.

De regreso, en el coche, Julia dijo:

—El bocadillo de tortilla estaba buenísimo. Qué hambre tenía... Papá, ¿tú crees que Javi no se puede quejar?

—No sé a qué te refieres.

—Lo que dijo Alfonso. Que Javi había sido un milagro, ¿no lo escuchaste?

—Es cierto, Javi no puede quejarse.

—Ha estado bien ir. Gracias, papi.

Me hubiera gustado progresar en la conversación con mi hija, pero se me escapaban los derroteros. Iba pensando en mi decisión cautelar de salir indemne, en el padre del muchacho, en los seres que se reunían en él, en el mensaje hermético de su mirada fija, en la evolución sentimental de Julia en apenas un rato, en el cadáver tan ajeno, en los bocadillos...

Cuando estábamos llegando a casa, le pregunté:

—¿Sabes lo que contestó un griego antiguo que se llamaba Jenofonte a los que le trajeron la noticia de la muerte de su hijo en la guerra?

—Claro que no, papá.

—Pues les contestó: «Sabía que lo engendré mortal».

—Es bonito —dijo ella.

Yo siempre he dispuesto de frases célebres para las grandes ocasiones, como sucedió años más tarde con la hermana de Muriel. Son tranquilizadoras, agarran lo que se escurre, desplazan el debate interior a la voz sentenciosa de un oráculo, el corazón puede dormitar. Lo malo es que del ensueño se despierta de muchas maneras imprevistas. Observada retrospectivamente esa manía erudita que no ha dejado de acompañarme, creo descubrir también la declaración de un límite, de una impotencia personal, de una fuga y, como suele decirse, tendría que habérmelo hecho mirar.

El poeta estadounidense Thomas Lynch, que trabajó durante un cuarto de siglo en la funeraria familiar, escribió:

«Los cuerpos de los muertos recientes no son desechos ni restos, como tampoco son iconos o esencia pura. Son, más bien, niños cambiados por otro, seres en una incubadora, polluelos saliendo del cascarón hacia una nueva realidad, con nuestros nombres y fechas, a nuestra imagen y semejanza, tan ciertos a los ojos y oídos de nuestros hijos y nietos como lo fue la noticia de nuestro nacimiento para los oídos de nuestros padres y de sus padres. Es sabio tratar esas cosas nuevas con ternura, con cuidado, con honor.»

Palabras como piedras

He llegado temprano (la cita es a las diez de la mañana) y tengo que esperar en la puerta del Cementerio Civil de Madrid a que lleguen los chavales del curso Júnior, los más jóvenes de la Escuela, los bachilleres. No soy uno de sus profesores habituales, les veo tres o cuatro veces por año en plan emérito. Salen del aula y nos dedicamos a hacer trabajo de campo, a echar el ojo a lo que anda suelto por ahí, a lo que no se ve si no te paras a mirarlo.

Hoy les ha tocado un clásico: registrar epitafios de este cementerio donde reposan agnósticos y ateos, protestantes, judíos y otras confesiones, y en el que las frases lapidarias exhiben a menudo un toque de excentricidad inaudito en una necrópolis católica. Luego, tienen que juzgar su sentido, destinatario, autoría, propósitos. Por lo general, resulta una actividad sugestiva y proclive al humor (los difuntos y los deudos perdonarán esta profanación de motivos didácticos).

El cielo está encapotado y cae una lluvia pulverizada y persistente («Llueve copiosa muselina», escribió Baudelaire). También hace frío, aunque no es el frío que se colará en los huesos cuando llegue diciembre, dentro de unos días. Es una de esas temperaturas de advertencia que se producen bien entrado el otoño.

Donde estamos es preferible este clima de luz neblinosa, pesada, que pega el cielo a la tierra, como si el cielo se tendiera a dormir sobre el lecho del mundo. La sensación es que no hay

tanta distancia entre lo que descansa para siempre y nosotros, aquellos a quienes los dioses griegos llamaban *seres de un día*. La eternidad pasa una mano por el lomo.

Los estudiantes van apareciendo. Nos saludamos y se forma un círculo de caras que vigilan lo que hay más allá de la puerta, intentando averiguar cuál será la gracia del experimento.

Pregunto si les dan reparo los cementerios. Hay muecas, los cuerpos se recolocan. Un chico contesta muy serio:

—Hombre, para hacer excursiones hay mejores sitios.

Y una muchacha con piercings y labios pintados de rojo sangre dice:

—Pues a mí me gustan. Hay tranquilidad, se puede pensar, está bien venir de vez en cuando.

—¿Los visitas a menudo? —indago.

—La verdad es que no. Pero se me acaba de ocurrir que estaría bien.

Les explico el juego (digo «juego»). Echo un vistazo al interior del recinto y sólo descubro a una pareja de ancianos que viene hacia la salida. Es más cómodo para todos que escasee la concurrencia.

Pasamos al interior, el grupo se dispersa y yo me pierdo en los senderos tratando de hallar un epitafio que juraría haber leído hace años. Decía: «Ocupado». Lo cierto es que no he vuelto a encontrarlo y sospecho que es fruto de la imaginación o de alguna ocurrencia que se alistó en el bando de lo real.

Les he concedido cuarenta minutos. Mientras tanto, y por supuesto, yo no doy con lo que busco. Observo a los chavales. Año tras año, los grupos suelen obedecer a una dinámica rigurosa. Primero, parten todos juntos en la misma dirección, por la avenida central que desemboca en los nichos del muro Norte. Allí, se dividen en dos facciones. Una sube la cuesta hacia el este y la otra desciende hacia el oeste. Poco después se reparten en parejas o tríos. Cuando el plazo empieza a agotarse la disgregación es completa: ahora se trata de individuos solitarios, erráticos, que se

quedan atrapados en vericuetos y rincones. Es raro que regresen puntualmente. En cierto momento, algo se enreda en su mente. Con un retraso de quince o veinte minutos, se les ve aproximarse al punto de reunión con parsimonia, distraídos, como si no estuvieran seguros de lo que han venido a hacer aquí o de lo que han hecho.

Nos hemos citado en un panteón con una escalinata en la que podremos acomodarnos. Llegan y —sigue lloviznando— se sientan sobre carpetas o impermeables doblados. Tienen el pelo empapado y los rostros brillan, parecen más niños.

El último en presentarse es un muchacho alto, fuerte, con una melena rubia deshilachada por el agua y una parka larga y negra: una figura sobresaliente en la que ya me había fijado.

Se inicia la sesión. Una muchacha menuda y rubia, indudablemente feérica, cita:

«Comenzamos a vivir cuando te fuiste. Tu familia, que no te olvida». (Risas tímidas. Hablamos de una probable mala redacción e irónicamente de la importancia de saber escribir para que no pasen cosas como ésa. Aunque siempre queda la posibilidad de que la familia odiase al finado y quisiera dejar esculpido su odio.)

La misma muchacha:

«Ni pudo lo que quiso, ni quiso lo que fue. No te olvidaremos». (Cómo olvidar a alguien así. Ahora risas más abiertas. Imaginamos la vida que dio a sus allegados. A un estudiante no le parece tan negativo. Discutimos sobre la grandilocuencia, sus tiranías, sus cegueras. El instinto asesino de lo que sólo suena bien.)

Luego, las citas de unos y de otros se atropellan:

«Te amaré más allá de mi vida. Yo». (He aquí un amante decidido a protagonizar la muerte de otro, hablando de su propia inmortalidad so capa de inmortal amor.)

«Cuando no pude lo que quise, quise lo que pude, sin renunciar a mis sueños.» (Un reverso luminoso del primer epitafio, cuya autoría corre probablemente a cargo del difunto —aunque es tópico—, algo no tan frecuente como se supone. Hay justificación

existencial, desde luego, pero también aceptación de lo inevitable en la vida y en la muerte: puede que se fuera dejando todo en regla.)

Intercalo una digresión: los que escriben sus epitafios y aquellos que lo dejan todo en manos de los deudos. Los que quieren decir la última palabra y los que se marchan con un silencio absoluto. Los que tienen algo que decir y confían en que seguirán siendo escuchados, pensando que su obra, su vida y las vidas continúan; y los que se fugan a la nada y aportan la nada como herencia. No hace falta introducir juicios de valor, pero sí apreciar la diferencia.

Los de autoría incontestable y verdad lanzada al tiempo:

«Aquí yacen los restos de dos marxistas-leninistas.» (Restos que se pretenden de calidad distinta a otros restos.)

«Luché por el socialismo y la libertad.» (El socialismo y la libertad yacen allí junto a su lucha, advirtiendo que aún queda mucho por hacer.)

«Dejó el poder por no firmar una sentencia de muerte.» (Se habla de un poder inmenso, pues se ha podido tenerlo y se ha podido decidir abandonarlo, invocando la nobleza con que se ejerció, lo que vuelve ese poder aún más superlativo. Poder, poder...)

«Nada hay más allá de la muerte.» (Para los que no lo sepan.)

«El Señor me la dio, el Señor me la quitó.» (Aquí falta una perícopa: «Alabado sea el Señor». Y en lo que falta reside el sentido de un desacuerdo profundo.)

Los de autoría dudosa, quizá a medias entre finado y deudos, quizá fruto de un acuerdo existencial, y entre los que destacan los rigurosamente profesionales:

«Ingeniero de Minas.»

«Coronel de Artillería.»

«Catedrático.»

(Secamente y sin mayor expansión en obras y hazañas, palabras como blasones, la vida insigne, en insignias.)

Finalmente, aquellos en los que se detectan otras manos (afectivas, salmódicas, rituales):

«Por tus enseñanzas, humanidad y valores te recordaremos siempre. Tu mujer y tus hijos.» (En el que se echa de menos alguna intimidad, un grado inferior de abstracción, debido quizá a que la universalidad del sujeto encontró demasiado estrecha la vida doméstica y cotidiana.)

«No quiero cuando me muera / nada con el otro mundo. / Quiero quedarme en la tierra. / Quedarme solo en la tierra / sin paraíso ni infierno / ni purgatorio siquiera. / Quedarme como se quedan / sobre el suelo humedecido / del bosque las hojas muertas.» (Disolución en el poema de otro, de José Bergamín en este caso, despedida con réquiem.)

Y dentro de estos el subgrupo de los que son fervorosamente enviados a que se reúnan con la comunidad de creyentes del más allá, con recomendación más o menos implícita a los que se quedan:

«Sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de la vida.» (Apocalipsis.)

«He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe.» (Carta 2ª a Timoteo.)

«Cuanto bien puedas hacer, hazlo, porque no hay en el sepulcro adonde vas ni obra ni sabiduría.» (Eclesiastés.)

La sesión está terminada. Han transcurrido un par de horas y, aunque todo ha marchado bien —más de una vez me he preguntado por qué lo hago, si es mi propio miedo el que conjuro con este invento, si de rebote trato de conjurarlo entre los jóvenes—, los cuerpos están ateridos y se escucha algún castañeteo de dientes. Pero ninguno se mueve, como si esperasen algo más. Suele suceder así. La experiencia les resulta inédita y misteriosa, ahora quieren preservarla y alargarla. Los muchachos salieron de casa para una clase de creación literaria y ahora se han quedado helados en un cementerio en el que han hecho un trabajo extraño, guiados por un tipo del que no saben demasiado.

El muchacho de la parka negra pregunta:

—¿Y para qué se escriben epitafios? ¿Siempre se han escrito?

—En la Antigüedad no era frecuente. Solía bastarles, aunque hay excepciones notables, con el nombre y de vez en cuando una fecha. Supongo que nosotros somos más charlatanes y queremos que nos sigan escuchando después de muertos. Y además queremos que nos publiquen, y éste no deja de ser un sistema — intento no perder el tono distendido y evitar un repaso histórico más complejo que mi respuesta.

—Da igual que fuera un nombre o que sean más palabras. El muerto dice algo a los que pasan. Los muertos hablan —insiste.

No es raro que aparezca un alumno así, con otra vuelta de tuerca.

—Es una forma de verlo, desde luego.

—Quiero decir que hay algo más allá de la muerte..., esas palabras escritas para que se lean muchos años. Como si los cuerpos no fueran inmortales, pero las palabras del cuerpo, sí. A lo mejor somos esas palabras y no el polvo en que nos convertimos.

—Bueno —respondo temiendo empezar a girar en una noria adolescente—, tampoco esas palabras duran para siempre.

—Pero muchas palabras se nos quedan grabadas, y se las repetimos a otros y funcionan como si estuvieran en lápidas. Vosotros nos hacéis leer la Biblia y leer a Platón. Es por eso.

—Algo de eso hay, algo de lápida.

—Pero las lápidas de aquí a lo mejor son las lápidas más simples. Las más obvias, no sé, demasiado rebuscadas, solemnes. ¿Y las otras palabras que se quedan grabadas? Yo creo que todas las palabras se quedan en algún sitio. Bueno, quizá todas, no. Bueno, quizá todas, sí.

—No sé si todas se quedan en un sitio, pero creo que todas buscan un sitio.

—Es lo que quería decir. Entonces, ¿adónde van?

Salimos del cementerio y nos encaminamos a la parada del autobús. Vamos en fila cerrada, como si temiéramos el desprendimiento. Al subir al autobús, el muchacho especial me dice:

—El día en que se inauguró el curso comentaste que no estábamos aquí para ganarnos la vida escribiendo, sino para ganar nuestra vida...

Se queda de pronto cortado, hay algo más que quisiera decir, pero no le sale. Se apea en Ventas y le veo irse con su melena deshilachada y su parka talar, flotante, hacia la boca del Metro.

En la sala de máquinas

El mensaje llegó por SMS, la vía usual para avisar de que llegas tarde por culpa de un atasco o para felicitar el cumpleaños a un cuñado: «Román ingresado en la Jiménez Díaz. Le han visto un tumor en el cerebro. Te diré cuando sepamos más». Antes del impacto, viéndolo llegar, la mente se agarró al reproche. El reproche era la protección y la protección acaba volviéndose lo más sensible de todo. A ella se dirigen el frío repentino y el miedo, buscando la fisura, el ajuste mal hecho. ¿A qué idiota se le habría ocurrido mandar semejante noticia por semejante sistema? ¿Y por qué lanzaba esa queja abstracta cuando el remitente venía escrito con todas las letras? Camilasuárez. Camila, la mujer de Román.

Me pilló en Hull, al norte de Inglaterra, mientras aguardaba un barco para cruzar a Rotterdam. Venía de Londres, en un periplo de trabajo, *lectures*. Estaba solo, lejos de cualquier posibilidad de desahogo. ¿A qué idiota...? El viaje habría sido más sencillo en avión, pero yo tenía fobia a volar. Desde la primera vez, antes incluso de la primera vez. No me gustaba esa fobia, pero apreciaba en ella un sentido común ancestral, un apego a la tierra que le confería dignidad.

Era el Mar del Norte y la tarde caía deprisa, coloreada, en los días anteriores a Navidad, unas fechas de por sí propicias a la melancolía de las distancias. ¿A qué idiota...? También sentía la intención mal disimulada del mensaje de ponerme a recaudo de los

acontecimientos. Sin contar con que yo era amigo íntimo de su marido, uno de los pocos, puede que el único. ¿Desde cuándo estaba ingresado? Hacía menos de un mes que no veía a Román. ¿Todo el drama para ella sola? Más valía concentrarse en la información, a saber, que aún quedaban cosas por saber. Pero eso era todo y era casi nada. Un mensaje de tres líneas. ¿Cáncer? Qué se sospechaba. Qué síntomas. En el horizonte de aquel mar que se oscurecía tampoco había nada escrito.

Podría llamar a Camila, la tarada social. ¿Qué me impedía llamarla? Ella no parecía querer que lo hiciera. Quizá tuviera que decírselo a más gente y utilizaba el sistema menos angustioso. Sobre todo, cuando aún restaban incógnitas. ¿Qué habría hecho yo en su caso? También desconocía la postura de Román. Pero, de todos modos, ¿cuánta gente? Por parte de mi amigo, no quedaban padres ni hermanos, ni familia con la que mantuviese trato. La parentela de Camila se reducía a un padre de ochenta años y a una hermana que vivía en Bélgica. ¿Colegas de profesión de Román, actores y faranduleo? Él los despreciaba, hacía ostentación de ese desprecio. ¿Fantaseaba ella con dar una rueda de prensa o algo por el estilo, por una suerte de deber ante el mundo, ante su marido, ante su propia exigencia de reconocimiento público de una figura que había dejado de serlo más de una década atrás, siempre dentro de una fluctuante medianía, dicho sea en términos de fama? Absurdo, y absurdo que yo pudiera pensarlo. ¿La noticia me estaba desbordando? ¿Y no era toda la culpa del mensaje?

Cualquier iniciativa cabía en el reptiliano de aquella hembra cuarentona, de naturaleza doméstica, posesiva, vigilante y a la vez subordinada, accesoria en la vida que se había organizado junto al marido. Hablando claro, a lo que más se parecía era a una tópica mujer provinciana y antañona, cuyos disgustos procedían principalmente de las diferentes formas de desorden de la casa y del más ligero descontrol en los itinerarios cotidianos, siempre cronométricos y, a ojos de un observador urbano contemporáneo, ridículos y asfixiantes. Por ejemplo, no se podía entrar en su

domicilio sin calzarse unas zapatillas de felpa que ella acaudalaba a pares en un armario de la entrada. También, por ejemplo, se negaba a comer fuera de casa, y se ofendía cuando Román y yo lo hacíamos. En cuanto a su conversación, giraba de modo exclusivo en torno a estos temas. Que yo supiera.

Contemplar a Camila era, desde luego, preguntarse por Román. ¿Qué hacía el actor que había trabajado en Francia y en Alemania con aquella maestrilla de su pueblo, que había abandonado las aulas y el terruño para seguirle a la capital, pasada ya la juventud, y quizá con la perspectiva de estar subiendo al último tren?

¿Y qué hacía yo pensando tanto en Camila y tan poco en Román, y tan indeciso respecto de una simple llamada para interesarme por el amigo, cosa sumamente justificable?

Qué se hace. Qué *debe* hacerse. En tales situaciones, ¿*debe* uno saltarse los reparos de los próximos y comunicarse por las bravas con el afectado o con aquellos que puedan informar de lo que ocurre? Por el contrario: ¿*debe* respetarse la decisión de los próximos en cuanto dolientes, aunque uno no esté de acuerdo? ¿Hay algún prontuario de buenas maneras respecto a la enfermedad, el dolor y la muerte? ¿Estos asuntos los decide cada uno por su cuenta, puesto que ya no quedan ritos compartidos o creíbles, ni siquiera una conducta sancionada por la costumbre, algo apropiado y aceptable?

Si pensar en Camila me había desviado de Román, preguntarme sobre lo que debía hacer me llevó a esquivar la decisión, sumiendo el golpe recibido y la emoción en un vago sentimiento de pena general, universalizada y diluida en el Mar del Norte, ya en la cubierta, mientras observaba el desatraque del buque.

Y los barcos, al igual que los aviones, hacia los que mi fobia ha desaparecido muy recientemente, también me surten de inquietudes. Aunque no son inquietudes parejas. Quería ser marino, soñaba con serlo. A los diecinueve años me enrolé en un arrastrero de Santander llamado *Viantos II*, que faenaba por el suroeste de Inglaterra (zona del «Gran Sol», en realidad corrupción de «Great

Sole», que no significa *sol*, sino *lenguado*) durante tres meses. La mayor parte del tiempo la pasé mareado o asustado. Llegué a ver girar la hélice en vacío cuando el barco luchaba con un temporal. Perdí ocho kilos. Me despidieron con una merluza a modo de salario. Pero los sueños son fuertes. Viajé en buques por el Ártico y el Mediterráneo, experiencias menos exigentes, sin sacudirme la aprensión. Sólo en un submarino Mistral de la Armada española, que tenía base en Cartagena y que realizaba misiones por el Mediterráneo, conseguí que el miedo quedara en segundo plano, en beneficio de la claustrofobia. Clínicamente hablando, no he remontado hacia la superficie el nivel de submarinista. De manera que para mí un barco no es un avión, pero sigue siendo barco.

Ya en alta mar, permanecí en cubierta casi hasta la hora de la cena, bien abrigado y moviéndome. No quería encerrarme en el camarote o en la cafetería, ni tampoco ensimismarme con el alcohol, tendencia estructural. Los pensamientos sobre la situación de mi amigo y sobre mi postura eran conflictivos tanto como perezosos. Durante aquel debate íntimo, la mar se erizó y las crestas respuntearon la noche. A la hora de la cena, cuando había alcanzado como única e inestable conclusión que Camila personificaba el obstáculo a una conclusión clara y distinta, la nave anunció lo que se venía encima con un par de rugidos de tripa que retumbaron en el comedor y con una escorada que hizo volar algunos platos y bandejas. Se escucharon gritos sofocados y a partir de ahí se inició la convencional refriega que acontece cuando el mar se empeña en devolver a sus muertos y cambiarlos por los vivos.

Ignoro por qué regresé a cubierta y me puse a contemplar una tempestad de mediana envergadura, con sus olas de metros y la proa del buque, orlada de espumarajos, entrando y saliendo de la caverna. Creo que deseaba confraternizar con los elementos, tan vívidos, tan fieles a sí mismos, tan inocentemente implacables y despiadados. En comparación, el temor era infinitamente irresoluto.

El caso es que alguien que también rondaba por allí me pidió fuego en inglés y yo le contesté mecánicamente en español.

—¿Es usted español, de España? —quiso saber, ya en nuestro idioma, un tipo en camiseta, al que no parecía hacer efecto ni la temperatura ni las *varietés* marinas.

—De Madrid —contesté.

—Yo soy de Muros, en Galicia. A lo mejor hace un año que no se deja caer por aquí un español. Se ven pocos. Es una ruta casi doméstica. Los ingleses y los holandeses la usan para emborracharse, la cerveza es más barata. Una curda a la ida y otra a la vuelta. Perdón, a lo mejor usted no quiere charla.

—No se preocupe —dije.

El hombre se quedó esperando a que yo dijera algo más. Tendría cuarenta y muchos, aunque, dada la profesión —la mar es gran castigadora—, puede que tuviera bastantes menos.

—Voy a Rotterdam y odio los aviones. Cada vez que salgo de España es una aventura. ¿No tiene frío? —comenté mirando su camiseta, estampada de churretones.

—Lo que tengo es calor. No se imagina, ahí abajo.

—¿Trabaja usted en las máquinas?

—Ahí mismo. Maquinista en este barco hace cinco años. Pero llevo desde joven en el curro.

Tiró el cigarrillo por la borda y dijo:

—No puedo estar más tiempo. Los oficiales se molestan. Si le apetece, abajo hay un par de compatriotas y alguna cosa podremos beber.

—¿Un pasajero en la sala de máquinas?

—No se van a enterar. Y menos con lo que se está moviendo la bañera. Pero la movida es normal, no se alarme —me escrutó un instante—. Por hablar con uno de España, qué quiere que le diga. No está usted obligado, claro.

Y allá fuimos. Descendimos tramos de escalerilla y nos introdujimos en el infierno, donde el calor pesa igual que el ruido, para quien no lo sepa. Y teniendo en cuenta la tormenta de arriba, aquella provincia de Belcebú parecía extrañamente abandonada,

con unos cuantos sujetos distraídos mirando relojes y empapados, y algún otro que iba y venía. No prestaron atención al visitante.

Me condujo a un recoveco cerca de otra puerta y de otra escalerilla, en el que había una taquilla, unas sillas plegables, un barril haciendo de mesa, los restos de una cena y un par de individuos contradictorios. El primero parecía más viejo que Matusalén, pero fibroso, delgado y curtido como un pellejo de vino. El segundo andaría por los treinta, era gordito y blancuzco, y calzaba una gorra de béisbol que debía de usar como trapo para la grasa.

—Os traigo un español —dijo el acompañante.

—Vamos a sacar el chinchón dulce —respondió alegremente el viejo.

Yo también me puse contento y les comenté una verdad comprobada:

—Me gustaría saber por qué los marineros españoles beben tanto chinchón dulce.

Y ya de paso, por concederme alguna prestancia, hablé del arrastrero y del submarino y de que podía certificar que el chinchón dulce era la bebida litúrgica. Nunca había preguntado por semejante misterio.

—Yo creo que porque no puede ser más español —dijo el de Muros.

—Qué va —dijo el mayor, divertido—. Es porque endulza la nostalgia. Ay, la nostalgia.

Sirvieron copas y hasta la tercera no se reanudó la conversación, si bien el silencio no se sintió a causa del ritmo de la ingesta.

El de Muros echó a contar su peripecia. Estaba casado y sin hijos y sabía que en sus ausencias, que representaban el año entero menos cuatro semanas y varios permisos de días, su mujer se veía con otro. Ella se lo confesó.

—Me pareció bien —comentó el maquinista—. Y así se lo dije. Yo estaba muy roto entre la lástima de dejarla tan sola y mi querencia por la mar. El pueblo no lo aguanto. Cuando me lo dijo,

me quitó un peso de encima. Ahora la echo de menos todo el rato, pero por lo menos se me ha quitado la lástima. Y cuando la echo de menos no pienso en que puede andar con el otro, sólo la echo de menos. Sin aquella lástima. La quiero más. Quiero más el amor que la tengo.

—Los celos son cosa de terrícolas —apostilló el viejo—. No hay que preocuparse por lo que no se ve. Aunque lo invisible está ahí, sí, señor. Y muchas veces haciendo el bien.

La tercera copa no me había tumbado, pero había tenido la virtud, junto a las sacudidas del barco, de separar la mente del cuerpo. La mente descansaba en una serenidad embelesada, mientras el cuerpo danzaba en arabescos.

El tiempo empezaba a pasar a ráfagas, con grandes zonas de calma chicha y otras que se atropellaban. Los motores ya no rugían, ni estábamos en un barco, ni el barco estaba en una tempestad, ni las caras pertenecían a los dueños, y lo concreto se traspapelaba, nunca estaba en el sitio de antes.

El viejo dijo:

—La gente que elige el barco, elige estar aquí y allí. Estar donde está, aislado de todo, en mitad de la nada, y estar donde no está, con los suyos, con la otra vida que hubiera podido tener, con el otro que hubiera podido ser. Quiere la nada y quiere todo. Eso es condición humana.

En otro momento:

—Vivimos con lo visible y con lo invisible. Así somos. Ahora bien, ¿qué es más verdad? ¿Esta nada de estar ahora aquí, que se ve, o aquel todo de allí, de casa, que no se ve? Si uno se pregunta de esta manera, lo mejor que puede hacer es echarse a la mar.

Intervino el joven blancuzco en forma de aparición:

—Puede que seamos unos cobardes que escapan de la vida real, de las obligaciones, de construir una vida con el fracaso y con la mierda, unos que escurren el bulto.

—No sé qué pensar de los valientes de tierra. Cobardes..., sí — ¿se había caído el viejo de la silla?—. Pero hablamos de lo visible y

de lo invisible. Cobardes o no cobardes, sentimos lo que sentimos.

—Cuando vas mamado, no hay quien te entienda. Y te crees que todavía eres cura —contestó el joven.

—Muy bien dicho. Hablamos sin entendernos. Entonces, ¿por qué hablamos? Porque sabemos que hay algo entre tus palabras y las mías, que se nos esconde y que es cierto. La gente no habla para entenderse. Y es que no se entiende casi nunca. Ojalá fuera tan fácil. Es por ese algo oculto, en alguna parte.

Tuve la impresión de que esa lección me la sabía, de que esa lección era clásica. Y el lugar en que sonaba, aquella entraña de buque en la otra entraña del temporal, la volvía más verdadera y evidente. ¿Manejaba el viejo con tanta soltura la «Carta VII» de Platón? ¿Cuál era mi grado de intoxicación?

—Hablamos porque nos aburrimos y porque estamos borrachos —contestó el otro.

El de Muros permanecía callado y prestaba gran atención al viejo. Dijo, dirigiéndose al joven:

—A ver si te callas un poco y nos dejas escucharle.

En algún otro momento, el mayor, que no negó lo de cura, volvió a hablar:

—A ver, ¿quiénes eran tu abuelo y tu bisabuelo? ¿No están también en ti? ¿Te crees que has nacido de la nada? Sin ellos sí que serías nada. ¿Y tú crees que a éste le importa más el barco que su mujer? ¿Y este instante más que los que ahora recuerda? Y no te digo la fuerza de lo que perdimos. ¿Y no importa más la tempestad que está ahí afuera y que no vemos? Lo invisible, muchacho, es lo que manda en la vida.

—Sí, la vida es invisible —dijo el de Muros.

—Bueno, yo no quiero hablar más —cortó el viejo haciendo algo con la silla—. Y usted, compatriota, ¿qué hace por estos andurriales?

Se dirigía a mí y me pareció que lo hacía completamente sereno. Yo trataba de definir, en la ciénaga de la mente, las contradicciones

en que me parecía estar incurriendo el viejo. Pero la lógica analítica se había despedido hacía rato de la tertulia. Contesté:

—Tengo miedo al avión. Soy actor. Voy a Rotterdam a que me vea un médico. Un tumor en la cabeza. No sé si es muy grave.

No recuerdo o no vi su reacción. Sólo veía el tumor, pero como una cáscara brillante, sin nada dentro, ni carne ni nervios, desprendido del cuerpo y vagando en la luz inmóvil de la sala de máquinas. Un tumor volante que jugaba conmigo, como un globo con un niño. Lo siguiente fue despertar en el camarote con una resaca inmisericorde.

En Rotterdam, coincidí con el escritor Jorge Edwards, a quien conocía, y dimos un paseo largo por aquella arquitectura sin pasado, levantada tras la guerra mundial, en un atardecer de domingo tan melancólico que excedería a una película Dogma. Las palabras de Edwards, que sabía mucho de la ciudad y de su historia, encontraron un sitio.

Tras la conferencia del día siguiente, me las apañé para conseguir un billete de avión, y seis horas después, con escala en París, me presenté en el hospital de la Fundación Jiménez Díaz.

Visitación

Camila se levantó de la butaca y Román desvió la vista del televisor con el ceño fruncido. En la otra cama de la habitación, un viejo dormía desbocado, sin ruido, probablemente sedado. Dijeron «hola» con un murmullo, y el murmullo hizo de cortina de paso hacia otro lugar más denso, de moléculas lentas.

En la cara de Camila había señales. Su tostada redondez parecía haber sido mordisqueada por un roedor aburrido, pequeños estragos que se agrandaban en la proximidad. La de mi amigo permanecía invariable, al menos en un primer vistazo: la misma máscara que había ido cocinando la amargura de los últimos años o la rendición de los últimos sueños, esa luz pétrea que ya no es esperanza, y la melena rubia y suelta, cada vez más plateada, en lánguido contraste.

—Cómo estás.

—Harto. Más que hartos —dijo roncamemente.

A continuación, comentó:

—El hospital es una cadena de montaje. A las ocho te despiertan. A las ocho y media desayunas. Luego, viene la enfermera del suero. Luego, la de las pastillas. Luego, los que te hacen la cama. Luego, el médico. Luego, otro médico. Luego, te pinchan algo en el suero. Luego, los que te lavan. Luego, un yogur. Luego, la comida. Luego, el que te retira la bandeja de la comida. Un jodido traqueteo..., fordismo clínico.

—¿Se sabe algo más?

—Seguimos esperando a que me manden a casa, que es donde debería estar hace días —Román volvió al televisor.

—Hay que esperar resultados —intervino Camila en tono esquivo—. El jueves le dio un dolor muy fuerte de cabeza y vinimos a urgencias.

—Eso, a ver qué pasa. Vaya miseria, menuda chusma —dijo el enfermo, distraído ya con el televisor y un programa en el que se discutía sobre el accidente de tráfico de un torero.

Dentro de la ausencia, se le veía tranquilo. Y yo empezaba a sentirme como si hubiera interrumpido algo en una alcoba conyugal, esos sitios insondables.

Trajeron la comida del paciente. Acomodaron el lecho y Román dijo:

—Ahora podéis iros a la cafetería. Camila, aprovecha. No sirve de nada que estés aquí todo el tiempo.

En la cafetería, delante de una infusión que iba y venía de los labios indecisamente, la mujer de Román estuvo más expansiva.

—No quiere que se hable de la enfermedad. Tampoco es que la niegue, pero no soporta la conversación. Me ha prohibido aceptar que le visiten. No está asustado, sólo está enfadado. Ya le conoces. Le han hecho una tomografía y parece que es un glioblastoma, un cáncer de cerebro originado en el mismo cerebro. Pero para conocer el grado y el pronóstico tienen que practicar una biopsia, meterle una aguja por el cráneo. Creo que se lo harán mañana. Es todo un horror. Estoy muy asustada. Pero no puedo hablar con él de nada.

—¿Tienes alguien con quien desahogarte?

—Si hablara con alguien sentiría que le traiciono. También me asusta que él no parezca asustado. Tú eres la primera persona que viene por aquí. Gracias. Ahora supongo que se enfadará por haberte avisado.

—Es importante que tú estés bien.

Un rasgo característico de Camila respecto a mi persona consistía en mostrar una inesperada y brusca desconfianza, no necesariamente motivada. De pronto, me miraba de medio lado, en un gesto caricaturesco o de película muda. En esos momentos, yo constataba que era tonta, aunque sabía que no se trataba de eso. Era simplemente una exageración producto de la desconfianza en las propias habilidades sociales, en la capacidad de hacerse entender, de origen agropecuario.

Era exactamente lo que acababa de suceder, y con el gesto regresó la Camila de toda la vida.

—Lo único que importa es que él se cure. ¿Yo? No, yo no pinto nada. Yo estaré como esté. Román necesita toda mi atención. No puedo ponerme a pensar en mí. Qué cosas dices —respondió, tajante.

No debería haberme sorprendido. Al fin y al cabo, aquella relación se basaba en que Román ocupara siempre el centro de la escena y ella lo contemplara devotamente desde bambalinas. ¿Por qué la enfermedad o la amenaza de la muerte iban a cambiar eso? Probablemente había una coherencia entre lo que somos a diario y nuestra manera de afrontar la desgracia. Román miraba la televisión con el ceño fruncido y Camila se disolvía en su papel de comparsa: nada más predecible. Puede que nuestros personajes no nos abandonen con tanta facilidad, que la resistencia de esos materiales supere la de cualquier sólido deformable. A pesar de todo, y sin tenerlo muy claro, creía que mi obligación era insistir:

—Es muy importante que tú estés bien. Te necesita. Si te hundes, no le servirás de nada.

Pero ya no escuchaba. Pregunté cómo se las estaba arreglando, qué necesitaba, dónde dormía y también si pensaba seguir a rajatabla las condiciones de Román. Esto último tenía un matiz de redundancia y Camila, que contestaba con desgana, emitió una exhausta afirmación de institutriz. Entré en duda. Al fin y al cabo, yo pisaba suelo inseguro y me conducía una lógica sin experiencia sensible en esos casos.

Cuando regresamos a la habitación, Román ya tenía apartada la bandeja del almuerzo y miraba el televisor, ahora con un avance de noticias.

—Por lo visto, esta mañana ha caído la niebla de golpe en la autopista de Barcelona y ha habido una colisión en cadena —dijo—. Más de veinte coches. Hay heridos graves. Cuando la naturaleza se rebela, no hay civilización que valga. A ver ahora qué dicen. Seguro que alguno pide justicia.

Pensé en la niebla. También me acordé del temporal en el barco y el pensamiento empezó a derivar en la hora y pico que todavía tardé en marcharme.

Allí no hacía nada, no cumplía algo remotamente parecido a una función. Ciertamente, en la vanidad del que visita enfermos hay un deseo de ser útil, de ver compensada o recompensada su acción. Y, por supuesto, el más secreto de tranquilizar su conciencia, dividida entre los miedos propios y la empatía con el paciente. Se me ocurrió que los anfitriones debían cierta consideración al visitante, pues el dolor quedaba en deuda con el consuelo, aunque fuese tentativo. Se trataba de un intercambio entre representantes de la calamidad, situados en planos diferentes, pero que aspiraban a la justicia retributiva.

Ya fuera más poderosa mi vanidad o más avaro su sufrimiento, allí no se retribuía nada. Ni Román quería hablar (de vez en cuando comentaba algo de la televisión), ni quería distraerse con algún asunto de los que compartíamos, ni parecía dispuesto a considerar mi presencia siquiera como un hecho. En cuanto a Camila, fiel al cuadro que pintaba su marido, acabó fortificándose en la butaca, hojeando una revista y finalmente dormitando apoyada en una mano.

Cuando salí del hospital caminé un buen rato arrastrando mi maleta de ruedines, sin decidirme a coger un taxi. Por un instante se me antojó ir dando un paseo (francamente largo y pesado de equipaje) hasta mi casa, a menos de una hora de camino. Pero, con la misma impulsividad, entré en un café de grandes ventanales en la

zona de Moncloa, pedí un rioja y un sándwich mixto, que es lo que pido cuando no quiero comer, y me puse a mirar la tarde de grandes hachones en el cielo que descendía sobre las copas del Parque del Oeste. En un tiempo remoto, Román y yo cogíamos los guantes de boxeo y marchábamos a hacer esgrima a una pequeña alameda de ese parque. Salíamos de una pensión de Andrés Mellado pertrechados con una botella de vino y un salchichón. A veces, se nos iba la mano. Me acordé entonces de un gancho al hígado que lo tuvo doblado un par de minutos. Él no protestó en absoluto y yo sentí algo intermedio entre la compasión y la vergüenza. Pensé que era un tipo duro. En el regreso a la pensión no abrió la boca. Tuve entonces la sospecha de que se había enfadado, pero quizá sólo se tratase de mi angustia de absolución. Luego, ya por la noche, volví a pedirle perdón y él lo zanjó: «¿Es que todavía no se te ha olvidado?».

El sándwich era plástico. El vino fue al colete de un trago. Me fijé en una mujer joven que abría una puerta grande en un edificio de fachada antigua, al otro lado de la calle. Había metido la llave y empujaba: una momentánea tensión del cuerpo, una línea de fuerza que lo recorría de los pies a la cabeza, bajo un abrigo largo. Las manos blancas, quebradizas, junto al pesado portón. Yo la miraba como si estuviera esculpiendo en su carne cada una de las curvas escondidas y me deslizara por su mármol. No era algo sólo sensual, también era acogedor. Y ya me había sucedido. En otro momento, con otra mujer, a la que había visto abrir una puerta como ésa mientras esperaba detrás de ella. Tal vez no otra mujer concreta, sino varias mujeres, momentos iguales.

Cuando la puerta comenzó a entreabrirse, la imaginación me colocó a espaldas de ella, observando la calidez oscura que asomaba en el vestíbulo, y que continuaba en la escalera hasta su casa y que en su cuarto se transformaba en una penumbra irisada. La tensión del cuerpo contra la puerta aún no había cedido, pero ya era perceptible el recorrido completo, el anhelo a la vez detenido y en marcha: ése era el momento.

Un ligero movimiento de la cabellera, una agitación tenue que transcurre de los músculos a la piel, un umbral a punto de replegarse: abre la puerta para ella y para mí. Todo lo que va a pasar después, en su casa y en su cuarto, en la penumbra irisada, ya está contenido en este primer paso, ha venido a recibirnos, como el amor entero viene a saludar a su primer acto involuntario, trivial.

El que observa desde la cafetería vuelve a cerciorarse de que quien está detrás de la mujer a la que no puede ver la cara, él mismo, ha estado allí otras veces o acaso sólo una, y que esas veces o vez no las ha traído él hasta aquí, sino que las ha traído la mujer que empuja la puerta, que las envía desde el otro tiempo. Dos que van a hallarse en un encuentro que en realidad ya se ha producido, todo él, aquí, en este umbral que da a una oscuridad cálida y a una escalera que conduce a una casa y a un cuarto irisados, en donde todo lo que va a suceder y aún no ha sucedido anda y desanda los caminos, del futuro a este instante y viceversa, yendo y viniendo, incansablemente quieto.

La emoción de estar allí, aquí, junto a la mujer, la emoción de saber que se quedará abriendo esa puerta para ella y para mí, siempre. Y que cuando desaparezca es porque va a volver.

Preparativos para el dolor futuro

El día de Nochevieja compré un libro y recibí de Camila la peor noticia posible sobre el estado de Román. La mujer susurró por el teléfono infinidad de detalles que se resumían en que Román iba a morir. Tenían por delante una terapia exclusivamente paliativa y una espera angustiada. El mismo susurro para advertirme que no se me ocurriera hacerles una visita. Por favor, no vengas. Por favor. En cuanto al libro, se titulaba *El año del pensamiento mágico*, de la escritora estadounidense Joan Didion. Ya conocía a la autora, pero lo compré porque me llamó la atención la palabra «año». Qué es un año. Observas, ordenas y a continuación aquello en lo que te has fijado para ordenar adquiere identidad. ¿Los años tienen significado autónomo y entonces las cosas se ponen a encajar en ellos? Eso había sucedido antes de recibir la llamada de Camila. Didion vio morir a su marido de un infarto mientras cenaban, y a su única hija debatirse entre la vida y la muerte a consecuencia de un choque séptico (moriría al cabo de dos años). El libro lo contaba. Y también se preguntaba si hay alguna manera de prepararse para el dolor:

De niña pensaba mucho sobre el sinsentido, que en aquellos momentos parecía el rasgo negativo que predominaba en el horizonte. Tras unos cuantos años sin conseguir encontrar sentido

en los espacios habitualmente propuestos, aprendí que podría encontrarlo en la geología, y así lo hice.

A su vez, esto me permitió encontrar sentido en la letanía episcopal de «como era en un principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos», que yo interpretaba como una descripción literal del constante cambio de la tierra, de la interminable erosión de las costas y montañas, de la inexorable modificación de las estructuras geológicas capaces de levantar montañas e islas y, con idéntica seguridad, llevárselas por delante.

Los terremotos me parecían, incluso cuando los vivía, extraordinariamente placenteros, la evidencia, ferozmente revelada, de los elementos en acción. El que esos elementos destruyeran la obra de los hombres podía ser doloroso en el terreno individual, pero en conjunto había que reconocer que el asunto me dejaba totalmente indiferente. Nadie cuidaba al pajarillo del campo, nadie me cuidaba a mí. «Como era en un principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos.»

El día que anunciaron que se había lanzado la bomba atómica sobre Hiroshima, ésas fueron las palabras que acudieron a mi cabecita de diez años. Cuando, años más tarde, oí las noticias sobre las nubes en forma de hongo en los campos de pruebas de Nevada, ésas volvieron a ser las palabras que me vinieron a la cabeza. Empecé a despertarme antes del amanecer y me imaginaba que las bolas de fuego lanzadas en los campos de pruebas de Nevada incendiarían el cielo de Sacramento.

Más tarde, cuando me casé y tuve a mi hija, aprendí a encontrar el mismo sentido en los reiterados rituales de la vida doméstica: poner la mesa, encender las velas, hacer el fuego, cocinar. Todos aquellos suflés, flanes, guisados, albóndigas y gumbos. Sábanas limpias, montones de toallas limpias, lámparas a prueba de huracanes, agua y comida suficiente para resistir cualquier desastre geológico que se presentara: «Con esos fragmentos he apuntalado mis ruinas».

Esos fragmentos me importaban. Creía en ellos. El hecho de que encontrara sentido en la naturaleza profundamente personal de mi vida como esposa y madre no me parecía incoherente con encontrar sentido en la vasta indiferencia de la geología y en los lanzamientos de pruebas; para mí los dos sistemas discurrían por caminos paralelos que ocasionalmente convergían, especialmente durante los terremotos. En mi inexperta cabeza, siempre había un momento crítico, mi muerte y la de John, mi marido, en el que los caminos convergían por última vez.

(...) Podíamos haber entrado nadando en la gruta con la subida de agua cristalina y todo el lugar podría haberse derrumbado y hundido en el mar que nos rodeaba. El lugar entero hundiéndose en el mar que nos rodeaba era la clase de final que yo podía prever. No preví la parada cardíaca en la mesa del comedor.

Desde niña, Didion trató de interiorizar los cambios constantes de la naturaleza en un modelo personal que le permitiera afrontar las catástrofes: todo se transforma, vive y desaparece, sin ningún sentido, leve sobre la Tierra. El origen fue el miedo, que era también el miedo de toda una época (Guerra Fría), emoción y horizonte a la vez. La autora admite que ese esfuerzo, en el que nunca cejó, no le sirvió para mitigar los golpes ni superar la tragedia cuando se presentaron a su intempestiva manera. Los holocaustos precautorios y los preparativos para la desgracia no funcionan.

Por el contrario, parecen instalar el miedo y conjugarlo con las acciones humanas, planes, hijos, carreras profesionales, obtención de placer... La medicina preventiva contra el dolor parece muy puesta en razón, pero lo cierto es que disponerse al dolor y dolerse son cosas de distinta naturaleza, y hay contraindicaciones.

La geología de la pequeña Didion invocaba la naturaleza y el sinsentido universal como método de consuelo. Pero la geología habla una lengua y los sentimientos, otra. Los cambios en la corteza terrestre y los terremotos del corazón pueden traducirse a un mismo y razonado lenguaje, y trazar dos paralelas. Lo malo de las paralelas

es que podrán juntarse en el infinito, pero no aquí. Ya que todo desaparece, ¿dolerá menos la desaparición de los seres queridos o la desaparición de mi persona? ¿O dolerá igual y además se sumarán los miedos?

No se trata de geometría, ni de evidencia empírica, ni de coherencia del sistema. Eso es sólo un idioma para entenderse y para alimentar la ilusión de un medio controlable, bueno para enviar correos electrónicos y para fabricar relojes y desaladoras, pero inútil y peligroso para lidiar con los asuntos serios de la existencia, que hablan casi en idiolecto: nada es del todo comprensible, cuando no oscuro, la comunicación desciende a niveles despreciables, las afirmaciones se transforman en interrogaciones, pocas cosas son lo que parecen... Lo que nuestra reducción a lenguaje comprensible y transparente deja fuera se torna enseguida fantástico y, así, la muerte de todo y la muerte propia se convierten en una galería de imágenes fantásticas y amenazantes. Es la fantasía que proyecta un lenguaje pobre para el uso a que se destina lo que activa el miedo y lo hace crecer. En lo que uno se apoya demasiado es al final lo que cede, como en las películas de terror. Y al no encontrar la vía de escape, nace la angustia y se renueva. Cuando irrumpe el momento temido, para el que nos hemos estado preparando toda la vida, nos encuentra desarmados y desnudos. Un espectáculo de sorpresa y pavor, no se sabe cuál predomina. He aquí la autoconfesión de Didion.

No podemos encarar una experiencia extrema con tales recursos. Y menos una del tipo vida/muerte. El intento de anticiparse ya es toda una presunción. Lo que suponemos que haremos o sentiremos a menudo es discutido violentamente en el escenario de los hechos. Cuál será nuestro comportamiento en un campo de batalla, ante un diagnóstico de cáncer o ante un duelo, es una incógnita. No sabemos tanto de nosotros mismos, ya que vivir consiste precisamente en ese proceso exploratorio en el que vamos descubriendo quiénes somos a partir de lo que nos pasa. No sé

quién seré en el próximo amor, ni quién en la riqueza, ni quién en el fracaso.

Desde luego, coronamos la desgracia con un equipaje y, como los alpinistas, es ahí arriba cuando descubrimos si lo que habíamos metido en la mochila es apto para la supervivencia o hemos sido trágicamente descuidados.

Lo que imaginamos del futuro habla más de nuestro presente que de los auténticos sentimientos y del papel que interpretaremos cuando la fantasía se rinda ante la contundencia de realidades que nos superan. La anticipación puede convertirse en un delirio de control de lo que es por naturaleza incontrolable. Ese delirio de control es en sí una dolencia.

Hay en ello una dialéctica de la no vida. Rehuimos el dolor que nos espera entrenándonos torpemente para él, pero mientras tanto nos separamos de los placeres, las incertidumbres o los beneficios que se están dispensando en esta habitación y en esta hora, y de los que somos destinatarios. No es obligatorio ni inevitable sufrir o morir pequeños y asustados, como el campesino ante las puertas de la Ley del cuento de Kafka, que no consiguió traspasarlas a pesar de que fueron hechas para él. ¿Cuál es el sistema por el que uno aparta los ojos de lo que es suyo? ¿No hay una puerta para los mortales, una justicia en su mortalidad?

Cena y fuga para tres

Camila empezó a llamar. Desde los primeros telefonazos, con el pretexto de mantenerme informado, ya se escuchaban sus boqueadas, el asma del sepultado vivo. Bien entrado el nuevo año, Román seguía enclaustrado y con su lazarillo atado en corto. Camila apenas podía dejar la casa para ir al supermercado o a la farmacia, cualquier otro asunto era impensable. El estado anímico del enfermo oscilaba entre la cólera y la tristeza, sin nada entre medias, un demonio bifronte.

El sonido de la voz de la mujer se había independizado de la persona. No era Camila, era una llamada de auxilio desde alta mar, exhausta, entrecortada, con un fragor de fondo. Todo exigía ir al rescate y todo lo impedía. Hacer, hacer algo enseguida..., y al mismo tiempo nada que hacer.

La obediencia de Camila al régimen de Román era terca, puede que no tuviera otra cosa a la que agarrarse, ninguna otra coherencia. Le ofrecí acercarme a cualquier hora hasta su casa del Pinar de Chamartín, en la otra punta de Madrid, para dar siquiera un paseo por la manzana, cuando ella quisiera. No podía moverse, y tampoco se atrevía cuando Román acudía a sus sesiones de quimio y radio en La Paz, a las que no le dejaba acompañarle. Sabían que el final se acercaba, aunque en uno de esos plazos elásticos y torturantes, semanas o meses. Según Camila, él había aceptado y aceptaba el pronóstico en la misma medida en que lo rechazaba, sin

acabar de dar el paso en una dirección o en otra. Lo que significaba que no asumía nada, ni el continuar vivo ni el ir a morir. Con el paso de los días, mis sentimientos hacia Román habían ido endureciéndose, y su enfermedad y su tragedia me resultaban una forma de desprecio. Me había desalojado de su vida sin contemplaciones en un momento crítico y sin avisar. Por segunda vez.

Nos conocimos en nuestro primer año de carrera, los dos veníamos de pueblos, pobres de familias venidas a menos, desarraigados, desorientados en aquel Madrid de los setenta sobrecargado de actividad política y de gente enterada, sexualmente vírgenes y llenos de ilusiones promisorias que piaban sin descanso en la cabeza. Nos conocimos en aquella pensión pugilística de Moncloa en la que podíamos pagar el alojamiento, el desayuno y el almuerzo, pero no la cena. Intimamos con urgencia y, por más que estiramos el dinero de la beca y alguna propina que llegaba de la familia, a mitad de curso nos vimos en la necesidad de buscar trabajo y cambiar al turno de noche de la Facultad. El dinero que ganábamos lo poníamos en una caja única. También soñábamos con escribir libros a dos manos y, cuando ya fuéramos ricos y famosos, vivir con las familias respectivas en un castillo compartido. El primer año nos fue bien y alquilamos una buhardilla destartada en la Plaza de Ramales. En el segundo, a Román le costó encontrar trabajo y yo me llené los bolsillos vendiendo biblias de puerta en puerta (hay destinos irónicos). El tercero se pareció bastante al segundo, con la salvedad de que mi compañero ingresó en una pereza profunda que escogió la forma expresiva de la desmoralización: no le gustaba Madrid, la carrera le decepcionaba, las relaciones humanas le resultaban rutinarias... Ciertamente es que mi opinión de entonces (que no ha variado) estaba sesgada por el hecho de que yo trabajaba como un burro (además de estudiar como un burro) y que la caja única se había vuelto *única* en un nuevo sentido. Aunque eso me importaba, era insuficiente para desbaratar la ilusión de compartirlo todo con el amigo, el amigo que

también me esperaba en el futuro. Ahora hay que hacer un esfuerzo para imaginar lo que supone a los dieciocho o diecinueve años esa primera intimidad elegida, ese primer proyecto de familiaridad fuera de casa, esa primera entrega que clausura la adolescencia.

Al final de ese curso, y como cada verano durante varios meses, regresamos al hogar de los padres. En el mío, que había tornado a Santander en forma monoparental, decidí aprovechar para buscar trabajo, derivando de ello el impulsivo embarque en el arrastrero *Viantos II*, experiencia que ayudó mucho a dar con mi sitio real en el mundo. Cuando regresé a Madrid a mediados de octubre, Román aún no había llegado. Esperé un par de semanas y luego le llamé al pueblo. La madre me comunicó que mi compañero no tenía intención de volver a Madrid ni de seguir los estudios, y que en agosto se había marchado con unos tíos suyos de Barcelona, a buscarse allí la vida. Conseguí el teléfono de Barcelona y llamé cuatro o cinco veces, pero Román no estaba o eso me dijeron. Luego, me obligué a no darle más vueltas a la jugada, sobre todo porque tenía que ocuparme inmediatamente de sobrevivir en aquella buhardilla y en aquella estrenada soledad. La verdad es que todo fue viento en popa en los años siguientes, y Román acabó dibujándose en el recuerdo más como una carga sacudida que como una traición en toda regla.

Tal vez por ello, cuando tras veintitantos años de silencio —en los que me enteré de su paso más o menos estelar por la farándula— compareció como si no hubiera pasado nada, no tuve que esforzarme demasiado en aceptarle. Habría que añadir que también se empeñó mucho y que trataba de mostrar una cercanía y un interés que no podían sino convencerme de que había que pasar página, de que los adultos de hoy no concordaban con los jovenzuelos de antaño. Digamos que me convenció.

Yo también trataba de convencerme —al fin y al cabo los que retienen una parte de nuestra historia de la sagrada juventud también retienen un pedazo de nuestro corazón, aunque ya esté frío— y con esa disposición escuché, por ejemplo, el episodio de un

amor parisino que le llevó directamente a una depresión clínica con reclusión hospitalaria y aparato psiquiátrico (eso explicaba un poco lo de la madre-maestra a la que se había adherido), su refugio en Berlín para recuperarse y que se había convertido en la ciudad de su corazón o su repentina caída de la cartelera del Parnaso de un día para otro, cuando el teléfono sencillamente dejó de sonar, sin que mediara explicación plausible ni uno de esos fracasos de los que el mundillo guarda cruel memoria. Estas historias tristes tenían la virtud persuasiva de todas las historias tristes contadas por sus protagonistas: hacernos creer que sus víctimas han cambiado, porque lo contrario es inadmisibles para la ley de correlación entre la experiencia humana y el aprendizaje.

Por otro lado, en nuestro régimen de encuentros del principio — un par de veces al mes, que no varió— se mostraba singularmente atento con mis dificultades del momento, referidas a uno de esos divorcios tipo batalla de las Termópilas, en que no hay gloria comparable a la de morir matando. Incluso me pareció que Román sobresalía en sensatez y calma —al menos, por comparación—. Total, que me dije que tenía ante mí a un amigo de madurez con el que además me unía la biografía de una época de la juventud, si bien nunca nos pusimos a reinventar la antigua fusión. La canción afectiva de mi amigo sonaba de lo más pegadizo. Claro, que no todo es melodía. La pérdida de confianza tiene mala sutura. Siempre queda por ahí una cicatriz que duele cuando cambia el tiempo. Y que evoca la causa.

Me preguntaba quién era Román. Hay preguntas que se han hecho pulso del cuerpo. Detectaba en él, como debí haber detectado en el otro tiempo, un fondo oscuro y demasiada luz alrededor. De la que esconde el pozo. Sin duda era un hombre de talentos (la cosa es si se entierran o se invierten, como en la parábola). En la Facultad destacaba académicamente y acabó gozando de una popularidad que yo no tuve. Era bueno hablando y escribiendo, a la vez que un matemático intuitivo y dueño de una de esas memorias ideográficas. Siempre fue guapo, dentro de la rama

céltica, y cautivador. La opinión general le concedía un futuro en el que podría hacer lo que le diese la gana y siempre con éxito, en lo público y en lo privado (hay que ver lo que es el consenso). Estábamos ante uno de esos jóvenes dioses que hacen capitular de cualquier ensoñación al común de los mortales.

Pero algo se estropeó, alguno de los materiales no era tan noble como parecía. Huyó de Madrid de una forma miserable. Estuvo dando tumbos, se hizo actor sin que constase esa vocación en su pliego de deseos, se hundió en París, resucitó en Berlín, volvió a naufragar en Madrid, se casó con una mujer de psicología beata sacándola del cajón del pasado aldeano... El joven dios bajó del cielo y luego no pudo evitar que se lo tragara la tierra. Pasa a menudo, puede que incluso carezca de interés, ya se sabe que son el carácter, la determinación y la pasión los que dan forma a las cualidades. Quizá el misterio de Román, visto en perspectiva, no era ningún misterio, sino una historia corriente.

Hay que añadir algo: durante la segunda fase de nuestra amistad, en esta madurez, nunca llegamos a mencionar su huida a Barcelona, ni tocamos el tema de los años en Madrid. Este silencio nos acusa a ambos. Yo esperaba que lo hiciera él, pues me sentía acreedor a una disculpa o a una justificación. Me lo debía. Y yo no podía iniciar esa conversación, porque no era mi turno y porque de ninguna manera quería sugerirle un despecho sostenido en el tiempo, alimentado como el dolor de un amante abandonado, ya que no había sido del todo así. Pero necesitaba que él intentara explicarse.

No hubo tema. En su lugar quedó un hueco con una silueta de convidado de piedra. Ahora, viendo aproximarse el fin de Román, zanjar ese asunto se había convertido en una idea recurrente, quizá anómala: en un símbolo o agujero negro de nuestra relación y también de las obligaciones y tareas implicadas en la enfermedad. Nadie puede morir con la callada por respuesta, nadie tiene *derecho* a morir así. Además, cualquier respuesta habría valido. No esperaba que me tranquilizara, no esperaba comprender, ni

aclarar un pasado, ni suturar heridas. Lo único que me importaba es que no se hubiera producido un segundo fraude, y que la última fase de nuestra amistad hubiera sido tan sospechosa como la anterior. La proximidad de la muerte me parecía un escenario adecuado para quitarse peso de encima. Por qué no. Los que van a morir han de atenerse a la misma legalidad que el resto de vivos. La vida puede ser un tormento mayor que marcharse al otro barrio, de modo que los agonizantes han de ocuparse, por si acaso, de que eso no ocurra por su culpa. La jerarquía trágica de la vida y de la muerte no es abstracta: es descarnadamente concreta y depende del lugar que ocupa cada uno, de lo que cada uno hace y sufre, de lo que da y de lo que recibe. Al fin y al cabo, el trance de morirse forma parte de las disciplinas de la vida, todavía no se es un muerto.

Vuelvo a Camila y a su encierro con el desahuciado. Se me ocurrió introducir la posibilidad de que saliéramos los tres juntos, en alguno de los descansos de la terapia, a cenar a un restaurante especial, algo lujoso y de nueva cocina, como le gustaba a Román —cuyo apetito siempre había sido sintético y emocional, aparte de motivos faranduleros y de sentirse en la pomada de la sociedad *trendy*, al mismo tiempo detestada—. La repulsión también formaba parte de los acicates, pues para él no había nada tan suntuoso como presentarse en un local de moda y despotricar de lo que desfilaba ante sus ojos. Disfrutaba echando espumarajos tanto como paladeando las exquisiteces en su contradictoria boca.

Naturalmente y de entrada, se negó en redondo, subrayando el rechazo con un acceso de ira que señaló a las convenciones sociales en general y a las reuniones de restaurante en particular. Resultaba curioso, e igual de inquietante, que su resentimiento con el mundo, que abarcaba todo lo que respirase, nunca hubiera rozado mi persona y que sólo en la enfermedad —desde la infausta visita al hospital— hubiera resucitado esa especie de desdén que remitía a aquel octubre traidor. Aunque el chasco actual no pudiera ser ya más que relativo.

Camila insistió. Que ella insistiera en ir a un restaurante, algo que proscibían sus atavismos rurales, debió de suscitar alguna perplejidad en Román y acaso el indicio desolador de sus vidas encerradas. Finalmente, el actor capituló. Camila me contó que lo había convencido después de muchos argumentos, pero al silenciar qué clase de argumentos, deduje que yo no formaba parte de ellos y que Román no había accedido a un plano superior de conciencia en su relación con los otros o con la enfermedad, sino que sencillamente claudicaba. La dependencia y la devastación del tratamiento puede que hubieran multiplicado la fuerza de la mujer, que tampoco se encontraba en muy buenas condiciones.

Ella propuso la fecha y decidimos que yo buscaría el restaurante. Como no era un gastrónomo solvente, ni me parecía que estuviese a la última en cuestión de garitos, pregunté a quien debía y extraje la conclusión de que el restaurante del hotel Ada Palace, en la Gran Vía, en el que acababa de desembarcar el cocinero francés David Millet, cumplía con los requisitos (sólo me echaba para atrás el nombre dado al restaurante, Ágora, que podría dar lugar a que se buscaran presuntuosas motivaciones en la elección). Por supuesto, no lo conocía y el experimento nos abrazaría a todos.

Camila me había advertido de que Román no quería comentar la enfermedad (lo que confirmaba mis inquietudes respecto a su estado de conciencia) y también del deterioro físico y de la posible impresión que me causaría. Sin embargo, cuando nos encontramos un jueves de las postrimerías de aquel mismo enero, un poco antes de las nueve, en el vestíbulo del hotel, mi amigo me resultó más extravagante que destruido. Había perdido la cabellera rubia y sobre el cráneo pelado se había encasquetado una especie de *taqiya*, el gorro musulmán. También llevaba un pañuelo rojo al cuello y una larga chaqueta de punto negra (la impedimenta habitual de Román constaba de americana y vaqueros, dentro de una apagada austeridad). Por lo demás, su rostro no había sufrido notoriamente, exceptuando los surcos del cansancio y el tono cerúleo. Tuve la sensación de que la ropa actuaba como señuelo.

—Qué tal —saludó, alargando un poco una mano.

—Cómo estás —dije yo.

—Ya ves. De gira gastronómica —contestó con su media sonrisa crispada, la que usaba para reprimir el enfado o el reproche.

Camila, en cambio, era una anatomía saqueada. Había oquedades en su cara; tenía los ojos más abiertos y fijos, un gesto de estupor, pero resultaba más llamativa la forma en que se había retorcido y encorvado. Un sarmiento con tendencia al *sfumato*.

El restaurante estaba en el último piso. Tomamos el ascensor.

—Vosotros sabréis adónde me lleváis —dijo Román.

—Te va a gustar. Tú no hagas por que no te guste —dijo Camila tratando de mostrar energía en el hilo de voz.

El restaurante era una mezcla decorativa de salón decimonónico y museo minimalista, si eso pudiera ser. En todo caso, era confortable en medio de sus aspiraciones *fashion*. Por los ventanales se distinguían los templetes que coronaban el edificio Grassy, la Victoria alada del Metrópolis y más allá el estilóbato acristalado del Círculo de Bellas Artes, esa zona de Madrid a caballo entre el modernismo y el Gotham de Batman. Desgraciadamente, no había mucha concurrencia. La mitad de las mesas estaban vacías, quizá debido a la hora, temprana para el indígena. En las más cercanas, una pareja de turistas mayores y un bisbiseante grupo de ejecutivos o de políticos.

—Es un sitio increíble —comentó Camila cuando nos sentamos—. Gracias por traernos.

Miró a Román, pero Román se había enfrascado rápidamente en la carta. Antes ya me había dado cuenta de que su área de visión se limitaba estrictamente a lo cercano, como si construyera habitáculos, huyendo de los puntos de fuga. Ahora no quería mirar por los ventanales, ni volar por aquel espacio abstracto de los edificios y de la noche de la ciudad, y se aferraba a la carta, a su geometría y bordes materiales, recluido. Tampoco miraba directamente a los ojos, aunque eso no describe ni de lejos el movimiento resbaladizo de su mirada, al mismo tiempo inerte, como

una luz pesada entrando en contacto con objetos indiferentes y empujada por las disposiciones de una voluntad extraña a sí misma.

Pidió vieira con setas y lomo de atún a la vinagreta, y adelantó lo que quería de postre, *crème brûlée*. Me sorprendieron su apetito y su convicción, y continué sorprendido al observar la voracidad con la que comía, quizá consecuencia de algo relacionado con la terapia o del ensimismamiento de un cuerpo dañado y vuelto hacia dentro, abierto ya sólo a lo que introducía y a lo que expulsaba.

Cuando acabó con el postre, nosotros aún estábamos a mitad del *risotto* al pesto que nos repartíamos. Camila se empeñaba en buscar el anzuelo de una conversación que pescase al marido. En ese momento no detecté la conjugación en futuro: «Deberíamos cenar aquí de vez en cuando». «Venimos poco por el centro. Podríamos pasear más por aquí.» «Estamos preparando un viaje a Galicia en Semana Santa.» «Dicen que este verano será el más caluroso del siglo, no sé cómo vamos a soportarlo.» «Una amiga nuestra se va a París. Podríamos aprovechar para que me lo enseñaras, Román.» «Tenemos que planear unas buenas vacaciones para cuando acabe el tratamiento.» «Los de la RSAD se están portando muy bien con nosotros. Cuentan además con Román para una ampliación del programa de estudios.»

Ni de que hablaba en plural. En cuanto al pez, se contentó con un pequeño eructo y una respuesta universal a todo lo dicho por su mujer:

—Fíjate lo que a mí me importa todo eso.

Entonces, yo dije:

—Todavía estás aquí y a Camila le importa.

Sentí la mirada de ella y una vergüenza instantánea. De la forma más económica imaginable había conseguido despachar todo lo que debía mantenerse en secreto. Visto ahora, a distancia, la atmósfera que se había impuesto y la estrategia de Camila sólo conducían a que esas palabras se escaparan, y mi boca fue mero instrumento. Y, por supuesto, no me arrepiento, sino que me alegro de veras. Pero en aquel momento me sentí fuera de lugar, patoso, incompetente y,

lo peor de todo, inconsciente, naufragando por pura confusión mental y falta de habilidades para enfrentarme a una situación de la que no había sabido qué esperar y que ni siquiera me había planteado cabalmente. Había aceptado el tabú impuesto por Camila, la frialdad de Román, su maltrato, me había empeñado en una cena que mi amigo no quería y a causa de una repentina compasión hacia una señora que siempre me había importado un pimiento y, para rematarlo bien rematado, no llevaba claro qué esperaba o pretendía de aquel encuentro.

O sea, acerté de chiripa. Al decir que acerté no me refiero a que a partir de aquel suceso las cosas tomaran otro rumbo y el sentido de la escena cuajara, después de todo. Me refiero simplemente a que no me tragué unas palabras que con el tiempo habrían fermentado malignamente y convertido una situación absurda en una reunión de cobardes, cuya presencia y cercanía física eran en realidad una conjura para ocultarse de los otros y esconder la verdad que necesitaban si querían seguir mirándose a los ojos.

Nada cambió por que yo dijera aquello. De hecho, Román, que no sé si llegó a mirarme como tampoco sé si en lo que dijo a continuación había alguna especie de respuesta, decidió ofrecer una breve disertación:

—Me hace gracia cuando escucho eso de que hay que vivir como si fuera el último día. Qué sabrá la gente de lo que es vivir el último día. Lo que quiere decir la frase es «como si mañana te fueras a morir». En cambio, habla de vivir y sugiere que hay que pasárselo en grande. Sí, tú vete a morir mañana y sal hoy de marcha. Todo dios cagándose en los pantalones, en eso consistiría la fiesta.

Quizá hubiera en ello algún cabo que agarrar para el comienzo de una conversación sincera o más cercana. Pero yo me sentía ya bastante estúpido como para aventurarme, y se añadió Camila escuchando a Román con una cara de pánico que luego se volvió hacia mí, sorprendentemente sin reproche, únicamente pánico, un rostro lavado de gesto que era el gesto supremo.

No hubo allí mucho más, por no decir que no hubo más, puede que algunos retales, flotando sin convicción ni esperanza. Excepto la conclusión de Román mientras nos levantábamos de la mesa:

—Qué sitio tan raro al que me habéis traído. Aquí vendrán los marqueses con sus putas.

Tampoco llegamos a salir a la terraza para contemplar la noche, uno de los atractivos de la cita. Ni se intentó. Nos despedimos con una mano blanda y el rostro de Camila se alejó mirándome todavía, a través de la oscuridad, como una efigie del pavor.

Volví andando a casa. Por el camino surgieron dos cuestiones. La primera era cuánto sabía Román del curso de su enfermedad. En la manera de hablar de Camila se insinuaba que él no lo sabía todo o que no se le había concretado hasta el extremo preciso. Ahora dudaba de quién procedía la conversión del tema en tabú. En las comunicaciones telefónicas, en las que ella declaraba los menores detalles, di por supuesto que la situación era compartida por el paciente.

La segunda cuestión, aparentemente mezquina, se relacionaba con el hecho de que yo hubiera pagado la cena, 163 euros. No se trataba del dispendio, sino de lo que aparejaba dar por sentado que pagaría yo (el camarero me puso delante la nota y ellos no hicieron siquiera el amago de sacar la billetera). ¿Se habían sentido invitados a causa de mi insistencia, único motivo de aquel encuentro, de forma que yo quedaba en deuda? ¿Durante el proceso de una despedida desde lo definitivo, quién es el anfitrión, si lo hay? Lo curioso es que llevaba en mente invitarles. Y puede que también hubiera acudido al restaurante pensando que tenía una deuda que saldar (qué deuda).

Durante el trayecto la confusión aumentó junto con el malestar. Apenas era capaz de decirme a mí mismo —me lo decía, sí, pero como se escucha la radio en el coche mientras se ejecuta una maniobra— que debería revisar, o más bien determinar, cuál era mi papel en algunas funciones. Empezando por aquélla.

Alfredo Munguía

Me llamó el día siguiente a la cena aciaga y me pareció que había una nota de urgencia. Nos veíamos periódicamente, cada dos o tres meses, casi siempre a propuesta de él. Manteníamos una de esas intimidades que no precisan el contacto continuo y que comparten, aunque no se sepa qué, algo exclusivo y reconocible en sus límites. Un vínculo laxo y profundo, más de familia que de camaradas. Salíamos a comer a la sierra o a visitar jardines, pasión que consiguió transmitirme, sin interferir ni mezclar los mundos respectivos. Era mi médico de cabecera y un internista prestigioso que había abandonado la sanidad pública hacía una década, cansado de burocracia y prelaturas, y que se montó una consulta privada anexa al domicilio, en la calle Menéndez Pelayo, frontera con el parque de El Retiro.

El nombre de la calle abundaba en un conjunto de coincidencias jugosas, teniendo en cuenta que fui recomendado a él por terceros y sin noticia previa: como Menéndez Pelayo, ambos nacimos en Santander (y yo en la vivienda contigua a la de don Marcelino), el padre de Alfredo resultó haber sido el médico de cabecera de mis abuelos maternos Isabel y Saturnino y uno de los parroquianos que se jugaba los cuartos al póquer con aquel abuelo buscavidas, a quien, en el colmo del azar, Alfredo había conocido en esos tiempos y guardado en su memoria como prototipo de caballero bohemio. (Incluso sabía cosas inéditas —probablemente porque en su casa

se hablaba más de mi abuelo que en la mía—, como su oficio de feriante durante una época, vendiendo cohetes, petardos y fulminantes.)

Descubrimos las coincidencias ya en la primera consulta, cuando mi dentista me lo recomendó a causa de unos vértigos que los médicos reglamentarios no acertaban a juzgar. El diagnóstico de Alfredo fue algo esotérico, al menos para el muchacho cerca de la treintena que yo era entonces: «Lee menos y escribe más. Antes de que explotes». Luego, añadió: «Todo lo que haces en la vida se paga tarde o temprano. Hasta lo bueno».

El día de la llamada, él acababa de cumplir sesenta y dos años y pensé que quizá hubiera relación, aunque no era propenso a celebraciones. Te enterabas de la efeméride que fuese por unas anchoas de Santoña o por una botella de Riesling (nos encantaba a los dos) que pedía de improviso en un bar. No creo que hiciera mayores fiestas con su mujer u otros amigos. No tenía hijos. La cita que había sugerido era bastante normal: en el jardín japonés de El Retiro, a la hora de las cañas. Lo de *jardín japonés* era parcialmente una denominación suya (se menciona en algunos planos y escritos antiguos), porque lo cierto es que nadie vivo lo ha visto nunca. Alfredo, de todas formas, descubría por aquí y por allá la piedra K´uai y los caminos de entrada y salida de los espíritus.

No encontré objeción y me presenté en el pontón que cruza la ría, a medio camino entre el Palacio de Cristal y la Rosaleda, desde donde solíamos dirigirnos por tranquilos vericuetos hacia la zona del Estanque. Estaba ya esperándome, a pesar de que aparecí puntualmente a la una. Miraba la ría apoyado en la baranda de madera tosca que apenas le llegaba a la rodilla. Era muy alto, enteco, de estilo ligeramente lacedemonio. Al recibirme, aprecié en el semblante una leve demacración, nada especial, dada su complexión y temperamento. Me obsequió con la sonrisa habitual — le contraía y endurecía la cara de por sí tallada— y con su enérgico apretón de manos, del que siempre había sospechado que formaba parte de un chequeo instintivo: yo me esforzaba en reunir y

devolverle la misma energía por temor a cualquier comentario negativo que caería como una bomba en mi exquisita e infinitamente delicada hipocondría.

Iniciamos la caminata en silencio, como de costumbre, y hacia el destino de costumbre. Nos cruzamos, antes del primer bosquecillo, con un grupo escolar que miraba a las alturas de un pino siguiendo las piruetas de las ardillas. Alfredo dijo:

—Hace ocho semanas me detectaron un carcinoma. Hay infiltraciones en el hígado y en el páncreas.

Quería que me aclarase lo que estaba diciendo, pero de pronto había perdido la orientación, no estaba seguro de dónde veníamos. ¿Veníamos de atrás? ¿De delante? Debería haber alguna señal...

—El pronóstico es el peor. No hay nada que hacer. Voy a morir. He rechazado la terapia paliativa. Quiero estar despejado el mayor tiempo posible y aprovecharlo para arreglar cosas. No creo que me queden más allá de dos meses o dos meses y medio. Con suerte.

El problema ya no era de dónde veníamos, sino dónde estábamos. Y también el tiempo en el que estábamos. Qué hora o qué día era. Y de qué sitio eran esa hora o ese día.

—¿Vamos bien? —creo que pregunté.

—Tranquilo —dijo Alfredo—. Vamos a sentarnos. Enseguida se pasa.

El banco estaba frío y duro. El contacto subió por mi columna y se quedó en la nuca, igual de frío y de duro.

—Se me olvidaba lo sensible que eres. No hay manera de hacer de ti un hombre. Lo seguro es que yo no llegaré a verlo.

Luego, pensé que en El Retiro no había ningún jardín japonés y me puse en pie de un salto. Caminamos un rato. En ese rato, las palabras de Alfredo volvían una y otra vez. Era difícil quitárselas de encima. Sonaban sin parar para decir siempre lo mismo.

—Cuéntame lo que estás pensando —dijo más tarde.

—No estoy pensando, no puedo pensar.

—Pues suelta lo que se te ocurra en este mismo momento.

—¿En este mismo momento?

—Sí, en este mismo momento.

—No.

—Hazme el favor.

—No.

—Es importante que lo digas, si quieres que tengamos la conversación que espero y que necesito.

Escupí las palabras:

—Que eres un cabrón, eso es lo que estaba pensando.

—Bien. Ahora te ruego que aceptes mis excusas.

Salieron entonces en cascada las mil preguntas de circunstancia, quería saber más, mucho más, aunque todo lo que había que saber ya estaba dicho con toda claridad (igual que con Muriel): que Alfredo Munguía moriría en breve. Pero yo no podía evitarlo. Se trataba de mi esperanza, no de la suya. Quizá hubiera algo con que negar su muerte, o desviarla o transfigurarla en error. No me importaba si todo su ser, en sus mínimas unidades de duración y de cuerpo, también se debatía entre la aceptación y el rechazo. Tampoco me importaba demostrar valor, un valor que sin duda transmitiría a quien lo necesitaba más que yo. La esperanza es hambre furiosa, devorarías a tu hermano.

Atravesábamos el bosque de pinos y olmos en los senderos hacia el Palacio de Cristal. Hacía un sol filtrado por las copas, encharcado abajo. Territorio de encuentros homosexuales, se veía a sujetos que vagaban espionando por el rabillo, a otros tostándose desnudos de cintura para arriba, otros aguardando sentados en las glorietas. Sentí ternura hacia esos seres que buscaban amor o placer entre jardines, arrancando de la tierra un pequeño júbilo. Cruzó por la cabeza, como si lo trajera una brisa, el final de aquel poema de Yeats: *I have spread my dreams under your feet; / Tread softly because you tread on my dreams* («He extendido mis sueños bajo tus pies / Pisa suavemente, porque pisas sobre mis sueños»).

No eran más que palabras, pero palabras que acudían en auxilio y gratuitamente, y que proporcionaban tacto. Qué querían tocar. Lo que fuera ya no estaba allí. Eran *palabras sensibles*. Uno se coloca

en su interior y se adapta. No se identifica con ellas, sólo se adapta. Hay estímulos y piel. El espacio que tocan es abstracto, no hay sitio para nada ni nadie en particular, porque no es de nada ni de nadie. Quizá sea el espacio por el que desaparecemos, hecho él mismo de desaparición.

Se elevan y caen, pero no caen al lugar angustiado del que habían partido, sino a otro que está en el mismo sitio, pero en el que la Tierra y el alma han cambiado. Puede que haya palabras que viajen a donde nadie llega y vuelvan. Un Hades al que sólo ellas tienen acceso.

No sé cuándo ni dónde, oí que Alfredo decía:

—Estoy un poco preocupado por ti.

Era imposible que yo entendiera esa frase al instante. Venía desde demasiado abajo.

—No —fue mi curiosa contestación.

—No, ¿qué?

Le miré extrañado. ¿Estábamos hablando de algo?

—¿Qué es lo que he dicho? —pregunté.

—Has dicho que no.

—Entonces lo habré dicho con relación a algo.

—Es muy probable.

—¿No debieras saberlo tú?

Me fijé en que su sonrisa ya no le deformaba tanto la cara, como si el rostro se hubiera vuelto pesado y el gesto no pudiese levantar esa carga.

—Te decía que estaba algo preocupado por ti —dijo.

—¿Preocupado por mí?

Esperó, para seguir, a cruzar el paseo que va del Ángel Caído al Estanque, animado a esa hora por bicicletas, monopatines y madres con lactantes.

—Me gustaría saber por qué ya no quieres escribir —prosiguió.

—¿He hablado yo ahora de eso?

—La verdad es que no.

—Eso ahora no tiene la más mínima importancia —contesté.

Entonces, se plantó frente a mí, nariz con nariz, y soltó:

—Vas a decirme tú a mí lo que tiene importancia y lo que no.

Se me habían echado encima dos ojos tranquilos, firmemente abiertos, entre el verde y el ocre de los castaños en otoño que él, por cierto, tanto admiraba.

—No me interesa —repuse cuando me repuse—. Grandes gastos de energía para resultados pobres.

—A mí no me parece que los resultados sean pobres.

Tal vez mi respuesta llevase alguna cólera, aunque eso era lo de menos, dada la irrealidad de la conversación:

—Pasas años neurotizado en un cuarto, mientras tu familia aguarda fuera rezando para que, cuando salgas, aún puedan diferenciarte del monstruo de Frankenstein. Luego, la editorial lee el libro y decide publicarlo sin que medie una conversación seria, ni siquiera una en broma, sobre lo que has escrito. Más tarde llegan los críticos, las revistas y los suplementos, y lo reseñan de tal modo que llegas a dudar de que no ande suelto por ahí un escritor con tu mismo nombre y que escribe novelas con el mismo título. Entretanto, tiembles. Tiembles por que un número suficiente de consumidores de libros te deje en buen lugar ante los gerentes y gestores de la editorial, y te permita pensar que tu próximo engendro será publicado. Al final, vuelves a casa anonadado y sin que te hayan dicho ni palabra de lo que has escrito. Reconozco que sufrir está bien, dilata el tiempo, hay nervios que duelen y que no sabías que existían, y tienes una meta: que acabe pronto. Pero, a partir de ahora, preferiría pasarlo mal con otras cosas, no todos los días van a ser lentejas.

Hala. Lo absurdo en apoteosis. Habíamos llegado al Palacio de Cristal. Dentro había una instalación artística sobre la basura con relucientes torres de desechos. Una manada de turistas mordisqueaba sándwiches y ocupaba la escalinata del lago mirando bóvidamente la fuente del centro, que brotaba en géiser. Amenazó otra vez el pánico de desorientación y me concentré en Alfredo. Alfredo me parecía muy sólido. También me parecía que se alejaba.

—¿Te acuerdas de por qué querías escribir?

—Para que me dejaran en paz.

—Decías que era el espacio de tu libertad y que ahí no permitirías entrar a nadie.

—Ya ves lo que decía.

—Pues parece que en tu libertad entra todo el mundo, editores, críticos, lectores, además de no dejarte en paz. Yo creo que en ese cuarto en el que escribes hay demasiada gente, no me extraña que no puedas y que no quieras.

—Lo que tú digas —contesté, notando la tensión que me provocaba aquel intercambio extravagante.

—Pero no, no era sólo eso.

—El qué.

—Lo que decías. Decías más cosas. Lo importante era otra cosa.

—No me acuerdo.

—Haz memoria.

—Ya hago y no me acuerdo.

—Pues recuerda, recuerda —y otra vez sus ojos encima, la sensación de aire apretado entre su cara y la mía, de que la vista alargaba manos.

«Recuerda, recuerda», palabras que llegaban con una emoción impetuosa, de origen desconocido. ¿No es eso lo que hemos de hacer con los muertos?

—No me acuerdo, Alfredo, de verdad.

—Qué pena —dijo alejándose, y yo sentí que mi falta de memoria golpeaba la suya, la memoria que debería guardar de él, que lo peor es que me hubiera fallado la memoria precisamente ante quien debía o esperaba ser recordado.

Se había ido caminando hacia la pequeña cueva que hay en la orilla derecha. Le seguí.

Entró en la cueva, su figura se oscureció y luego, salió por el otro lado iluminada por un golpe de sol. Entonces me acordé.

—Ya sé qué era —dije cuando estuve a su lado.

—A ver —creo que sus ojos habían empequeñecido en aquel rato.

—Que escribía para hablar con Dios.

—¿Y sabes lo que significaba, dado que tú no eres precisamente creyente?

—Sólo quería hablar con él, escuchar esa voz alguna vez, el sonido de la eternidad, ese silbido de esferas. Quería conseguirlo con palabras. ¿Por qué me haces hablar de esto?

—¿Hay mejor motivo para escribir? ¿No merece la pena el esfuerzo? Por todo lo demás, lo dudo... Pero imagina que en una de tus líneas, o entre ellas, escuchas de pronto el sonido del que hablas, o una palabra oscura e incomprensible de ese Dios que, sin embargo, se te vuelve transparente..., imagínate. Eso sí merece la pena.

—No sé si tengo ya esas aspiraciones.

Se volvió con tranquilidad. Los brazos inertes en los costados, el cuerpo blando que podría caer al suelo como una sábana, el rostro que trataba de mantener el gesto mientras algo lo derretía por dentro, la fragilidad, la sutileza tremenda que me habían pasado inadvertidas hasta ese instante.

—Hazlo por mí. Vuelve a escribir. Escucha a ese Dios. Y cuando le hables, no olvides decirle que voy enseguida.

Justicia contra consuelo

Por los ventanales de este salón de actos se ven caer copos que fluctúan como jirones. Hay alerta naranja en la región y en media España. Es febrero. Asisto a la disertación de un colega y amigo sobre el libro de Job. Ha querido que viniera. Al fin y al cabo, yo había escrito un libro sobre el Antiguo Testamento. Y daba clases sobre la Biblia. Ininterrumpidamente. No podía dejar de interesarme tanto como a él le interesaría mi opinión. El colega es catedrático de Filología y para mí es el Filólogo. A su identidad le he aplicado una especie de hipóstasis.

Dice: «¿No ha de aprender Job y la humanidad de esa indiferencia de Dios ante el dolor? ¿No es esa indiferencia un regalo al pensamiento y a la conciencia de nosotros mismos?».

Es una bonita historia, qué duda cabe. Dios y Satán (el *Adversario*) apuestan por la calidad de la fe de Job una vez se le hayan apretado las clavijas. Se le aprietan en serio. Muerte de los seres queridos, dolor en propia carne. Antes, Job es un hombre bueno. ¿Cómo de bueno? Intachable, el mejor, todo lo hace bien. Lo hace tan bien que hasta celebra holocaustos precautorios por los posibles pecados que hayan podido cometer sus hijos en algunos banquetes (que podrían traducirse por orgías, sin mayor problema). ¿Eso también está bien? ¿No es demasiado? ¿Es que también era bueno controlando los castigos divinos?

Pero el Filólogo no va por ahí. Job era bueno y ya está. Aunque al final resultó que tenía un lado malo. El lado malo consistía en esperar que Dios le devolviera bien por bien. Creía en la retribución. Ese viejo sentimiento es el que pastan las almas. Ahí radica el debate. ¿Cómo se atreve Job a esperar que Dios le devuelva bien por bien? ¿Cómo se atreve a *pensar a Dios*? Ay. Maldito sea el sentimiento de retribución, esa enfermedad de la espera, esa economía del bien.

Job se pone a pedir explicaciones al Creador. A ver, Dios, por qué. ¿Por qué me torturas de esta forma? Los amigos vienen a consolarle: algo habrás hecho mal. La cosa empeora. Están todos de acuerdo: el que sufre y los que pretenden consolarle. Pero los amigos cansan y son monotemáticos. No digamos si de propina te duelen las muelas. Por un momento, Job pierde de vista a Dios y se revuelve contra ellos: *qué dulces son las palabras ecuánimes, especuláis con mi dolor*. Les llama charlatanes y curanderos de quimeras. En cuanto a los amigos, ignoran que Dios también les escucha a ellos.

El Filólogo no puede estar más de acuerdo consigo mismo: Job y los amigos incurren en el mismo pecado. Hay unas coordenadas divinas, el bien se retribuye con el bien y el mal con el mal. ¿No es de sentido común? El problema es si el sentido común explica lo que se le ponga por delante. El problema es si Dios tiene sentido común. O maneja algún otro. El pecado humano por excelencia es el de la soberbia. Los sentidos de Dios son los míos. Soy una especie de Dios, aunque haya ratos en los que no me doy cuenta.

Sin embargo, el relato no va tan deprisa. Al menos no tan rápido como la interpretación del colega y amigo. Porque Job, al principio, simplemente se aflige. Una aflicción legítima, la del duelo por todo lo que está perdiendo. Y su primer reproche a Dios no es el de la falta de sentido de lo que ocurre, sino el de no hallar sosiego ni en el sueño. Le reprocha la falta de alivio, le reprocha que le proscriba el consuelo: *Pienso que mi cama me consolará, pero con pesadillas*

entonces tú me espantas. Se dirige a un Dios obcecado, no a un Dios que reparte justicia.

Es entonces cuando algo ha empezado a cambiar, y algo grave de verdad está ocurriendo. No, él no está siguiendo, como le advierten los amigos, *la ruta antigua de los hombres perversos*: está preguntándose por la fe. No está revuelto contra Dios, al que ya presiente muy lejos de sus sentidos y de su conocimiento (y es en este punto donde Job ha dejado de ser el Job de los holocaustos precautorios), sino contra una fe vacía que ha perdido contacto con la sustancia de la vida, que se ha puesto más allá del dolor, que desprecia la paz y la mitigación de las penas. No sólo las desprecia: parece que se complace en ellas.

¿Y qué es una fe sin consuelo? ¿Un programa político, un plan de viabilidad, un fuego alrededor del cual se cuentan historias? Ah, bueno, si era eso, podríamos haber dejado tranquila al alma, a la metafísica y a la teología. Pues bien, Omnipotente, por mí te puedes quedar con toda tu fe. Que la disfrutes. A mí me olvidas. Ojalá regreses al caos y a tu creación inconclusa. Allí estabas bien.

La visión de Job es contundente: *en la desgracia nunca se halla a Dios*. Puede que haya Dios, pero no hay consuelo. Puestos así: ¿es necesario creer en un Dios sin consuelo? ¿Podría creerse en la amistad, en el amor, en el trabajo, en la familia, si no proporcionaran consuelo, si no fuesen bálsamo para el dolor?

No es la retribución, no son los oscuros (y a menudo retorcidos) caminos de Yahvé, ni la capacidad de la comprensión humana lo que se está dirimiendo. Esto no va de eso. Esto va de una fe que se ha quedado vacía de puro mezquina. No da nada. De nada.

Hace rato que Job ha dejado de pedir lo que no hay (explicación en términos de justicia) y en su silencioso dolor puede apreciarse la conciencia de un aprendizaje. Job aprende antes de que el lector se dé cuenta de que ha aprendido. Ahí está, lamiéndose las heridas, llagado y ulceroso, despojado de cuanto tuvo, vencido sobre sí mismo y pidiendo que le sobrevenga el sueño eterno. Y, por encima, la imagen celeste: un Dios estupefacto. ¿Qué ha pasado aquí? Iba

hacia la ventanilla a cobrar un buen montón de fichas, después de haber dejado limpio a Satán, que ya no volverá a aparecer por el relato, y resulta que las fichas eran de juguete. Tiene además la impresión de que el juego en el que ha ganado no es el juego al que jugaban los demás. Malas sensaciones. Y allí abajo hay uno que dice no sé qué del consuelo y de que alguien se ha extraviado. Preferiría no hacer caso, pero algunas palabras llaman su atención y termina por escuchar con todo detalle. Y cuanto más escucha, más se irrita. Le queda poco para explotar. Explota, al fin.

Desde el seno de su propia tempestad vocifera a Job: quién narices te crees que eres, atontado. A ver, dónde estabas tú cuando yo fundaba la Tierra y le sentaba las bases y le tomaba medidas. Porque si andabas por allí, colega, yo no te vi. Y no me hubiera venido mal un poco de compañía. ¿Y qué? ¿No serías tú el que separó la luz de las tinieblas y asignó leyes a los cielos? ¿Eh, jefe? Porque si eras tú, es que ya habías nacido entonces y bien larga es la cuenta de tus días. Lo mismo hasta eres yo y resulta que por tu voluntad el halcón emprende el vuelo hacia el Sur y el águila remonta a las alturas para hacer su nido. Venga, socio, te escucho.

Job le da la razón: *he hablado a la ligera, ¿qué voy a responder?* También dice que no volverá a hablar, que ya habló una vez. Yahvé no parece muy conforme con la respuesta. ¿Esperaba más? ¿Qué se supone que tenía que responder Job? ¿O quizá le resulta especialmente molesto ese «qué voy a responder»? De modo que le lanza una nueva andanada. Ahora le habla de monstruos, de Behemot, de Leviatán, qué tal si el quejica les hace frente. ¿Se encuentra en forma para subir al ring con los titanes? Job responde prácticamente lo mismo sólo que más en largo y más reverente, pero no puede evitar que suene ya a letanía, haciendo que la primera respuesta a su vez se torne hueca. Ambas suenan en realidad como un silencio, y es lo que Dios ha detectado. No está seguro de que eso haya sido un diálogo, ni de que se hayan aclarado las cosas.

Él, Dios, le ha preguntado, ciertamente a su manera, por la fe. La fe que se le debe al que ha creado un mundo que desborda la mente humana. Es una cuestión simple, es una cuestión casi de lógica. El universo es magnífico y está más o menos en orden, luego Dios existe. Lo malo es que Job estaba pensando en otra cosa, en dónde colocar esa fe, si en la mesa del salón o en el cuarto de los trastos viejos. Y la respuesta que acaba dando produce la impresión de ser un escudo de palabras. Dios tiene intereses en la fe, pero Job tiene intereses en el consuelo.

Para mayor enredo, ambos saben que esas nociones están relacionadas y que desde un punto de vista, digamos, mortal, dependen la una de la otra. Dios no quiere que sea así, la fe es la fe, igual que el cielo es lo de arriba y la tierra lo de abajo. Por supuesto, no se plantea dar su brazo a torcer. Y tenemos la sospecha de que Job tampoco. Es una pelea de clarividentes. Job pide lo que no hay y Dios exige lo que no se le puede dar si antes no entrega aquello que la fe promete. Menos alianzas y promesas, y más consuelo, oh, Divino.

Mi amigo está concluyendo en el proscenio. Y sigue con lo de la retribución, de la que no se ha movido. El asunto parece que se va resolviendo. Ahora Yahvé se apresura a castigar a los amigos (¿no eran otros que se atrevían a pensar a Dios, a pensar que devolvía bien por bien?) y a colmar de bendiciones a Job. Al fin y al cabo, un poco a regañadientes, parece que el buen hombre se ha enterado de las preguntas que jamás hay que hacer, sobre todo de a quién no hay que hacérselas nunca. Es lo que afirma mi amigo allá arriba.

Pero es imaginar que Dios no ha entendido nada y que se mantiene en sus trece, cuando todo indica que sí se ha enterado de lo que le estaban pidiendo: una fe con consuelo. El Omnisciente también tiene la facultad de cambiar, o por lo menos de enterarse. Y puede que el castigo a los amigos tenga más que ver con su incapacidad para dar consuelo a Job (ya que Él no puede o no quiere darlo) que con faltas supuestas. ¿Para qué, si no,

acompañan esas criaturas al atribulado? ¿Sólo para darle la matraca? ¿No es Él el experto en matracas?

¿Y cuáles son las bendiciones que dispensa a Job? Nueva familia y nuevas riquezas y muchas generaciones para sucederle. ¿No pretende de este modo consolarle de lo que ha perdido, aunque sea de una inquietante manera? ¿Cómo van a consolarte otros hijos de los que has perdido? Peor todavía: ¿quién asegura que no se convertirán en la letra de cambio de otra amenaza? Y tu tiempo, el tiempo en que viviste y amaste, ¿quién te lo devuelve? ¿No es acaso una especie de condena que te obliguen de nuevo al amor, sabiendo lo que puede pasar? Para amar, creer y cosas del estilo se necesita una pizca de inocencia y a Job se la han arrancado de cuajo. Dios quiere darle consuelo tal como Él puede entenderlo, pero en realidad entrega al hombre un certificado de su insignificancia y una vida que ha de durar como la promesa de un castigo. Ése es el silencio de Job, de ahí su letanía por respuesta.

Al final del acto, sirven un vino. Persiste la nevada. El Filólogo se acerca.

—Dime qué te ha parecido. No te ahorres nada —dice.

—Has hablado muy bien de la retribución —contesto.

—Eso suena a que me he olvidado de algo.

—No, en absoluto. De veras. Sólo pensaba en lo mucho que a todos nos interesa la justicia.

—Eso indica que estás pensando en otra cosa que nos interesa poco.

—No se me ocurre. Bueno, quizá en el consuelo. Pero vagamente. En si la justicia no será lo contrario del consuelo. O su sustituto.

—Ah, vaya.

—Ya te he dicho que no pensaba en nada. Elucubraciones...

En realidad, no deseaba entrar en la conversación. Román y Camila estaban cruzando por mi mente.

Sunt lacrimae rerum

El tiempo que queda, el tiempo que falta, el tiempo de la espera, el tiempo de viaje, el tiempo necesario, el tiempo que dura..., son tiempos de la vida. Los llevamos en una contabilidad, en libros de doble entrada. En cambio, el tiempo de la muerte, siendo el mismo tiempo, carece de cifra y de función. No se cuenta con él. Aunque la vida esté hecha de tantas muertes. Sólo cuando se agota el plazo de vida o cuando algo se extingue, comienza a operar. Lo malo es que para entonces ya sólo puede sentirse como la dentellada de una anomalía, como un engaño despiadado, como una broma cósmica o como un tajo. ¿Cómo contaban Alfredo y Román el tiempo de su final? ¿Cómo habían contado su tiempo de vida? Y, antes que nada, ¿hubo alguna vez o sería posible un tiempo homogéneo que valiera para vivir y morir, que transportara ambas cargas o lo intentara con una conciencia única, indivisible?

La cuestión quizá se resuelva mirando en nuestro corazón, donde están escritas todas las historias. Sólo hay que mirar bien. Venimos de lejos, así que todo debe de estar a mano.

Y es ahí, en ese músculo del pulso y de la pasión, donde llevamos escritos, por ejemplo, los viejos libros de la Biblia judía, los relatos de ese Dios silencioso e inescrutable, al que la humanidad invoca inútilmente para que explique sus motivos, para que haga sus promesas salvíficas, para que aclare el futuro. Y junto a ellos también pueden leerse los que escribieron aquellos griegos que

amaban la polis, discutían sobre la justicia y la permanencia, reflexionaban sobre la educación y se iban a la guerra con la feliz despreocupación de los que estiman superior su forma de vida. El tiempo mortal y lo eterno los habían llenado de dioses.

Por supuesto, el corazón no es un libro abierto, quizá no sea ni un libro, pero está plagado de escrituras. Hay que prestarle atención si se quiere leer en él, pero no hay que hacerse demasiadas ilusiones sobre la claridad.

Entre los libros judíos hay uno, Eclesiastés, narrado por Cohélet siglos antes de Cristo, que se declara en rebeldía contra toda pregunta y que simplemente niega: no hay consuelo, no hay inmortalidad, la obra humana no significa nada, Dios es el nombre de la ausencia. La mortalidad del hombre y de la bestia es la misma, la muerte es una para todo lo que existe sobre la tierra. Ojalá no hubiéramos nacido. Contamos los días de nuestra existencia, porque sabemos que se acaban. Los placeres y las alegrías los pone Dios en el corazón del hombre para que olvide el cómputo de sus días. Ése es el trabajo, fuera contabilidad. Ya el tiempo nos cuenta, porque hay un tiempo para cada cosa.

No intentes consolarte, porque añadirás más dolor. Sólo te queda el placer, que es olvido, que es presente absoluto, en que las horas y los días se diluyen. Pero el Eclesiastés oculta la paradoja: el placer y la alegría tienen límites, y al cesar resucitan las imágenes temidas (esa *petite mort* que sucede a todo éxtasis). Además: lo que se hace para olvidar deviene en una forma de recuerdo, en una desesperación desviada que devuelve el motivo multiplicado. El tiempo se detiene, pero la memoria no. Y así la satisfacción se cumple y se saborea con amargura.

Emplazada en olvidar la cuenta de los días, la conciencia que pinta el narrador Cohélet es solitaria en extremo. Los otros no sirven, el mundo está regido por la injusticia y la necedad. La sabiduría es la casa del dolor y donde abunda conocimiento abundan penas. En cuanto a las propias obras, son sólo vanidad y atrapar vientos, no te afanes demasiado. Y ésta es el alma en que,

despojada de las otras almas, de la sabiduría y de las obras, se deposita enteramente la responsabilidad de hallar reposo (olvido).

Nace con ella una subjetividad que reconocemos, dolorosa. Nadie solo, empozado en sí mismo, puede con eso. Le esperan, en el fondo de su mundo clausurado, la impotencia y el desbordamiento. La subjetividad tiene una larga y aplaudida historia, que coincide con la revelación de su verdadera identidad, paciente y sufriente. El yo es una confesión (y casi siempre está confesándose) de todos los males que le aquejan. Sí, eres tú, porque sufres.

El griego de la polis del siglo V a. C. tiene otra actitud. El tiempo mortal es una imagen móvil de lo eterno. Vivimos entre dioses, vivimos en la eternidad. Lo que hacemos con los otros (comunidad y justicia), lo que hacemos con nosotros (*paideia* y conocimiento), las obras que salen de nuestras manos (*techné, poiesis*) producen nuestro lugar en el mundo, un mundo con alma (*psyché tou kosmou*) que recorre la cadena de los seres. Al hacer justicia, conocimiento y obras, hacemos lo que nos es propio, del mismo modo en que el universo en el que habitamos hace lo que le es propio (eternidad).

Incluso los últimos exponentes de ese universo, Platón y Aristóteles, insisten en esta visión de las cosas y del tiempo humano. Platón busca en su *República* (ideal, pero no irreal) un gobierno que procure justicia y felicidad a través de un largo viaje al conocimiento en el que cada uno encontrará su sitio (jerárquico, pero no sometido). En ese viaje, algunos traspasarán las fronteras de lo comunicable, pues la verdad no es completamente de este mundo nuestro. Éstos serán los reyes, pues han emprendido camino adonde nadie puede avistarlos. El filósofo rey es un intermediario entre el mundo visible y el invisible. Aristóteles, por su lado, entiende la felicidad como el encuentro del individuo con aquello que mejor sabe hacer, y este asunto, dice, es político. No hay ética sin política, no hay felicidad sin comunidad. La comunidad es como la naturaleza, amniótica. Todos los medios, ya sean gremiales, políticos o cósmicos, se parecen en algo: se desenvuelven en algo que es más que el individuo y que la suma de individuos, y que

resulta de su misma connivencia al producir realidades que les afectan y que no pueden identificarse con esto o aquello, sino con el todo.

No hay, pues, nada que olvidar, hay que hallar la tarea y el espacio común con los otros. Al conseguirlo, no solamente obtenemos nuestra posición en la polis, sino en el Todo. La cadena del ser rebasa la mortalidad asentándose en ella.

El libro judío y la mentalidad griega ofrecen dos posturas que se dan en nosotros como variantes psicológicas. Hay quienes se ofrecen en holocausto al placer y a los presentes absolutos y quienes se entregan a la tarea y a los otros como manera de dar sentido a su tiempo. Por supuesto, nadie es un ejemplo puro de estas actitudes, y existen además otras posibilidades, algunas de ellas duras, como el pánico (rutinas y reglas más o menos absurdas y convencionales, rechazo de todo pensamiento o sentimiento vinculado a nuestra mortalidad, parálisis...).

En resumen, el pensamiento teórico en unos y en otros sirve a una finalidad práctica y lo más práctico de todo es saber cuál es nuestro lugar en un mundo que a ojos mortales esconde un misterio y revela un límite a nuestra comprensión, cuya figura sintética es la muerte. Nuestras dos fuentes de sentimentalidad, la hebrea y la griega, divergen a la vez que se encuentran en la fabricación de nuestra conciencia de las cosas.

Vuelvo a mis amigos y a su plazo de vida. Creo que Alfredo era sobre todo griego y Román, Eclesiastés. Para Alfredo su profesión formaba parte de una entrega y, como toda entrega, se fundía con algo de afuera: la sanación, en este caso. Para Román, en cambio, era una fuga, considerando no sólo su comportamiento y biografía, sino también la forma en que aludía a su trabajo interpretativo.

Una conversación con Román:

—El talento es un hándicap. Triunfan los peores. En todo —dice.

—Tampoco he visto triunfadores muy felices —digo yo.

—¿Es que has visto fracasados felices?

—Bueno, al fin y al cabo los fracasados no se diferencian mucho de los triunfadores. Ambos quieren tener una misma clase de éxito. ¿Por qué querías ser actor?

—Me gusta la escena. Es estar fuera del mundo, olvidarse, interpretar papeles que no son tuyos. Durante un rodaje o una función no hay nada más que ese momento, lo que está pasando.

—Pero eso se acaba. Luego, hay que irse a la calle y a casa.

—Nunca te vas. O haces lo posible por no irte. Después viene la fiesta.

—Tías y drogas...

—Vas a decirme que eso no es fantástico.

—Fantástico, de acuerdo.

—Estás extenuado por la función o por el rodaje, sales al Cok y te tomas dos whiskies, una rayita, te metes en el rollo de la seducción.

—Aun así, llega el momento de despertar.

—O de empalmar.

Una conversación con Alfredo:

—¿Sabes que empecé a estudiar Medicina? —le digo.

—No. ¿Y qué pasó?

—Descubrí que me asustaba la sangre.

—¿La sangre? Eso no es más que un fluido de proteínas. Y es la vida, todo tiene su sangre. Es vida en directo. Aunque asustarse de la vida es bastante común.

—¿Y lo tuyo se debe a que vienes de una familia de médicos? ¿A papá le gustaba que continuaras la tradición de matasanos? —pregunto algo picado.

—Papá no me dijo nada. Y, naturalmente, tiene que ver con que hubiera médicos en la familia. Me enseñaron sin querer y, por mi parte, descubrí que no me faltaba talento. Además de que me gustaba.

—¿Te gustaba ver enfermos?

—*Me gustaba curarlos. Pero confieso que también me gustaba la enfermedad.*

—*¿Se trata de algo morboso?*

—*Descubrí que a menudo está relacionada con causas externas, aunque no lineales. Es una respuesta..., o una falta de respuesta. Esto último, más bien, al menos en las patologías a las que yo me enfrento.*

—*¿Un internista se enfrenta a causas externas?*

—*Un organismo es un espejo. Pero un espejo que se modifica según las imágenes que se le presentan. Por eso es complejo, porque no está solo, no es autónomo, no es simple anatomía.*

—*¿Y tu profesión?*

—*El médico es también un espejo.*

Según esto, Román estaría contando dolorosamente las horas y Alfredo estaría viéndolas fluir hasta que se reunieran con la sangre de todo. Supongo que no es tan sencillo, y que ellos no se comportarían con ninguna sencillez.

Lo seguro es que en todo plazo definitivo hay una espera. La espera misma es otra forma de tristeza, la del que se abandona a una suerte que no le interroga ni le presta oído. Esperamos el momento de entrar en el quirófano, de salir de algún encierro, de que suene el teléfono para sacarnos de la incertidumbre, de que llegue la cita. No hay paisajes, nada nos rodea, los ojos no miran adentro ni afuera. El cuerpo es una interfaz entre la persona y su porvenir, se agita con facilidad o se desvitaliza, demasiado sutil.

Pero en ocasiones, esa atención desarraigada sobre un escenario inerte se posa de improviso en el cuero de una butaca y observa su desgaste, sus ajaduras, el brillo pálido de esa piel, unas cuantas manchas de óxido que empiezan a trepar por patas niqueladas... Ese objeto casual es un mundo. Están todos los que han pasado por él, las maneras en que lo han usado, los pesos que ha soportado, la herencia de marcas y hendimientos, el aire de alientos, quejas y palabras que lo han ido erosionando, curtiendo...

Y entonces la butaca alza un murmullo, respira levemente, deposita en tu presencia, únicamente para ti, a los que pasaron por ella. Si acercas el oído descubrirás que las cosas tienen algo que decir y que también tienen sus lágrimas, que en la tristeza de la espera no estás tan solo. (*Sunt lacrimae rerum et mentem mortalia tangunt*: «Son lágrimas de las cosas y la mortalidad toca el alma», escribió Virgilio.)

En la ciudad de Caen, en 1314, colocaron un reloj en un puente con la inscripción:

*Doy a las horas voz
para que la gente común se alegre.*

Los relojes mecánicos comenzaban la invasión de Europa. Aunque las horas venían de antiguo: en Oriente eran amplias y arbitrarias, señalaban divisorias entre el día y la noche. En Occidente, se conformaban con las siete canónicas: maitines, prima, tercia, sexta, nonas, vísperas y completas. Todas eran horas destinadas a conjugar las labores con el día solar, la vida particular con la comunitaria. No faltaban artilugios que midieran fracciones: los había de agua, de arena, de mercurio, de porcelana molida... Pero no impedían que el tiempo fluyera, un *continuum* sin marcas, sin puntos fijos (sin puntualidad), una corriente anónima que atravesaba la luz y la oscuridad, lo de abajo y lo de arriba. El reloj mecánico venía a cambiar el sentimiento, haciendo iguales las horas desiguales, interrumpiendo el flujo, separando la vida temporal de la cósmica, encarnizándose con el cuerpo.

Doy a las horas voz... Las nuevas horas no se miran, se escuchan, se meten dentro. Decimos «mirar la hora», pero lo que sucede es otra cosa. El organismo acaba por adaptarse a esos segmentos mecánicos de tiempo, los predice, los presiente. En circunstancias cotidianas no hace falta mirar el reloj para conocer la hora, abrimos los ojos en el momento en que debía sonar el despertador, sabemos cuándo se hace tarde, planeamos el día con

lapsos cuantificados. Somos el reloj. A menudo esos aparatos van amarrados al cuerpo, necesitamos una constancia de que están ahí por si alguna vez nos perdemos del tiempo, por si perdemos el tiempo. Las ruedecillas muerden por dentro.

Hay fascinación en esas horas iguales. Podemos medirlas, ordenarlas, llamarlas por su número, convocarlas, darles valor. Proporcionan una simetría entre el pulso y el mundo. Son para todos las mismas. Al compartirlas, facilitan que se proyecte un control universal del tiempo (redes de ferrocarriles, planificación aeroportuaria). Por un lado, ensanchan la experiencia; por el otro, la contraen. No hay nada, ni yo mismo, fuera del huso horario. Fijan los límites de la tierra habitable y también los de la vida percibida. Ya no hay un tiempo que no sea nuestro tiempo. Ya no hay un tiempo que no se lo hayamos robado al Tiempo.

Román llevaba en su muñeca un cronómetro suizo marca Omega, del que alababa sus seis plusmarcas mundiales de precisión en relojes de pulsera. El de Alfredo era un Radiant español de cuerda de los años cincuenta, herencia de su abuelo, según creía yo.

Plenitud negativa

Camila hizo una llamada de urgencia: quería verme enseguida, se acercaría a donde fuese. La hora era incómoda, poco después de las doce de la mañana, y la cité debajo de casa, en el Clare. Había otros locales más convencionales en La Latina. El Clare es un antro *cool*, oscuro y estrecho, que durante el día parece un escondrijo de poetas y juventud desocupada, y que por la noche resucita y se carga de pasiones, ya algo mareadas por lo general. Yo apenas lo frecuentaba y no sé si la elección pretendía fastidiar a Camila, mujer de cafetería de meriendas.

Para colmo, terminaría llegando con bastante retraso. Mientras esperaba, observé que las dos camareras de ese turno —treintañeras con aire de familia— eran tesis y antítesis, dialéctica incluida. Ambas estaban igual de pálidas y ojerosas —espectros de sus noches—, pero se distinguían, a la vez que se compensaban, en el talante. La conducta de una era muda y depresiva. La otra era un ser sonriente y enérgico que hablaba por los codos y le canturreaba a la máquina de café. Lo curioso es que la depresiva miraba abiertamente a los ojos, mientras *Mary Poppins* los hurtaba. Puede que la primera estuviese pidiendo auxilio y la segunda planeando una huida. O que la primera se quedara enganchada en las miradas y la segunda estuviera cortando con ellas: la impresión de un organismo bicéfalo, incompleto a falta de alguna de las

mitades. Sólo tenían sentido juntas, y es probable que el diagnóstico hubiese variado tomándolas por separado.

En ese rato hizo acto de presencia un sujeto del barrio, ya catalogado, una especie de recadero que se pasaba espontáneamente por las tiendas en busca de encargos. Era un doble físico del cantante Joaquín Sabina, pero en versión reducida y menguante. Sorprendían tanto la semejanza como la operación reductora en que la naturaleza se había ensañado con el vecino. Tenía dos hijos varones (el cantante, dos féminas), le iba la parranda más que a un tonto un lápiz (el cantante la ha versificado), su esfera de acción eran los chiringuitos de La Latina (el otro hace giras) y a los dos les iba el *cante* en sus acepciones conocidas. Si el azar hubiera intercambiado sus papeles y talentos, ni la sociedad ni la Historia se habrían dado cuenta.

Se me ocurrió, dado que no tenía más que hacer, que quizá haya una gemelaridad en la vida que no es más que el indicio de una secreta conducta del universo, que se expande en posibilidades de cerrar el sentido que tienen las cosas. Pensaba en ello y pensaba en que estaba pensando en ello, y también desde hacía tiempo en cosas similares, sin que me parecieran extrañas.

También había empezado a cavilar en la muerte de una manera nueva. Aunque ni siquiera yo lo entendía muy bien. No me aterraba, no me hacía daño. Algunas veces, incluso me resultaba consoladora. ¿Una especie de plenitud negativa? No la plenitud del bienestar o del logro o del placer, sino una plenitud que abarcaba precisamente la fragilidad y la precariedad de todo, la mortalidad absoluta, el mundo descompuesto, herido hasta la médula, fracturado por mil sitios, devastado.

No se estaba tan mal. Tampoco se estaba bien. De hecho, estar bien o mal importaba bastante menos que simplemente estar: un lugar insobornable y sin marcha atrás. Alfredo y Román iban a morir, del mismo modo en que Muriel murió meses atrás. Yo iba a morir. Nuestras muertes nos reunían, ayudaban a pensar y, paradójicamente, a sentir la vida. Un lazo sólido que no sólo nos

vinculaba a nosotros, sino que se prolongaba hacia el exterior, hacia la tierra y los demás. Y ese lugar me atravesaba, no era mío. En el cara a cara, la certeza del tiempo que llevas contigo es un regalo impagable. «El mundo está aquí para que nos lo imaginemos roto, y es entonces cuando empieza la vida», escribió un cabalista.

Si pudiéramos abarcar en un solo golpe de vista todo lo viviente, del mismo modo que la gemelaridad inversa de las camareras y de mi vecino y del cantante, quizá desapareciese el miedo y seríamos acogidos en esta nueva plenitud que no esconde nada, que lo reúne todo, especialmente a los vivos con los muertos.

Camila hizo acto de presencia, finalmente.

—Ya no sé lo que siente —dijo entre labios que temblaban—. No sé si sufre, si está resignado, si la rabia le devora. No sé nada de él, nada. Y se está muriendo. Va a irse como si fuéramos dos extraños.

—Algo hará, en algo se delatará.

—Tras las sesiones del hospital se mete en la cama y duerme todo el tiempo hasta la siguiente cita. Le llevo la comida a la cama y come. Pero en silencio. Ni me mira. No sé lo que espera, no sé qué piensa.

Había un asunto sobre el que quería preguntarle desde aquella cena, transcurridas varias semanas, ya vísperas de marzo.

—¿Tiene toda la información sobre su estado?

—¿Qué quieres decir?

—¿Sabe que se está muriendo?

—Sí..., no estoy segura.

—Pero hablará con los médicos o los médicos con él.

—No quiere hablar con ellos. Prefiere que lo haga yo y que luego se lo cuente.

—¿Y tú le cuentas lo que te dicen?

Camila desvió la cara. A ese rostro le sucedía algo más que el saqueo de la extenuación o la demolición de la tristeza: se estaba convirtiendo en otro. Pensé en un halcón peregrino, pero en un halcón con capucha, el perfil oculto y a la vez prominente.

—No todo. No del todo.

Me miró como si estuviera leyendo en mi gesto la pregunta.

—No le hablo de plazos. No le hablo de la muerte.

—¿Está muy cerca?

—Claro. Está aquí.

«Está aquí» era una forma de hablar, pero sonó como si la llevara con ella y se hubiera sentado entre nosotros.

—Bueno, lo más seguro es que lo sepa. Quizá por eso no necesita escucharlo de nadie.

—No lo tengo claro. Desde el principio sólo le he dicho lo que yo pensaba que podía oír. Ahora no sé —seguía el temblor de labios—. No sé.

—Yo creo que lo sabe, Camila. Y puede que lo que esté haciendo sea borrarlo. Aunque no tengo ni idea de cómo se hace eso, ni qué hace la mente con eso.

—Es una trampa. Ha sido una trampa.

Esperé a que siguiera hablando. En mis cuentas había más de una trampa.

—Ahora no puedo decirle que deberíamos despedirnos, que los dos tenemos que hacer algo con lo que va a pasar. Dios mío, si no me habla.

—Tú no sabes lo que siente, él no ha querido escuchar lo que le pasa, tú no le has dicho todo lo que te contaron los médicos, tampoco él lo ha preguntado... Bueno, ahora sois mudos el uno para el otro —dije como si pensara en voz alta y con una brusquedad imprevista.

Camila no lo percibió y, si lo hizo, lo entendió como una simple constatación de sus sentimientos, una declaración de su conciencia.

—Ni siquiera puedo hablar con él de lo que quiere para su entierro o de las cosas que hay que arreglar. Tampoco yo puedo hablarlo conmigo misma. Yo soy él cuando hablo conmigo misma. Yo soy él en mí. Por Dios, necesito ayuda.

Comenzó a llorar con un llanto callado que lo llenó todo de silencio.

Yo no sabía cómo ayudar, ni siquiera cómo contestar: tampoco si debería hacer cualquiera de esas cosas. No se me había concedido ningún papel en todo aquello, y se me había hecho explícito. A veces por amor y a veces por indigencia uno expulsa a los otros de su lado, tan resuelto está a acaparar la escena de la que ya es el centro. En la fase actual, me estaba entrenando para no enterrar todo rastro de pena por la desgracia de Román, a lo que me inclinaba un ferviente pasado de huidas y tachaduras. Y con respecto a la situación, me sentía rebotando elásticamente en el vacío, como un practicante de *puenting*. Suponía, con cierta inmisericordia, que sólo la muerte de Román me liberaría de aquel zarandeo y me llevaría al lugar estable en que el dolor o su completa ausencia dirían la palabra definitiva sobre el sentimiento.

—Tienes que hablar con él —dije.

—No puedo —contestó.

Se desmoronaba y aumentaba mi rencor. ¿Después de semejante desastre autóctono se le ocurría que la ayuda podía ser ajena? Eso no era un grito de auxilio, sino un *sálvese quien pueda (empezando por mí, por favor)*.

—Francamente, Camila, creo que no hay ayuda que valga si tú no haces tu parte. En realidad, toda la que necesitas está en tu mano. Dile que va a morir enseguida y exige que arregle lo que haga falta. Después de hacerlo, tampoco esperes gran cosa, excepto ganar un poco de tranquilidad.

—Es duro lo que dices —dijo con una repentina gravedad.

—¿Tú le quieres?

Llegó aquel gesto receloso de los ojos, que por lo menos tuvo la virtud de convocar a los viejos tiempos:

—¿Por qué me preguntas eso, cómo te atreves...?

—Has pedido ayuda como quien pide un préstamo sin preguntar si el otro tiene dinero. No te sofoques tanto. Si le quisieras, le habrías dicho la verdad y si le quisieras no permitirías esta ruin despedida que no llega a la altura de los que se han conocido en un tren. Así que vuelvo a preguntarte si le quieres.

—No pienso contestarte. Es indigno. ¿No ves cómo estoy, es que no tienes compasión?

—No tienes obligación de quererle. No tienes ninguna obligación de quererle sólo porque se esté muriendo.

—Tú estás loco...

—Ninguna obligación.

Recogió el abrigo y el bolso con una energía que se fue apagando en el tramo que mediaba hasta la puerta del establecimiento. Luego, regresó con lentitud, se aposentó de nuevo con el equipaje y me miró ya con la cara de toda la vida. El halcón sin capucha, vuelto de una correría infructuosa.

—¿Y tú sabes cómo se hace?

No dije nada. Ella pareció echar todo el aire de los pulmones.

—¿Tú sabes lo que duele? ¿Tú sabes todo lo que se te viene encima, cuánta vida, cuánta esperanza, cuánto desierto? Contéstame tú ahora.

—No. No lo sé.

—No lo sabes. Ojalá lo supieras.

Para ser honestos, no lo dijo como un reproche, sino como una verificación fatigada.

—Ojalá lo supieras..., esta soledad..., y me pregunto quién se muere más, cuántos mueren..., como si uno empezara también a hacer el camino, se hubiera puesto a andar con el que se está muriendo... Ojalá lo supieras.

Tomó aliento y luego, insistió:

—¿De verdad no sabes cómo se hace?

—Lo único que sé es que lo que estamos obligados a hacer se hace generalmente llorando.

Miró su bolso, miró su abrigo unos instantes, se fue.

Parole...

La tarde de la cita con Camila había reunión de profesores en la Escuela para cerrar el programa del año siguiente. Su carácter era más bien informativo, ya que lo discutible se había zanjado previamente. El claustro se juntaba para quedar al tanto de posibles cambios de orientación de los demás o para comunicar novedades generales.

La creación literaria había constituido el núcleo de actividad desde el principio, allá por el año 2000, aunque atravesada siempre por aquellos otros mundos con palabras y sin ellas —física, arquitectura, sentidos y demás—. Nos sentíamos bastante satisfechos con esa estrategia en que la letra abría ventanas, a veces a lo oscuro, y dejaba pasar aire de otros lados, espoleando la reflexión sobre el hecho de la escritura, tan proclive al ensimismamiento de lo *literario* y a la poética de la *vida interior*.

Los alumnos, una parte de los cuales acudía para obtener un máster y otra tenía intereses en aspectos avanzados por motivos profesionales —escritores, investigadores, editores—, sin que faltasen los que querían meter la nariz por simple curiosidad procedentes de labores ajenas al *mundillo* (llamativa la concurrencia de ingenieros), solían mostrarse agradecidos con un sistema que permitía que cada uno se sirviera en su plato lo que gustase y remontar hiatos o rellenar lagunas según querencia.

Por tanto, todo parecía estar bien. Puede que debido a las circunstancias del día o de la época, mi estado de ánimo, sin embargo, estuviese especialmente suspicaz con lo que *parecía estar bien*. El curso monótono de la vida y la invariabilidad de la experiencia tienden a producir ilusiones de cierto tipo, siendo la más frecuente entre ellas que lo mejor es que todo siga como está. O en proverbio cherokee: si no está estropeado, no lo arregles.

Cada profesor expuso lo que creyó conveniente, se entregaron calendarios, se intercambiaron programas, se realizó algún ajuste y al cabo de hora y pico dije:

—Creo que con nuestro sistema producimos la idea de que hay un sentido lineal en alguna parte y de que sólo falta que los estudiantes lo encuentren. Somos muy interdisciplinarios, pero disciplinarios de todos modos.

Se objetó:

—Eso es resultado de la ecuación personal. No se puede estar seguro de que todos los alumnos otorguen un sentido lineal a lo que ven aquí. Ni de lo contrario.

Dije:

—La clave está en la palabra *sentido*, que también es *sentir*. ¿Dónde lo colocamos nosotros, independientemente de lo que hagan con ello los estudiantes?

Objeción:

—En eso no se puede entrar. Por muy lejos que intentemos llegar, nuestra acción es limitada. Y reconocerlo es saludable. El sentimiento o la sensibilidad es lo que cada cual aporta a su aprendizaje. Nada ni nadie lo proporciona, tampoco ninguna pedagogía en cuanto tal.

Dije:

—Eso es cierto, al menos en abstracto, y no pienso discutirlo. Lo que me pregunto es si no podemos provocar el sentimiento con el conocimiento, obligarlo de alguna manera.

Objeción:

—Hay que tener cuidado con lo que se pone delante y con lo que se pone detrás. Éste es un centro de altos estudios. Y «estudios» es la palabra clave. ¿Escuela de autoayuda? ¿Terapia de grupo? ¿Sermones en el ágora? ¿Qué se supone que tenemos que enseñar o inducir?

Dije:

—La mayoría, entre los que me cuento, no sabemos enfrentarnos a sucesos fundamentales como el dolor, la muerte, la separación. No estaría mal saber algo de eso y unas cuantas cosas más antes de ponerse a escribir novelas o explicarle a la gente en qué consiste el mundo. No es nada nuevo, a ello se dedicaban los maestros antiguos y de ahí proceden las disciplinas que ahora consideramos académicamente normales. La escritura y los conocimientos también funcionan como una fuga o como un encubrimiento de las cuestiones esenciales.

Fin de la tertulia. Cogí la moto y salí pitando, según estilo. ¿Adónde iba? Era viernes, en casa no me esperaba nadie, demasiado tarde para meterse en tareas. La conciencia de no ir a ninguna parte y a toda velocidad ralentizó primero la moto y luego la hizo parar en el garito de cristal que se encuentra en medio del Paseo de Recoletos. Busqué sitio, saqué la libreta. Podría hacerse algo con aquel tiempo muerto. Hacer claridad. Escribí estas notas:

- La ilusión de que todo es legible, de que todo tiene sentido. Desde los cabalistas a Einstein, pasando por los enciclopedistas. Realidad es lo que puede leerse de pe a pa. El resto, esoterismo. Fausto: el problema no es lo que se ve, sino lo que se deja de ver.

- Sabiduría antigua: distinguir entre lo que se puede saber y lo que nunca se podrá llegar a saber. Esto ya no lo distingue nadie. Raíz de casi todos los conflictos. Del sentimiento de fracaso. Mover a fichero: patologías intratables. [Al margen: si todo tiene sentido, todo es terror y angustia. Siempre hay algo que se escapa, que se esconde, que nos espía.]

- Educación contemporánea. Mentira. Sólo adquisición de habilidades sociales. Mover a fichero: expectativas laborales. Tontos

con recursos. Qué pasa con el saber de uno mismo, de los otros, con otros. [Al margen: cultura libresca. Idolatría de lo teórico. Divinidades derrotadas: acción, responsabilidad. La falta de compromiso tiene estructura de olvido. Mover a fichero: nihilismo pánico. Nadie existió antes que yo.] [Más margen: Nadie existe además de mí. Nadie existe como yo. Sólo es cierto que mueren los otros. Dios no me haría esa faena. A mí. Véase epitafio en la tumba de Marcel Duchamp, obra del finado: «Por lo demás, los que mueren son los demás». No le veo la gracia. Epitafio en una lápida romana antigua, por una niña: «Tierra, no le seas pesada, ella que te fue tan leve». A años luz de inteligencia.]

- Drama de ruido y furia. La vida no perdona, el dolor llega. El personaje se desgañita.

- Cuánto pesa lo invisible: recuerdos, proyectos, deseos, búsquedas, amores. ¿No se fabrican cerrando los ojos? Lo real es lo visible que se ve a través de lo invisible. *Ho detto*.

- Definición de artista: individuo común (cocinero, peluquero, poeta, agente de valores) que quiere ser reconocido para no tener que conocerse. Hay que prohibir las musas, ya advirtió Platón. [Al margen: Subjetividad. Léase «libertad sin responsabilidad». Sinónimo: «autenticidad». Género: neutro.] Mover a fichero: patologías intratables.

- Mi amigo Lee Kilsoo, maestro en medicina oriental, dice mientras comemos un *bibimbap*: «En Corea, cuando alguien muere, no se dice que ha muerto, se dice que se vuelve. Cuando yo me muera, dirán: Lee se vuelve». Por ahí habría que empezar. Por volverse. (¿No era algo así por lo que preguntaba Sonia, la hermana de Muriel?)

Leídas más tarde estas notas no decían nada nuevo. Exceso de diagnóstico. Descenso a las generalidades. Esa clase de palabras que no se sabe si empujan o levantan muros.

¿Tendría que ver todo ello con las palabras? Puede que las palabras ya estuviesen mal, que hubiera que tener más cuidado con

las palabras, que en las palabras había algo. Más que cambiar de táctica, a lo mejor había que cambiar de palabras. ¿Dónde estaban las nuevas, las que hablaban de lo que yo quería hablar y no salían?

Aún no las había aprendido, ésa era la respuesta. ¿Toda la respuesta? Quizá no tenía que aprenderlas yo, por mi cuenta, esforzándome al máximo: quizá tuviera que aprenderlas con otros, entre otros. Incluso cabía la posibilidad de que nunca se aprendieran, de que hubiera una clase de palabras que llevaban a otro sitio y sólo eso, y que el sitio, no las palabras, fuera el destino. Como las del poema que sonó en la mente mientras escuchaba a Alfredo y que me permitieron estar allí con él, sin conocer su origen, ni averiguar su significado. Aunque no se trataba de poesía ni de poetas, sino de lo que soplaba en la poesía y en los poetas.

Había un problema con las palabras transmisoras, eran un problema. Vienen de un lugar y van a otro, como mensajes, como piedras lanzadas. Crean un emisor y un receptor. ¿Qué pasa con el espacio de en medio? ¿Y con el de antes y el de después? ¿Qué pasa con el aire? ¿Es también una piedra?

Este cuento no es chino

Hace mucho tiempo, los habitantes de una ciudad situada entre mares y montañas miraban el firmamento, y se sentían solos y pequeños. Algún día desaparecerían, igual que desaparecería su ciudad y la lengua que hablaban. En cambio, aquello que estaba en lo alto ante sus ojos permanecería. Las estrellas y los planetas seguirían girando en sus órbitas cuando sus vidas y su memoria ya se hubieran disuelto en el éter del tiempo. ¿Cómo es posible —se decían— que nosotros nos vayamos y que tantas cosas queden? ¿Acaso somos distintos? ¿Cómo es que habitando el mismo universo existen estas diferencias? ¿Somos nosotros los únicos que pensamos en las diferencias? ¿Somos nosotros los únicos que tenemos conciencia de todo esto? Con estas preguntas y otras parecidas se devanaban los sesos y muchos caían presa de la angustia o de la inactividad o de lúgubres cavilaciones que les

hacían pensar sólo en sí mismos o contemplar con hondo pesar a los seres queridos y las cosas que habían construido esforzada y lentamente.

Una tarde de invierno se presentó en la ciudad un viajero que llegaba de un largo camino. Venía exhausto y harapiento, y se apiadaron de él, así que lo cuidaron hasta que recuperó la energía y el ánimo. Para compensarles y mostrar su agradecimiento aquel extranjero les contaba todos los días alguna historia. Lo malo es que no entendían su lengua. Mejor dicho, entendían las palabras de una en una —pues al fin y al cabo ningún hombre es por completo un extraño—, pero no comprendían su sentido cuando él las ponía juntas.

Esas historias hablaban de hombres que guerreaban y de dioses que se interponían en la batalla, o que la azuzaban, o que se adueñaban de pronto de almas y cuerpos, incluso salían de ellos. Decían cosas como éstas:

*Escuchábalos Apolo con ánimo encendido,
y como inmensa noche del Olimpo bajaba.
Repleta aljaba al hombro y el arco apercebido,
a su paso las flechas crujían en la aljaba.
Apostado de lejos, tira sobre los barcos,
y un chasquido de plata lanza el temible arco.
Mulos y perros ágiles se revuelcan entonces;
mas luego que las tropas prueban los agrios bronces,
los humanos despojos se empiezan a hacinar,
y las hogueras fúnebres ardían sin cesar.*

Había otras que contaban el viaje de un joven a donde los hombres no viajan —algunos le dan el nombre de infierno— y que regresaba luego sabio y fuerte y seguro del camino que debía seguir en la vida:

*Las yeguas arrastrándonos: allí donde acabaron
era confín y sueño de las almas. Ya en el divino*

*sendero de Perséfone, atravesando los poblados
en el carruaje de ejes orbitales, tal chirrido,
prendido entre las dos deidades doncellas que escoltaban,
—dejadas ya detrás las hondas moradas de la noche,
viniendo a cogerme hacia la luz sus velos retiraban.
Veo las puertas del día y de lo oscuro con sus goznes,
en torno de ellas dintel y umbral de piedra, infinitos,
etéreas ellas mismas, y a cal y canto como un cofre
cerradas por Diké, la diosa de múltiples castigos.*

No entendían el sentido y, sin embargo, se emocionaban. Eran relatos que sonaban como un canto: salían del cuerpo del extranjero, atravesaban el suyo, se elevaban y volvían. No, no lo entendían bien y se les escapaba la moraleja y otras muchas cosas que se supone hay en los cuentos. A cambio, empezaban a sentir como si fuera suyo eso que antes les atemorizaba. Con sus sílabas contadas, su ritmo y sus medidas, cada palabra y cada verso se volvían especiales, llenos de sensibilidad, como si estuvieran vivos y también como si los cantara el universo entero. Aquel número, aquella medida, que estaban remetidos en las letras, pues había que contar para poder cantar, parecían pertenecerles al mismo tiempo que no pertenecerles en absoluto. Es lo que sucedió cuando se aprendieron de memoria lo que decía el extranjero y también cuando ellos mismos decidieron componer sus propias historias. Cantaban ellos, no cabía ninguna duda, pero decían cosas que nunca se habían escuchado a sí mismos. Era como si algo más grande pensara por ellos, que se habían sentido tan pequeños. Aunque la voz era suya, aquel número y medida junto a aquellas palabras no lo eran del todo, y quizá el canto no fuera ni propio ni ajeno, sino de un alma o espíritu que andaba por todas partes, sin dueño.

Pronto se olvidaron de que no entendían, pues habían empezado a comprender con el sentimiento para qué estaban las estrellas y los planetas, los mares y las montañas, y los habitantes

de la ciudad viviendo entre ello: habían nacido para unir sus destinos, pues todo estaba hecho de idéntica naturaleza y nada moría excepto para existir de nuevo en lo semejante a él. El canto exhalaba una melodía de inmortalidad en la que se reunían el alma del mundo y el alma de cada uno.

No sólo dejaron de tener miedo, de sentir angustia y de sentirse solos —lo que ya resultaba bastante práctico—, sino que además floreció el comercio, mejoraron las leyes, se embelleció la ciudad con nuevos templos y teatros, se animó la convivencia con juegos y certámenes, y todos aceptaban los reveses y los regalos de la fortuna con igual despreocupación.

Transcurrieron las generaciones, vinieron tiempos de guerra, la ciudad perdió a muchos de los suyos y la memoria de aquel extranjero que cantaba y de los primeros que pudieron escucharle se había convertido en leyenda antigua. Al lugar llegaron gentes de otras tierras y un tropel de nuevos maestros que se reían de sus cantos, les afeaban sus derrotas y les reprochaban el no saber defender sus intereses.

Los jóvenes cayeron pronto en las redes de estos pedagogos que les enseñaban que lo único que ha de tenerse por cierto es aquello que se puede comprobar y hacerle la cuenta. Todo el rato estaban echando cuentas, por esto y por aquello, y también por nada. ¿Es que alguien de allí había visto a Apolo? ¿Se tenía noticia de primera mano de alguno que hubiera viajado a los infiernos? ¿Y quién había visto un alma flotando de acá para allá? Una cosa es cantar y otra es contar, decían. Pero ese cantar y ese contar ya tampoco eran aquel cantar y aquel contar del legendario extranjero, sino que se habían separado y ahora se cantaba a causa del vino o para engatusar a los oyentes, mientras se contaba para tener razón. Lo primero era ocio y lo segundo, negocio. Lo primero era imaginario y lo segundo, real. Lo primero era falso y lo segundo, verdadero. Lo primero era poesía y lo segundo, ciencia. Lo primero se lo llevaba el viento y lo segundo tenía los pies en la tierra.

Y, efectivamente, los negocios, lo real, lo verdadero y la ciencia vivieron grandes momentos, quizá su mejor época, pues habían abatido y expulsado del espíritu de la ciudad a lo que no era ellos o bien lo habían desfigurado: cualquiera sabe que lo que está junto no puede separarse sin volverlo distinto.

Y ya la población se había echado a contar y a hacer negocio y a tener razón. Y de lo que sabían, sabían, pero de lo que no sabían lo ignoraban todo, cuando antes de lo que más sabían era de lo que ignorarían siempre. Enseguida construyeron un imperio, pues la ciudad se les quedaba pequeña a la hora de hacer las cuentas, de montar negocio y de tener razón. Pero también el imperio se les quedó pequeño. Allí seguían las estrellas y los planetas, los mares y las montañas, y todas las cosas que permanecerían cuando ellos se hubieran ido.

Decidieron conquistarlos, echarles también las cuentas, montarles el negocio, ponerlos en razón. Sin pensar que cuanto más andas por lo inabarcable, mayor parece la distancia que resta y más corto el trayecto recorrido. De modo que al avanzar, retrocedían. No es extraño que los conquistadores se volvieran dubitativos, pues el metro que llevaban no era el metro de medir aquello, aunque continuaban midiendo y, por tanto, desandando. ¿Llegarían a poseer algún día el universo? ¿Seguían siempre el camino razonable, real y verdadero? ¿Estaban seguros de que alguien no se había equivocado en la primera cuenta o en la primera longitud y a partir de entonces no habían hecho más que progresar en el error? En fin, daban pasos adelante, pero con la cabeza vuelta sobre sus pasos, lo que empequeñecía todavía más el trecho caminado. Uno de sus sabios decidió convertir la duda en método científico, lo que juzgaron una gran idea, al menos para no torcerse el cuello. Pero el sabio murió antes de redactar las conclusiones y de lo que había escrito sólo pudieron entender que el universo era un gran reloj y que harían bien en comprarse uno.

Todo esto les abrumaba de preocupación. La gente se volvió taciturna y sólo pensaba en resolver el problema, sin estar ciertos

tampoco de que el problema estuviera bien formulado, ni de tener los instrumentos necesarios para formularlo y, de formularlo, para resolverlo. A veces, miraban los relojes, pero las respuestas de éstos eran monótonas. Con estas preguntas y otras parecidas se devanaban los sesos y muchos caían presa de la angustia o de la inactividad o de lúgubres cavilaciones que les hacían pensar sólo en sí mismos o contemplar con hondo pesar a los seres queridos y a las cosas que habían construido esforzada y lentamente.

Y en esta ocasión también, una tarde de invierno, llegó un viajero y se puso a cantar la antigua canción. Pero ya no pudieron escucharle, pues se habían quedado sordos del ruido que hacía su pensamiento, lleno como estaba de toda clase de artilugios para cuadrar los cuentos.

Viaje con Alfredo, despedida

Torcimos hacia Porcieda, dejando a la espalda las cumbres de Fuente Dé, su nieve y sus penachos nubosos, un telón de caliza que se interponía entre los valles altos y la cinta del litoral. Alfredo quiso ir a Tudes de improviso, aunque el plan era acercarnos al teleférico y cogerlo para contemplar desde arriba los paisajes de Liébana. No pregunté el motivo. Me había llamado dos días antes, ya entrado marzo, para decirme que estaba en Santander, *visitando* a la familia, y que de pronto se le había ocurrido hacer una excursión a la región de osos y orujos. Tal vez pudiera apañármelas para escapar de Madrid en coche, aprovechando el fin de semana, recogerle en Santander y luego, marchar juntos. Le contesté que contase conmigo el sábado a partir de las doce.

Llegado el momento aguardé a que saliera de una dirección en Piquío. Apareció bajo una llovizna con su mujer, Fernanda. Me llevaba bien con ella y me gustaba la forma en que manteníamos las distancias y al mismo tiempo la complicidad del afecto compartido. Solíamos encontrarnos cuando yo esperaba en la salita para consultar a Alfredo o para irnos de picos pardos, y entonces charlábamos de cualquier cosa.

Al verla allí, se me ocurrió que tal vez viniera con nosotros, pero se quedó al otro lado de la ventanilla con un gesto que me invitaba a permanecer a resguardo del sirimiri. Tenía ojos cansados, pero la mirada mostraba firmeza. Había estudiado Químicas, no había

ejercido, y se había dedicado a gestionar su casa y a su marido con una eficiencia de administradora de empresas. Era menuda y viva, y también transmitía serenidad. La consistencia de Alfredo no podía separarse del todo del carácter de su mujer. En este caso, una gemelaridad del tipo *join venture*. Puede uno preguntarse qué hace la muerte con eso. ¿El que se va se lleva su parte? ¿El que se queda la multiplica?

Me habría gustado hablar con ella sobre Alfredo, pero creo que ni la relación ni las circunstancias se prestaban todavía a ello.

Durante el trayecto, mi compañero —levemente abotagado y de tonalidad cenicienta— fue desgranando comentarios sobre los parajes que cruzábamos. Las vacas Tudanca le habían fascinado desde pequeño, las astas blancas retorcidas y grandes punteadas de negro, los colores avellanados, pajizos, gris oscuro: ¿sabía yo que los nombres de esos animales se heredaban de generación en generación? Las ermitas de piedra en los altozanos, con tejos en los atrios, rodeadas de aldeas y parroquias diseminadas, le recordaban siempre y misteriosamente el verano: ¿sabía yo que los tejos eran el árbol sagrado de los antiguos cántabros y que si pasabas en ellos una noche podías adivinar el futuro? Cuando salimos al mar, en Unquera, citó a Amós de Escalante: «Vientos del Septentrión, melancolía». Al pasar frente al balneario de La Hermida, a mitad del desfiladero, contó que durante la Guerra Civil había sido un orfanato. Le contesté que eso lo sabía, porque mi padre había estado en él. «Y luego, te dejó huérfano a ti», dijo. Se calló hasta que se le antojó lo de Porcieda. Y ya desviados, murmuró:

—Ahora lamento más que nunca no haber tenido hijos.

No dije nada.

—¿Disfrutas de los tuyos? —preguntó—. Porque te he oído barbaridades.

—Creo que ya sí —contesté.

—He llegado a escucharte que habrías preferido no tenerlos. Aunque no sé si era para tenértelo en cuenta, tú que te has pasado media vida arrepintiéndote de la otra mitad.

Me dio la impresión de que le gustaría escuchar cosas sobre hijos. Pensé que hablando de los míos, de alguna manera los compartiría con él, serían un poco suyos. En realidad, los había tratado bastante, al amparo de su medicina, y se había chupado varias crisis existenciales y de crecimiento, que a mí me habían desbordado. Entonces supe que mis hijos también perderían a alguien, algo en lo que no había reparado.

—Durante largos periodos —dije— tienen la facultad de no darte una sola alegría. No sé cómo lo consiguen, porque es tan difícil como no acertar un solo resultado en la quiniela. Bueno, supongo que caes en la cuenta de que el asunto no va de las alegrías que te dan. En cierto punto, te sacudes sus errores y sus penas, y tu pena en relación con ellos. Entonces empiezan a darte alegrías, aunque no son las que esperabas. Tuve que aprender...

—Y qué se aprende...

—Uf. Que lo único que enseñas es cómo aprendiste tú. Y que tampoco vale mucho ni lo enseñas del todo. Creo que empecé a disfrutar de sus pequeñas felicidades. Comprendí que sus fracasos no me pertenecían, igual que los míos no pertenecían a nadie. La idea de que alguien se quede con tus fracasos, aparte de angustiosa, tiene algo de promiscuidad sucia.

—Imagino que es difícil poner distancia.

—Mi conclusión es que hasta que no te separas de un hijo no creces como padre. Los que están siempre encima no saben lo que se pierden. Me temo que yo era uno de ellos, en plan dialogante y metafísico y tal, pero uno de los que están encima.

—Pues yo creo que va a venir otro.

—Otro qué.

—Hijo.

—No sería raro —fue mi desvaído comentario.

—Tu mujer es joven y querrá descendencia.

—La quiere. Y yo quiero no tener cincuenta años.

—No es más que una apuesta.

—¿Quieres apostar algo conmigo?

—No me refería a eso. Quiero decir que es una apuesta por la vida o por lo contrario.

—¿Tener un hijo?

—Tener un hijo con tu edad. Puedes limitarte a envejecer y a su horizonte. Pero si te dan la oportunidad, puedes elegir. Hay muchas clases de oportunidades, claro, pero ésta es una de ellas. Además, tú ya has envejecido todo lo que hacía falta. A lo mejor, ahora es tiempo de que vivas tu juventud.

—Algo tarde, me parece.

—Si te queda un día, todavía es pronto. Yo, todas las noches, doy cuerda a mi reloj —lo que era cierto en aquella pieza arqueológica.

—La verdad es que cuando me fui con ella acepté implícitamente el compromiso de darle lo que ya había tenido yo.

—No es un compromiso, es apuesta. Como la de Pascal sobre Dios, pero más práctica. Si apuestas por la vida y no la hay, no pierdes nada. Pero si no apuestas y, al fin y al cabo, todavía quedaba vida, entonces lo pierdes todo.

La carretera a Tudes sale de la que va a Riaño, sinuosa, aunque bien asfaltada, adentrándose en el valle de Porcieda y luego ascendiendo a los collados de aldeas que hasta hace poco quedaban aisladas durante el invierno, plantadas en medio de alcornocales y hayedos que se extienden espesamente montaña tras montaña. Mundos autárquicos sobre los que gravita una naturaleza feraz e implacable, de bucolismo engañoso. Habíamos dejado la lluvia al otro lado del desfiladero y teníamos encima un cielo de nubes y claros, de luces bruñidas.

Tudes, dos centenares de habitantes, se estaba convirtiendo en una aldea rehabilitada, con tejados nuevos, fachadas remodeladas —en medio todavía de casonas desvencijadas, y establos y pajares residuales—, un cafetín moderno y un complejo rústico de apartamentos con piscina rodeando la antigua, y también reformada, iglesia de piedra.

El cafetín tenía un toque de pub británico en la botillería fulgurante, en los sofás corridos, en las fotografías en blanco y negro que colgaban de las paredes. Había una escalera estrecha y empinada desentonando en el lado derecho. Servían canapés (no tapas) y lo atendía una noruega solícita y expansiva casada con un lebaniego, según contó en cierto momento. Esos cruces de la vida.

Habíamos pedido cerveza. Pude fijarme en mi amigo con más detalle, aunque me costaba un poco. Quizá tenía miedo de mirar y de no encontrar al de siempre. El cuerpo de los que van a irse es un cuerpo sutil, que no ocupa el espacio de antes, que no tiene aire alrededor, que parece estar allí representando únicamente al que era, al que no estará, sin manchar, sin tocar, sin interrumpir. Pero Alfredo no había cambiado sustancialmente en las últimas semanas, ni en físico ni en espíritu. Hablábamos más, eso es todo. También más de mí, que no terminaba de entender el privilegio.

—¿Habías estado aquí antes? —pregunté intuitivamente.

—Sí. Debía de tener diecinueve o veinte años.

—Y cómo fue...

—Llegué caminando con una mochila. En la Facultad había una muchacha pelirroja y pecosa que me gustaba y que vivía por esta zona, aunque yo no conocía el nombre de su pueblo. Me quedé en una pensión de Potes y hacía excursiones para ver si la encontraba. Ilusiones de la edad.

—¿Vivía aquí? ¿La encontraste?

—No la encontré. Pero recuerdo que este sitio era colmado y taberna a la vez, lo típico. Había dos parroquianos tomando aguardiente y quejándose del precio de los televisores. Luego, se marcharon y me quedé solo.

—¿Y qué pasó?

—No pasó nada. Estuve aquí.

—Algo más pasaría, si lo recuerdas tanto.

—Nada. Estuve solo y no hablé con nadie. La señora que atendía desaparecía y de vez en cuando asomaba por esa escalera

vieja a preguntarme si necesitaba algo. Lo único especial es que se me quedó grabado. Aunque no volví nunca. Hasta ahora.

—¿Es el recuerdo de un momento de soledad?

—Ése fue el último día en que busqué a la chica. No hay nada más de particular.

—Pero volviste a verla en la Facultad.

—No era de mi curso. El interés fue desapareciendo.

La noruega nos informó de que habían conservado la antigua cocina de la casa y que podíamos visitarla, escalera arriba. Alfredo se apuntó enseguida. Era una escalera para entrenar rápel, corta y peligrosa. Arriba nos encontramos con una habitación minúscula: el hogar con un perol hollinoso, dos sillas de enea junto a una mesa camilla, y una cuna de palo con la antigua ropita. El techo quedaba a dos palmos de la cabeza. La sensación de haber irrumpido en la intimidad ajena, la pareja de montañeses calentándose en el fuego en el que se hace la cena, el niño durmiendo, el murmullo de una conversación, la noche nevada de fuera, los ruidos de animales o de viento entrando por el tiro de la chimenea...

—Lo hemos dejado como estaba, sin tocar nada —dijo la mujer—. Cuando hicimos la obra, mi marido y el maestro de obra querían demoler, y yo tenía que vigilar para que no lo hicieran. Era el alma de la casa, pero ellos no lo comprendían. Alrededor construimos los apartamentos y lo demás, pero este lugar había que dejarlo como estaba.

Miré a Alfredo y tenía los ojos empañados. La emoción es un salteador de caminos.

Luego, la mujer nos animó a visitar las ruinas del monasterio de Santiago de Porcieda, a veinte minutos de camino por el bosque, albergue de peregrinos en una ruta medieval que culminaba en Santo Toribio de Liébana. Capté la mirada de la mujer y dejó de parecerme extranjera y peculiar: ese rayo que dura un instante y en el que algo próximo es asumido de golpe, con asombro y compasión.

Ya en la calle, Alfredo se apresuró a seguir el consejo.

—Son veinte minutos por el monte —reulé.

—¿Estás en baja forma?

—¿Y tú?

Miró en la dirección del sendero que comenzaba al final de la plazuela, junto al alero semicircular y raro de una casa medio derruida.

—Vayamos. Hace buen día. Estamos aquí. Será un recuerdo de los dos.

La mitad de la senda se andaba por el callejón de los prados y la otra mitad por el bosque, bien conservado y sin escarpaduras. Alfredo resoplaba, pero con regularidad. El pueblo del monasterio había sido abandonado en los años setenta del pasado siglo, y mantenía poco más que los muros. La vegetación había entrado en las calles y las trepadoras se colaban en las casas. Dentro había muebles astillados y enmohecidos, sobre los yerbajos y arbustos que habían destripado el suelo. Un asno que pastaba en un vestíbulo nos echó un vistazo y continuó la pitanza.

—Hacía mucho que no veía un burro —dijo Alfredo.

—Se me ocurre un chiste fácil.

—¿Sabías que son una especie protegida? Cuentas hace cuarenta años que esto pasaría y se mueren de risa.

—Yo me muero de risa hoy en día.

Había una iglesia encajada en un talud, donde debían de celebrar misa los enanitos del bosque y cuya campana podía alcanzarse poniéndose de puntillas en la cuesta. Al mirar por la verja, vimos que el interior estaba limpio y el altar adornado con flores todavía frescas.

—¿Vendrá el cura a decir misa? —pregunté incrédulo.

—Eso parece.

—¿Y de dónde saca a los feligreses?

—Sospecho que de los que se fueron. Vendrán por alguna festividad. Es su tierra, la tierra de sus muertos. Mira ahí arriba.

Un recinto encalado y media hectárea de lápidas brillando al sol, con senderos desbrozados y ramos y macetas recientes. En aquel

ambiente, tenía algo de cortijo andaluz. Una viveza distinta a la del bosque desatado. Una mancha alegre en medio de la decrepitud de las viviendas. El cementerio.

Un cartel de madera señalaba la dirección del monasterio. Medio kilómetro por un sendero montaraz. Encontramos unas cuantas piedras con disposición de ábside y las jambas de un portón. En semejante ruindad, no daba la impresión de que la cantería hubiera sido tragada por el alcornocal y los matorrales, sino que, por el contrario, la construcción monástica empezaba a crecer del suelo y a invadir la selva, de tal modo que si decidiéramos regresar dentro de algún tiempo encontraríamos ya la nave y la bóveda levantados, presididos por un coro sacro.

El amigo se sentó en lo quedaba de un alféizar, el rostro arrebolado y la mirada perdida.

—Así que esto era una hospedería, una iglesia y un convento —dijo.

—Lo esperaba un poco más majestuoso —comenté yo.

—Entonces habría producido una sensación de derrumbe y abandono que ahora no tiene. La memoria tiene su medida, ¿no te parece? Las cosas desmedidas se vuelven fácilmente despojos —dijo en su estilo más reconocible.

Tras el gesto y la lucha por recuperar el aliento se adivinaba el movimiento interior de una meditación. ¿Es libre la mente para pensar por encima de un cuerpo castigado, de un organismo enfermo que la esclaviza? ¿Es posible pensar como un héroe siquiera mientras duele una muela?

—Esa escuela tuya es lo mejor que has hecho —saltó de improviso.

—Es posible —contesté con la atención puesta en su estado físico.

—Te habría gustado hacer algo grande, una universidad, una revolución pedagógica de proporciones nacionales e incluso internacionales. Crees que el reconocimiento habría llegado por la magnitud. ¿Qué decías? ¿Te acuerdas?

—No empecemos. Qué decía de qué.

—De lo que era enseñar. Enseñar de verdad. Ser un maestro de verdad.

—No me acuerdo. Y cuando me preguntas las cosas así, menos.

—Cuántas cosas importantes no recuerdas. Como con la escritura. Pues decías que un maestro es el que cuando haciendo todo bien, haciéndolo todo el tiempo, sin descansar un día, piensa que tal vez, y sólo tal vez, uno solo de sus discípulos continuará sus pasos. En cambio, tú ya lo has conseguido, tengo pruebas de que lo has conseguido, tú mismo me has dado pruebas y, sin embargo, ahora lamentas tu vida, he escuchado cómo la lamentas, como un viejo disconforme, como un viejo renegado, como un viejo cobarde.

—Puede que piense demasiado en el reconocimiento —concedí, un tanto confuso por el ataque.

—Como todos los cobardes. No hay mayor indicio de cobardía moral que la exigencia de reconocimiento.

—No lo hay —admití, no vencido, sino recordando palabras que eran mías.

—No se trata de reconocimiento, sino de memoria. El reconocimiento no tiene memoria. Es frugal, acomodaticio, circunstancial. Pero de lo que has hecho, escúchame bien, se guardará memoria. No en panteones, ni en estatuas, ni en aniversarios. Ahí, no. Se guardará en el cuerpo de algunos de los que te han escuchado, en su cuerpo pequeño y mortal, y lo transmitirán a sus hijos, quizá no lo que tú esperabas ni como lo esperabas, pero lo transmitirán porque saben que ha existido, aunque no se den cuenta. «Yo tenía un maestro», eso es lo que dirán, y lo dirán incluso sin decirlo. Y será justo, porque lo tuvieron. La vida no trata de acontecimientos, de efemérides, sino de la letra pequeña que queda escrita en las retículas de la piel de cada uno de nosotros. Eso son los libros que quedan, los libros inmortales.

Ahora fue a mí a quien se le enturbiaron los ojos. No pude evitar sentir que esas palabras eran las de una despedida, las de su despedida, las de su despedida de mí. Él se incorporó y dijo:

—Va siendo hora de volver.

Los que viajaron y regresaron

Preparaba una clase ya veterana en mi repertorio: las primeras novelas de la religión del amor. Y hacía calas en *El Caballero de la Carreta* (siglo XII), de Chrétien de Troyes, que era la lectura que tocaba. Más adelante, llegaría el turno de *Tristán e Isolda*, de las *Cartas de Abelardo y Heloísa*... Al mismo tiempo cruzaba por la mente el grupo de alumnos al que me dirigía, originalmente de quince personas, ahora diezmado por algunas ausencias de causa desgraciada: la peor, la de un chico de treinta y tantos que había recibido pocos días antes un diagnóstico de leucemia. La crisis económica también producía estragos: un par de abandonos por despido laboral y la correspondiente reorganización de la vida. Otro caso era el de una embarazada a quien se le había complicado gravemente la gestación. A veces, la fatalidad se ceba en territorios pequeños.

Me detuve, como si me hubiera hecho una seña de atención, en el pasaje en que Lancelot visita el Cementerio Futuro. Un tema literariamente canónico, emparentado con el viaje de los héroes al reino de difuntos, y que por lo general yo no pasaba de mencionar como una relación históricamente particular entre el amor y la muerte. Relación también muy canónica.

Lancelot está a punto de cruzar al país del que no se regresa y en el que se encuentra retenida Ginebra, a la que no conoce, a la que ha decidido amar. Ha de llegar al País de Gorre. Pero antes, el

caballero observa un extraño recinto, y pregunta. Le guía un monje anciano, que designa el lugar como el Cementerio Futuro. Las lápidas llevan escrito el nombre de todos los caballeros que van a morir. Se detienen ante una tumba anónima. Hay una inscripción que dice que el caballero que mueva su losa será quien posea la tumba y quien hará regresar a los prisioneros del Más Allá. El monje informa de que la losa es tan pesada que ni diez gigantes serían capaces de moverla. Pero Lancelot la levanta sin esfuerzo. El destino le es revelado.

Después inicia el viaje a Gorre. Cruza el Puente de la Espada — a punto está de caer al río del Olvido— y rescata a Ginebra, indiferente a su salvador.

Lancelot ya se había enfrentado muchas veces a la muerte, pero esta hazaña es especial. Quizá él se ha vuelto especial. Claro que ya se había jugado la vida, pero como se la juega un demente, obsesionado por la empresa, tan falto de estima por sí mismo que ni siquiera se atreve a decir su nombre (impronunciado hasta más allá del verso tres mil, pues es novela en verso), oscuramente fracasado a desdén de las victorias, vacío, buscando la muerte como un descanso. Toda su atención se concentraba en las miserias de la propia existencia, vuelta carga y pesar. Los golpes que asestaba a los adversarios esperaba recibirlos él mismo, golpes que eran furia y ceguera, la vida no valía nada. Se le confundía con un héroe, pero tan sólo era un espíritu desesperado.

El Cementerio Futuro vino a ofrecerle un horizonte distinto. La amada estaba ya a la vista y los peligros nada tenían que ver con los anteriores. Para llegar al País de Gorre y combatir allí se requiere cierta clase de consciencia: los caballeros mueren, la humanidad muere, hay un mundo de almas prisioneras, hay una eternidad que vigila todo eso. Los héroes desesperados y encerrados en su angustia ahí no sirven, son seres desarmados..., desalmados. Sólo el alma entra en el país de las almas, y Lancelot ha de encontrar la suya para hacer el camino. Ha de contemplar la muerte —no sólo la suya— y tomar conciencia de la vida —incluso

de la suya. Y tiene que pronunciar su nombre, esa propiedad precaria, pero preciosa, que señala en la tumba el lugar de partida.

Pensé en esos viajes de los héroes, en que ellos viajan y regresan de un lugar que para el resto de los mortales es de dirección única, y en el que todo empuja con fuerza homogénea: hacia el final. Hacia un final que es la conclusión de todo. Quizá el héroe es llamado así porque la verdadera hazaña es que desafía la vida. Para regresar a ella. Y entonces funda ciudades, imágenes del mundo, sentimientos. Es simplemente humano, pero también más que humano: lo esencialmente humano. ¿Es un ser que realiza cosas extraordinarias o simplemente muestra el camino que hay que recorrer? Yo había leído mucho sobre héroes, me los sabía, apenas los entendía. Apenas podía entender lo que no dejaban de decir, tan clara era su voz, tan preciso el mensaje.

El Ulises perdido de Homero, por ejemplo. Ulises sin esperanza de volver a Ítaca. La majestuosa Circe le exhorta a que viaje al Hades para interpelar al adivino Tiresias. Necesita información, su periplo lleva tiempo con trazas de delirio. Llegado al «pueblo de los difuntos», y siguiendo las instrucciones de Circe, el hijo de Laertes cava un hoyo y hace su libación en honor de los muertos con hidromiel, vino y agua. Luego, sacrifica una oveja y un carnero y deja que escurra la sangre en el hoyo. Enseguida hacen su aparición las sombras innumerables atraídas por la degollina, correlato del dolor y los males que en vida padecieron los que ya son sólo rastros angustiados. Encuentra a Tiresias, pero lo cierto es que el antiguo hermafrodita no dispone de ningún mapa y la información que suministra es más bien de tipo propedéutico: lo que debe hacer y no hacer en caso de toparse con esto y aquello. Por lo demás, y en resumen, «buscas la dulce vuelta, preclaro Ulises, y un dios te la hará difícil».

Exceptuando este augurio, poco más se saca en limpio de la entrevista con Tiresias. Los compañeros de Ulises morirán en el

viaje de regreso y él mismo se salvará de milagro. ¿Para qué, entonces, viajó Ulises al mundo de los muertos? Como a Lancelot, no le quedaban más destinos. Ambos ya habían consumido toda la desesperación. Sin duda, los dos habían demostrado su pericia y su eficiencia —uno con las armas y el otro con la inteligencia—, pero tales recursos para encontrar o emprender el camino que buscaban no eran bastantes. Esas habilidades pertenecían demasiado a este mundo. Demasiado literales, demasiado principescas como para enfrentarse a lo que es misterio: el verdadero amor, la patria añorada. Tanto Ginebra como Ítaca no están en los mapas. Ginebra habita un mundo regido por leyes sobrenaturales; Ítaca es un fantasma melancólico en la mente del guerrero que la abandonó veinte años atrás: ¿adónde cree que va a volver? Ni la destreza belicosa de uno ni los ardidés del otro conservan su utilidad. Han de transformarse, ser otros, aprender algo. Algo que no es del todo de este mundo, pero que está en todo este mundo. Los dos grandes retadores tienen que aceptar que hay un reñidor que les supera. Aceptación, rendición, visión, como quiera que se llame, tiene la paradójica virtud de renovar las fuerzas. Pero ahora son otros, su guerra ya no es de aquí, ellos no pueden volver a ser los mismos. Han muerto. Aquella gloria ya no les espera.

Tanto el relato de Lancelot como el de Ulises culminan sin epifanía. El de Homero acaba con una advertencia de Atenea para que Ulises pare en el combate. Basta, a casa. Lancelot se limita a desatar las cintas del yelmo de Meleagante y a cortarle la cabeza, dejando el júbilo a los otros y para sí una retirada melancólica. Qué diferente de la fama y la fanfarria que buscaban al partir.

A finales del siglo VI antes de nuestra era, un griego de Elea cuenta en un poema que dos deidades femeninas lo han transportado en un carro al reino de Hades, lugar que incluso los dioses temen visitar, y que allí ha encontrado a la diosa sin nombre que le muestra la Realidad. La Realidad habita en la Morada de la Noche, de la que salen los caminos de la Oscuridad y del Día. Más

tarde, la diosa le dice: «Ahora voy a engañarte», y le enseña la realidad en la que él cree vivir.

El poema es difícil, no evita la contradicción ni la aporía y parece reproducir un universo atravesado por la oscuridad, bajo cuyo mandato las cosas se elevan a la existencia. El texto rechaza cualquier luz analítica, cualquier interpretación literal o lógica. Si algo llega a saberse en concreto es que la claridad nace de la oscuridad. De hecho, esas inciertas deidades han venido a buscar al *kouros*, al joven iniciado, al mundo de la luz para llevarlo al de la noche, donde reside la sabiduría, donde no hay engaño. Y donde, por supuesto, habita la muerte.

Ya regresado a su país de la superficie, vemos a este hombre convertido en sacerdote de Apolo Oulios: *oulios*, el destructor, el cruel, pero también el que sana, el curador. En otras palabras: un destructor que sana, un sanador que destruye. Quizá un reflejo de la propia experiencia del viajero, que para convertirse en lo que es ha tenido que destruirse, morir, y luego renacer. Muerto y renacido consciente y voluntariamente, el joven ha vuelto sabio y esa sabiduría es intensamente eficaz, porque sana.

¿Y de qué cura esa sabiduría que ha obtenido? De todo: de los males del alma y del cuerpo. No, no es sólo un sacerdote de almas, alguien que usa las palabras o los ritos para calmar el espíritu, para aliviar el dolor de la conciencia. También cura el cuerpo. Lo cierto es que no los distingue.

Este hombre renacido, este sacerdote, es *physikos*, un médico que se ocupa de la naturaleza y de los principios de la existencia; es *phôlarchos*, el que cuida la guarida en la que se refugian los sueños, los sueños que resuelven los conflictos, que redimen de la pena; es *iatromantis*, pues cura mediante la profecía, adivinando el presente, siempre más retorcido que el futuro; es un poeta y su *oimê* (esa palabra que es canto y camino), es sensible, conmovedor, deshace los nudos del pensamiento; y es un *hêrôs ktistês*, un héroe fundador, el que funda el tiempo y las leyes que rigen en la ciudad y en el tiempo. Es, en resumidas cuentas, un filósofo.

Platón y Sócrates se autoproclamaron discípulos suyos, aunque probablemente no llegaron a conocerlo. Pero los encontramos conversando en el diálogo denominado «Parménides», tratando de desbancar al legítimo heredero del eleata, Zenón, el de Aquiles y la tortuga. Puede que la filosofía platónica intentase atraer al maestro a una mayor claridad, pero es indudable que después de ella se redujo a Parménides a lo que no era, pues su palabra sensible y su amor a la sabiduría se arrojaron a unos tiempos míticos, mágicos y primitivos, separados por un telón de acero de la mentalidad cuantitativa y de la razón demostrativa con las que el espíritu se dispuso a escribir otra historia.

¿Qué les pasó a todos ellos —Lancelot, Ulises, Parménides— en ese viaje al inframundo? No se dice con claridad. Da la impresión de que vieron lo que antes no veían. Sabemos, en cambio, que murieron de alguna manera y que se revistieron de un ser distinto para volver a la vida. Tal vez, se les hizo sencillamente presente algo que habían olvidado y que ese algo los atravesó para siempre, y que les condujo. Ante la imagen de su mortalidad, parece que se volvieron fuertes, sólidos, seguros. No es una paradoja: sólo los falsos consuelos, la confianza desmedida en las propias fuerzas y en que el mundo es controlable producen fragilidad.

Puede que sólo se vieran a sí mismos en el futuro y que ese futuro encarnara en el presente obligándoles a distinguir entre el camino verdadero y los falsos caminos, entre el valor que ellos concedían a las cosas y el que en realidad tenían. Nada especialmente dramático, nada especialmente digno de mención, y acaso por eso no lo mencionen.

¿Es que hay algo que mencionar? O resucitas o desapareces.

Quizá estos héroes se limitaron a recordar algo que olvidaron. Aprender es recordar, escribió Platón. Suena como un acertijo, pero es posible que sea una exigencia ética.

Adquirieron consciencia..., tal vez no hubo nada más. Tomar consciencia de algo pertenece al género de ampliación de la experiencia, empuja los límites personales un poco más allá. Hay

una metamorfosis que adopta la intensidad y el tamaño de la cosa sobre la que recae la nueva atención. Una metamorfosis y una puesta en marcha.

Echamos a andar. Lo hacemos en la dirección de lo que nos ha alterado y modificado. Por lo demás, aunque hayamos visto el mismo infierno, en el desenlace no hay epifanía, bendición, ni trofeo..., sólo se trataba de dirección. A Lancelot, a Ulises, a Parménides la experiencia quizá no los sacudió de la manera en que supondríamos y puede que todo tuviera que ver con un simple giro de cabeza. Entonces se abrió ante ellos un camino que desconocían —no especialmente luminoso ni cargado de resolución—, aunque intransitable con el anterior equipaje. Un camino sin llegada. Aunque llegar ya no era importante.

En realidad, cuando alcanzaron las metas con las que habían soñado parecieron desinteresarse, y lanzar, en cambio, una mirada al pasado, al camino recorrido, llena de agradecimiento y de una extraña ternura por sí mismos. Uno se puso a vagar apaciblemente en busca de misterios, otro se quedó en casa con los suyos, y el último decidió guardar los sueños dolientes de la gente. En eso paró todo.

Aprender es recordar

En Tudes, Alfredo me regaló el recuerdo de un día de su pasado. El día que compartimos también estaba destinado a convertirse en recuerdo. La memoria retiene y aprende (aprehende) y tendría que aprenderme a Alfredo, meterlo dentro, cuando ya no estuviera, a través de ella. Formaría parte de mí y, cuando él muriese, continuaría transformándome.

También me hizo recordar lo que yo había ido olvidando de mí mismo. Debía aprenderlo de nuevo. Los que van a morir, los que se saben muertos, pueden ser tremendamente egoístas y al mismo tiempo darlo todo. Quieren quedarse o por lo menos no desaparecer. Lo que por puro interés dan a cambio te hace más rico. El egoísmo y la extrema generosidad no son incompatibles. Al final, si el intercambio ha sido justo, siguen estando ahí. Ocupan su sitio entre las cosas que no se desvanecen.

Lo que pasa con los muertos no es muy diferente de lo que hacemos con los vivos. Para ver a los vivos también hay que cerrar los ojos. Hay que darles forma en la imaginación, crear imágenes de ellos, bañarlos en su biografía, en sus deseos y en los nuestros, en sus fracasos y en los nuestros, repasar muchas veces los leves gestos que les caracterizan, sus experiencias grandes y minúsculas, componerlos como se compone un cuadro, una narración, una música. Cuando abres los ojos es cierto que ayudan con su presencia física, pero sólo les ves porque antes fueron soñados,

modelados, agitados, fraguados en la mente. También ellos, para quedarse, han de ser antes invisibles. Así puedes amarlos, odiarlos, separarte, decidir sobre ellos.

¿Y cuando la vida va mal? Aprendes recordando por qué estás aquí, aunque ya nada de eso está presente. También se fue. La ausencia de ahora es porque antes habías amado; la profesión que te disgusta antes fue vocación; la derrota antes fue ímpetu; el dolor fue esperanza; la decepción, confianza; y este tú que se mira en el espejo y que lamentas está lleno sin embargo de ilusiones y de cosas emprendidas. Has de aprenderte recordándote. O desvanecerte.

De modo que somos los muertos y los vivos, nuestros muertos y nuestros vivos, y habitamos en lo invisible. *Psyché, nefes, anima, alma*, es el lugar que contiene todo eso y que llevamos dentro.

Poco después de regresar de Liébana. Una conversación con mi hija Julia mientras cenamos y aún no hemos decidido encender el televisor. Es difícil hablar con un hijo y, aunque otra sea la fama, tan difícil como que el hijo hable con el padre. Siempre está la parrilla televisiva para aliviar la tensión, una tercera vía, un *tertium non datur*.

En este momento tiene veintiún años, está haciendo la carrera de diseño de moda y el año que viene se instala en París para continuar los estudios y trabajar en prácticas para una firma de ropa francesa. Ha dado algunos tumbos antes de llegar a esta vocación, actriz, dependienta, Londres... Con todo, persiste en ella la niña que fue a ver a su joven amigo al tanatorio de Torreldones. Hay en su carácter frivolidad y metafísica en proporciones similares, lo que la vuelve tan curiosa como desconcertante.

Cuando era pequeña estaba obsesionada con dibujar hadas y princesas. Todas las niñas lo hacen, sospecho, pero en ella resultaba compulsivo. Las maniqués que dibuja ahora son increíblemente estilizadas y sus vestidos tienen un halo feérico. Se ve que el otro mundo la visita en éste de la confección textil. Son

pequeñas obras de arte que obtienen reconocimiento entre los profesionales. Puede que acabe pintando y lo de la moda forme parte del impulso.

—Hoy, uno de Comptoir des Cottonniers, que ha visto mis dibujos, me ha dicho que yo no pintaba vestidos, sino almas. Le contesté que siempre había dibujado así. ¿Qué es el alma, papá?

—Ni idea.

—¿Pero existe?

—Supongo.

—¿No tienes ni idea, pero supones que existe?

—Intento comer. Te contesto con lo primero que se me viene a la cabeza. ¿No te has dado cuenta?

Engulló y volvió a la carga. Y también en esto los hijos son iguales a los padres: un elevado nivel de indiferencia auditiva. Bueno, le seguí la corriente.

—Cuando era pequeño, la imaginaba como un filete de ternera que, cuando nos moríamos, salía volando.

—Y no es eso...

—Vete tú a saber. Las intuiciones infantiles son más exactas de lo que parece.

—¿Hablamos en serio?

—Un tipo al que leí una vez decía que llamábamos «alma» a nuestra emocionalidad profunda.

—¿Y qué significa eso?

—Tiene toda la pinta de ser una definición para acabar pronto.

—No la entiendo.

—Ni yo. Ni probablemente él. Pero lo profundo es lo que está bajo la superficie. O sea, no se trata de las emociones que se ven.

—Entonces es lo que no se ve —dijo con la misma cara de interés que de perplejidad.

—De lo que no se ve. Has dado en el clavo.

—Luego somos algo que no vemos.

—Un montón de cosas.

—Por ejemplo...

—Por ejemplo, no veo por qué me estás dando la lata de esta manera.

—Papá...

Tragué el bocado que no acababa de despachar, y suspiré:

—No soy un especialista en el asunto, ni siquiera puedo decir que le haya dedicado mucho tiempo, ¿vale?

—Vale.

—Tenemos que imaginar una balanza. En un platillo está lo que creemos que somos, lo individual, los individuos que creemos que somos. Ahí debemos poner las cosas que nos han pasado, nuestros gustos y deseos, las características de nuestro cuerpo, el currículum, lo que pensamos que es sólo nuestro, ya sabes, y que no se repite en nadie más. ¿Las has puesto?

—Sí.

—En el otro platillo, todo lo que no es nuestro: la vida que nos han dado, empezando por nuestros padres y acabando en las células eucariotas o en lo que sea; la comida que tomamos, que se la inventaron hace miles de años y seguramente más; nuestra relación con el medio y nuestra supervivencia, que también se remonta a tiempos ignotos; las ciudades en las que vivimos; el lenguaje, con el que parece que decimos cosas tan personales, y que hemos heredado hasta el punto de que no se sabe si lo hablamos o él habla por nosotros; las imágenes que aparecen en nuestros sueños y en nuestros miedos, que son muy parecidas para todo el mundo. Ahora, contesta: ¿qué platillo pesa más?

—No comprendo bien todas las cosas que has dicho, pero creo que el segundo platillo pesa más.

—Más bien, el primero es en comparación irrelevante. La pregunta sería: ¿cómo es que lo que soy en realidad, aquí y ahora, es tan poca cosa en comparación con todo lo que soy fuera de aquí y de ahora? Y otra pregunta sería cómo quieres llamarlo.

—Podría llamarlo genética.

—Llámalo como quieras, pero tiene que ser inmortal, no ser propiedad de ningún individuo y trasladarse en el tiempo y en el

espacio. No sé si la genética da para tanto. Aunque he leído que hay una rama que se dedica a temas semejantes llamada Epigenética.

—Bueno, ¿entonces eso es el alma?

—Eso, en cualquier caso, es lo evidente.

Domingo por la tarde, en el presente. Estoy dando un paseo con mi mujer y mi nueva hija de once meses —Alfredo acertó— por la Castellana. Bajamos desde Chamartín y aspiramos a llegar a La Latina, un recorrido de ocho kilómetros, más o menos. El día es gris, hay algo opresivo en el aire. Al asalto, un recuerdo de otro domingo por la tarde, mismo trayecto. Román acaba de fugarse y yo estoy más solo que la una. Al final, me había ido a vivir a una pensión de la calle San Bernardo, en cuya puerta se leía, sin necesidad de letrero, *lasciate ogni speranza, voi ch'entrate*. Mi madre me había pedido que visitara a una tía suya que estaba de paso por Madrid, en casa de amigos, por la Plaza de Castilla. Me dieron de merendar, como ellos decían y yo odio, y finalmente había pasado horas con tres ancianos que mojaban galletas María en café con leche. Regreso a la pensión bajando por la Castellana. El mismo cielo de plomo. Apenas hay transeúntes en aquella ciudad pobre, de escaparates estalinistas y lujos enladrillados.

En este preciso instante en que estoy acompañado de lo que más quiero, recuerdo aquella soledad intensa, sin escapatoria ni porvenir, comunicándose, como toda soledad, con todas las soledades de la vida. Siempre estaría solo, moriría solo, esa tarde era idéntica a todas las tardes que me aguardaban, nadie me esperaba ni me esperarían, no había nadie tras las ventanas, la ancha y descorazonadora avenida era un mero decorado para que los espectros como yo imaginasen que iban y venían. Cenaría solo, me iría a la cama solo, leería un libro para coger el sueño y al día siguiente me levantaría para continuar estando solo, contar el dinero que me quedaba y pensar en vivir en un sitio mejor, o simplemente

comer ese día mejor. La tristeza es un pájaro que vuelve, había escrito hacía poco en un poema.

Mientras empujo el carro de la niña, le cuento ese recuerdo — olvidado hasta ese momento, por lo demás— a mi mujer. Entonces mi mujer me dice:

—Vamos a darle un abrazo a aquel muchacho que está paseando con nosotros.

Me abraza fuerte por la espalda. Pero aquel muchacho no siente nada. Está allí, mira el abrazo, pero no siente nada ni se siente mejor por el abrazo. Debió de morir hace mucho. ¿Está regresando únicamente para pedir lo que es suyo y poder irse del todo? ¿Quiere irse para siempre para que a mí me puedan abrazar? Tal vez sea eso. Si él no se va, a mí no me abrazan. Viene a cumplir una misión, no a recibir consuelo. Tuvo que morir para que yo empujara este carrito y encontrase a alguien a quien hablarle de él. Pero quiere irse de una vez, para siempre, para que yo nunca vuelva a estar solo.

El desahuciado hace shopping

—Me he ido de tiendas y no he parado de comprar. Qué te parece, me desahucian y hago shopping.

—¿Y qué has comprado? —pregunto.

—No lo sé, no me acuerdo. ¿Puedes creerlo?

En la silla contigua ha dejado varias bolsas de boutique. Su voz ha empequeñecido definitivamente. No es un susurro, no es un murmullo, no es un soplo. Es pequeña. Todo lo demás ha empequeñecido también. De esa manera: no es más bajo, ni más delgado, ni más encogido. Es más pequeño.

—Tengo hambre —dice.

Se pone la carta por pantalla. Durante minutos no le veo. Minutos.

—Voy a pedir cangrejos de caparazón blando y anguila —ha reaparecido.

Mira a izquierda y a derecha, ladeando la cabeza con gesto fisgón. Pero no mira de frente, no al fondo. Llega el camarero, pedimos. Román decide informarse sobre los platos. Nunca ha tomado esos cangrejos: ¿realmente pueden comerse con el caparazón?, ¿es por la manera de cocinarlos?, ¿es que esos bichos son así? Tampoco ha tomado nunca anguila: ¿tiene espinas?, ¿se parece a la serpiente?, ¿está muy especiada?

Cuando se marcha el camarero, los dos quedamos confusos. Ha ido de compras, ha olvidado lo que ha comprado, tiene hambre. Y

yo estoy aquí clavado en una silla, todo silla. Qué estamos haciendo en este restaurante japonés de la calle Echegaray, decorado por un agorafóbico, estrecho e incómodo. La cita no es cosa nuestra. La ha puesto Camila, aunque aseguró que el restaurante lo había elegido Román. Estoy aquí por Camila, estoy aquí por Román, estoy aquí por algo, aunque también puede que esté aquí por casualidad, que haya entrado por casualidad en este restaurante japonés, que esté sentado por casualidad delante de Román.

Y puede que a él le pase lo mismo, que no entienda que sea yo el que esté sentado enfrente, aunque ha venido a este sitio para tenerme enfrente. De modo que los dos estaríamos, sin estar, delante del otro, pero necesitando al otro para no estar tampoco del todo.

Se me ocurre algo, sin intención ninguna, y es todo lo que se me ocurre: preguntarle por qué me abandonó en aquel tiempo, por qué hizo mutis, por qué reapareció como si nos hubiéramos visto ayer. ¿No es esto una despedida? ¿No son los cangrejos de caparazón blando y las anguilas la señal de que alguien está a punto de partir? Si esto es una despedida —qué otra cosa podría ser, ¿un almuerzo de trabajo?, ¿el principio de una buena amistad?—, entonces hay que despedirse en paz, cerrar caja, tirar la llave. Es natural, pienso, que para decirle adiós esta vez necesite saber más del adiós que no se dijo aquella vez. Nadie se despide con conjeturas en los labios, no deja enigmas de recuerdo.

Pero es absurdo. Lo natural y lógico es ahora lo más absurdo. Una despedida natural y lógica es absurda viéndole en esa pequeñez, con las bolsas de boutique, con la *taqiya* bordada en la cabeza, con los ojos extraviados en su forzada curiosidad por lo que nos rodea. ¿Eres tú, Román?

Y aunque fuera él, él entero y verdadero, ¿a quién le importa lo que pasó en aquella prehistoria y cómo podría importarle a alguien que se está muriendo? Más aún: ante alguien que agoniza, ¿puede quien le sobrevive ser exigente?

Claro que al mismo tiempo sospecho que es la proximidad de la muerte lo que hace que las cosas marchen hacia atrás, que todo se dé la vuelta y desande el camino, de regreso a la casilla de salida. No se trata de saldar, no es eso, es que inevitablemente, en el final, marchamos hacia donde partimos. Esto al menos es un pensamiento coherente, que fluye.

Fluye mientras él come con la cabeza encima del plato, como si el peso la fuera venciendo hasta aterrizar.

—¿Sabes cuánto me he gastado? —dice, levantándola un poco.

—Ni idea.

—Pues yo tampoco. Se me olvida cualquier cosa que hago. Lo olvido todo.

—Por lo menos te has acordado del sitio en el que habíamos quedado.

—Lo llevaba escrito en el móvil.

—Y para volver, ¿te acuerdas de dónde está tu casa? —ni siquiera yo sé si es una pregunta irónica.

No contesta, ha fijado la vista en un lugar a mi espalda y se le abre una sonrisa de oreja a oreja que produce un contraste espeluznante. Se levanta de la mesa; luego, me giro y lo encuentro besando a una mujer talludita, de esas bellezas que ya tratan de mantener el tiempo a raya, con *leggings* color perla y una cazadora negra con vuelos, lisa melena rubia. Farándula, fijo.

Se van a la barra. Bien, él parece redivivo, se apoya chulapo sobre una pierna, lanza comentarios mientras topografía a la mujer, ella ríe, él responde con una gama de contoneos, luego, toca su brazo, luego, hay una mano que acaba en la cintura femenina y la relación entre ambos queda establecida como el baile mutuo entre la peonza y el que la lanza («A veces somos peonzas», he escrito antes). ¿Román está coqueteando? Ella parece acostumbrada a ese juego, al menos con él. El moribundo tirando los últimos tejos. Vaya.

No oigo lo que dicen ni tampoco hace falta, ahí las palabras no son más que servomecanismos.

Un cuarto de hora después se digna volver. Huelgan las explicaciones, por lo que observo. Entonces, al modo de un reflejo rotuliano, suelto:

—De vez en cuando me pregunto por qué huiste de Madrid sin decirme nada.

—¿De cuándo hablas? —dice ya totalmente transfigurado en comparación con la *performance* de la barra.

—De cuando teníamos veintipocos y en septiembre yo te esperaba en el piso que teníamos alquilado no muy lejos de aquí —suena un poco raro tener que aclarar aquello.

—Yo nunca me he ido de Madrid. Es verdad que estuve aquí, pero de paso. Tú sabes que yo estaba aquí de paso.

—Teníamos un piso alquilado y estudiábamos en la universidad —todavía más raro.

—Sólo fueron unos meses y, aunque no me acuerdo muy bien, el piso lo habías alquilado tú.

—Te llamé a Barcelona y nunca te pusiste al teléfono.

—No me acuerdo. Los tiempos de Barcelona fueron muy locos.

—No estás contestando.

—Y tú no escuchas que ya no me acuerdo.

—Recordarás que después apareciste. ¿Nos conocíamos de algo?

—Éramos distintos...

—Cuándo.

—Cuando tú dices que aparecí éramos distintos. ¿Qué tenía que ver el pasado?

—¿Nos conocíamos de algo?

—No sé adónde quieres ir a parar... No me importa. Estoy desahuciado...

—¿Quieres decir que vuelves a irte de compras?

Me miró como si no hubiera entendido lo último, ni lo suyo ni lo mío. Dijo:

—Déjalo estar, no me acuerdo.

El resto de la comida transcurrió como cuando la gente está rematando el equipaje con el tiempo justo para llegar al tren o al aeropuerto y lo único que cuenta es que el minuterero corre y hay que salir de casa pitando. La diferencia es que allí circulaba el sentimiento de estar atrapados el uno en el otro, de no desear separarse de ese modo, pero tampoco permanecer juntos. Por un lado, la escena estaba condenada a progresar, por otro, se congelaba.

—Invito yo —dijo cuando trajeron la cuenta.

—Pagamos a medias —contesté.

—Déjame, por favor.

—No insistas.

Salimos a la calle y cada cual miró en una dirección. No sabíamos si nos separábamos allí, si la tarde continuaba, cuál era el plazo, dónde estaba la prisa. Supongo que nuestras perspectivas previas acababan en el encuentro del restaurante y que ninguno confiaba seriamente en que se prolongara. De la llamada de Camila yo había deducido una cierta determinación por parte de Román al vis a vis, quizá extraída de mi propia renuencia. Pasa mucho con las renuencias, que uno cree que son sólo tuyas. Sea como fuere, la intención de Camila era correcta y ahora parecía probable que hubiera tenido que pagar por ella algún precio. Aunque, por otro lado, daba la impresión de que la hora de que cualquiera cobrase había pasado. Estábamos en el limbo de la contabilidad.

—Me voy —dijo de pronto, con las bolsas colgando de ambas manos, la mirada oblicua, el empequeñecido cuerpo.

No sé qué pude decir yo, no recuerdo esas últimas palabras. Le vi encaminarse a la Carrera de San Jerónimo y llegar al cruce, cincuenta metros más allá. Yo no me había movido del sitio. Entonces eché a andar en su dirección. No quería alcanzarle. Simplemente, iba tras él. Como si no pudiera desprenderme todavía. La tristeza, aunque no sólo la tristeza, la desazón, la ausencia total de misericordia entre nosotros, me llevaba a la zaga como un perro.

Lo que más ata no es siquiera lo que más duele, es que no podamos reconocernos en ello.

Se dejó caer en un banco de piedra del Paseo del Prado. Las bolsas quedaron en el suelo. Las miró. Pensé que estaban a la distancia justa de un puntapié. Luego, cruzó los brazos en el regazo y se inclinó hasta casi apoyar la frente en las rodillas. Se irguió de pronto y pareció que se concentraba en algo de enfrente, muy quieto y rígido. Sólo los hombros se movían un poco. Se movieron más. Era como si los sacudieran. ¿Un llanto que explotaba? Las manos fueron a la cara y la escondieron.

Yo observaba desde la esquina del museo Thyssen, en la otra acera. Hubiera podido acercarme. Decenas de vehículos pasaban entre nosotros a toda velocidad, decenas de oportunidades maltratadas, de palabras estériles, de cuchillos que cortaban de un tajo, de silencios dispuestos a atropellar.

Se dice que el llanto nos devuelve a la infancia, situando a la boca en el centro del cuerpo, la boca por la que también entra el consuelo en forma de alimento o de beso. El universo pulverizado adquiere un centro y el que llora se organiza en torno a él, recobra el sentido de su cuerpo en la inundación de la desgracia.

Habría querido ver esa boca, pero Román estaba de espaldas y además se tapaba la cara. No duró mucho. Se tranquilizó, se incorporó, echó un vistazo receloso alrededor y se fue paseo arriba con su cuerpo pequeño empequeñeciéndose en la distancia. Las bolsas quedaron abandonadas junto al banco.

Ya no le seguí y le perdí de vista al otro lado de una fuente con tritones.

Otra niebla

De los dos a los diecisiete residí en aquel pueblo castellano, donde nunca dejé de ser forastero («el santanderino»). Hasta los doce pasaba la mayor parte del verano con mis abuelos, en Santander. En el pueblo castellano hice un par de buenos amigos tardíamente (también forasteros), y en La Montaña el tanteador se quedó a cero. Supongo que la vida local es afectivamente usurera, o que lo era en esos dos sitios, y que exige pertenencias unívocas, o que lo exigía en esos dos sitios.

Llegaba a Santander en junio y me despedía en septiembre, con algún intervalo en campamentos. Los hábitos estivales consistían en quedarme con mi abuela Isabel en el piso de la calle Alta —el que lindaba con la casa de Menéndez Pelayo— y confiar en que ella o mi tía Rocío (apenas diez años mayor) me llevaran a la playa en los días contados en que no llovía o soplaba algún viento intempestivo.

Si no había playa, mi abuelo Saturnino solía invitarme a tomar las rabas y el vermú (mosto para mí) y a detectar madrileños por la execrable costumbre de pedir bocadillos de calamares y exprimir limón sobre mariscos y pescados. Para el grueso del tiempo no me quedaba otra que zambullirme en los libros de la biblioteca de aquel domicilio, heteróclita a más no poder, y en la que los álbumes de *Hazañas bélicas*, de Roberto Alcázar y Pedrín, de *El Capitán Trueno* se juntaban con *Las mil y una noches*, novelas de Vicki Baum y de Hemingway, sin olvidar las obras completas de José Antonio Primo

de Rivera. También deambulaba por la ciudad fantaseando con la posibilidad de que alguna pandilla me acogiera y me invitase a ir con ella varios días seguidos. Nunca sentí que fuera una carga para mis abuelos. Por el contrario, siempre les vi contentos de tenerme y siempre tiernos, como si su nieto fuera un regalo que les sorprendía cada año.

Admiraba a mi abuelo, del que tan bien se acordaba Alfredo Munguía, porque era una mezcla desconcertante de caballero geranio, como el Néstor de Homero, y buscavidas profesional, muy de época, por otra parte. Saturnino no era un sujeto predecible. Mi madre, caso próximo, lo recuerda con tanto amor como espanto y aún no se ha deshecho de la controversia afectiva. Suele comenzar el relato de sus gestas con un ímpetu nostálgico, pero lo termina invariablemente con un lamento: ¿qué clase de padre era ese hombre?

Que yo recuerde, he asistido en calidad de testigo a un par de desconcertantes sucesos que le comprometen. Uno se refiere a la noche en que regresó temprano a casa con un millón de pesetas en fajos metidos en los bolsillos, tras una afortunada sesión de póquer. Puso los billetes encima de la mesa de la cocina, ofreciéndoselos a mi abuela, que no se atrevió a tocarlos y que estaba más atemorizada que asombrada. Un millón de pesetas de los años sesenta encima de una mesa de cocina y extraídos del bolsillo no podían sino producir un estupor religioso. Como mi abuela Isabel no festejó con suficiente alarde, ni siquiera con alguno, el obsequio del marido, al día siguiente el marido arrambló otra vez con el millón y perdió hasta la última peseta en otra jornada de cartas. Nunca he vuelto a ver, en un periodo tan corto de tiempo, reunidas la pobreza y la riqueza en una misma familia.

El otro suceso también estuvo relacionado con el póquer. Según contó al llegar a casa, le había ganado al alcalde el puesto de jefe de maleteros de la estación ferroviaria de Santander. Isabel se convenció de que le habían timado y lo mandó a la cama. Sin embargo, resultó cierto. Como cierto es también que, hasta su

muerte, sólo aparecía por la estación cuando yo llegaba en el tren, ataviado con el característico blusón azul y la gorrilla, empujando la carreta y despidiendo con cajas destempladas a cualquier viajero que solicitara sus servicios. Cargaba mi equipaje y lo transportaba hasta la parada de taxi, donde pillábamos uno y nos marchábamos como dos turistas de postín que visitaban la ciudad para darse baños de ola.

Saturnino me llamaba «príncipe» con una convicción literal. Con esa convicción, cuando llegó la hora de preparar mi primera comunión, y mis padres calculaban la compra del habitual uniforme de marinerito, él se presentó en el pueblo castellano con algo semejante a un traje húsar de gala: casaca de terciopelo negro con chorrera, lazo de raso blanco en la antemanga con bordes dorados, pantalones de seda a juego con el lazo y zapatos de charol negro. Un primor (y un espectáculo). Dado el contexto aldeano que nos incumbía, la ceremonia en la iglesia consistió, más que en sentir la contrición y la gracia, en aguantar las miradas alevosas de los agropecuarios feligreses, despechados por la novedad. El resto de niños intentaba no mirarme ni rozarme y yo aprendí la vergüenza al mismo tiempo que la sublimaba en una especie de superioridad moral y de casta, producto de aquel extraordinario porte. (En Santander, Saturnino me compraba cada verano una gorra de paja estilo capitán de yate, con insignia y banda; y a mi madre le enviaba paños de fieltro azul para que me hiciera abrigos, así como sombreros tiroleses sin que faltara la pluma; en fin.)

Como no trabajaba en nada convencional y sus ingresos eran disparatadamente imprevisibles, quitando la nómina base de su paga como jefe de maleteros, y un mes la familia (tuvieron cinco hijas, y dos hijos que murieron al poco de nacer) comía y cenaba de restaurante y al siguiente no había ni para un plato de gachas, Isabel se empleó muy pronto en el Matadero de Santander como matarife, habilidad que se le desconocía y que sólo podía remontarse a su infancia en el valle de Cabuérniga. Perteneecía a una de esas familias históricas (y endógamas) de las montañas

cántabras, con casona blasonada, solana, establo en la planta baja y criados que nacían bajo el techo de los amos. Algo parecido a una hidalguía silvestre, sin pretensiones ni gestas memorables, y cuya conciencia de sí probablemente no sobrepasaba las lindes de los pastos.

En aquel tiempo las reses se mataban todavía a cuchillo, por el sistema de descabello. Se necesitaba fuerza, valor y estómago. Era un trabajo para hombres, según la ideología popular, de modo que mi abuela debió de ser percibida en toda su singularidad. De hecho, la sacaron en los periódicos como la primera mujer que se empleó como matarife en la provincia. Y luego volvieron a sacarla cuando la hicieron jefa.

Es fácil imaginar a semejante personaje como una mujer rotunda, una especie de vikinga transexual escupiendo maldiciones. Pero Isabel no podía ser menos parecida al tópico. De vikinga sólo tenía unos ojos transparentes, una corta cabellera rojiza y una piel traslúcida (ebúrnea sería decir poco). Por lo demás, no llegaba al metro sesenta de una figura magra que, combinada con aquella palidez exagerada, los rasgos finos y una expresión de ojos alicaídos y grandes, producía el efecto de una dama romántica eligiendo permanentemente entre la muerte por tuberculosis o por amor. Pero la energía y la velocidad que imprimía a las acciones, más que refutaciones de su fragilidad, eran sentidas como la prueba suprema de las contradicciones que llegan a surgir en esta vida entre cuerpo y espíritu.

Era de carácter nervioso y práctico: no le gustaba demorarse en obligaciones cotidianas y tendía a resolver los asuntos, los graves y los leves, escogiendo el camino más corto o tirando por la vía del medio. Cuando su marido empezó a llegar tarde por las noches (o temprano por el día), cosa que sucedió en cuanto la casa se llenó de criaturas, se mudó de la habitación conyugal sin el consabido drama marital con estruendo y sin esperar la ovación del público (implícito). Cuando tenía fiebre, tomaba cerveza, porque, en su opinión, hacía el mismo efecto que los fármacos (ninguno), pero la

sensación era mejor. Este remedio lo extendió pronto a los hijos, y yo mismo experimenté (con alegría, primero, y luego con fervor) los beneficios de la receta. Le gustaba cocinar pucheros grandes que duraban días tanto como saltarse el menú cuando se le antojaba, que era a menudo, a causa de unos percebes o de unas nécoras que había visto en el mercado (en esas ocasiones únicamente comíamos percebes y nécoras, de la mañana a la noche); era normal que lo que había en el puchero se malograra antes de que se consumiera. Odiaba a los conductores de autobús, a los taxistas, a los camareros y a los clientes de la tienda de ultramarinos por una misma razón: eran gente lenta. Cuando yo regresaba al pueblo castellano, fuera de que ese destino le daba auténtica lástima, lloraba a mares con la intención, creo yo a estas alturas, de quitarse la tristeza con un manguerazo de lágrimas, como uno se quita el sudor con una ducha. Y en el momento en que los terrenos y la casa de Cabuérniga comenzaron a dar problemas de mantenimiento, de arriendos y dolores de cabeza, los vendió de sopetón por cuatro duros (no fueron muchos más) a un carnicero de Santander que se lo propuso medio en broma medio en serio. En la relación volátil y arbitraria con el dinero se parecía a mi abuelo, quitando que a ella ganarlo o perderlo no le excitaba en absoluto (mientras a Saturnino ambas cosas lo dejaban fascinado).

Mi abuelo murió cuando yo tenía trece años (los mismos que Julia en el accidente de Javi) y mi abuela al año siguiente (y otro año después mi padre se daría a la fuga). Mis progenitores decidieron que ni el velatorio ni el entierro de ambos me concernían. Marcharon a Santander y yo permanecí junto a mi hermana al cuidado de unos vecinos en el villorrio. No recuerdo muy bien mis sentimientos de entonces. Quizá no los tuve, porque aquellas muertes que deberían haber sido importantes para mí, que condenaban cualquier prolongación con Saturnino y con Isabel, así como cerraban la ventana que ellos me ofrecían al mundo (tan diferente de la de mis padres), fueron censuradas del relato de mi vida.

Lo que sí recuerdo es el alivio, porque al igual que Julia, pero tocado más profundamente que ella a pesar de todo, sentía miedo. Mis padres protegieron mi miedo, pero me dejaron sin consuelo al ahorrarme el dolor de la pérdida, reducida a la información sobre un hecho tan distante como lo estaba aquel pueblo castellano de Santander o un niño de la hora en que le toca ser adulto. ¿De qué me preservaban, del duelo o de la desgracia?

Tardaría años en averiguar lo que había perdido con la desaparición de mis abuelos. Mis padres eran seres básicamente temerosos. Debido a razones que se me escapan, habían decidido iniciar una vida lejos de la familia montando empresas que se arruinaron metódicamente, y de un breve periodo de tenue optimismo se pasó a otro ya definitivo de fatalidad y sobreprotección contra lo exterior. En casa siempre se hablaba de dinero y de las posibilidades a las que no teníamos acceso a causa de la carencia. Conmigo y con mi hermana se esforzaron en darnos una buena educación (académica), al mismo tiempo que nos recordaban nuestra pobreza de recursos y la diferencia insuperable con compañeros de estudios mejor situados. Avanzábamos como los caracoles, con la casa a costas, repleta de augurios inciertos y esperanzas destartaladas. Y con patente desconfianza hacia lo que nos rodeaba.

Saturnino e Isabel trataban el dinero como los israelitas al maná del desierto: viviendo al día y augurando que la Providencia les depararía lo mismo a la mañana siguiente. En cuanto al miedo, si se lo enseñaron alguna vez o si alguna vez lo aprendieron por su cuenta, cuando yo les conocí lo habían olvidado, al menos en su forma manifiesta y con relación a eso que suele llamarse «transmisión de valores». Creo que entendían la existencia como un azar algo emparentado con la locura y que el presente era toda la magnitud temporal con la que estaban dispuestos a relacionarse.

Siempre que se producía el —para ellos trágico— regreso a la Meseta, me llenaban los bolsillos de un dinero excesivo para alguien de mi edad (suficiente como para adquirir, por ejemplo, una

bicicleta), automáticamente requisado en cuanto ponía pie en la estación de destino, y con el consiguiente enfado entre las partes implicadas. Pero en el exceso mis abuelos no abrigaban intenciones ocultas (como la de afejar a mis padres su penuria o su falta de cabeza), sino que era el simple producto de una consideración del dinero como objeto no cuantificable y de ningún modo simbólico: estaba hecho para fluir y su comportamiento era eléctrico, unas veces se movía por partículas y otras por ondas, sin que nadie pudiera dar razón de la verdadera naturaleza de su energía. Se daba al interruptor y la bombilla se encendía, y era todo lo que podía saberse de él. Y entre el dinero y la existencia no había grandes diferencias de sentido. Me lo entregaban a puñados, en billetes arrugados, metiéndolo de golpe en uno de mis bolsillos o directamente en la maleta.

Me faltaban años, y después siguieron faltándome años, para calibrar el significado de esas muertes. Cuando va a morir o muere alguien, la despedida debería ser un hecho crucial. En los últimos momentos, se ofrece la oportunidad de rendir las armas y las máscaras, de hablar sin los tapujos, remiendos y convenciones que el comercio humano, los intereses y los miedos han introducido en la comunicación de los afectos. No sólo cabe encontrar verdad en las palabras de un moribundo, sino que el testigo que asiste al final se ve obligado a dar un testimonio veraz de sí mismo, a desnudarse en vida del mismo modo en que el agonizante se desnuda para su muerte. Ese despojamiento únicamente es posible cuando todo ropaje resulta superfluo ante la contundencia de lo irreversible. Y aunque la circunstancia para uno y para otro es distinta, el tránsito es compartido.

La experiencia de la desnudez sosiega al que se va, le permite morir en paz, rubricar el balance, irse sabiendo que deja tras de sí una cierta transparencia en su paso por este mundo: se va, pero no se diluye en el éter de las cosas sin decir, de los errores no admitidos o de los amores no confesados. Incluso si se limita a decir «adiós», la palabra adquiere una consistencia y una penetración que

quizá nunca tuvieron sus otras palabras, y el sentimiento de un lenguaje invencible y capaz que sale de su boca le acompaña en su marcha como una confirmación de que la vida estuvo hecha de cosas consistentes y penetrantes, de que fue algo más que fulguración.

Para el que se queda, la oportunidad consiste en presenciar todo eso y llevarlo a lo profundo de su corazón, imprimiendo carácter a su propio devenir, a la fragilidad que arrastra, a la calidad de los intereses y propósitos, a la solidez de las elecciones, a la contemplación de la propia vida como una obra con principio y final, sin eternidades ilusas ni trascendencias confeccionadas con materiales pobres.

Mi padre era huérfano desde los once años. Dos de sus tres hermanos mayores también habían muerto para entonces. En cuanto a mi madre, había perdido a los dos hermanos que murieron pequeños y una hermana mayor. ¿De qué me protegían? Vivir es un misterio y una oportunidad, como diría el padre de Javi, pero es también un duro trabajo en el que la simple paz o el simple bienestar no se consiguen sin alguna especie de coraje y sin duda con dolor. Mis padres parecieron entenderlo de otra manera.

Tampoco es que yo les haya mejorado mucho. Mis experiencias de ruptura, de duelo, de abandono o de mudanza han tendido a tornarse inabordables, anonadantes, inadmisibles. O indiferentes. Con el tiempo prevaleció la indiferencia y, con la indiferencia, la huida antes que la postración. Me entrenaba en la insensibilidad y doy fe (desgraciadamente, otros la darán conmigo) de que el éxito no me resultó ajeno. Mi primera novela, clarividente, pero de la que no extraje lección alguna, concluía con la frase: «Nada duele». Yo ignoraba que esas palabras servían no sólo a la apoteosis narrativa sino también de divisa sentimental del autor, y hasta qué punto eran malignas. Pero al final me parecía práctico no sufrir por nadie y, en primer lugar, por mí mismo. Terminó siendo lo menos práctico del mundo, dado que al dolor no se le conocen excepciones y el vacío de un paisaje no es el mismo que el de un solar.

Mis tajantes separaciones afectivas, mi falta de empatía con los dolientes, mi hipocondría, mi negación del pasado, mi revestimiento como escritor, mi renuencia al contacto físico, mi dificultad para escuchar lamentos verdaderos —y, desde luego, para llorar— llevan el sello de una huida íntima, producto de la enajenación ejercida sobre la pena y el duelo.

He tardado en recuperar, en sentir el recuerdo de Saturnino y de Isabel. Una de mis tías me dijo recientemente: «Has hecho un gesto que sólo he visto en mi padre». Otra de las tías, que estaba próxima, se sumó: «También yo me he fijado». ¿Qué gesto?, pregunté. «Es un gesto irónico, pero como si te rieras por dentro», convinieron. Quise saber en qué parte de la cara estaba o cómo se dibujaba ese gesto. Lo que pudieron decirme fue: «Está detrás de la cara, no es físico».

Yo hubiera preferido localizarlo en lo material y concreto. Pensé en mi abuelo y en cuánto le había olvidado. ¿Sabía realmente algo de Saturnino? ¿Podía no saberlo después de una infancia junto a él, influido por él, con su sombra alargada en los quinientos kilómetros que nos separaban durante el curso escolar?

¿Y qué decir de mi abuela? Sí, una vida es como una obra. Si no asistes al final, la memoria entra en disolución. ¿Para qué sirvió tanta trama, tanto conflicto y error y emoción? ¿Es que no iban a ningún lado, es que no había una última palabra, un cierre bien echado? Lo inacabado va olvidándose como se olvida lo inútil, lo vacío, los tiempos muertos. Es muy mala costumbre dejar las novelas por la mitad, porque termina por perderse el gusto de leerlas. También pasa en los amores, en las licenciaturas, en la construcción de edificios, en la educación de los hijos, en la gimnasia diaria, en la tristeza. No pueden dejarse a medias.

Lo que no se acaba se olvida. Puede que después, por un motivo o por otro, se quiera volver a saber de ello. A falta de memoria, hay que inventar. Inventar a conciencia. Pero todo son dudas. ¿Quiénes eran en realidad esos seres olvidados y luego

inventados? ¿Mis abuelos se parecían a lo que he contado sobre ellos?

Y así, de pronto, cae otra niebla. ¿Saturnino era un jefe de maleteros, un tahúr, las dos cosas, otras? También puede que no fuera más que un tipo corriente de su época, una especie de estraperlista moral y material, jugando ahora de verdad con los naipes que le habían servido, sin mayor epopeya. ¿Y qué decir de Isabel? ¿Se trataba de una mujer valiente y decidida o de una esclava de las circunstancias, obligada a cometidos aborrecibles de los que hubiera preferido zafarse? El desprecio del dinero por parte de ambos, ¿era derrota o filosofía de la vida? ¿Dignidad, fatalidad, pobreza de deseos?

No lo sé, y quizá en algún momento lo supe. Los muertos pueden tener muchas muertes. Sea como fuere, debo aceptar que los perdí. Murieron y se fueron muriendo en mí. ¿Quiénes eran esas personas? ¿Tuvieron importancia en mi vida? Trabajo para llegar a saberlo, pero se fueron sin decir nada.

Océano

Lo que se nos va y lo que se nos queda, éste es uno de los juegos preferidos de la vida, uno de esos intercambios que exige destreza de los individuos. La permanencia excesiva plantea problemas. Nadie puede estar mucho tiempo haciendo algo, viviendo con alguien, entregándose a una persona o a un proyecto sin que el tiempo no se le revuelva: *¿Qué estás haciendo?* El tiempo es inquisitorial, atávico, una lata (pero lo queremos en magnitudes impensables).

La pérdida, por su parte, es radical, vandálica, y goza de cierta espontaneidad brutal: hay que sobreponerse. ¿Cómo se sobrepone uno? ¿Y quién es el que al final ha conseguido sobreponerse? ¿Por qué no aceptarla? Es difícil determinar en qué consiste lo de aceptar. Sobreponerse, aceptar..., y muchas veces el resultado es un mundo puesto del revés. Los dolientes se vuelven misioneros, víctimas del destino, deudos existenciales, apátridas, eremitas. Algunos incluso se vuelven personas de fiar. El que quería sobreponerse era uno, el que se ha sobrepuesto es alguien distinto.

A menudo buscamos un guiño de eternidad en la rutina, en lo inmóvil, en la persistencia en algo, en el logro que herederán otros, pero esos frutos son inseguros y tienen muchas componendas. Nada en comparación con las cartas auténticas, la apuesta dura, a todos y nada, que nos sirve, por ejemplo, la muerte de un ser querido. Ése es el juego.

En la *chiesa* de San Gallo, en Venecia, por la tarde del mismo día en que visité la instalación de Guerín con sus mujeres y esquinas. En el comienzo de aquel «año del pensamiento mágico», cuando yo aún estaba lejos de saberlo. Emerge suavemente del recuerdo, como suele decirse, y como si antes no le hubiera prestado la debida atención: el videoartista neoyorquino Bill Viola (1951) y su obra *An Ocean without a Shore* (2007). Una penumbra tamizada por la luz que se cuele de afuera, tres pantallas como ventanales por las que desfilan decenas de personajes, en una proyección que dura horas. Trama única: un punto de luz en un magma gris se va convirtiendo en una remota figura humana; luego, avanza ya perfilada y nítida hacia el espectador y de improviso atraviesa una cortina de agua, invisible hasta entonces; a continuación, da media vuelta y se pierde de nuevo en los orígenes confusos.

En esta cortina, un paso por delante, bajo ella o quedándose justo al otro lado, las figuras de hombres, niños y mujeres de distinta edad y condición expresan el sentimiento que les produce lo que ven al otro lado de la barrera líquida, es decir, este mundo en el que se hallan los espectadores. Es fácil interpretar que la secuencia transcurre desde el nacimiento en lo indiferenciado hasta el alumbramiento; luego, sobreviene la experiencia obtenida en la vida, para concluir con el regreso a la invisibilidad del todo.

Con gestos muy sintéticos de la cara y de las manos, los individuos quieren comunicar el juicio que les merece el paso por la existencia. Hay estupor, curiosidad, alegría, tristeza, pero también desdén, reproche, deseo de volver cuanto antes a la nada, ironía ante el drama, malevolencia..., algunos incluso se niegan a salir al mundo y dejan una mirada desconfiada y hostil en la cascada. También, seres que no llegan a nacer, que se quedan al otro lado de la cortina; otros que regresan velozmente, como si se quitaran de en medio; otros se demoran, se vuelven en paz.

Nadie deja huella, ningún mensaje es transmitido: la barrera de agua permanece intacta; el trayecto, inexorable; la bruma del fondo,

inerte, caótica. Sin embargo, el encadenamiento de las vidas, con sus distorsiones y contradicciones, expresa una continuidad también inalterable y extrañamente tranquilizadora. Se nace y se muere, el drama es contingente y solitario, pero el trayecto es compartido y de naturaleza profunda en el tiempo: el magma gris, la frontera líquida y la luz exterior sólo tienen sentido, sólo pueden estar ahí, con esa imperturbabilidad mineral, porque los seres transeúntes les prestan su espíritu, sin el cual no serían más que elementos arrojados a la arbitrariedad de un universo indeciso. Carecerían de evidencia.

Lo tranquilizador, quizá lo consolador, no es que todos los humanos mueran, sino que todos viven, del primero al último, y que ése es el verdadero legado que han dejado los predecesores, del mismo modo en que lo dejarán los que ahora existen a quienes les sucedan sobre esta Tierra. Si en aquella instalación de Guerín con mujeres y esquinas, los espacios y las cosas estaban predispuestos a guardar memoria, en el de Viola los seres humanos ofrecen su memoria a los que son como ellos, hacia adelante y hacia atrás: memoria del pasado de los que fueron y memoria adelantada de los que serán en el futuro. Nunca solos: hay demasiado mundo y demasiadas generaciones discurriendo por el tiempo como para exaltar el cese individual, exclusivo, agónico, siempre acompañado, por lo demás, de sufrimiento sin fondo y de ignorancia de cuanto le rodea.

De la vida humana individual, efímera y acorralada por la imaginación de sus límites, como el último arbolillo de un bosque en llamas, sale una raíz que significa más que el fuego y que en otra primavera llegará más alto. El consuelo no es que nuestro corazón sea un sueño de cenizas, sino que las cenizas abonan la tierra en que se plantarán jardines.

Lo que no fue no será

Salían para el tanatorio, ya, oí decir a la voz de Camila por teléfono, un día. Un día cualquiera. Uno de esos días que no han sido llamados a nada. Aquél fue un 3 de abril. Y fue todo lo que supe de la muerte de Román y todo lo que sabría después. Aparte de que había fallecido en la Jiménez Díaz. Las cifras y los lugares de la muerte suelen ser algo más que fechas y señas. A veces. Otras veces, no.

Tanatorio de La Paz, salida 20 de la carretera de Madrid a Colmenar Viejo. Pensé en si debería darme prisa. En si debería enviar una corona de flores. En si debería algo. La única imagen que acudía de Román era la de Román Paseo del Prado arriba, el día de nuestro último encuentro, en una perspectiva extraña, entrevisto desde las bolsas de la compra que abandonó a los pies del banco en el que se había sentado y llorado. La llamada me había cogido en el despacho de la Escuela, a punto de salir para un almuerzo rápido y en solitario, en un día de agenda exterior apretada que concluía con una clase a las ocho de la tarde.

Podía acercarme a la cafetería cercana, donde estuve con la hermana de Muriel, tomar cualquier cosa y acudir después. Y debería cancelar la clase, además de las otras citas. ¿Porque no llegaría a tiempo? ¿Porque era un día de duelo? ¿Porque Camila me necesitaría? Aparecí en la calle y eché a caminar. Pasé por delante de la cafetería y seguí hasta la Castellana, allí doblé por el

Paseo de la Habana y subí por Alberto Alcocer. Más tarde, estaba otra vez ante la puerta de la Escuela. No para entrar: me quedé cavilando sobre el sitio en el que había aparcado el coche, que no estaba a la vista. Porque estaba seguro de haber llevado el coche y no la moto, por exigencias de equipaje para la jornada.

Apareció alguien de la oficina y le pregunté si podía confirmar que yo había traído el coche. Me dijo que no podía confirmar eso y se quedó conmigo unos minutos, no sé para qué, el caso es que cuando se marchó ya había localizado el vehículo mentalmente, aunque la calle y el lugar no coincidieron exactamente con la suposición.

Román se iba Paseo del Prado arriba, rodeaba una fuente con tritones, pero ahora no se hacía más pequeño en la distancia, sino que parecía haber adquirido una estatura definitiva, que ninguna clase de perspectiva podía relativizar. Y precisamente cuando empezaba a buscarle dentro de aquel panorama con un edificio plano y un cementerio aún más plano detrás, todo exageradamente horizontal, con macizos de flores aplastados en el suelo y cipreses que escapaban de la tierra con forma de suspiro.

Aquella llanura podría haber sido un parque infantil con instalaciones danesas, pero no era un parque infantil; había espacio para varios estadios de fútbol, pero allí nunca se jugaría al fútbol; tampoco era una pradera para montar conciertos al aire libre, ni un circuito de bicicletas, ni un paraje para ir de picnic, ni un lugar de encuentro para aeromodelistas y, por alguna razón o sensación, no era una planicie donde tumbarse a mirar el cielo, porque el cielo en ese lugar no quedaba arriba ni sobre los ojos, sino a la espalda de todo, en lo más hondo de las espaldas, o tal vez era el propio cielo el que se había puesto de espaldas y, como la otra cara de la luna, era algo nunca visto por simples ojos.

Una recepcionista con traje de chaqueta dijo el número de la sala, el doce, con una cordialidad escarchada en un rictus, y me entregó un folleto. El vestíbulo lo atravesaban grupos que parecían estar trazando diagonales para un agrimensor. El largo pasillo tenía

un lateral de ventanales que daban a unos parterres con corrillos de gente fumando. En el interior, se sucedían pequeñas aglomeraciones en las puertas de las salas, con conversaciones átonas, también risas, siempre salpicadas por pares de ojos asombrados e incrustados en las cuencas que, para moverse, arrastraban la cabeza, o quizá la cabeza los arrastraba a ellos como si los tuviera conectados al flujo del pensamiento. Los rostros del golpe.

En la sala doce no había gente en la puerta. Dentro, Camila estaba sentada en un sofá funcional junto a otra mujer más joven de rasgos similares. Junto a ellos, un anciano que debía de ser el padre. Y en ligero remolino, un puñado de personas permanecía de pie.

Esperó a tenerme delante para levantarse. Era un rostro frotado con aguarrás, limpio y ausente. Llevaba un vestido gris de organza, que daba la impresión de haber salido al azar de una maleta de viaje.

—Está ahí detrás —dijo.

El cuerpo de Román estaba al otro lado de un cubículo acristalado, semitendido en un ataúd sin tapa, el gesto de un niño cuando se duerme enfadado, el pelo rubio recogido en coleta, un traje oscuro que no le había visto y corbata, una corona de flores y dos ramos a los pies. Ya no era Román. Era todo eso que escribió Thomas Lynch sobre el cuerpo de los muertos —niños cambiados por otro, seres en una incubadora, polluelos saliendo del cascarón hacia una nueva realidad—, pero no era Román.

Al darme la vuelta casi tropiezo con Camila. Había en sus ojos una especie de pregunta o quizá una demanda. ¿Alguna variedad de reproche?

De regreso a la sala recibí la confirmación de que el anciano era su padre y la mujer semejante, su hermana. Al resto no me lo presentó.

—¿Has pensado en alguna ceremonia? —pregunté.

—No.

La negativa sonó a la vez como si no lo hubiera pensado y como si no fuera a haber ninguna ceremonia. Quise saber cómo había muerto. Me dijo telegráficamente que sedado y que tardó día y medio. Luego, volvió a su sitio y yo me quedé por allí, errático. Salí a los parterres, volví a entrar. Había aparecido una mujer joven que se había abrazado a Camila y que lloraba a moco tendido. La viuda se dejaba, absolutamente impertérrita, como si hubiera sido sorprendida por un desconocido. La hermana y el anciano las miraron como lo miraban todo, con unos ojos iguales, traídos de casa a una ciudad extraña. La desconocida se marchó en poco tiempo con su contagiada viudedad y no volví a verla.

Salí y busqué la cafetería. El plato del día era hígado encebollado. En los expositores había también oreja al ajillo y se anunciaban embutidos diversos. Tenía su gracia. El tanatorio de los Hermanos Marx.

Más tarde, la sala se había alborotado un poco. Un grupo nuevo de hombres y mujeres gesticulantes hablaba con Camila de recitar poemas. Ella los observaba con la cara pasmada de una niña a la que cuentan su primer cuento. Toda esa gente parecía estar interpretando algo o querer interpretar algo, entendí el sentido de la palabra *actuación*, esa gente quería *actuar*. Yo mismo llegué a pensar que no estaba haciendo nada, y que tenía obligación de hacer algo. Una sospecha: el muerto era secundario (un *secundario*) y lo que nos había llevado hasta allí, un pretexto demasiado vago, insuficiente para desarrollar un programa concreto, un trabajo de equipo, como en esas fiestas —bodas, cumpleaños— a las que se asiste para manifestar adhesión, renovar lazos de afecto, y en las que la constatación de la presencia ha sido precedida por el cálculo del significado de la ausencia. El aglutinante suele ser alguna suerte de euforia.

La *troupe* se congregó a la entrada del cubículo con el cadáver. Un tipo alto y ya mayor, vestido con unos chinos y una camisa holgada y brillante, dotado de una de esas voces radiofónicas, se puso a recitar de un papel «Los heraldos negros», de César Vallejo.

Luego, una mujer más joven de larga melena hasta la cintura cantó, con la música de Serrat, *Caminante no hay camino*, y sonó como ópera. Hubo emoción. El gesto de Camila era de vergüenza agradecida, como si no tuviera con qué corresponder al inusitado homenaje que se dispensaba al muerto, y a ella en cuanto difunta vicaria. El anciano y la hermana, imperturbables.

La viuda anunció que incinerarían a Román y que esparcirían sus cenizas en París, la ciudad que, según ella, amó por encima de todas.

¿París? ¿No era Berlín? ¿No fue en París el episodio de amor psiquiátrico? ¿No supuso Berlín la recuperación para el mundo, y no fue donde ancló la nostalgia de la decepción posterior, de la otra enfermedad? Camila repitió «París» varias veces. Puede que en aquel momento desbordante hubiera confundido las ciudades que, por otro lado, quedaban al margen de la experiencia compartida con Román. Era un simple lapsus, no necesariamente un error de conocimiento. Por supuesto, yo no dudaba haber escuchado de los labios del amigo palabras como «Berliner Ensemble», «Tacheless» o «Kreuzberg», no en una, sino en muchas ocasiones. Algo distinto sucedía, empecé a darme cuenta, si me ponía a buscar la relación de esas palabras con una predilección inequívoca por Berlín, pronunciada por Román y sostenida en el tiempo. Había viajado y se había establecido, aunque en estancias no muy prolongadas, en varios lugares de Europa: ¿estaba seguro de tener razón? Aunque también: ¿cómo podía dudar de que París había sido aciaga?

Se me ocurrió que podría discutirlo con Camila. Me moví hacia ella —que se había quedado tras la declaración en una tierra de nadie entre los familiares y los rapsodas— y me detuve enseguida. Supongamos que Camila estaba convencida de que la ciudad preferida de Román era París, ¿quería discutirlo en serio con ella? Si había sido un lapsus, no representaba ningún problema, pero, si no lo había sido, yo estaba a punto de aportar a la reunión una incomodidad gratuita.

Sigamos suponiendo que de todos modos me acerco a Camila y le hago partícipe de mi cuita y que ella, después de sentirse adecuadamente mal, polemiza y contraargumenta. No dejaría de ser su opinión contra la mía, ya que, excepto si alguien de allí lo conocía tan bien como nosotros dos, algo de lo que no había noticia, nadie más podía saberlo con el mismo rigor de Román. El resultado probable es que la duda quedase sembrada en ambos.

Fue entonces cuando sentí físicamente —como si me tironeasen hacia fuera de aquella sala— la ausencia de Román, y que Román, a partir de ese momento, sólo se manifestaría por esa ausencia. La ausencia de Román sería Román: el mismo que se había llevado a la tumba el nombre de la ciudad que concentraba su nostalgia. Porque lo que se había llevado quizá no fuera en vida más que un dato periférico y ornamental, una oscilación azarosa de aire expulsado por su boca, París o Berlín, pero ahora en su muerte era un dato rotundo, la constatación de una incógnita abismal, un agujero en la certeza del recuerdo de Román por el que se le escapaba el aliento a toda prisa, yéndose a estar muerto de verdad.

Nunca volvería a ver a Román, sino la ausencia de Román, su oquedad. Pensar en él ya no sería pensar en virtudes y defectos, hechos e intenciones, balances de vida, ni juzgarlo todo como se juzgan las relaciones entre mortales para aplicarlo a una economía de la conducta y del afecto, sino pensar pura y simplemente en ese hueco fabricado por las dudas, las cosas no sabidas, los olvidos, incluso por el futuro escamoteado. Por supuesto, podíamos jugar a ese juego de poner al muerto en la báscula y continuar juzgándolo como si estuviera vivo. Como si él o nosotros pudiéramos hacer algo con eso, algo así como arrepentirnos o vengarnos o volver a empezar o perdonar o romper para siempre. Podríamos jugar a ese juego, mucha gente lo hace, de modo que un saludo a toda esa gente que va por la calle hablando sola y cantándole a su jefe las cuarenta.

Claro que, ya puestos, ¿había más derecho a juzgar en vida del reo? Puede que fuera práctico desde el punto de vista de la

supervivencia y de la consideración ética, que reclutan finalmente lo que vale denominar el grupo de *los nuestros*. Ésta es al menos la opinión generalizada. También está el primo esenio de Juan el Bautista manteniendo lo contrario sin perder el sentido práctico («No juzguéis y no seréis juzgados»). Pero el problema reside, en todo caso, en las interferencias, cruces o melés del juicio y del afecto: sustancias inmiscibles, números primos sólo divisibles por sí mismos o por la unidad. Porque donde entra uno no entra el otro. Y si entra lo menoscaba. O lo retuerce en hipocresía.

Era una ocasión estupenda para preguntarme cuánto había juzgado yo a Román, ya que eso también diría algo de mis afectos. La respuesta estaba al alcance: no había dejado de hacerlo desde el reencuentro, desde la cuenta pendiente nunca saldada. Mantuve mis reservas y las regué todos los días. Esas reservas eran un reproche moral encubierto. No significa que Román no fuera un capullo. Lo era y de los grandes. Pero ésa no es la cuestión. La cuestión es si lo que yo le había exigido, y que coincidía con la forma en que le juzgaba, tan callada por cierto como la exigencia, no había saboteado aquello de que yo le acusaba solamente a él: el consuelo que no nos dimos, la despedida que no hicimos, las cosas que no aclaramos.

Ambos éramos responsables y, curiosamente, quién tuviera razón en la vieja disputa, suponiendo que se hubiera dado con ella, ya no significaba nada. Habíamos convertido nuestras diferencias en algo peor y de mayor calibre. En desafecto.

Él me quiso a su manera y si a mí no me gustaba esa manera, puede que oportunista y renegada, debería haber roto con él. Pero tal vez me pareció mejor quedarme a su lado para que el reproche siguiera vivo, para que la propia estima pudiera compararse con su impotencia o con su debilidad o con su desidia.

Nos estábamos quedando a la par..., y luego dicen que los muertos no hablan.

En el libro egipcio de los muertos (*Salida del Alma hacia la luz del Día*) se juzga al difunto por las cosas que hizo, pero también por

las que no hizo, y Anubis las pesa en la balanza. Esta confesión negativa tiene sentido: lo que no hemos hecho nos lo hemos arrebatado a nosotros mismos y a la propia existencia. Y el vacío consiguiente, al igual que la ausencia de Román, es palpable, construye figuras. Los hechos negativos (los hechos que nos hemos negado) son extremadamente positivos, sustracciones concretas que hay que pagar de la misma forma en que el siervo de la parábola de los talentos, que enterró el suyo y no hizo nada con él, tuvo que pagar por no hacer nada con lo que sabía que era para hacer algo.

Camila estaba de pronto ante mis cavilaciones, diciendo:

—En casa quedan cosas de Román. Algunas ya se las he prometido a sus amigos. Pásate cuando te venga bien y coge lo que quieras.

Aparenté evaluar la propuesta, de tacto un tanto peculiar, y pasé a comentarle que París quedaba muy lejos para que, aun siendo únicamente el lugar de sus cenizas y no una tumba de mármol en un cementerio, ella pudiera visitarlo cuando lo deseara.

—Él habría querido París —fue todo lo que dijo antes de ofrecerme el espaldar de su vestido de organza.

No me despedí. Ya en el coche, el motor no arrancaba. Lo curioso es que no acababa de importarme mucho. Me acordé de un gesto de Román cuando se había cansado de despotricar: echaba hacia atrás la cabeza y sonreía al cielo. Quizá una mueca dirigida a sí mismo. Que me gustaba. Algunas luces del cuadro estaban encendidas, ninguna de alarma. Enseguida, con algo de revelación descuidada, pensé en que Román se llevaba la parte de mi historia que sólo él conocía: los primeros tiempos de Madrid, de la escritura, el primer enamoramiento serio... Iban a incinerarla con él. Se llevaba algo valioso, algo mío, no importa cuánto lo hubiera distorsionado. De vez en cuando movía la llave del contacto, sin éxito. Que el coche no arrancase me parecía algo adecuado. Siempre podría contar yo aquella historia. Seguramente encontraría público. La clase de público que escucha *batallas*: relatos que no pueden

contradecirse, ni verificarse, sospechosamente ficticios, preámbulos de la condescendencia y del cansancio. No es que Román hubiera servido de gran cosa en ese aspecto. Pero siempre había sostenido su posibilidad. Aunque el diálogo fuera silencioso, y sólo de una parte, al menos era diálogo. Una sensación muy distinta al soliloquio lapidario de la muerte, del que se va y del que se queda. Ese soliloquio evidencia la pérdida profunda. Hablar solo, morir. De manera refleja, en cierto momento di al contacto y pisé el freno, sistema mediante el que se enciende un coche automático.

Por la autopista, a ciento cincuenta por hora. Uno, cinco, cero. Cifras como fechas. Carretera M-607. Las señas del lugar. Ya tenía lo que necesitaba para empezar el duelo. Por el amigo al que quería.

Llamé por teléfono a Román y le pregunté cómo se hacía una tortilla de patata. Sus extravagancias gastronómicas claudicaban ante este plato más bien burdo. Podía llegar a llamarlo «exquisito». Pero mi mujer también lo veneraba y yo quise sorprenderla. Lo fundamental, dijo, es que la sal la echas cuando batas los huevos. Que luego remuevas con una cuchara y muy bien las patatas, el huevo y la cebolla. Con una cuchara. Que haya poco aceite en la sartén cuando echas la mezcla. Coge un guante de horno, por si acaso, para voltearla. Mete los bordes mientras se fríe y mueve la sartén para saber si está cuajada. Para darle la vuelta, utiliza un plato llano. Llano. Como es tu primera tortilla, hazla de tres huevos. Me llamas cuando acabes, a ver cómo te ha salido. Pero no olvides llamarme. Esto no me lo pierdo.

Despedidas

Cualquier despedida es, a fin de cuentas, un amago de la separación perpetua que tememos. Y nos estamos despidiendo todo el tiempo. No es necesario recurrir al drama o al éxtasis de los grandes momentos para descubrir que en los adioses, por pequeños que sean, se activan las fuerzas del temor y del duelo. Hay que prestarles atención. Son voraces.

Un amigo íntimo se marcha al extranjero por tiempo indefinido

Porque le han ofrecido un trabajo, porque tiene que gestionar una herencia, porque desea simplemente cambiar de aires. Volveremos a verle: el planeta ha comprimido los trayectos, el amigo quizá regrese antes de lo esperado, surgirán oportunidades no previstas... Aunque, por otro lado, nadie conoce el plazo de la ausencia: la fortuna, los accidentes, los nuevos horizontes son un ejército siempre armado contra la predicción. El que se va, se ha ido. Nadie sabe por cuánto, tampoco él. Y el que se queda ignora si aguardará tanto como supone, pues a él también le pasarán cosas.

El amigo que se queda acompaña al viajero al aeropuerto en un taxi. Colocados en el asiento de atrás, observan por las ventanillas, se cruzan miradas, sienten el obstáculo que se opone a una conversación fluida. Aunque viajan en el mismo vehículo, marchan en direcciones opuestas. Marcharse, permanecer. El que se queda se pregunta cuánto del otro sigue todavía aquí —en la ciudad

compartida, en el ayer compartido y aquí mismo, en el taxi— y cuánto del otro se ha ido ya —a su destino, a sus ensoñaciones y expectativas—. El que se va también se hace preguntas: cuánto se lleva, cuánto de él se está quedando, ¿estará yéndose en realidad?

Hay una pregunta que suele saltar en el trayecto, por parte del que se queda, aunque anda repicando también en la mente del que se va: *¿Lo llevas todo?*

El énfasis recae en la palabra *todo*: ¿No dejas nada aquí? ¿Nada de nada? ¿Ni siquiera hay algo que se quede un poquito? Bajo la apariencia de una cuestión logística —equipaje, documentos—, hay una evaluación sentimental. Persigue también un objetivo práctico, pero resulta imposible cuantificarlo. En lo profundo es aún más práctica, pues requiere de alguna contestación para dar inicio al duelo, esa concentración de la vida en la pérdida. Cuál es el momento de las lágrimas. Queremos saberlo.

Si el corazón del que se irá todavía está aquí (o el del que se queda no se ha dado ya la vuelta), debemos contener la pena, seguir con él, acompañarle en las tareas, ayudarle, ofrecerle palabras para el recuerdo, entregarle un paisaje de lo que deja y un último rostro nuestro, como una efigie viva. Pero si ya se ha ido o quedado del todo (aunque siga a nuestro lado, en el asiento contiguo, en el *check-in* o frente a la aduana), y permanecemos a solas con esa soledad mayor que ninguna porque cuenta con la presencia del que nos ha abandonado, entonces la congoja tiene vía libre. Quizá por esto, en la hora de la despedida, algunos no pueden contener el llanto y otros resisten impasibles: es la diferencia entre despedir a los que ya se han ido y despedir a los que todavía están con nosotros.

Los amigos se apean del taxi e ingresan en el aeropuerto. La tiranía de los trámites. Hay que comprobar la documentación, revisar el billete, buscar el mostrador de facturación, obtener la tarjeta de embarque, ver si sobra tiempo para un último café, quizá pasar por la farmacia... Ahora sí hay una tensión objetiva por que nada falle y se cumplan las pequeñas misiones escalonadas que

culminarán en el control de equipajes, barrera de la desaparición. Pero nada impide fantasear con algún error —en los documentos, en las fechas— que proporcione una demora y posponga, unas horas o un día, lo que fatalmente se avecina. Estar algo más con el otro, asegurar un poco más el vínculo y las perspectivas de futuro, sencillamente que no se vaya justo ahora.

Más allá de las fantasías que alivian el peso del momento, ninguno desea una demora. No sólo porque el que se va es empujado a irse por todo lo que ha hecho y dicho, y el que se queda a quedarse, conscientes además de que el trago ya se ha dado y repetirlo no lo hará menos amargo, sino porque el hecho de que todo esté bien, de que nada falle en lo que presenta la apariencia de mero trámite, se vuelve trascendente: todo está bien hecho, luego irse y quedarse está bien hecho.

La operación netamente logística de marcharse, bien ejecutada, se transforma en la promesa de que muchas otras cosas participarán de esa bondad y de esa eficiencia, y que en el mundo quebrado de la separación se abrirá paso, tarde o temprano, una nueva continuidad, quizá en otra parte y de otro modo, pero renovando el lazo que ahora se rompe. Si el irse y el quedarse se hacen bien, en el futuro es muy posible que nada esté mal.

Oculto en la satisfacción de hacer las cosas como deben hacerse, se halla la anticipada satisfacción del reencuentro, pues el volver a verse forma parte de lo que debe hacerse. Enjugada con la tristeza dominante, esa complacencia no es ajena a los sentimientos que suscita la despedida: junto a la separación puede comenzar a experimentarse el reencuentro.

Un trámite o un requisito fallido, en cambio, torpedean cualquier ilusión de futuro. El que se va —sólido como la inexorabilidad del viaje— adquiere súbitamente la fisonomía de lo impredecible y su cara se retuerce en un rictus desconocido. ¿Quién es éste que no se ha fijado en que su pasaporte ha caducado o que ha leído mal la fecha del billete o que ha confundido la terminal? Tras tanto aparato

y emotividad, ¿es que al fin no quiere irse, tiene miedo, bromea consigo mismo, con los demás?

El trámite es importante, grave, habla al que se queda y habla del que se va. Diálogo sofocado, pero de intensidad alta, alerta a los giros, a la entonación de los ahogados parlamentos que palpitan en las acciones de los protagonistas.

Finalmente, se aproxima la escena culminante, la despedida literal: qué hacer, qué decir, dónde meter las manos, qué cara poner, cómo buscar el abrazo, hasta dónde entregarse o replegarse. Por lo general, en este punto, tiramos del cajón del repertorio aprendido, extrayendo los gestos, las palabras, las posiciones del cuerpo suficientemente contrastadas como para evitar una herida o una anomalía en la escena. Recordamos lo que sabemos, lo interpretamos, nos agarramos a las convenciones. La conciencia y el imperio sobre los actos se han esfumado, nos aferramos a la coreografía más tópica de la representación de sentimientos. No queremos singularidad, ni originalidad, ni inventiva. El tiempo del abrazo, las frases de ánimo, las palabras de adiós, el gesto de la cara son los que se esperan y los más reconocibles, buenos alumnos de un conocimiento largamente repetido. Que todas las despedidas del mundo hablen por nosotros (¿como en el amor?).

De vuelta a casa uno, y otro ya en el avión a velocidad de crucero, ambos se sienten extrañamente ligeros, podría decirse que aliviados a pesar de que la emoción aún está en danza, ya concluido el inestable proceso de la despedida. Y es que, misteriosa e imperceptiblemente, algo de cada uno se ha ido o quedado con el otro, algo de cada uno se ha quedado en la casa de siempre o se ha ido a vivir a otro país para cumplir un contrato, gestionar una herencia o cambiar de aires. De modo que ni el que se ha ido ni el que se queda son ya los mismos que fueron a despedirse.

La pareja (sin hijos), un poco antes de salir para el trabajo

Desde los primeros movimientos, una sensación de inminencia que a menudo se traduce en una prisa algo gratuita. Entradas y salidas de la ducha, preparación del desayuno, elección de ropa, control del equipo para la jornada mantienen un ritmo no necesariamente acorde con el tiempo disponible. Hay una aceleración íntima y, a vista de pájaro, aunque sólo se trata de dos sujetos, un gran ajetreo en un pequeño espacio.

Él y ella se cruzan a menudo sin mirarse, aunque la experiencia y la evidencia nos dicen que están completamente pendientes el uno del otro, saben dónde situarle y lo que hace en cada momento, incluso sin verle, incluso sin pensarlo mucho. Algún reproche o alguna pregunta, llegando de lejos, suele cruzar el espacio vacío.

Juntos y separados, se ven sin mirarse, ocupan ámbitos comunes y actúan aislados, hay intercambio de cosas y palabras pero la comunicación está atenuada. ¿Se trata de una anticipación de lo que ocurrirá cuando cada uno acuda al lugar de trabajo, unidos en la distancia, próximos en la invisibilidad?

Bien, esas primeras piezas de la mañana, bajo luces somnolientas y el manto del despertar, componen la danza ritual de los que están juntos y saben que pronto dejarán de estarlo. Cierto es que toda pareja tiene su danza, a cualquier hora. Y no hay duda de que saben que la despedida se cierne y que hay que disponerse a ella mediante una conducta adecuada, mediante una representación de lo que ocurrirá enseguida.

Desayunan en sintonía, sentados o de pie, en la cocina o en el salón. Una pregunta se desliza casualmente, aunque casualmente es la misma de todos los días, sonando en el mismo registro mecánico y desapercibido en que ha sonado el silbido de la cafetera: *¿Qué plan tienes para hoy?*

También las respuestas suelen ser mecánicas. Ninguno parece pensarlas mucho y ninguno parece esperar gran cosa de lo que se conteste. En realidad, no se esperan datos y, lo que es más, tampoco se espera respuesta, al menos una respuesta demasiado concreta. Con la pregunta sólo se pretende informar al interlocutor

de que, de algún modo impreciso, en voluntad, en espíritu o por ensoñación se estará con él cuando ya no estén juntos, que la falta de presencia no equivale a la ausencia: *Estaré contigo, aunque no esté contigo, puedo asegurártelo, confía en ello.*

Al observador perezoso puede parecerle que en este escenario hay mucho aparato para poco cuento: una despedida matinal es rutinaria, desentrañada, a la que sólo la sincronía de los individuos, cuando se da, hace imprescindible, no tiene más significado que el frotarse los ojos o elegir camisa.

Sin embargo, se trata de una separación y aunque creamos dominar los pequeños periodos de tiempo, los territorios reducidos, los plazos cortos, esto no puede ser más que una ilusión, pues al mismo tiempo sabemos que cualquier cosa puede ocurrir en cualquier momento y cualquier despedida, no importa la brevedad que presuponga, puede ser para siempre. Y así, cada gesto recita lo que no puede ignorarse.

La pareja sigue desayunando en la cocina. Surge otra pregunta, tan casual y mecánica como la primera: *¿Tienes idea de a qué hora volverás?*

Hay muchas clases de parejas, pero por lo general la respuesta a esta nueva interrogación suele ser conocida por quien la hace, ya que en caso de eventualidad es muy probable que el miembro responsable la haya comunicado con anterioridad (si no lo ha hecho, entraríamos en otra reflexión que no concierne a este capítulo ni a este libro). En ocasiones, incluso con frecuencia, no necesitamos esa información ni la solicitamos por razones específicas. La cuestión no brota del expediente práctico de la vida en pareja, sino de un impulso profundo: imaginar la hora en que el otro regresa nos permite unir este instante en que se va con el instante remoto de su regreso. Es como si la pareja comenzara a ponerse de acuerdo — cada vez es más inminente el corte— en que, frente a la discontinuidad que causarán las respectivas obligaciones laborales, el relato de ambos acompañándose seguirá siendo continuo. Estamos aquí, desayunando en la cocina o en el salón y a punto de

separarnos, pero también estamos allí y ahora, cuando regresemos, nos reencontremos y nos abracemos, cosa que podremos hacer porque hemos empezado a abrazar el tiempo.

Si la primera pregunta murmuraba *estaré contigo aunque no esté contigo*, la segunda propone que estamos aquí, pero que *estando aquí ya podemos empezar a estar de regreso*.

A diferencia de la despedida del aeropuerto, cuya apoteosis es rígida, en el momento crucial los gestos de la pareja buscan significado en la variedad infinita de contactos, rictus y entonaciones que caben entre amantes. Hay que elegir y acertar o la jornada ofrecerá perturbaciones. La modalidad del beso, la melodía del *adiós* o del *hasta luego* (también la elección de esas palabras), el juego de ojos, la duración de la escena, el lugar exacto en el que se produce y el grado de apresuramiento, etcétera, hablan de adónde va nuestra pareja, cuándo volverá y cómo. En ese repertorio se dicen cosas y esas cosas concentran lo desconocido y lo componen ante la vista. Un roce demasiado liviano de los labios, una prisa equívoca, una brusquedad de movimiento pueden actuar en el amante atento como un seísmo. El momento culminante de la despedida es un cambio de paso en la danza de los amantes y hay que coordinarse en una dimensión nueva...

Alfredo se vuelve

—Veo un río...

No hay luz en la habitación, en la puerta entreabierta se detiene un resplandor de la sala contigua, en la que aguardan Fernanda, la madre de Alfredo, algunos familiares. Alfredo yace de costado, con una inmovilidad de piedra. De vez en cuando, con un efecto que oscurece aún más su cara, salta un claror de las pupilas. La ronquera hace que su voz parezca venir de lejos, con restos minerales. ¿Existe el olor a electrolitos?

—Veo un río. Álamos, agua verde. Un río pequeño en un día de verano. Está bien. Qué raro.

—¿Lo conoces?

—No he estado en este río. Se llamaban ondinas, ¿verdad?

—¿Las ninfas de los ríos? Sí, ondinas.

—Ondinas... ¿Crees que existen? ¿Y los duendes, las hadas, los trasgos?

—Hay gente que dice haberlos visto.

—¿Y Dios? ¿Los dioses?

De la sala vecina no llega el más ligero rumor. Un silencio cargado de cualidades, como el negro polícromo. Nadie pisa una escalera, ni vierte agua en un vaso, ni el aire pasa por celosías, ni un gato araña una alfombra.

—Ya sabes, todo está lleno de dioses —contesto, sintiendo que también hay silencio en la boca que habla.

—Tú estás seguro...

—Están ahí esperando, podrías verlos. Sólo desaparecen de la vista cuando se aburren de esperar.

—No tardaré mucho, que tengan paciencia.

—No te preocupes, saben que vas. Están sentados, hacen corro, flotan, vuelan en picado... Es un momento especial, todo el mundo está un poco alterado.

—¿Alguno que conozcas?

—Bueno, siempre me fijo en Apolo. Acaricia a un cisne en un lago con los colores del arcoíris.

—¿Tú lo estás viendo?

—Lo ve mi *daimon*, que también está un poco alterado.

—Dile a tu *daimon* que agradezco el consuelo. Mírate, tú andando con un *daimon* que quita el miedo. Es una virtud que siempre has tenido. Un *daimon* valiente en un hipocondríaco.

—La divinidad es arbitraria.

—Tu escritura, la Escuela..., cosas de tu *daimon*, ¿eh? Escucha: no desfila la vida como en una película. Todo viene junto, de golpe. Lo peor y lo mejor, lo insignificante. Todo junto. Verlo así da alegría. Era una ilusión verlo separado. La vida es una ilusión, eso dicen. Tienen razón.

—¿Todo es igual?

—No, no..., muy diferente. Sólo que va junto. Es una felicidad. Me estoy muriendo, estoy triste, tengo miedo..., y también alegría.

—Verlo todo junto es la felicidad, entonces —digo.

—Además, las palabras tienen sabor.

—A qué saben.

—No saben a cosas. Saben a ellas mismas. Un sabor suyo al que no sabe nada más. Textura, olor. Pero no hay con qué comparar. Las grandes, las pequeñas... vuelven a la tierra.

—A lo mejor también a los dioses, de donde salieron.

—El saber de los dioses sería ese sabor.

—Saber y sabor..., se dice que es la misma raíz.

—Siento alegría. También vergüenza.

—¿Vergüenza?

—Claro. El dolor que dejo. Piensa. El que se muere está en lo suyo. Pero los demás cargan con su muerte. El que se muere tiene una espada... ¿Qué derecho tiene al otro dolor? Mi pobre madre..., Fernanda. También mi padre, lo que le estoy haciendo, aunque haya muerto. ¿Se hace daño a los muertos? Qué derecho. Ojalá la muerte fuera un viento..., se llevara también el dolor de los que sufren nuestro recuerdo. Morir en paz, cómo, con eso.

—Entonces también se llevaría la memoria de su amor, que les hizo como son.

—Otra vez tu *daimon*. Cuánto sabe. Qué suerte tienes. Sin recuerdos, los muertos no tendrían dónde volver.

—Es que no te vas, Alfredo. Vuelves al sitio del que viniste, a lo que te engendró, como haremos todos. Por eso nos encontraremos.

—Me gusta la idea de que nos volvemos. Escucha con atención...

Pienso: quizá no pueda escucharle con atención, de dónde sacaré toda la atención que me pide.

—Atiende. Voy a dejarte mi reloj.

—¿El reloj de tu abuelo?

—El abuelo no tiene que ver. Son tus fantasías. Esos linajes que piensas. No es más que un reloj que compré en Barcelona, de estudiante. Lo anunciaban por la radio, no era muy caro. Te quedas con él. Esto te digo: los linajes los funda uno mismo. Siempre empiezan con alguien, ¿eh? A lo mejor este reloj te vale para fundar el tuyo, el linaje. ¿No querías linaje? Pues empieza.

—Me quedo con el reloj...

—Muy bien.

—Te doy las gracias.

—Menos solemnidad, se te pone mala cara. Ya tienes herencia. Sé que la entenderás. Estaremos contentos cuando nos veamos en ese sitio de vuelta.

Yo ya estoy contento. Será absurdo, pero estoy contento mientras mi amigo se muere.

—Y verás, quiero que se rece por mí. No lo cristiano. Unas palabras, que me despidan con palabras. Es feo hacer mutis, dejar dolor. Unas palabras para el consuelo. Sin inventos. Que alivien de verdad. Ese encargo es para ti, qué te creías. Para tu *daimon*. Ya está hablado con Fernanda.

—Haré lo que pueda.

—Harás más que eso, me parece. Tengo una noticia..., hay sitio para mí en el cementerio civil de la Almudena, una parcela familiar antigua. En la lápida sólo estará mi nombre. No me fío de ti. De esas excursiones con alumnos.

—Las lápidas las carga el diablo.

—Si vas con ellos, pasas de largo, ¿me oyes? No se me olvida nada. No, nada. Todo está bien. Claro que sí.

La impresión de que cierra los ojos para siempre. Tengo que levantarme y avisar a los de la sala. Pero mi cuerpo se queda y pregunta:

—¿Estás pensando en algo?

La contestación tarda, pero llega:

—De pequeño, en la casa de Santander, comíamos percebes ante el televisor. Como si fueran pipas. Hoy son un lujo. No debieran ser tan caros. Da pena por los críos. No saben lo que se pierden. ¿Qué comen los niños? Espero que los padres se preocupen de eso.

Vuelve a cerrar los ojos. El aire se aclara sin ningún motivo. La cara de Alfredo es una terracota. Algo se pulveriza por dentro, la capa de dureza es cada vez más fina. Yo no debo ser el último en verlo.

Pero vuelve a hablar:

—¿Sigues sabiendo el final de aquel cuento de Joyce? Lo recitas, por favor, y llamas a mi madre y a Fernanda.

Hice lo que me pedía. Y sentí el sabor de las palabras, igual que Alfredo. Las palabras no eran traídas de la memoria ni yo iba en su busca. Las cogía del árbol de la vida y me las metía en la boca. De esa forma caía la nieve sobre la llanura central, las colinas

despobladas y los pantanos de Allen, y más lejos, sobre las aguas del Shanon, pensando en todos los que alguna vez habían vivido desde el principio de los tiempos y en los que ahora fluctuaban, transeúntes como ellos, hacia ese mundo gris, mientras la nieve continuaba cayendo lánguidamente como en el último ocaso, sobre todos los vivos y los muertos.

No puedo reproducir con toda exactitud lo que dije en el responso de Alfredo ante lo que resultó una multitud inesperada, en la iglesia del mismo tanatorio que despidió a Román, los santos cubiertos por un velo en sus hornacinas por respeto al agnosticismo del muerto. (Mis manos se aferraron al atril y se quedaron allí, agarrotadas, con un temblor que eran sacudidas.) Pero según las notas que aún conservo debió de ser similar a lo que sigue:

Se dice que los muertos dejan un hueco. Yo creo que dejan un mapa, no de lugares que desconocemos, sino precisamente de los que conocemos y que, desde la tinta invisible del espíritu que se despide, ahora se revelan gracias a una atención nueva. Ha muerto Alfredo Munguía y nos ha dejado su mapa (cada muerto deja el suyo, no hace falta decirlo).

Los senderos de Gredos o de Liébana, los restaurantes con mantel de hule, los veranos con una ermita al fondo, el arbusto que rodea al inmortal ginkgo biloba, el castañar de Yedra en otoño, el sonido de voces en las callejuelas del viejo Madrid y los jardines que Alfredo amaba se reaniman con intensidades y colores diferentes. Sólo tenemos que echarnos a andar hasta encontrar la ermita, el suelo alfombrado de hojas de castaño, las voces viejas y descubrir que el camino y las sensaciones que conocíamos, aun marchando por el sendero de siempre, pisan en otro que nos han legado, que Alfredo nos legó; y allí el paisaje es distinto sin dejar de ser el mismo.

De modo que los muertos se ocupan de nosotros. Creemos que nos ocupamos de ellos, y así es, pero mucho menos de lo que ellos se ocupan de nosotros. Te dejan mapas, otro mundo que habitar. Hay que detenerse, tomarse un respiro de la vida literal, para

acostumbrar los ojos a esta tierra doble, de senderos visibles e invisibles, que está aquí y allá, que está ahora y que está entonces, cuando íbamos con Alfredo. Y ver unas manos describiendo los movimientos de cangilón de un molino, la disposición de un jardín, la curvatura de un horizonte de mar, el espesor de una noche de bochorno: cuando hablaba, Alfredo movía las manos como si fabricara objetos perfectamente materiales..., y todo ello se te aparece de improviso, mientras haces cola en la Dirección General de Tráfico, juegas con el perro o miras a un niño soltar un globo.

Somos débiles y nuestra mente también lo es: tiende a escindir lo que es doble, separa la vida de la muerte y a los vivos de los muertos, enviándolos a un remoto paraje del que no regresan. De este modo crea la ilusión de que es ella, nosotros, quien lo hace todo: evocar, construir, recordar, sentir, apenarse, añorar. Y que el ido no es más que un simple recipiente de nuestros sentimientos, un instrumento de nuestra necesidad de descarga. Y, sin embargo, es evidente que nuestros muertos siguen ahí, que Alfredo sigue ahí, dibujando y entregando su mapa, creciente en el tiempo, sugiriendo u obligando a que hagas trayectos que tal vez no harías, yendo a ciertos sitios que no son los predilectos, o escribiendo, como ahora, lo que jamás se te habría ocurrido mirándote solamente en el espejo de las jornadas corrientes. ¿Cómo puedo pensar que Alfredo está en otra parte, que ya es distinto, cuando el hecho es que está aquí y que quien comienza a ser distinto soy yo? Por tanto, nada de adiós.

Ford Madox Ford, uno de los escritores favoritos de Alfredo, escribió: «Todos estamos demasiado solos, todos tenemos demasiado miedo, todos necesitamos una confirmación exterior de que merecemos existir». Es verdad, pero es verdad en la vida y en la muerte. La vida es algo más que un accidente, que un plazo de tiempo, gracias a la muerte que nos dice si hemos merecido la existencia, si la existencia se ha ganado su significado: una confirmación que sin duda procede de los otros, pero también de las cosas y de nuestro amor por las cosas. Todo ese amor nos los ha

dejado Alfredo escrito en su mapa. Nosotros sólo tenemos que andarlo y no soltar su mano para seguir juntos, como siempre.

Alfredo Munguía murió el 7 de abril, cuatro días después de Román y pocos antes de que se cumpliera un año de la despedida de Muriel. Fue enterrado en el cementerio civil de La Almudena. Mis hijos estuvieron presentes todo el tiempo y yo no paré de hablarles de Alfredo. Para mi sorpresa, ellos también me hablaron. Cuando voy a ese cementerio a dar la clase de epitafios, mientras los chavales dan vueltas, yo paso el rato con él.

La muñeca en el jardín

Comienza la primavera en el Jardín de Anglona, en el centro histórico de Madrid. El preferido de Alfredo. Hoy iba a pasar de largo, está al lado de casa y ya vengo a menudo, pero he acabado por entrar. Sí, nos dejan un mapa...

A la entrada, la alfombra de pétalos amarillos que siembran las acacias. Los rosales de las pérgolas revientan. El aroma es dulce y denso. Una anciana llega en silla de ruedas, empujada por una muchacha mulata, aburrida o ausente. La anciana lleva apretada en el regazo una muñeca de trapo, largas trenzas rubias, un vestido de cuadros rojos. Todo su ser parece contraído en la muñeca, de una manera infantil, como si el afecto se enturbiara con el temor de que se la robaran.

Es sólo una imagen inicial, que enseguida arrastra una secuencia. En la vieja de hoy, hace su aparición la niña que fue, y en esa niña se adivina entonces a la vieja cuando no era más que una niña, una niña al final del tiempo, acabando la vida en el momento de empezarla, una niña que se consume abrazada a su juguete.

El Jardín de Anglona es un recinto de trescientos metros cuadrados, perteneciente a la clase *hortus conclusus*, severamente español, bien cercado y colgando una docena de metros sobre la calle de Segovia. Fue concebido para la reclusión meditativa, la soledad, el distanciamiento del mundo. Floreció en el siglo XVIII, se

fue arruinando, se arruinó del todo y hace veinte años comenzaron a restaurarlo. Ahora brilla en la luz inclinada de la tarde con su marea de pétalos.

Gira alrededor de una fuente con forma de pila o de copa, acompañada de cuarterones de césped y setos de boj enano. El perímetro se yergue gradualmente: la pérgola, la higuera, los frutales, el belvedere, los castaños de Indias, los ailantos.

Cerrado, cercado, paraíso, son términos que en las antiguas lenguas mesopotámicas significaban lo mismo: jardín. El cerramiento como condición de la plenitud, una plenitud al alcance instantáneo de los sentidos. El cielo desciende hasta coronar el huerto. Los ejes vertical y horizontal del jardín: la tierra extendida cardinalmente ante los ojos, los árboles apuntando a lo alto. El cosmos grande y combado de astros junto al plano de la obra humana. El jardín mira al cielo desde el suelo, a lo inmenso desde lo restringido, pero no hay más que un infinito.

La mujer mulata aparca la silla de la anciana entre la pérgola y la barrera colgante de ailantos, cerca del granado, árbol de los deseos y de las promesas. El rostro de la anciana permanece impassible, aunque reconcentrado, y la muñeca se revela como un signo de vida, como la prueba de que todavía hay acción en el cuerpo apagado. En la vejez se pierde la memoria reciente y aflora la lejana. La anciana con la muñeca reapareciendo, resucitando en la infancia. ¿Por qué la memoria puede hacer viajes remotos y distraer lo sucedido minutos atrás? ¿Es una patología o es la necesidad de un recuento, de saber que, puesto que hay un final, también hubo un principio, y que en algún momento se reúnen? La infancia sería principio y final, y traza un círculo, un cercado en el jardín del tiempo. Cuando se levanta la vista, el cielo desciende lentamente sobre los seres erguidos del jardín, sobre la materia que respira hacia arriba.

La anciana contiene a la niña con su muñeca, el jardín contiene a la anciana, el espacio urbano y el celeste contienen al jardín..., un mundo súbito de esferas, un paseo por declives ascendentes con su

sabor dulce (redondo) en la boca. Y en esa percepción suena el acorde íntimo, el que llama a reunión, que ya no es sólo el acorde del vergel, el agua y la piedra del jardín terrestre cuando son contemplados bajo un golpe de vista, sino el acorde de música blanca de la niña y su muñeca al encontrarse más allá de las Pléyades, y luego más lejos aún, en el regazo de una anciana en el jardín. Hay un viaje de ida y vuelta por el cielo y por el tiempo.

Los senderos del Jardín de Anglona están compuestos de ladrillos en sardinel. Ya de por sí rugosos e irregulares, son sensibles a las inclemencias y al tránsito, y presentan hoyas, fracturas, desviaciones que retienen el paso. La fábrica del sendero impone el ritmo y una conciencia de suelo absorbente. La lentitud obliga a recorrer un territorio pequeño como si fuera grande, mientras los ojos registran los diferentes estratos de vida: el boj talar, la camelia, la pérgola, la higuera, los estirados ailantos, el paño de cielo entre las copas. Despojada de la morosidad, el jardín sería otro jardín. Tal vez, un pobre jardín. Y es que no importa si lo pequeño es grande o si lo grande es pequeño, lo que importa es que la senda hacia el cielo está hecha de sardinel, de abrupto y pegajoso sardinel.

Al comenzar el regreso, la anciana mira a los lados con un leve cabeceo, despertando a una fase de curiosidad repentina. Al llegar a la cancela vuelve el rostro como si hubiera olvidado algo, pero el gesto ahora es apacible, y quizá lo que busca es confirmar que todo sigue estando allí.

De un país a otro

Tránsitos. De una edad a otra, de un estado a otro, de un lugar a otro, de una actividad a otra: el tiempo de la vida tiene fronteras. Estábamos allí y ahora estamos aquí, éramos eso y ahora somos esto, hacíamos aquello y ahora emprendemos algo diferente. Y el tiempo que atravesamos tampoco es igual: el tiempo de la infancia, del trabajo, del dolor, del sueño, del deseo varían de sustancia. Uno es todo presente, otro es todo futuro, algunos todo instantes. Otros, nada: tiempos muertos, que no palpitan, que no andan en ninguna dirección (algunas esperas son así, algunas tristezas). Queda un tiempo definitivamente muerto, el de la inconsciencia de esta travesía, el que no quiere saber lo que deja atrás ni lo que ha de venir. La vida se congela entonces en un único momento, fugaz, en consecuencia, rodeado de muerte eterna, de abismo. Seguimos vivos, pero la imagen es la de la mortaja.

Salida del trabajo

Sentimos el umbral, un aviso del organismo en forma de minúscula fluctuación sensorial, algo de adentro se apresta a la experiencia. La mente se repliega, explora el camino que sucede a las horas en el tajo. Un parpadeo de los sentidos, anestesiados durante la jornada establecida, despierta hacia la luz, la temperatura, el tráfico de la calle, el azogue de los escaparates, los gestos transeúntes, los olores inesperados... Hay que plantar la piel, todavía somnolienta, en un jardín frondoso de señales.

A continuación se nos representan las horas que vienen, exclusivamente nuestras, con sus expectativas de cumplimiento. Y se va desplazando hacia el cuarto trasero de la memoria el sistema de órdenes y servidumbres del periodo anterior. Los nervios entran en una distensión suave y el organismo reclama sin exigencias y sin gritos un tiempo liberado de cargas, irresponsable. Ha dejado de estar listo para la respuesta rápida, para la ejecución eficiente, para el éxito o el fracaso.

Mientras tanto, un sentido interno (*propriocepción* o sentido común aristotélico), que actúa como en un segundo despertar, chequea el estado físico y psíquico preguntándose por posibilidades. La ansiedad, el nivel de cansancio, las molestias surgidas, el optimismo, la sensación de disponibilidad; en suma, las consecuencias del esfuerzo laboral habrán de cotejarse, en términos de viabilidad, con los planes disponibles.

Algo de afuera también avisa de que aquí hay un tránsito. El individuo debe atravesar espacios para ir a su casa, a una cita o a resolver asuntos. Y quizá deba recomponer su apariencia misma para revestirse del ser que ha de presentarse en otros escenarios.

Nueva sinestesia, movimiento, composición de personaje..., todo ello pertenece a la transición de un sistema a otro y exige un cierto grado de conciencia que constate el acontecimiento, la existencia de los umbrales y atraiga la perspectiva de lo que está por venir. De no ser así, se corre el riesgo de que el tiempo de trabajo se deslice en el tiempo libre, de que las preocupaciones de un sitio se arrastren a otro distinto, de que el ocio cumpla reglas de negocio o de que el asueto sea una mera reparación de fuerzas entre quehaceres.

Lo que vale para la salida del trabajo vale para encontrarse con amigos en una velada, hacer los preparativos de un viaje (una conocida tradición sienta al viajero en su maleta antes de salir de casa), colocar en el armario la ropa de estación, iniciar las vacaciones, asistir a un enfermo, la comida familiar del domingo, entre otras muchas y diarias...

Antiguos ritos de paso

Con su liturgia rigurosamente estipulada por las sociedades, no son más que estos tránsitos cotidianos elevando la voz en un coro que se enfrenta a lo irrevocable y pretende hacerse oír por encima de la pequeñez humana. Ya sea en la muerte, en el paso a la edad adulta, en el matrimonio o en el nacimiento de un hijo, advierten de las metamorfosis que revocan el pasado, conjuran el porvenir y su misterio, y organizan a una comunidad que cree en la eficacia radicalmente práctica de la celebración y del sentido que otorgan los símbolos. Se precisa claridad, conciencia, comunidad y, sobre todo, fe en la utilidad de convertir las graves transformaciones de la existencia en un hecho asumido y aceptable. «No hay acción sin estación», comienza el Eclesiastés, y continúa:

*cuanto fulge bajo el cielo
tiene fijado su tiempo.
Un tiempo para nacer
y un tiempo de perecer,
un tiempo de plantar caña
y un tiempo para guadañas.
Un tiempo para matar
y un tiempo para animar,
un tiempo de asolación
y un tiempo de construcción.*

*Un tiempo para los llantos
y un tiempo para los cantos,
un tiempo para los duelos
y un tiempo para el consuelo.
Un tiempo para el hondero
y un tiempo para el mortero,
un tiempo para abrazarse
y un tiempo para quebrarse.
Un tiempo para el afán
y un tiempo para fallar,
un tiempo para el tesoro
y un tiempo para el desdoro.
Un tiempo de hacer jirones
y un tiempo de zurcidores,
un tiempo para callar
y un tiempo de declamar.
Un tiempo para el amor
y otro para el rencor,
un tiempo para el acoso
y un tiempo para el reposo.*

Cuentan que Confucio tenía ritos para todo

Algo que incluso llamaba la atención de sus discípulos: ritos para el hogar, para la cocina, para la conversación, para la bebida, para la vestimenta... Y, naturalmente, para los funerales. Cierta día se encontraban presenciando un cortejo fúnebre y en la comitiva del maestro se sorprendieron de que el hijo del difunto pareciese melancólico cuando marchaba tras el ataúd y, más tarde, al regreso de las exequias, mostrase un gesto de honda preocupación. Confucio les explicó que la melancolía del hijo mientras marchaba tras el ataúd se debía al dolor de la pérdida, pero que la preocupación a la vuelta era debida a que se preguntaba por cómo

sería recibido su padre por los otros muertos, si estaría bien entre ellos o si aumentarían sus cuitas.

El hijo de esta historia estaba haciendo un duelo público y obedeciendo reglas establecidas por la comunidad (que, por otro lado, funcionan como orientaciones precisas para los sentimientos), pero también se declaraba a sí mismo y para sí mismo que era hijo del padre, y su tristeza y preocupación le concedían esta identidad inequívoca: ¿se puede ser hijo de un padre si nada nos comunica con él después de muerto? La muerte no hace desaparecer los lazos entre hijos y padres, puede incluso hacerlos más fuertes, pues la exigencia de comunicación —que interroga por los cambios que sufre la propia vida, la herencia recibida, la transmisión a otras generaciones— se vuelve perentoria.

Lo llamaba el arte del retiro

Vivir era aprender a irse. Aprender a abandonar. Se dejaba el trabajo exitoso, la fama pública, las ciudades, los afectos, las rutinas, el tiempo manejable, los mandatos de la supervivencia. Así tramó Confucio su vida, retirándose. Otros espacios, otras luchas, otro corazón. No hay que quedarse, hay que saber irse. El que permanece no crece. Todos conocemos el momento en que hay que marcharse. Sólo algunos lo hacen. El resto..., el resto, bueno, nos quedamos a lamentar no habernos ido cuando debíamos.

El que va a morir tiene una gran tarea. Philippe Ariès, en su ensayo *La historia de la muerte en Occidente*, señala que en la Edad Media el momento crítico establecía cuatro pasos rigurosos (*Ars moriendi*): queja por la pérdida de las cosas y los seres amados; perdón mutuamente solicitado por el agonizante y los suyos; encomienda del alma a Dios, acompañada del rito de la absolución; y por último, la espera de una muerte que no tiene razón alguna para tardar. En la observación de estos pasos, establecidos por otros que no son él, procedentes de una creencia y autoridad que sólo puede compartir e invocar, pero no inventar ni modificar, el que va a morir se ocupa de los que le rodean y va mucho más allá de la preparación de su alma para el encuentro con Dios. La paz de los otros —no sólo los suyos, también aquellos que han construido su mundo— es la paz en la que se muere, la que en realidad el

agonizante hace suya. El rito es compartido en lo profundo: muere entre los que van a morir y no hay divisorias que el tiempo no arregle entre los que se quedan y el que se va.

La experiencia común es la conciencia de que todos nos iremos en algún momento, como se fueron los que nos precedieron y, al fin, todos caminamos pisando en las huellas de nuestros antepasados, como en el mundo circular de las generaciones y los nombres de los patriarcas bíblicos.

Morir se descarga de la angustia exclusivamente personal, del abismo que el yo abre a sus pies y en el que desaparece para siempre, construcción no menos imaginaria que cualquier otra, excepto que está íntimamente transida de pavor (tan fantástica puede ser la resurrección de la carne como la desaparición sin dejar rastro).

Si los deudos se encargan de los muertos y los que van a morir se encargan de los vivos, la comunidad se encarga de los vivos y de los muertos. Es ella la que cicatriza en última instancia el dolor de la pérdida y de la separación. El duelo se extiende, pero también aligera el peso. En el dolor cabe siempre culpa o responsabilidad, incertidumbre que se propaga a las esferas de la vida, dudas sobre el valor de la existencia y del esfuerzo, abandono, asfixia melancólica, ruptura con el mundo... Protegiendo a los dolientes, la comunidad se protege a sí misma.

El consuelo estrictamente personal, a través de las limitadas fuerzas del que sufre, es una tarea en la que se sucumbe. Las pérdidas se llevan algo irreparable e insustituible y su contemplación solitaria cava una peligrosa brecha en la continuidad de la vida. Los individuos sólo se bastan a sí mismos durante el sueño, espacio absoluto de sus representaciones, del que aun así han de despertar para restablecerse. No nacemos solos, no morimos solos, no nos consolamos solos.

Del tiempo de la infancia

Para el niño, cualquier acontecimiento del pasado, próximo o lejano, tiende a desligarse de los sucesos del presente y del futuro. En realidad no hay hilo del tiempo y, como en algunos procesos cuánticos, brillan por su ausencia las nociones de anterioridad y posterioridad. Es lógico que a la vez tienda a esfumarse el sentimiento o la idea de una continuidad causal, basada en esa llamativa coincidencia entre la flecha del tiempo y el sentido de las cosas.

El niño vive lo que le toca como si fuera nuevo y no proyecta consecuencias en el futuro. Por lo mismo, su estado es de constante expectativa, pues sólo puede esperarle lo desconocido: de ahí que tenga tan a mano la búsqueda de aventuras y el descubrimiento de tesoros.

Podría pensarse que es incapaz de relacionar racionalmente los sucesos. Sin embargo, al niño no le falta racionalidad, lo que le falta es la clase de racionalidad adulta, cronológica y demostrativa. Busca causas, pero no en la contigüidad y coherencia del tiempo, de los objetos o de los sistemas materiales e ideales. La bicicleta se avería porque un gato se ha subido a ella o porque las bicicletas se estropean con el frío y, por supuesto, esto no significa que mañana no pueda ser usada, pues una característica bien conocida de las bicicletas es que se arreglan solas. La maldad, naturalmente, ya sea propia o ajena, es a su vez un suceso sin antecedentes y sin

consecuencias, no se instala para siempre en el balance de la personalidad o de la biografía, con sus constantes anticipaciones de amenaza, de castigo, de mácula imborrable.

Ante lo que sabe que no puede llegar a conocer —pues lo que sí conoce perfectamente es el alcance de sus fuerzas y de su inteligencia— el niño acude a dos procedimientos: una variante ingenua de *situacionismo*, que considera el acontecimiento presente como un hecho único e improrrogable en el que todo está a la vista, y la mitigación y rechazo de su incertidumbre gracias al establecimiento de sólidos nexos entre las cosas. Dicho de otro modo, atiende intensamente al momento en que vive, más allá de su lugar en el tiempo, y produce un *religere* entre las cosas que tiene a su disposición, tejiendo una consoladora red que vincula los acontecimientos. El niño se comporta con la seguridad de que los espacios y los tiempos mueren, y que el más allá y el más acá no le incumben si no puede colocarlos en el ámbito de este preciso instante.

De la mentalidad infantil podrían extraerse algunas de las herramientas y usos que el adulto habría de manejar más adelante para enfrentarse a asuntos ante los que el relato lineal biográfico, con su estrategia acumulativa, progresiva y en constante demanda de comprobación y aceptación se muestra incapaz.

Sin la consciencia de que las edades, los territorios y los seres cambian profundamente, tanto si les gusta como si no, y de que si volvemos la cabeza no se verá otra cosa que los rostros ya lívidos de lo que fuimos y de lo que fue (aunque seamos «los muertos que hemos sido», como sentenció Marco Aurelio), las personas se condenan a repetir sus días, su angustia y sus fantasías hasta que claudican ante el asombro de lo que no han sabido y hubieran debido saber que ocurriría.

La exaltación del artista como eterno adolescente o la juventud inspirada a golpe de bisturí o de bótox son hoy espectáculos comunes contemplados sin mayor tragedia. Aún peor es que la falta

de consciencia para con uno mismo se traslade sin dificultad a la desatención a los demás. Admitamos francamente que no somos expertos ni en duelos ni en consuelos. Las heridas propias lo son a perpetuidad y las ajenas subsisten en un universo alternativo, con la autenticidad, veracidad e influencia de las que aparecen en la saga cinematográfica de *La Guerra de las Galaxias*.

La máquina del cielo

Lugar del adiós: el hospital, en casa. Es una decisión —cuando puede tomarse— que tiene implicaciones para el que va a morir y para los suyos. En la elección, en su determinación y consciencia, se expresan afectos, visiones de la muerte, se trazan o quiebran líneas de continuidad con la vida, se elaboran formas del sentimiento. Da papeles o los quita. Todos miran, todos saben, el significado de lo que se hace no escapa ni se oculta a nadie. Para los más jóvenes supone una pedagogía apresurada de las relaciones entre el mundo vigente y el que desaparece. Como siempre, hay que prestar atención.

La casa es el lugar reconocible, con presencias aceptadas y objetos propios (como el lecho). El que va a morir se rodea de lo suyo para irse. Y los que le asisten se lo entregan de nuevo. Hay un desprendimiento en esta escena, una generosidad mutua. Las cosas aún pertenecen a su dueño y los testigos dan fe. El muerto se las llevará con él y gracias a ello los demás podrán obtenerlas en herencia. (Si no fueran de nadie, sería rapiña.) Un juego de pertenencias que alude a todas las demás y a todos los que se pertenecen. A partir de ahí, puede comenzar la despedida.

El hospital, en cambio, no se construyó para decir adiós. Está en una calle o en una dirección precisa, pero por dentro se homologa con los de su función. La atmósfera y el ritmo, las tareas, el modo de administrarse y de organizarse no difieren de un establecimiento a

otro. El entorno es marginal. Así que el hospital no está en este sitio o en aquel otro, sino en sí mismo, abstraído del barrio o de la ciudad, invisible e inoperante hasta que se traspasan sus puertas.

Entran dolientes. A centenares. Gente exiliada del espacio exterior y que ingresa en otro territorio. Y en otras leyes: las de su comunidad o localidad allí no rigen, ni las de su familia, ni las que se han dado a sí mismos. Esperan en salas cerradas, con aire circuitado, bajo luces planas, en compañía de semejantes a los que a veces tratan de extraer indicios, reflejos, sobre los que hacen conjeturas. La puerta del hospital se ha cerrado tras ellos. ¿Volverá a abrirse para la vuelta? La distancia con el mundo no es de unos cuantos pisos, un vestíbulo, un umbral. Es la del vacío entre el hospital y la calle, sin puentes, sin nada intermedio. Si quieren irse ahora tendrán que saltar. Saltar en el vacío.

La espera es un limbo. *Non avea pianto mai che di sospiri / che l'aura eterna facevan tremare* («No hay llanto, sólo suspiros, que hacen temblar el aura eterna»). Un lugar que no es el Infierno ni tampoco el Paraíso, aunque se encuentra en el camino. *Duol senza martiri*, un dolor sin martirios. Lo describió Dante.

Luego, otra puerta tras la que aguarda el médico. No mira al que llega. Le interesan los protocolos. Si están hechos, escruta analíticas, radiografías, informes. Si no están hechos, manda que se hagan. Artefactos remotos han hecho o harán el trabajo, fuera de aquella consulta, con procedimientos incógnitos, con especialistas transitorios, ajenos. Sólo están de paso.

El cuerpo afectado comienza a mostrar los síntomas de un misterio amenazante, ya no lo conocemos, oculta la tragedia o la redención en su hematocrito, proteínas, enzimas, sinuosidades, contrastes descubiertos por extraños. Los resultados son traducidos a siglas, a nomenclaturas antiguas, a señales polarizadas, a cifras herméticas. La unión del enfermo con su cuerpo se disuelve. El cuerpo se ha pasado a otro bando, su intimidad ha sido entregada a otros.

Ése es el motivo de que el sufriente no sea mirado, no consiga ningún protagonismo. Al inicio del proceso tiene algo de intruso, después ya es un intruso del todo. El diagnóstico ya no comprende el «divino arte de mirar», el «sabio arte de escuchar y oler», el «astuto arte de preguntar», el «hábil arte de tocar», de los que tenemos noticia a través de la tradición médica china y que también fueron empleados en la Grecia anterior a Hipócrates de Cos.

El cuerpo occidental ha devenido en anatomía, una figuración mecánica, eléctrica, química. Sus oficiantes son peritos.

El precio de la consulta en el hospital es el cuerpo que llega hasta allí, limpiado de adherencias e intromisiones, listo para la evaluación técnica, dispuesto para entrar en bancada. La conciencia que le ha acompañado puede irse y aguardar a que le devuelvan un cuerpo revelado que ya nunca será suyo. Desde el momento en que se ha sometido a todas esas operaciones analíticas y escópicas, su relación con la conciencia es la de un vecino (hostil o cordial, básicamente incógnito).

He aquí la reversión: las cualidades del alma —evanescencia, misterio, elevación metafísica— han sido transferidas al cuerpo. Las del cuerpo, al alma consciente, que se vuelve sensible, delimitada, aprehensible, mortal. Los viejos opuestos rechazan la coincidencia, se refractan, invertidos.

El internamiento en el hospital, si procede, consiste en una liturgia de reforzamiento y recuerdo del divorcio entre la materia y el espíritu. Al cuerpo se le asignará un uniforme, práctico y cómodo para la intervención de los profesionales de la medicina. No es un vestido, no hay signos reveladores de la particularidad del carácter, en realidad es un desvestimiento (un decoro incierto). La identidad se ha dejado en la oficina de «Ingresos». El despojamiento es máximo, al fin y al cabo quien allí acude no es el ciudadano ni el ser, sino sólo su cuerpo formal (que ha de transfigurarse en alma).

Lo que se hace con él responde al diseño de los procesos industriales. Las horas y los plazos de la nutrición, de la higiene, de la actividad clínica, del sueño, del movimiento, derivan de una

planificación cuyo objetivo es la eficiencia. El cuerpo es todos los cuerpos, como el alma es todas las almas. El hospital se comporta como una gran máquina productora de cuerpos pacientes (almas), visitados por turnos de auxiliares, enfermeras y médicos que se transmiten información cuantificada, que pueden ser reemplazados y que están sometidos a un régimen laboral específico que emana de otras instancias. No del todo reales: son rostros enviados por una voluntad desconocida, cuya presencia no implica relación, intercambio o presentación de la persona. Se trata de una visitación angélica en la que se susurran mensajes cifrados.

Estamos en el Cielo, no en el Paraíso ni en el Infierno, sino en el azul abstracto que aparece al levantar los ojos, lleno de preguntas y de infinito. Sólo que este sitio hace ruido de máquina. La muerte es lo que ha quedado atrás. El morir ya se ha experimentado. Y ya se sabe que las almas (cuerpos) van al Cielo.

Sin gloria y sin vencidos

Una mañana de principios de aquel verano, encontré a Camila en el callejón de Jorge Juan, un rincón comercial madrileño de pijeísmo interclasista. (Yo iba en busca de una remesa de cápsulas de café para mi máquina de Nespresso, que por entonces sólo se obtenían en la casa madre.) No era el sitio en el que uno imaginaría cruzarse con Camila, cuyo renovado aspecto tampoco contribuyó a transmitir naturalidad al momento. Llevaba una especie de mono de color marfil, una mochilita acharolada a la espalda, la cabellera larga y alisada, y una piel más traslúcida de lo habitual revistiendo el cráneo: una mezcla de Campanilla y de la maldición de la Casa User, recién escapada del inconsciente de Tim Burton. Sí, era ella, la antigua mujer marrón de alma refractaria.

—Si no me hubieras parado, no me habría dado cuenta de que eras tú —dije.

—Y eso por qué —contestó muy seria.

Una buena pregunta. La verdad es que no se trataba únicamente de la capa exterior: una repentina ancianidad frágil, estupefacta, de dentro afuera, contrastando con la envoltura brillante.

Está imitando el estilismo de la farándula, pensé. Es un recado del muerto.

—No lo sé, te veo distinta —me escabullí—. Qué tal estás.

Campanilla meditó la respuesta.

—Me resulta imposible pensar que no volverá. Me levanto por las mañanas y creo que voy a encontrarlo en algún lugar al que voy. Y por las noches me sorprende esperándolo. Pero se ha ido para siempre, ¿verdad?

—Supongo que nunca se irá del todo. Hay ideas que no caben en la cabeza, por muy evidentes que sean.

—No es sólo la sensación física. Sé que hay cosas de Román que no volveré a encontrarme en ninguna parte. Era la persona más inteligente que he conocido. Además, era muy generoso. Estaba a gusto en el mundo. Siento que eso lo han robado, que lo han robado de mí, quiero decir, y que ya no volveré a ser la misma, que puedo ser cualquiera, y estar donde sea, y que no importa.

Bueno. Seguíamos detenidos en medio de la calle, no la había visto desde el día del tanatorio y tampoco había tenido noticias, ni siquiera sobre el viaje a París para esparcir las cenizas en el Sena. Me pareció que ése era un tema.

—¿Al final fuiste a París?

—Claro. No podía dejar de ir.

—Qué curioso, yo tenía la impresión de que la ciudad añorada era Berlín.

—¿Berlín? Créeme que le conocía muy bien y te aseguro que en su corazón sólo existía París. De Alemania apenas hablaba y el silencio significa algo. Nadie le entendía como yo —dijo con contundencia y clavando unos ojos un puntito desorbitados.

—No era fácil entenderle, desde luego. Y el corazón es de cada uno.

Durante unos segundos se quedó con el gesto de alguien a quien hay que explicarle el chiste.

—Quiero decir que era un ser complejo y que tenía sus demonios, como todo el mundo. Es estupendo que tú le comprendieras a fondo.

—Éramos felices. Y él también era feliz. Quizá tú no te dieras cuenta. Vuestro trato no era muy íntimo.

Las pantomimas están reservadas al circo o al teatro. La causa es que en la vida no tienen sitio. En la vida, producen ira. Da igual el motivo o la justificación. Esto es así al menos desde que Aristófanes colgó a Sócrates de una cesta.

—Quizá no te equivocas. Yo percibía más su resentimiento. De hecho, hay algo que nunca conseguí averiguar y que sin duda tú ya sabes. ¿Te dijo por qué se fue de Madrid en el segundo año de carrera sin despedirse? —solté sin venir a cuento.

—Que yo sepa sólo estuvo en Madrid de paso —dijo con una mezcla de asombro y desprecio de la cuestión—. De paso —repitió algo después.

Bien, eso significaba que ignoraba los elementos de la historia, pero que conocía la respuesta oficial. Camila y yo necesitábamos poco tiempo para incomodarnos mutuamente. Y en esos instantes mi única intención, con alevosía infantil, era fastidiar. Aunque también me fastidiaba gastar emociones en fastidiarle a ella. Una de esas pequeñas mierdas que se pisan sin querer.

Una de esas pequeñas mierdas..., en eso paraba mi duelo y la relación con la viuda del amigo al que había querido.

A velocidad de vértigo, consecuencia de algún oculto resorte liberado por el mal cauce de la conversación, supe que yo estaba tan indefenso como ella y que no disponía de muchos más recursos para enfrentarme a la desgracia. A cambio, despachaba veredictos como un juez en el estrado. A ver, ¿tanto importaba su desfiguración de Román, convertido ahora en generosidad y armonía, aunque fuera un error del propio dolor con apariencia de consuelo? ¿Qué importaba su disfraz, incluso si denunciaba una enajenación incipiente y aun así comprensible? Y sobre todo, ¿a quién le importaba lo que hubiera pasado en Madrid treinta años atrás, por muchas falsificaciones que se hubieran superpuesto a la traición, ahora que Román carecía de argumentos y hasta de silencios? ¿Quién era el doliente, quién era el muerto?

Lancé un suspiro, que también pudo ser un resoplido, y que escuché como si viniese de afuera —Camila hizo un gesto de

retirada—, cuya misión debía de ser ventilar todo lo que se estaba pudriendo en algún sollado.

Le dije:

—Voy a darte un abrazo.

Desconcertante: abrió los brazos y se me echó encima antes de que estuviera siquiera listo para esperar una respuesta verbal.

En el abrazo se disolvieron los juicios y las cautelas, las verdades construidas y los sistemas de alerta, porque además un abrazo es una abertura por la que entra todo, lo que quieres y lo que detestas, lo que te gusta y lo que te repugna, la existencia que despides y la que está por venir, el ser envarado que se presenta ante los otros y el ser confuso que se oculta dentro de cada uno.

Cuando nos separamos, Camila lloraba. En cuanto a mí, sentía una frialdad desconocida, no hiriente, cerca de la calidez o anticipándola, como si hubiera un frío que funcionaba como una afirmación de la vida considerada en lo que es, un caso sin gloria y sin vencidos.

Claro, que un abrazo es también una forma de decir adiós.

Desfiguraciones

Llegamos a desear que el objeto de nuestra pérdida esté a la altura de nuestro duelo: que el amante, el padre o el amigo que nos ha dejado se arme de virtudes o de perfidia (en último término sirven a lo mismo).

Desfiguramos a los ausentes. En el extremo, les damos una identidad nueva, borrando la vida que conocíamos del muerto verdadero y a menudo dando la ficción en herencia.

Algo a la altura de nuestro duelo... ¿Tiene consecuencias? La desfiguración del difunto es una segunda muerte, ésta ejecutada por nosotros, en la que decidimos llorar y guardar memoria o maldecir a lo que nunca fue. El muerto desaparece en el relato que le asignamos. Pero nos ofrece posibilidades: si hay que arrancar la vida y ajusticiar al tiempo, que sea por nuestra mano. El destino, el azar, lo inevitable y lo inescrutable se sitúan así en un plano inferior al de la conciencia doliente y personal que se decide a dominarlos.

También nos permite impugnar la realidad misma de la muerte, su omnipotencia. (Epicuro sobre el temor a la muerte: «Cuando ella está nosotros no estamos y cuando nosotros estamos ella no está».) Impensable por definición, carente de poesía y de sentido, el que desfigura la somete a una narración de la que propiamente carece.

La muerte es arrojada al mundo de nuestra fantasía y allí, paradójicamente, se revuelve contra nosotros. Las imágenes que proyectamos, desligadas de toda experiencia, se vuelven demonios,

se apoderan de los sentimientos y corroen. Creadas por el autor, acaban por someterle a una servidumbre implacable. Nada real funciona ya como antídoto, pues lo real es lo que se ha negado desde el principio. El dolor se eterniza, el muerto se convierte en prisión.

Fuera ya del mundo, la muerte nos lleva con ella a ese espacio de pura entelequia, de abismo y tinieblas que es la muerte expulsada de la vida a la que pertenece. Y ahora el pavor ocupa el lugar del duelo: quisiéramos estar muertos para escapar de él. Tal vez lo estemos ya. Por qué en morir tardamos tanto. Y al fin somos el muerto.

Una muerte inmortal

Los amigos encuentran a Sócrates en la celda, recién liberado de los grilletes. Esa noche debe morir. Hay desconsuelo y angustia en los que le visitan por última vez. Van a arrancarles una presencia preciosa para sus vidas y al mismo tiempo hay algo oscuro en la decisión de preferir la muerte al ostracismo que le ofrecieron los jueces. Y es que él habría podido exiliarse a otra ciudad, pero no quiso. ¿Qué haría él entre extraños, de qué hablaría? ¿Podría haber elegido condenarse al silencio? El ostracismo también sería una muerte y podría pensarse que escogía entre dos muertes. Aunque, en realidad, lejos de los suyos y apartado de su amor a la sabiduría, no sería Sócrates quien muriese, sino otro, alguien con el cuerpo de Sócrates, pero no Sócrates. De modo que, al fin y al cabo, la decisión de Sócrates es que muera Sócrates.

Lo ha explicado a los amigos: les convence o les convence a medias. Lo cierto, sin embargo, es que esas razones no les consuelan, ni alivian la angustia. No carecen de lógica, son incluso contundentes, irreprochables en cuanto decisión personal. Y también son inocuas. Peor: para el caso servirían lo mismo que cualesquiera otras del estilo.

Entonces Sócrates parece que se inclina por divagar un poco. ¿Por casualidad no se han fijado ellos, sus amigos, en que el placer está casi siempre unido al dolor, y viceversa? ¿Debió él haberse dedicado a la música, como parece que le indicó su *daimon*, o le

entendió adecuadamente al entregarse a la filosofía, que no sería sino la más alta música? ¿Ha de temer el hombre a la muerte cuando no es otra cosa que ponerse en manos de los que son mejores que él, a saber, los mismos dioses?

No capta del todo su atención, le escuchan, aunque desde sentimientos aciagos, atrapados en la inminencia de la pérdida, en el dolor que ya se ha puesto en pie.

Nunca se han ido de la cabeza del filósofo, pero ahora vuelven al primer plano los acontecimientos recientes: el juicio de Atenas contra el que preguntaba sin descanso a los jóvenes, y en el que fueron ridiculizados y destruidos los argumentos de los acusadores. No necesitó defenderse, tampoco habría sabido cómo hacerlo. Por el contrario, las opiniones vertidas en su contra habían servido de impulso a sus razonamientos, algo no muy distinto de lo que ocurría un día corriente en el ágora, en cualquier esquina, en los simposios. De modo que, finalmente, el juicio no supuso más que una lección extra, una confirmación del valor de la tarea por la que era acusado.

Un segundo episodio cruza su mente. Apenas unos momentos atrás había despedido a Jantipa, su mujer, que traía en brazos al hijo pequeño. No quería en ese último trance pararse a contemplar sus lágrimas y lamentos. Jantipa le admiraba, pero no le comprendía. En soledad se consolaría mejor que en su presencia, pues la causa de aquel desconsuelo era precisamente él, el enigma que representaba para ella, la falla que los separaba. Cuanto antes se quitaran mutuamente de enmedio, mejor para ambos. Sin duda había sido duro. Ni siquiera pudo decírselo directamente. Hubo de recurrir a los amigos: lleváoslos de aquí. Sí, fue muy duro, pero había hecho lo mejor para todos.

La confirmación de su tarea, el deber para con los suyos..., ¿podía alguien recibir más consuelo en la hora de la muerte? Apolo, el flechador y el sanador, el que hiere y el que cura la herida que su propia mano inflige, le ha concedido la gracia del consuelo, de todo el consuelo que cabe en el alma de un hombre que va a morir. Ni

puede ni debe esperar más. Sus dioses ya están con él, le van rodeando tiernamente.

Pero ¿qué pasa con sus amigos? Apegados a la tierra, sólo divisan ya la tumba, el final de los días, el cuerpo mortal cuya corrupción arrastrará las palabras que exhaló y que temen se desvanezcan para siempre. Ha de encargarse de ellos. Sí, hay con ellos una cuenta pendiente.

Entonces, pregunta: ¿es que el filósofo, mientras dura su existencia, se ocupa de otra cosa que de aprender a morir? ¿No busca lo que es puro, lo que permanece, la esencia del bien, de la verdad, de la belleza? ¿Y no supone esto desprenderse del cuerpo, desprenderse de los placeres y de las pasiones que lo convierten en prisión? De modo que es preciso advertir que el filósofo no se cuida de otra cosa que de morir y de estar muerto.

Y si es imposible que el cuerpo, por su propia naturaleza, se dedique a los objetos eternos, ¿qué es aquello semejante en el hombre que puede dedicarse a ello? El alma, sin ninguna duda. Luego, verdaderamente, la misión del filósofo si quiere encontrarse con lo que busca es separar el alma del cuerpo.

¿Y de dónde viene esta alma? ¿Cómo distingue lo que falta y lo semejante? ¿Es inmortal? ¿Recuerda? ¿Adónde va? ¿Adónde regresa? Sí, la atención de nuestra alma no es sólo respecto de este tiempo a cuya duración llamamos vivir, sino respecto de todo el tiempo. ¿Cómo hemos de temer que vaya al encuentro, tras la muerte, de aquello que no ha dejado de buscar?

Las preguntas de Sócrates son sólidas, las respuestas de los amigos, ahora devueltos a la condición de discípulos, son trémulas. Sin embargo, producen en la lóbrega habitación una extraña armonía que salta sobre los muros de piedra y las cancelas, y que resuena mucho más arriba: la celda es un lugar vacío en la densa correspondencia del cosmos. Pasan las horas, los discípulos disienten, presentan argumentos, se acaloran y, más tarde, ante la nueva visión que se les ofrece y a la que casi rozan con la punta de los dedos, pues la palabra sensible tiene la virtud de tocar aquello

que imagina, se elevan por encima del momento y de su tristeza, y caen en el silencio y la calma de los que confían en el destino que siempre aguardaron.

También el maestro calla. Ha dado su lección más difícil en el trance más penoso, como si Apolo no sólo le hubiera concedido la gracia del consuelo, sino que además le hubiera enviado a su cisne para que el último canto de Sócrates fuera el más hermoso.

Toma el veneno. Pasea tranquilamente. Cuando empiezan a pesarle las piernas se tumba boca arriba y se cubre hasta el rostro. Cuando el frío asciende ya por el vientre, se descubre y dice sus últimas palabras:

—Critón, le debemos un gallo a Asclepio. Así que págaselo y no lo olvides.

Y Zeus, que todo lo pesa en su balanza, advierte que ya es hora de cerrar la contabilidad de Sócrates.

El ejemplo de Sócrates no es literario o heroico, por más que haya sido narrado por Platón o Jenofonte. Hay gente corriente que muere así todos los días. El problema sería en todo caso que los de ahora nos parecen aún más literarios o heroicos. Morir bien, ésa es la cuestión, y no debería resultarnos tan extraordinaria: decidir el momento, decidir la manera, recibir la confirmación de que nuestra vida ha merecido ser vivida, consolar a los que se quedan, elevarse sobre el acontecimiento a la vez grave y minúsculo de nuestra desaparición, pagar tanto las deudas materiales como las de compasión y perdón, que el último canto sea el más hermoso...

Es cierto que para conseguirlo hay que haber aprendido antes: a despedirse, a separarse, a dolerse, a mirar en la naturaleza de lo que nos rodea, a cantar. Lamentablemente, hoy todo predispone a la ignorancia y al obstáculo. La prolongación de la vida es más importante que cómo vivimos o cómo morimos; la muerte es entendida como una forma de fracaso (de la medicina, de las decisiones individuales, de los hábitos, de la suerte); morimos en hospitales y en manos de médicos, no en casa y en brazos de los

nuestros; el propio médico ya no es el compañero en la muerte, sino un técnico neutral; tras los procedimientos clínicos estamos demasiado abatidos o inconscientes para despedirnos dignamente; los que nos acompañan reciben a cambio su dosis de terror y, faltos del conocimiento que exige esa experiencia que atraviesa la vida por entero, farfullan y huyen; más tarde, el muerto será velado en un lugar aséptico y ajeno; se descargarán sobre él algunos ritos vaciados por la evidencia de algo absurdo en el proceso de la vida y de la muerte o no se le acompañará con ninguno, acaso con alguna ceremonia salida de la ocurrencia de los dolientes cuyo sentido se escapa o no se pretende; se le enterrará fuera de la casa y de la ciudad en una finca gestionada por promotores o se esparcirán sus cenizas en algún remoto o abstracto paisaje, desprendidos ya de cualquier culto a la memoria... Bien, todo esto es cosa sabida.

Hemos olvidado mientras tanto algunas otras. Como que nuestra vida no puede separarse de la mortalidad sin despojarla al mismo tiempo de los afectos y deseos que tanto teme perder, nacidos ellos mismos del ser mortal. Como que el significado de nuestros actos guarda estricta proporción con su naturaleza precaria y efímera. O que la muerte también hace cesar los tormentos de una existencia que es pródiga en daño. Y que la separación definitiva, y todas las separaciones, es menos dolorosa cuando lo que se deja ha sido bueno. Como que el presente está lleno de riquezas sin porvenir y que es una suerte que así sea, pues el futuro de glorias y alegrías lo son por percibir las aquí y ahora... Y esos olvidos, en consecuencia, nos hacen imaginar como deseable y feliz una vida vaciada de lo que es la vida, de modo que se vuelve deseable y feliz la constatación de todos nuestros miedos. Es algo más que una paradoja: es que, como en el cuento del siervo que se encuentra a la Muerte y pide un caballo para huir a Samarra —donde precisamente le esperaba la Muerte, un poco asombrada de que por la mañana su presa aún estuviera en El Cairo—, siempre montamos el caballo más veloz para ir al encuentro de aquello de lo que huimos.

Y los que huyen no tienen tiempo para escuchar canciones. Cuando la vida es canto. Deseamos que nos canten con la mayor frecuencia posible. Lo que consideramos actos decisivos de nuestro paso por la tierra no han sido más que momentos en los que ha sonado la música, interpretada por otros o por nosotros. *Praxis y poiesis*: es la estructura del tiempo mortal. Aquiles sabe que su hazaña va a ser cantada y, sin ello, puede que Aquiles no fuera Aquiles, no quisiera serlo. Homero y sus hexámetros ya estaban en Aquiles. Claro que no todos somos, ni hace falta, héroes de pies alígeros, ni podemos pedir más a Homero, pero tampoco nos conformamos con menos. Esperamos que nuestros padres canten en nuestro nacimiento con palabras hermosas y sílabas contadas que el corazón pueda recitar, y que lo sigan haciendo hasta que con otra canción tengamos que volar del nido. Esperamos decir y que nos digan «te amo» en todas las formas, incluso en las más simples, que han sido fijadas por los poetas y por los amantes de todas las épocas. Esperamos que nos digan «gracias», «adiós», «te perdono», «cuenta conmigo» o «está usted despedido» con una lengua que resuene en el alma y que, más allá del gozo o del conflicto, nos confirme lo que hemos hecho, que hemos estado allí, que mereció la pena. Y también esperamos que los objetos sencillos, desde la casa al vestido, desde el recuerdo de viaje al regalo de un amigo, entonen la belleza de quien los toma. Y en la desgracia y el dolor precisamos más que nunca ese canto.

Hacemos y tras lo hecho confiamos en que se despliegue la creación. Los actos humanos se deben a su progenie: la poesía que hablará de ellos como los hijos hablarán de los padres, los discípulos del maestro, las ciudades de sus habitantes, los hombres de sus dioses, el amante al amado. Necesitamos ser cantados porque necesitamos esa confirmación exterior de que hemos merecido este tiempo frágil y limitado, y es eso todo lo que necesitamos.

Las palabras nos dirigen hacia el cosmos, hacia los otros, hacia lo que nos rebasa, en lo cotidiano y en lo trascendental, tocando

objetos eternos aunque no puedan explicarlos, saliendo de nosotros con la medida de nuestras pulsaciones: un número, un ritmo y una armonía que el universo refleja por una misteriosa empatía que, sin embargo, somos capaces de sentir con la emoción del que vuelve a casa y es recibido por los seres queridos con música escogida. De regreso de la tierra del miedo.

Alphonse de Lamartine escribió, en 1823:

Moría sin odio a sus perseguidores, víctima de sus virtudes, ofreciéndose en holocausto a la verdad. Podía defenderse, podía renegar; no quiso; hubiera sido mentir al dios que hablaba en él, y nada indica que ningún sentimiento de orgullo llegara a alterar la pureza, la belleza de este sacrificio sublime.

Sus palabras, referidas por Platón, son tan sencillas en este trance como en medio de su vida; la solemnidad del gran momento de la muerte no da a sus palabras tensión ni decaimiento, obedeciendo con amor a la voluntad de los dioses que él ve en todo; su postrer día en nada difiere de los demás, fuera de que es el último.

Continúa con sus amigos el tema de conversación comenzado en la víspera: bebe la cicuta como una bebida ordinaria y se acuesta para morir como lo hubiera hecho para dormir; tan seguro se halla de que la divinidad está allí, antes, después, en todas partes, y de que va a despertar en el seno de los dioses.

Iris, mensajera, casada con el viento

Mi hija Iris nació a mis cincuenta y dos años, justo uno después de la muerte de Alfredo y de Román y de la despedida de Muriel en la Escuela, el día 8 del mes de abril. Y con ella también vinieron al mundo algunos fantasmas relacionados con la edad y la paternidad, y con proyecciones de futuro de tipo abismal. Me acordaba de Alfredo, de la conversación camino de Tudes. La vida es una apuesta del género simple: o apuestas por ella o por nada. Y no apostar por la oportunidad de traer un ser vivo al mundo con pleno deseo de hacerlo me habría plantado ante un paisaje de declive y vejez en un marco incomparable de fosas. Iris, en cambio, representaba inexorablemente la vida. La traía consigo con estructura de estampida. Por lo demás, era un regalo y no necesariamente merecido.

De todos modos, unos pensamientos y otros se limitaban a rondar y, como las bandas de tunos, no hacían más clara ni más oscura la noche, simplemente daban la hora con música de fondo. ¿Qué se supone que hay que pensar en lo impensable?

Una vez se supo del embarazo de mi mujer y de su progreso, el grupo íntimo de amigos se dedicó a labores de *supporter*. Consideraban el hecho como ineluctable y esperaban el acontecimiento con visible y quizá exagerada empatía, lo que me

inclinaba a sospechar, por otro lado, que mis fantasmas no eran sólo míos. Había algo de milagro en todo ello, comenzando por la asimétrica pareja progenitora, cuya relación duraba ya diez años. Por lo que se refiere a los dos hijos de mi matrimonio anterior, de veinte y veintitrés años, no perdieron la ocasión de sumarse al coro desde el primer momento, por no decir que con frecuencia llevaban la voz cantante. La unanimidad suele ser protectora, aunque generalmente a condición de taparse los oídos.

A medida que se acercaba el alumbramiento, temía que las emociones me inundaran, pero no fue así y, aprovechando que ni el cielo ni la tierra enviaban augurios, continué labrando mi huerto al ritmo de las estaciones, aunque con la plegaria siempre en la punta de los labios. Por ejemplo, cuatro semanas antes de la fecha anunciada para el parto, me encontraba en Grecia en un viaje con alumnos (muchas cosas habían empezado a cambiar en la Escuela), y me descubrí haciendo una galería algo obsesiva de fotos a un arcoíris que durante unos minutos se posó sobre el santuario de Delfos, y rebuscando un día sí y otro también en *emporios* y anticuarios objetos con alusiones sagradas (me hice con una *kuré* de marmolina y con un collar de grecas de plata). Conste que ni las fotos ni los souvenirs, que siempre me parecieron maneras de llenar vacíos mentales, formaban parte de mis hábitos de viaje.

En cuanto al nombre de Iris, adjudicado desde un principio, no sin alguna reticencia por aquí y por allá, procedía de mi empeño un tanto folclórico y atávico en llamar a mis hijos con nombres pervivientes de la antigüedad clásica. Iris es la mensajera de los dioses en el mundo homérico de la *Iliada*, anterior a Hermes, está casada con Céfito, dios del viento que anuncia la primavera, y el arcoíris es su hierofanía. Y existía correlato en la Biblia. «Pongo un arco en las nubes», dice Elohim en Génesis 9, refiriéndose al signo de la alianza entre Dios y el hombre después del Diluvio. Promesa de lo que no volverá a pasar (diluvio), pero también signo de que

algo va mal, pues aparecerá cuando Dios haya de esforzarse en no olvidar su promesa. Creo que al nombre no se le podía pedir más.

Bien, su presentación en el mundo habría sido el parto de los montes, si realmente hubieran dado a luz el ratón de Esopo, en vez del *aizkolari* que hizo acto de presencia en el paritorio, cuatro kilos de peso, hombros fornidos, mandíbula cuadrada, gesto reposado aunque circunspecto, tras dos jornadas infructuosas de inducción al parto y cesárea como desenlace.

Al final, me dejaron esperando durante hora y media en la sala de dilatación mientras la parturienta pasaba por el quirófano. Allí aguardaban también la *kuré* adornada con el collar de grecas (las enfermeras creían que era una Virgen María con un rosario exótico) y mi primer ejemplar de la *Ilíada*, desencuadernado y sin tapas. Quería que los dioses recibieran a Iris en condiciones y, ya puestos, que protegieran a todos de los peligros del trance, hasta entonces difusos en el horizonte y ahora palpables como la ley de la gravitación universal bajo un cocotero.

Pero durante ese tramo no hubo miedo. Escudriñaba por los listones de la persiana los movimientos de la puerta del quirófano, que quedaba a la vista, con el espíritu abrazado a la *kuré*, a las grecas y al viejo volumen. Y a medida que pasaban los minutos, curiosamente, crecía el sentimiento de que nada malo iba a ocurrir, como si una confirmación plena del paso que habíamos dado, de la calidad del deseo y del amor entregado en prenda acudiera desde puntos distantes a reunirse en aquel cuarto, en aquel pasillo y en aquel quirófano en el que una mensajera casada con el viento venía a traer noticias de la vida que íbamos a comenzar juntos. Desde puntos distantes: un hijo al que estuve a punto de perder en una situación parecida y el miedo de años por su salud, los amigos desaparecidos recientemente, la cara sonriente de mi mujer mientras la llevaban, un paseo con el perro en una montaña suiza, un ramo de lirios que esperaba en casa, una mueca en una despedida de Muriel, un zapato roto en mitad de una calle en un domingo por la tarde en un pueblo, el olor del almacén de frutas de

la infancia, mi padre subiéndome en la moto, mi abuela bebiendo cerveza caliente y mi abuelo besándome entre los barrotes del pretil de la escalera, una maleta de cartón con la bandera de España en la estación Norte, mi primer chándal, un huerto de fresas junto a un campo de aviación, Iris llevándome de la mano al Jardín de Anglona... La broza del tiempo convertida en mantillo del mundo venidero. «Te encomendamos su alma, Dios Omnipotente, y entregamos su cuerpo a las profundidades, en la esperanza segura y cierta de la resurrección, cuando el mar devuelva a sus muertos a la vida de un mundo venidero», rezan los marinos en los funerales de la mar. Tuve entonces la sensación de que, efectivamente, y sin necesidad de esperar al fin de los tiempos, el tiempo devolvía a los muertos para acompañarnos, y que siempre habían estado ahí, en guardia, esperando el momento de ser útiles.

Al cabo de todo, una enfermera abrió la puerta y dijo: «Todo ha salido bien. En diez minutos le traerán a su hija». Esos minutos sí que fueron realmente largos, realmente inciertos y realmente temerosos, pues, como en el Diluvio Universal, se habían abierto las compuertas de ese abismo en el que se experimenta a la vez el principio y el fin de la existencia, en este caso mediante la aparición de un nuevo ser, él mismo mortal.

Venía embutida en su nido y con los ojos muy abiertos, empastados en una crema protectora, determinados a examinar el plan que le tenían preparado. Aquellas dos nebulosas se me quedaron fijas, dentro de una cara de torta bastante cruda. Le posé un beso en los labios fruncidos, cogí la *Ilíada* y leí en voz alta:

Canta, oh, Musa, la cólera del Pelida Aquiles, funesta a los aqueos, haz de calamidades, que tantas fieras almas de guerreros dio al Hades, y a los perros y aves el pasto de su vida —en tanto que de Zeus las altas voluntades iban adelantando por su propio camino— desde que la disputa enemistó al Atrida, príncipe de hombres, y a Aquiles el divino...

Cuando Apolo, parecido a la noche, se sentaba a disparar sus flechas contra los dánaos, entró de nuevo la enfermera, anunciando el inminente traslado a planta. Luego, me puse a llorar tranquilamente sin despegarme de aquellos ojos.

En las semanas siguientes se desató el contencioso acostumbrado entre parientes y amigos sobre las semejanzas de la criatura, cuya fisonomía aún no superaba el nivel de engrudo. Pero cuando un ser humano aparece en la tierra todos quieren averiguar de dónde viene, si del abuelo tacaño, del padre iracundo o de la madre simpática, evaluando sus rasgos y concediéndoles una solidez que apenas unas horas más tarde queda desmentida por fluctuaciones y transformaciones. De todos modos, el debate es inevitable y menos trivial de lo que sugieren las frágiles evidencias y las discusiones bizantinas: se pretende averiguar la estirpe del nuevo ser, la posible resurrección de un antepasado, proyectar un destino sobre la base de los indicios, anticipar un carácter que pertenezca a la cadena de sentido conocida, darle un lugar no en el nuevo mundo o no sólo, sino en el mundo de lo que ya existió, colocarle entre los nuestros, entre los suyos. Es decir, otorgarle su alma inmortal en ese umbral inestable entre la nada y la vida. Desde ese mismo momento, el recién nacido ya ha ocupado su condición radicalmente mortal, pues se le reúne con los antecesores, y también dibuja el vacío de lo que sería su ausencia. Y si muere entonces, no ha de ponerse en duda la magnitud del hueco, sus resonancias.

En ese capítulo he de confesar que mi secreto deseo era que se pareciese a mí. Esto era nuevo. Cuando nacieron mis primeros hijos, sólo aspiraba (quizá también secretamente) a que se parecieran a su madre, y respiré tranquilo cuando fui comprobando que ésa era la marcha del negocio. Yo me sentía endeble, herido oscuramente, como para sentir orgullo o sacar fuerza de mi propio reflejo en otro. Puede que confundiera la genética con la biografía. Con Iris, en cambio, daba la impresión de que había corrido mucha agua bajo el puente y que las heridas estaban lavadas y

cicatrizadas. Los hijos nacen desnudos y desnudan a los padres: la fe, el valor, el sacrificio, el disfrute de los pequeños tiempos, el careo con los miedos ya no tienen prendas con que disimularse.

El alumbramiento de los dos anteriores, cuando aún no había cumplido los treinta, instaló en mi vida un sentimiento de amenaza: estaba solo en el mundo, *solo con ellos*. Había mucho que proteger, que dar, que decidir, y por allí no parecía que hubiese nadie más para echar una mano. Naturalmente, lo había (y si no lo había, probablemente importase poco a la hora de la verdad), pero los sentimientos no corren en paralelo con ningún programa de la realidad. Tenía que tomar aquellos tiernos retallos y plantarlos en un jardín de primor. Y si se torcían o se marchitaban, no habría nadie a quien pedir explicaciones, nadie capaz de ofrecer consuelo ni de recibirlo. La responsabilidad, como en un eclipse, se había interpuesto en la luz, y ningún argumento claro ni sentimiento auténtico podrían restañar o aliviar el daño producido por cualquier error. Se me ocurría que el otro progenitor andaría en las mismas circunstancias y no cabía contar con él, de modo que la pareja de los padres se disolvía, cada cual enfrentado a esa soledad sin consuelo en la que, paradójicamente, la familia había crecido.

Nada que ver, en suma, con el proceso y la aparición de Iris. Sentía la oportunidad que representaba, todo lo que añadía y la llamada inapelable a compartir su vida, la que fuera, codo con codo. En la foto fija de mi otra paternidad había una selva que lo rodeaba todo, mis hijos iban hacia ella y yo vigilaba desde una atalaya. La foto de ahora me muestra en primer plano, Iris y su madre van un poco por detrás, y la selva se ve al fondo, algo difuminada.

Si deseaba (secretamente) que se pareciese a mí, era porque eso enlazaba con mi paternidad anterior y se sobreponía a ella, aceptándola como había sido, pero aceptando también que podía haber otra distinta, mejor, y necesitada de la primera para serlo. Con la cuestión del parecido, mi yo profundo también hacía sus arreglos con el tiempo.

Por supuesto, era la fuerza del sentimiento lo que importaba y no la constatación física de la semejanza. Fuera mi hija como fuese, el cambio ya se había producido en su padre y nada le impediría disfrutarlo, incluso si sobrevenía alguna gemelaridad con antecesores particularmente detestables, cuya lista, en mi caso, tenía cierta extensión. Así que con su alumbramiento la niña había alumbrado un padre, como no puede ser de otra manera. Por otro lado, el deseo de semejanza convivía pacíficamente con la oferta que presentaba su madre, aquella niña que yo había admirado en películas y fotografías, mitad ángel, mitad duende, y que robaba los ojos del espectador. De hecho, si hubiera sido posible decidir sobre la copia, creo que finalmente me habría inclinado por la materna.

Aquella mirada quieta de la criatura en el paritorio (de su exclusiva propiedad, por otra parte) pasó en pocos meses a ser ratificada como rasgo de carácter. Daba la impresión de que su organismo se congelaba súbitamente y que la llama se reducía y se concentraba en aquellos dos azogues castaños, mientras pronunciaban una pregunta doble y completamente inteligible: *¿Quién eres tú? ¿Cómo he llegado hasta aquí?* En ese orden. La primera cuestión se revelaba en un enfoque sin pestañeo y en un grave fruncido de labios estilo procónsul. La segunda se anunciaba, sin perder fijeza, en un ligero relajamiento del rictus en ojos y labios, como si adoptaran una posición receptiva. Por mi parte, yo experimentaba la escena como una especie de descenso, aunque no sé adónde.

Recuerdo que la primera vez que tomé conciencia de la situación, Iris tendría cuatro o cinco meses y estábamos en el Jardín de Anglona (el de la anciana con la muñeca), una tarde voluble de otoño, su espalda contra mi pecho. Retorció el cuerpecito, volvió la cara y clavó el gesto durante lo que me resultó un lapso excesivo. Mientras trataba de orientarme en aquellas nebulosas que envolvían más nebulosas, la visión física de un misterio que a duras penas se diferenciaba de la nada, dos puertas de la noche girando sobre sus goznes, me encontré respondiéndole en sus mismos términos: *¿Y tú*

quién eres? ¿Y tú cómo has llegado hasta aquí? Me sorprendió la seriedad de mis propias preguntas.

Y sin embargo no se trataba de eso, de preguntas ni de respuestas, o por lo menos de preguntas a las que siguen respuestas, pues todo quedaba anulado en el simple encuentro de los dos pares de ojos mirándose y mirando un idéntico pozo de tiempo, de genealogías, de cosas ignoradas, pero en el que, gracias al repentino contacto, se quedaban sobrevolando la profundidad como dos pájaros prendidos de la punta del ala. Fue un minuto de intimidad redonda. En aquellos dos ojos castaños, tan desarmados y tan expectantes, se entendía lo que era el consuelo más hondo: un viaje infinito. También me di cuenta de que uno se encuentra siempre en situación de ser consolado, más allá de desgracias o de desbordamientos concretos, por el simple hecho de estar vivo y marcado por la provisionalidad.

Por lo demás, y era opinión unánime, se trataba de una niña «risueña», palabra que se repetía una y otra vez, que yo tenía la sensación de haber escuchado muy esporádicamente, y que la gente parecía haber tenido bajo llave en un cajón hasta que se presentara la oportunidad, junto a la almohadita de encaje, el peluche rosa o el sonajero de plata. Una palabra sumamente especializada que sólo podía dirigirse a un recién nacido, sin biografía y todavía immaculado en sus intercambios con el mundo. Difícilmente se encuentran adultos *risueños*. Por otro lado, suena literalmente a risa y a sueño, a ser en el que se comprende lo contento y lo ensoñador, en estado de pureza. Y no hay duda de que encajaba a la perfección con la niña Iris. En la guardería, donde la depositamos cuando aún no había cumplido seis meses —no hace falta revivir la tristeza de aquel día en que la abandonamos atada a una hamaquita, en un cuarto interior de un inmueble del centro de Madrid—, se nos informó al poco tiempo de que era una niña que se comprometía rápidamente en los juegos, se mostraba muy participativa y de que, por motivos que esperábamos no fueran patógenos, funcionaba muy bien en su voluntario y particular papel

de Arlequín con pañales. Añádase que era estoica en el lamento, que comía con devoción beata y que desde temprano se dedicó a dormir de un tirón las horas que hicieran falta.

El objeto de esto último no es distinguirla de otras criaturas —la mayoría dotadas a ojos de sus padres de una distintividad sin par—, sino indicar que aquel temperamento exhibía una autonomía e independencia chocantes respecto de la estirpe, cosa que yo no pude sino observar como una inquietante perturbación en el continuo espacio-tiempo. O sea, la mezcla de lo risueño y lo contemplativo, por sintetizarlo en una fórmula, y sobre todo con aquella nitidez, no correspondía con parientes que tuviéramos a la vista. Los ingredientes sí que parecían venir, por ejemplo, de los progenitores directos, aunque emulsionados de otro modo. La madre era alegre, desde luego, y tirando a festiva, pero carecía de un rasgo acusadamente contemplativo, a pesar de su alta capacidad de concentración y de su dedicación a labores creativas. Pero pertenecía más bien al tipo vitalista, derrochador de energía y de orientación práctica. Del padre propiamente dicho no podría afirmarse bajo acepción ninguna que fuese o hubiese sido alegre ni festivo. A cambio, no carecía de ánimo contemplativo, aunque a veces no pudiera distinguirse del simple retraimiento.

Cabía suponer, por tanto, que hubiese una procedencia en el temperamento, pero era desdibujada por la combinatoria. A fuerza de analizar lo que para mí constituía una maravilla, a saber, que Iris era Iris, comencé a encontrarle genealogías algo extrañas. A veces, su imagen se trasfundía con la de Alfredo, así como en otras atraía la de Muriel. Incluso, algo más tarde, me pareció que Iris también le había robado algo a Román. Naturalmente, se trataba de ciencia sutil, débiles ondas líquidas que traían un reflejo desde el lecho del fondo: una serenidad cristalina que estiraba su cara como la de Alfredo ante un tejo de doscientos años, el adelgazamiento de Muriel tras una parrafada, el gesto examinador y ambivalente de Román hacia los lugares o la gente nueva...

Mi mente debía de sospechar, y lo hacía, de la propia mirada, que conjugaba lo que se me escapaba de Iris con las posibilidades de presencias que aún flotaban en el aire. Quizá esa mirada, que reúne lo ausente y lo presente, sea más limpia y lógica de lo que parece y represente, al fin y al cabo, la que cualquier padre arroja sobre un hijo. Cuanto le separa de él y cuanto le acerca a él es de naturaleza heterogénea y converge desde los lugares más dispares e inestables de la experiencia. El hijo que se proyecta en la retina también se compone con los flujos y las instantáneas que atraviesan al padre, que allí vive, revive o se le anuncia la afinidad que ha de otorgar a la vida naciente, única y exclusiva, por un lado, y articulada con todo lo que existe, por el otro. Mejor dicho, gracias a su singularidad emprende el derrotero hacia su pertenencia. Y ésta no es adicta a la geometría. De modo que allí estaban, con todo su derecho y toda su evidencia, Alfredo, Román y Muriel. Entre bastantes otros, con Iris haciendo de bombillita en el cuarto de revelado.

El advenimiento de la niña estaba dando mucho de sí en lo que se refiere a meneos de conciencia. No puedo negar que le prestaba una atención diferente a la que había dedicado a los vástagos precedentes, aunque no tanto por su calidad y cantidad como porque la sustancia del tiempo había variado, sin que supiera hasta qué punto. Quiero decir que yo estaba ante el tiempo de forma diferente: comenzaba a tener a mis muertos, tanto los propios como los vicarios, me sentía taladrado por la irrepitibilidad de las horas y los días con la cría y no esperaba del porvenir una iluminación cegadora de mi persona, así como las metas, logros y aspiraciones —que tienden a suministrar una sensación de carrera lineal— se habían apaciguado y domesticado (esto último en su sentido etimológico, es decir, se habían vuelto de andar por casa).

En la práctica cotidiana, tuve que hacer algunos arreglos. Comprimí la jornada productiva en la mañana, lo que conllevaba sacar adelante entre las nueve (antes quería estar presente en el despertar de Iris) y las dos de la tarde tareas que no sólo implicaban

el concurso de cerebros apenas compatibles, sino que deberían sintetizarse: escribir novela, blog, preparar clases, artículos, conferencias, hacer lecturas, despachar asuntos de la Escuela que obviamente dirigía y en los intermedios (¿qué intermedios?) cocinar el almuerzo y seguir corriendo los kilómetros diarios por recomendación personal y médica. La clave estaba en la síntesis. Había algo en la síntesis que no había descubierto hasta ahora, una inusitada capacidad de reducir el tiempo sin menguar la actividad.

La tarde quedaría para Iris y, como siempre, a eso de las siete cogería la moto para volar a la Escuela. Y a medianoche en casa.

El problema de los planes no es, como dice la canción, que sean eso que haces mientras la vida pasa por delante, sino que son eso por lo que la vida pasa directamente por encima.

Poco después de inaugurar el programa se demostró que, en comparación, el castigo de Sísifo era un abono de temporada para un spa, y ya para rematar la evidencia sobrevino una época de insomnio que volvió aún más emocionante la agenda diaria. Al parecer, las síntesis no dan tanto de sí. Si la jornada matinal funcionaba ya como la cadena de montaje en *Tiempos modernos*, la película de Chaplin, la vespertina resultó absolutamente inédita: consistía en empujar un carrito por el viejo Madrid y confiar en que el bebé se mantuviera tranquilo hasta cumplir las dos horas y media o tres que yo mismo había asignado para que le diera el aire e introducirle en el mundo de sentidos que me había propuesto, con parques y jardines como experiencia primordial. Desde la época en que viajaba en submarino nunca había encontrado relojes tan parsimoniosos, minutos tan estirados, cuartos de hora tan holgazanes, horas tan pusilánimes.

A las siete de la tarde era un tipo que había pasado el día yendo y viniendo de la coza de una mula; a las ocho, en el aula, era un místico de la silla en que estaba sentado y un filósofo con pensamientos tan profundos que se echaban a roncar. La síntesis fue evolucionando hacia la disminución de tareas. El libro quedó para los ratos libres, el blog se espació, las carreras se acortaron o

se desviaron a los fines de semana, descubrí sistemas de lectura rápida...

Pero iban sucediendo cosas, débiles aleteos en aquel ser de meses, crisálida al fin y al cabo. Por ejemplo, yo le daba hojas y flores después de hacer el gesto de olerlas y el ser las cogía con sus trémulas pinzas y las contemplaba meditativamente, según su estilo. Un día se acercó un pétalo de rosa tardía a la cara y sopló por la nariz, en lo que era su interpretación de mi olfateo. Otro día la coloqué en uno de esos columpios infantiles que son como cestas, temiendo que fuese una diversión prematura, y empezó a reír y a pedalear como una posea. En el Campo del Moro, le estacionaba su carrito frente a los pavos reales, y ella en algún momento comenzó a saludarlos con la mano. Una tarde, a la salida de la guardería, se puso a sacudir la cabeza en señal de negación y así se pasó las horas erráticas. Tuve que cortarme el pelo y, en vista de su pachorra, me la llevé a la peluquería. A uno de los artistas se le ocurrió que estaría más guapa y le saldría el pelo más fuerte si le pasábamos entonces la maquinilla —lo cierto es que le colgaban cuatro rabos en un cráneo bastante calvo—. Ella se dejó hacer y el resultado fue un melón con mofletes que movía a compasión más que a otra cosa. Su madre llegó durante la operación y se le saltaron las lágrimas. Pero a partir de eso le creció una cabellera dorada y relumbrante, del todo nórdica. A los ocho meses de edad sus padres corrieron con ella, llevándola en su carrito, la San Silvestre madrileña, veinte mil participantes, y lejos de crear problemas se lo pasó en grande entre la multitud, a la que iba saludando como un Papa.

La fase de cumplimiento del deber se desvaneció incluso antes de empezar. El repertorio existencial de un recién llegado al mundo, si uno no cierra los ojos, colma las pretensiones de cualquier espectador. Cada encuentro con Iris iba creciendo en complejidad y sentido, y el afecto que nos dábamos comenzaba a ser personal. Yo la buscaba y ella me buscaba. Continuaba habiendo obligaciones, exigencias, tareas, cansancio, pero sólo eran confirmaciones de que

ella estaba ahí. Y de hecho no llevaban esos nombres. La palabra *amor* es usada con frecuencia para invocar lo inefable o para camuflar necesidades e intereses —tan legítimos como se quiera—, pero creo que en sustancia es *ocupación*. Lo que amamos nos ocupa y nos hace tener ocupaciones. Lo uno y lo otro son lo mismo, sólo afectado por la dirección, hacia dentro o hacia fuera. Es también la muesca que sirve de contraste a la calidad del sentimiento. De modo que la palabra que convenía a mi relación con Iris era amor, es decir, ocupación. Y en esa relación, las prevenciones, los planes y las máscaras carecían de papel. Como habría dicho Katherine Earnshaw, la protagonista de *Cumbres borrascosas*, yo era Iris.

Iris, en cambio, era más que yo. Hubo un momento, otro, que no duró más que un relámpago. Estaba en la sillita, con las piernas abiertas en cierto estilo tabernario que ya dominaba con soltura, esperando a que el pediatra nos hiciera entrar en su consulta, y levantó entonces la vista hacia unos dibujos infantiles que decoraban la pared y luego se quedó mirando a la lejanía de un pasillo, por encima de mi hombro. Las facciones se le afilaron, una súbita tristeza arrugó sus ojos, aunque también había dureza, los labios se entreabrieron como si estuviera intentando una sonrisa incapaz de aflorar, y yo habría jurado que hasta la tez adquirió una tonalidad olivácea del todo ajena. Yo había visto antes a ese individuo. Mejor dicho, no lo había visto nunca, sólo estaba seguro de reconocerlo. Pero se disolvió enseguida. Traté de retenerlo, iba encajando sus rasgos como se hace con los pedazos de una fotografía rota. Era otro niño. Era un niño. Yo no conocía a ese niño. Sin embargo, había conocido a ese niño cuando ya era mayor. Era un adulto cercano, increíblemente cercano, que hacía acto de presencia en un momento de su infancia. Entregaba un rostro, un gesto de una fase de su historia, porque él mismo, tal como era cuando yo le había conocido, no tenía intención de aparecer. Se ocultaba, aunque no en otra piel, sino en una especie de mensaje. Y así fue como pensé en mi padre: claro que no era un pensamiento,

era la imagen que venía con él. ¿Mi padre había estado tras aquel rostro traslúcido, de rasgos incompatibles, contradictorio en cada célula, asomando por mi querida niña cuarenta años después de que desapareciese de mi vida y quince de que hubiera muerto? ¿Aquel impostor? Lo curioso —lo terrible— es que el resentimiento y las ansias de venganza se transformaron durante ese relámpago en algo que sólo podía identificar con la ternura. A través del rostro de mi hija, vi a mi padre perdido y solo, perdido y solo cuando era niño, pues era el niño el que se aparecía a través de la niña, inocente aún, limpio de la crueldad y de la maldad que vendrían más tarde, como si aún estuviera a tiempo de que alguien le cogiera de la mano y lo llevara por un camino diferente. Tal vez era lo que venía a suplicar desde su Seol: llévame de la mano, ya ves que no es tan tarde.

Una visión fugaz, pero un sentimiento contundente. ¿Incluirían los recuerdos de mi padre, a partir de entonces, lo que sucedió en la cara de Iris? Eso no lo cambiaría todo, pero ciertamente lo alteraría mucho. Del destierro habría vuelto a la ciudad de los suyos, habría estado muerto y ahora estaría vivo, y sobre la condena, que seguiría vigente, se depositaría el perdón, como la nieve deposita el mismo manto sobre las tumbas y sobre las plegarias de los vivos.

Transcurridos unos minutos en aquella sala de ambulatorio, a la mensajera, casada con el dios del viento que anuncia la estación de las flores, le pusieron la Tetravalente y se cogió un cabreo del demonio. El mundo y el tiempo comenzaban a ser de su exclusiva competencia. *Had we but world enough and time*, escribió Andrew Marvell. Pues sí, ojalá los dos tengamos mundo y tiempo suficiente.

En el lugar de reunión

Uno. «Cuando se dice que el viejo Z fue una vez escritor y que después de su Novela Indefinida no escribió nada más, no significa que no escribiera nada. Al contrario, escribía incansablemente aunque no escribiera nada. Copiaba las cartas de su mujer, que le había abandonado cinco o seis años antes, después de casi una vida compartiendo con él la misma habitación. La obra radical y enferma de amor que Z creó en su vejez consistía en reproducir la letra de su mujer en imitaciones cada vez más sutiles. A través del movimiento de la escritura de ella, Z aprendió a hacer suyos el movimiento de su mano, el movimiento de su brazo, el movimiento de todo su cuerpo, y por fin el movimiento de su pensamiento y de su sentir. Las cartas de su mujer —los originales no sobrepasarían la docena— llegaron a repetirse en infinitas, innumerables copias que al final eran tan perfectas que el mismo Z era incapaz de distinguirlas de las cartas escritas por su mujer, y así las había perdido.» (Botho Strauss, *La dedicatoria.*)

Yo he escrito una historia similar en la novela *El día de hoy*. Un hombre cuya mujer acaba de morir empieza a calzar sus zapatos de tacón y regularmente va hacia el cementerio en el que ha sido enterrada. Luego, ya no se quita los zapatos. Después se pone también los vestidos de la esposa. Un día le cuenta a un amigo, que le interroga algo inquieto, que los zapatos le están matando y que llevar esa ropa es una molestia permanente. El amigo le dice que

por qué no usa la suya. Contesta que se ha deshecho de ella, que no quiere que la mujer se la encuentre en el armario cuando vuelva a casa y descubra que él se ha ido.

Dos. Un conocido mío de cuarenta y tantos, dedicado enérgicamente a fundar empresas y a arruinarlas con una frecuencia que para otros sería objeto de examen atento, perdió recientemente a su mujer en un accidente de tráfico. Es probable que la oscilante vida de este negociante impulsivo significara un castigo para ella, pero de lo que no hay duda es de que ella —una brasileña grande y curvilínea— era una tortura minuciosa y diaria para él, además de pública y notoria, por no decir que básicamente pública y notoria. En cuanto disponía de testigos, no dejaba pasar la ocasión de afearle sus fracasos profesionales y, ya puestos, su penuria intelectual. Todo ello sin ahorrar escándalo. El tipo solía aguantar la ignominia con un aplomo resignado (que a lo mejor era simple ausencia). Este ser achantado, por otro lado, era alguien con quien, según sus amigos, se podía contar como apoyo en cualquier causa y tarea, presto al sacrificio. Quizá fuera uno de esos hombres que, juzgado y condenado ya por sí mismo, considera su existencia una deuda impagable de la que se derivan estrategias de inmolación. También era agudo, de inteligencia sin desbastar aunque curiosa, parlanchín y poseedor de una cultura disparatadamente autodidacta. Su trato, fuera de inevitables reticencias, era básicamente comfortable. He dicho *era*: ha dejado de serlo rotundamente. Desde la muerte de la mujer, es él quien dispensa los reproches por motivos abundantes, quien no se quita la autoinvestida toga de juez de todos los asuntos humanos y quien se enfrenta a la vida con grave ceño, carente ya de la mínima empatía.

Una posibilidad es que ése hubiera sido siempre su carácter, hasta entonces oculto, incluso invertido a causa de que su mujer se lo hubiera usurpado o lo desplegara con mayor potencia y eficiencia que él. Estas cosas nunca llegarán a saberse y siempre queda el enigma de lo que sucede en las parejas de puertas para adentro, donde quizá la escena no es como la imaginamos.

En todo caso, hastiado de su conducta en las pintadas ocasiones en que lo tropezaba, cierto día en que llamó al timbre para invitarme a una cerveza, iniciativa de lo más singular, le espeté el sapo sin más dilación. Estuvo un rato perplejo. Luego, le pareció que tendría gracia que su mujer le hubiera abducido y, ya repuesto del soponcio, argumentó que se sentía demasiado solo y que notaba ciertos cambios en la actitud de los demás. Empezó lamentando su soledad en un tono confesional, en lo que parecía iba a ser un desahogo de la angustia y una vuelta al redil, y terminó ensartando invectivas contra el comportamiento que la gente tenía con él, viudo insigne.

Transcurridos unos meses, me enteré de que había huido a Brasil perseguido por la justicia en relación con un apaño que había perpetrado en la liquidación de una de sus empresas. Suceso llamativo en un personaje cuyos descalabros económicos habían sido proverbialmente resueltos con una honestidad y solidaridad que habrían podido calificarse de deslealtad consigo mismo, asunto éste que formaba parte del repertorio flagelante de la brasileña difunta. Supongo que incluso los fantasmas añoran la vuelta a su patria.

Tres. Conozco a M desde el primer año de Facultad. Era una mujer materialista y dialéctica, marxista por más señas, dentro de la corriente reivindicativa puño en alto, a la que Demócrito y Lucrecio le parecían en aquella época dos fuentes esotéricas aunque venerables de la verdadera doctrina, a saber, que la realidad es la realidad como las piedras son piedras, y que el mundo y la vida se explican a ojos vista, sólo que la mayoría prefiere andar a tientas. Mis simpatías por los griegos y los narradores bíblicos, más cerca de la cordialidad que del afecto en consonancia con la superficialidad de trato de entonces, eran entendidas por mi amiga como una extravagancia orientada a realzar mis encantos, una especie de narcisismo por oposición (a un medio intelectual rácano y pastoril), que debía ser controlado, misión histórica que la había elegido a ella como brazo. Ni que decir tiene que M había permanecido invariable, como el héroe trágico, a despecho del tiempo y de su segur.

Hará un par de años murió su madre anciana, a la que adoraba, dejándola al cargo —es hija única— de un padre en el que habían aparecido los primeros síntomas de la enfermedad de Alzheimer. Su vida se volcó en esta tarea con un amor cuya mera contemplación redimiría al género humano infinitamente más que el triunfo final del proletariado. La progresión de la enfermedad en el padre la fue contando, por otra parte, con una ternura que excluía el desánimo y la queja. El tono y la manera de encadenar las anécdotas recordaban curiosamente al relato que van haciendo los padres de sus hijos pequeños a medida que crecen y se les revela un mundo de enigmas y sorpresas que, los padres más que el niño, comienzan a cobijar cuidadosamente en su corazón. Una mirada atenta, limpia, sin la pretensión de alcanzar un juicio sobre la adversidad humana o las circunstancias, y asentada en una espectacular constatación del presente, de riqueza y amplitud emocionantes.

En los últimos tiempos ha hecho dos confesiones de las que he sido interlocutor, y que mantienen entre ellas, me temo, una relación insegura. De todos modos, las registro. El denominador común es, en todo caso, la perplejidad. La primera concierne a la actitud de M ante el sexo. Dice haberse dado cuenta de que buscaba en él lo que no había, y que ni ella misma podía imaginar hasta qué extremo (y que yo, por supuesto, ni lo intentara). Ciertamente, la promiscuidad de M y su disposición al encuentro lindaban con el *pathos*. Había mantenido apenas emparejamientos fugaces y en cuanto a la descendencia su posición no había alcanzado siquiera el nivel de planteamiento. Total, que sin saber por qué, el sexo ha dejado de interesarle tan profundamente como antes le anonadaba. La hondura se ha quedado seca. Las explicaciones que ofrece tienen estructura de balbuceo y mezclan la edad, nuestros cincuenta y pocos, con la aprensión a su biografía sentimental y con la enajenación que le embargaba en los encuentros físicos, próxima a la fuga. En conjunto, hay un vértigo que exige de pronto una compensación en términos de parada y de control del medio. Le ha sobrevenido, en cierta consonancia y por añadidura, una

concentración desconocida, que afecta tanto a su percepción de los acontecimientos y los actos como a sus lecturas y aficiones, que parecen descomponerse en unidades mínimas que funcionan como umbrales hacia sentimientos nuevos. Un instante, un gesto o una palabra se quedan detenidos en la imaginación y empiezan a generar perspectivas. Ella que, como el Hipogrifo violento de Calderón, corría parejas con el viento.

La segunda confesión es más concreta. M y su padre habían estado siempre de acuerdo en que la manera de cocinar de la madre era un encomio de la úlcera de estómago. Abusaba del picante y de las especias en general, y era sospecha que la mayoría de sus platos suponían un pretexto para la cayena, el chile o el pimentón. El padre y la hija, excepto cuando la ingesta se volvía temeraria, solían mantener un considerado silencio sobre esta peculiaridad culinaria de la mujer. Pues bien, en cuanto a M no le quedó más remedio que ponerse a cocinar para el padre, se encontró aderezando los guisos en el mismo y detestado estilo que la difunta. Pero no se percató enseguida. Sólo cierto día en que se vio llenando la cesta de la compra de dosis asombrosas de los flamígeros productos, cayó en la cuenta de que había heredado insensiblemente los hábitos maternos. Lo curioso, lo tremendo, es que el padre no había abierto la boca sobre el tema. Ella igualmente declinó hacerlo. Y este silencio, que era continuación del otro, como la comida especiada era también continuación de la que preparaba la fallecida, se había convertido para M, y estaba segura de que también para el padre, en un inesperado consuelo.

Cuatro. Hace unos días me encuentro tomando café con un viejo amigo, alto empleado de banca, que vio morir a su hermana menor de treinta años en sus brazos, a causa de una sobredosis. La chica había entrado en el círculo de la droga muy joven y había supuesto el tormento habitual de trampas, mentiras y estafas para toda la familia. Había estudiado una filología, carecía (acaso consecuentemente) de oficio y de beneficio, y su única devoción o su único ancla había sido la escritura de poemas, de los que había

dejado en herencia un par de tomos sin publicar y que tampoco parecían muy publicables. La desgracia había ocurrido catorce o quince años atrás. Mi amigo, hombre literal más allá de su trabajo, del tipo que suele interpretar la realidad como una conjura de intereses y la sociedad como un congreso de antropófagos, cuyo particular escape era la lectura de libros de Historia contemporánea, siendo nuestra amistad un calcáreo producto del tiempo y de algunos favores mutuos de cierta relevancia, hizo la siguiente confidencia:

—Me he puesto a escribir poesía. Nunca pensé que yo haría una cosa así.

—Una vocación tardía —dije sin detectar la conexión.

—En los últimos tiempos mi hermana vuelve una y otra vez.

—¿Vuelve?

—Ya sabes. Me acuerdo de ella. Más que en los primeros años.

—Y eso tiene que ver con que te pongas a escribir poemas.

—No lo sé. Supongo que es un mecanismo de la mente.

—¿Qué mecanismo?

—Ni idea.

—¿Y por qué piensas que es un mecanismo de tu mente y no lo que has dicho al principio, que ella *vuelve*?

—Está en mi mente, no hace falta jugar con las palabras. La mente hace esas cosas.

—¿Crees que si tu hermana estuviera viva te habrías puesto a escribir poemas?

—Me parece que no.

—Entonces tú haces lo que ella estaría haciendo si estuviera viva. Es ella la que está escribiendo.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco.

La muerte tiene mil rostros: se muere en el amor, se muere el amor, nos abandonan la alegría, los seres, a veces la memoria o el deseo, fallecemos. Pero el pensamiento es único: estás ahí, debes

observar lo que haces, sobre todo porque nunca vas a gozar de tanta presencia.

Hay una resistencia natural de los muertos a separarse. Es lógico, aunque adopta las formas de lamentación de los vivos. Sólo en un sentido metafórico puede decirse que los vivos también se resisten, porque el hecho es que no son ellos los que se van, así que lo suyo no puede ser una *resistencia*.

Los que se van siguen ocupando espacio, no cualquiera, el suyo. De modo que hay que dárselo. Por supuesto, quitárselo es quitarles lo que es suyo. Pero el que se les da debe ser el que les corresponde, no más. Igual que cuando disponían de apariencia física.

Sus cosas, así como su carácter, son sagrados, no pueden manipularse. Su poder procede de que habitan una realidad absoluta, un mundo superior a ellos mismos, superior a todos y de potencia efectiva. Sí, los vivos en algunas ocasiones accedemos a esa clase de experiencia: en la pasión, en la separación, en el éxtasis y en la melancolía. No es que gracias a eso seamos de algún modo equivalentes, pero la vía de comunicación se ensancha y se despeja considerablemente.

Hay que reconocer entonces que no solamente somos los muertos que hemos sido, sino también los que hemos tenido. No hay que pensar mucho en ello, pues el análisis a fondo no produce respuestas, sino misterios. Si aceptamos de partida el misterio, no pasa nada. Pero si exigimos que haya luz, el misterio nos engulle.

No esconderse del muerto, no librarse del muerto. El justo medio: somos los que van a morir, somos lugar de reunión. Que otros se vayan antes que nosotros es un factor de consuelo. Ellos ya nos están esperando. No nos iremos solos ni a una soledad. Aquí no hay ninguna fantasía, ninguna mentira piadosa: lo dicta la experiencia y la práctica.

Halcón dorado, cabeza de Fénix

Las experiencias de plenitud —la gloria que a veces se concede a los seres de un día— están siempre compuestas de materiales ambivalentes, contradictorios, no cuantificables. Pero el conjunto tiene identidad. Esos materiales incongruentes no se reconcilian ni se funden, simplemente se reúnen, desafiando la matemática convencional con su estado de gracia. Y aunque se ofrecen en un rostro único —algunos lo llaman felicidad—, no todos sus rasgos suponen una celebración.

Pasa, por ejemplo en el amor, en el amor colmado. En la entrega, en su deseo de consumación, aparece de pronto una muerte. Se muere en el otro, por otro, para otro. Acaso también una segunda muerte, pues para decidirse a amar, ya debía morir el que se era. Nadie ama para morir, no es eso. Es que la muerte es lo que se debía al amor.

De modo que el amor arranca con duelo. Hay que despedirse de aquel que uno era cuando aún no conocía al objeto amado y que, retrospectivamente, presenta una apariencia errática, dueño de ojos que no veían, desatento, vacío. No puede compararse con este de ahora, capaz de observar el mundo a través de un único ser desde el que se abren todas las ventanas.

Hay que disponerse también a la muerte que el amado, sólo por ser otro y distinto e insondable, tiene proyectada involuntariamente para nosotros. En el intercambio del amor la moneda es la vida. Pero entonces ya hace tiempo que estábamos aprendiendo a desprendernos de ella. No es algo nuevo, no es una condición insólita. Es muy natural que lo que amas quiera todo lo tuyo. Más aún, en eso estriba el placer, la apoteosis, la fusión. En el fondo, no hay nada que perder.

No es que a cambio se reciba poco, pues el amante siente que le regalan el desprendimiento absoluto, un poder que no tenía sobre los imperativos de la supervivencia, de la conservación, de las cadenas de la rutina, de la servidumbre a una identidad que se ha revelado mísera. Un gran poder sobre la mortalidad. Lo que se da no es exactamente lo que se recibe, es el ciento por uno. Un gesto de aceptación, con eso basta para que comience la epifanía.

Y en las notas de ese mismo canto, otra música constante: el amor puede cesar y el amado desaparecer de muchas maneras diferentes. Hay horas que son contadas sin reloj y sin número. Aunque no por eso son desdeñables, ni mudas.

Si se pierde el amor, lo que se pierde es todo. Y nadie resucitará. Ni el que antes era, ni el que se dolió para amar, ni el que amó. Un abultado registro funeral. Aunque ¿de verdad se pierde todo?

Al amar a otro, se le hizo nuestro; al amar ese amor, el amor tomó forma. Ni de nosotros ni del amor, dado ya lo perdido por perdido, puede decirse que se hayan ido enteramente. Resta algo inseparable. Resta incluso la herida, cuyo perfil escarificado vuelca la imagen de lo que se fue con sólo pasar la yema de los dedos. Cuando pronunciamos el último adiós también eso se irá con nosotros. No nos iremos tan solos, no será una escena solitaria. Lo que no era nuestro y se hizo nuestro, lo que perdimos y acumuló dolor, nos acompaña. Y en ese momento nos convertimos en nosotros mismos: por lo que nos ha sido concedido y por lo que nos ha sido arrebatado.

Como en el amor, la felicidad es una nueva frontera. Y no pertenece al género de la alegría desbordante, ni al de la emoción desatada, ni al del éxtasis, en los que el propio cuerpo se ve naufragando en sus límites y la experiencia lo es de su incontinencia. Terminan por dar lugar al estragamiento, al reclamo de un auxilio tajante para recuperar la perspectiva.

La felicidad, por el contrario, contempla en la lejanía, traza el horizonte en el que vuelve a darse un conjunto de irregularidades, como en esos cuadros medievales en que lo grande y lo pequeño, lo sustancial y lo accesorio, el triunfo y el fracaso se dan juntos en primer plano. Las cosas están lejos y cerca a la vez y producen su sintonía al darse dentro de un marco, como la muerte en la tragedia antigua, para que pueda contemplarse, para que haya principio y fin. Es tranquilizador. De otro modo, las cosas se nos vendrían encima.

Pero no es un campo visual, una planimetría. Es sólo visión: de la grandeza, de la mezquindad, la oscuridad, la luz, el error, el esfuerzo, la fortuna que suministra la vida vivida, dispuestos en el orden necesario para abarcarlos con un golpe de vista. En la jornada más negra se pinta la luz cálida de un café a medianoche; de los momentos de gozo nace el pesar de abandonarlos; de los sacrificios inútiles surge el conocimiento que deparó el fracaso; del trayecto en autobús hacia el trabajo procede un rostro que no olvidaremos nunca...

Claro que hay periodos de hastío y de daño que duran inconvencibles sin hallar un contrapeso. Pero poder observarlos ahora, en la pintura que proporciona la distancia y el marco, quizá yéndose no más de uno o dos pasos, observarlos ahora ahí reunidos, bien porque la vida se acaba, bien porque esta hora fatídica no cesa de lanzar tañidos de duelo, constituye la felicidad que nos es concedida. (Fue lo que dijo Alfredo al morir.) Es el don celeste de los ojos, una especie de Pentecostés en que la asamblea de todos nuestros hechos y acontecimientos, por extranjeros y adversarios que sean, hablan el mismo idioma. La felicidad no es un

algo, ni se consigue con algo, es el conjunto mismo y el alma entregada a su visión.

Todas las conclusiones, todos los finales nos acercan a la felicidad, podrían hacerlo. Esa felicidad no es un espejismo, ni una ilusión, tal vez porque no es necesaria como lo es el hambre de justicia, el hambre de esperanza, el hambre de agua, de pan o de deseo. Sólo se concede a la mirada que se aleja y que descubre que todas las cosas tuvieron una razón para existir, un lugar.

Pero el miedo nunca falta a sus citas. Y no suele ir solo: le acompaña la tristeza, la incógnita, la indigencia moral. Tras la forma en que se dan el amor y la felicidad deberíamos haber aprendido algo. Puede que no lo hayamos hecho, porque no fueran bastante, porque los tratamos con ignorancia, porque los evitamos. El miedo, el pánico en el morir, oculta algo de la propia vida. Algo que se le ha negado y por lo que se reniega de la muerte. Lo que se roba a la vida aparece como robado por la muerte.

Sí, en la despedida hay pena y en la última, una pena grande. Pero el abismo es cosa nuestra. En la pena de la despedida están los otros, los que amamos, y está lo que dejamos. En los abismos cae uno solo, está solo, sin nada.

Así que el amor y la felicidad, aun hartos de pérdidas, eran lo contrario del miedo. Y en el último momento, se te ofrecen ambos. Uno para que tengas a alguien a quien decirle adiós y el otro para que contemples el vasto paisaje de lo que existió en ti. «Y entonces, semejante a un gran halcón dorado con cabeza de Fénix, emprendo mi vuelo hacia el Cielo», canta el libro egipcio de los muertos, el *Peri Em Heru (Salida del Alma hacia la luz del Día)*.

Julia, al pie de una escalera

Todavía no ha llegado el invierno, pero la temperatura cae por la noche varios grados bajo cero. Llevo catorce días en esta antigua y minúscula cabaña, aislado, tratando de rematar el libro, en las faldas de las montañas de Gredos sobre las que aún no han caído las primeras nieves, y hace horas que estoy en la cama sin poder conciliar el sueño, algo que ha empezado a ocurrir días atrás. Pienso en bajar a la cocina y comer alguna cosa o leer un rato. Pero hace frío y en la chimenea se habrán apagado los rescoldos. Una tremenda pereza. Debería estar dormido. Mañana iré al pueblo y trabaré conversación con el primero que se ponga a tiro. ¿No será esto demasiada soledad? De momento, hagamos el esfuerzo de bajar a la cocina. Me cubro con una manta y desciendo por la estrecha y alpina escalera de madera. Mi hija Julia está sentada en el último peldaño. Me sorprende un poco que haya venido hasta aquí, que no me haya avisado, que haya entrado sin que me enterase. Aunque no estoy realmente sorprendido. Julia vive en París, cerca de los jardines Albert Kahn, y no la veo desde julio.

—Hola, papá —dice tranquilamente, como si nos hubiéramos despedido ayer.

—Hola, hija. Qué gusto verte.

—Pensé que podría hacerte compañía.

—Te lo agradezco. ¿Has encontrado el Hércules hesperino?

—He recorrido los mercados de pulgas, como me dijiste, y allí no lo han visto. ¿Por qué andas todavía con eso?

—Debería haberlo comprado entonces. Eran mil ochocientos francos. Mármol vetado, apoyado sobre la cachiporra, una joya y una ganga.

—Pero entonces tenías veintitrés años. Ha pasado mucho tiempo.

—Lo sé. Y quiero tenerlo igual. Fue un error. Me dio miedo el precio. Nunca le tengas miedo a un precio.

—Seguiré buscando, no te preocupes. ¿Te gusta el olor a sándalo? Huele.

Extiende la mano y me ofrece la muñeca. Huelo el perfume de sándalo.

—Muchas veces hueles a sándalo —le digo—. ¿Y ahora qué vas a hacer?

—No lo sé. A lo mejor me voy.

—Yo iba a la cocina a tomar algo. Quizá te vea cuando vuelva.

—Quizá. Sólo quería saludarte.

—Dame un beso, por si no estás.

La chimenea está fría. Hay un trozo de queso algo desmigado en la nevera. Pongo el plato en la mesa. Me sirvo un vaso de vino y me siento de cara al ventanuco que recorta un firmamento de estrellas heladas. No hay más huecos al exterior. Antes de la restauración, aquí vivían pastores, lo importante eran los muros. En el otro extremo de la mesa están mis papeles y el ordenador. El único sitio donde poder sentarse a escribir. Cuando era pequeño, se oía a los lobos. La primera vez que vine a estas montañas tenía nueve años, a un campamento. Pasaban entre los vientos de las tiendas, de madrugada, hacia el río. Catorce días, ¿no serán muchos? El vino está helado, el queso se mueve en la boca como un caramelo pegajoso. Debería ir a mirar si Julia ya se ha ido. Me gustaría despedirme otra vez antes de que se vaya. Ha sido una conversación muy breve. Las horas que dedico a escribir, hasta el mediodía y luego, un par por las tardes, pasan deprisa, serenas. Las

otras se llenan de cosas recordadas, sin necesidad de que las llame. El mundo presente, el de Madrid, el de la familia y el trabajo, permanece a una distancia mucho mayor en el tiempo que la de los recuerdos. Para traer ese presente del que me separan apenas tres horas de coche necesito un esfuerzo de voluntad. Vivo entre las imágenes del libro y entre las imágenes del pasado. Quizá por eso no duermo, porque ya no hay espacio para los sueños. Precisión: he ganado precisión en la forma en que mi mente atrae las imágenes y las monta. Y las imágenes del libro tienen una extraña cualidad física. Diría que, a cambio, ha desaparecido la fantasía. No existen momentos de ensoñación, de ilusión, de proyecto. Como si la mente no se dejara arrinconar en esta cabaña minúscula, rodeada de sotos y collados, en un círculo de cumbres. Puedes aislarte, pero ella sale en busca de presencias, de presencias reales. Dondequiera que pueda encontrarlas, en el fondo de tu ser, en la memoria. Se moviliza deprisa, como un animal hambriento y olisqueante, más activa que nunca. Debería ir a ver si Julia se ha marchado. Me daría pena que lo hubiera hecho. Sobre todo, si es verdad que ha comprendido lo que me pasa. De aquellos lobos no tenía miedo. Me impresionaban, pero no me daban miedo. Ahora sí tengo un poco de miedo, tal vez de no escucharlos, de que no anden por ahí. Me dejan solo con esta mente voraz a la que yo mismo alimento. Se alimenta de mí. De hecho, siento que me voy desvaneciendo, que soy la imagen más pequeña de todas las imágenes, la más prescindible. Es miedo, pero no estoy angustiado. Sé lo que ocurre y sé que hay una lógica.

Cuando regreso, no encuentro a Julia en la escalera. Se habrá cansado de esperar. La llamaré mañana sin falta. Ya es la mañana siguiente y en la cocina está el vaso de vino y los restos del queso. Llamo a Julia a París. Sin novedad, está pensando en cambiarse de casa, porque en la suya entra el frío por todas partes. Mientras hago el equipaje para la vuelta, algo que acabo de decidir, me parece oler a sándalo. El libro tendrá que esperar.

Motas de polvo, tropa de ángeles

En la Escuela me pidieron que respondiera a un cuestionario sobre la propia Escuela para una memoria conmemorativa de sus diez años de existencia, que sería llevada a imprenta. Mis contestaciones serían utilizadas por los editores como salpicaduras aquí o allá, o para servir de invitación a la lectura, todo dentro de un estilo vigilado por el principio de levedad y alérgico a los rictus solemnes. Ilustro:

¿Para qué sirve la Escuela Contemporánea de Humanidades?

Para nada. Si sirviera para algo, lo importante sería el algo y lo demás, el conocimiento y la creación, la búsqueda que implican y su intrínseca falta de destino serían subsidiarios. No me imagino a nadie que quiera aprender y que lo quiera para algo. Es un asunto de libertad, hasta dónde ha decidido uno enfrentarse a ella, hasta dónde ha decidido llegar, sabiendo que muy probablemente no será capaz de contestar a eso en toda su vida. De todos modos, el vasallaje a una meta no forma parte del espíritu intelectual de esta casa. Al que por otra parte tampoco podría definir.

¿Qué hace la ECH?

Cualquiera sabe. Mejor dicho, lo sabe cualquiera que lo haga. Sin hacerlo, me parece difícil que alguien lo entienda. Están los programas, por supuesto. Ahí uno puede mirar. Lo que ignoro es lo

que cada cual ve en ellos. Por otro lado, pueden cambiar de una semana para otra, según la dinámica de los acontecimientos o de la simple intuición. Diría que hay que mirarlos como se mira una brisa: una cierta temperatura, un cierto aroma, quizá el recuerdo de un viejo deseo... No hay duda de que quien hace algo está pensando en lo que hace, incluso contándose a sí mismo, pero la comunicación del acto me parece difícil y no la creo necesaria. Pierde la gracia y el riesgo es desproporcionado. Sólo me atrevo a decir que la ECH hace acciones. Esta respuesta también será entendida de cualquier manera.

Soy consciente de que estas posturas forzaban un poco la máquina y de que hubieran podido ser remplazadas por otras más discretas. Yo trataba de señalar la orientación del espíritu e inconscientemente de quedar a salvo de la mediocridad académica enseñoreada de proyectos similares. Pero tampoco quería responder a la contra y empleé más bien un procedimiento de escritura flotante para solventar el tema. En conjunto, quedé moderadamente satisfecho. Éste es el contexto del diálogo que sigue, con un joven profesor de la ECH especialmente comprometido con la causa:

—Ya es difícil que entiendan lo que hacemos aquí, ¿tú crees que esto ayudará?

—Ayudar a qué...

—A que nos entiendan, para empezar.

—Bueno, yo intento hacerme entender. Que me entiendan no está en mi mano. Además, me dirijo a alguien que pueda entenderme. Lo contrario sería raro: sería como escribir libros para los que no leen.

—En el fondo, eres un optimista.

—Y si hubiera hecho lo que me temo que tú piensas que debería haber hecho, sería un pesimista. Menudo dilema.

—Es que tengo la impresión de que, desde que cambiamos los programas, a veces ni los estudiantes nos siguen.

—A eso no puedo contestarte. Si se trata de desconcierto, es una cosa muy propia del aprendizaje y cada uno lo lleva a su manera. Es como cuando empiezas a leer por tu cuenta, hay un montón de cosas que suenan a chino. Pero eso no es precisamente lo que te desanima: eso estimula el deseo. Al final, te quedas con unas cosas y con otras, no. La vida misma. Pero sin ese viaje, no te quedarías con nada. Por otro lado, los que vienen a este sitio excéntrico no vienen con una pistola en la nuca. Pueden irse cuando quieran, incluso no venir jamás. Ni somos la universidad, ni una academia para opositores y peritos. La gente viene porque le da la gana. Y por lo que a mí respecta, no quiero a nadie detrás de mí, lo prefiero delante o al lado, y si eso no es posible, donde no pueda verlo.

—Conste que, aunque no lo parezca, estoy de acuerdo contigo.

—¿Qué pasa entonces?

—Me da miedo.

—Miedo de qué.

—De que seamos tan raros, de que no venga nadie, de no saber adónde vamos.

—Es verdad que tienes miedo.

—Pero por lo menos vamos hacia algún sitio, ¿verdad?

Seminario anual «La imaginación bíblica y la creación contemporánea». Estamos en la explanada del Muro de las Lamentaciones, en Jerusalén, casi de madrugada en una noche de finales de mayo. Llevamos cuatro días en Israel. Propongo a la expedición (catorce individuos entre los veintisiete y los cincuenta años), compuesta de profesores universitarios, estudiantes de posgrado y profesionales diversos, hacer un rito de perdón en ese lugar sagrado. Les doy unas palabras en hebreo que se aprenden de memoria, cogen la kipá de la mesita que hay a la entrada del recinto y enseguida se les ve apoyados en el Muro —los chicos a un lado y las chicas a otro—, junto a un puñado de judíos enredados en sus tefilín y balanceándose al ritmo de sus jaculatorias, ese mantra

corporal. En clase hemos hablado del perdón (del *kippur*) y hemos descubierto que la dificultad mayor, siendo todas grandes, no es perdonar a otros, sino perdonarse uno mismo. Les he pedido que digan las palabras hebreas mientras piensan en algo que no se han perdonado y que piensan que no se perdonarán nunca. En mi fuero interno, se trata de un juego, una forma de asentar lo que han aprendido, de fijarlo en la memoria. De hecho, mi propuesta tiene un tono ligeramente festivo, aunque ya entonces sospecho que inadecuado.

La noche no puede ser más hermosa y ellos tardan demasiado. Los seis hachones en el lado Norte de la plaza, que recuerdan a los seis millones de judíos asesinados en el Holocausto (Shoá), están apagados. De la Sinagoga de la Cueva, a la izquierda del Muro, entran y salen sefardíes, hassidines y simples devotos vestidos con sus trajes y sombreros oscuros. Mis primeros penitentes llegan a la media hora. Algo ausentes, me parecen. Cuando se reúnen todos les pregunto por su perdón. Contestan con esfuerzo, las caras relajadas, pero como tras un dolor que ha cesado. Uno de los mayores no consigue retener las lágrimas y mira para otro lado. Siento que es mejor dejarles en paz. Entonces cruza por allí un rabino que he conocido hace un rato y le convengo para que nos cuente una historia, en el estilo un tanto maravilloso de las leyendas judías. Es el relato de un niño que encontró un pajarito y con el pajarito descubrió el mundo. La explanada está casi desierta. Veo a los soldados en sus garitas de cristal, iluminadas en mitad de una noche anterior a la creación de los días. Y creo que todos sentimos que si hay un centro del universo, acaban de darnos asiento de primera fila.

Desde la revolución en los programas de estudio, la idea fue rescatar antiguos sentimientos de otras épocas y culturas que estaban en el origen de la nuestra, y afrontar el contraste. Por sentimientos entendíamos formas de *sentir el sentido*, es decir, que había que buscar el sentir y que su filosofía o su sistema

interpretativo sólo tendrían validez como correspondencia. Había cosas que habíamos olvidado y cosas que nos habían contado que en realidad eran de otra manera. Leeríamos directamente los textos, sin monografías intermediarias: hebreos, griegos, romanos, primeros cristianos, y al mismo tiempo autores contemporáneos en convergencia con los temas. Y a ver qué pasaba. El profesor no dictaría la lección. El profesor, en la práctica, era un estudiante más, pues el campo de exploración también era incógnito para él. Se limitaría a entregar algunas cuestiones que centrarían la lectura y su exposición correría a cargo de los participantes. A esto se le llamó, sin que se hallara otra palabra mejor, «seminario». La sesión sería interrumpida por una cena ligera, pues comenzaba a las ocho y media de la tarde, siempre y cuando el menú estuviera emparentado con la cultura en estudio. Los miembros del seminario eran también responsables de este capítulo. Por otro lado, las actividades se extenderían fuera del aula. Se visitarían exposiciones o se asistiría a espectáculos relacionados, a la vez que el seminario iba pergeñando una obra final que se haría pública, ya fuera en forma de muestra, de documento audiovisual o de libro. El viaje de fin de curso a los lugares de referencia (Israel, Grecia, Turquía, etcétera) era obligatorio. La experiencia dictaminó que este viaje, tras los meses de trabajo, actuaba mediante catarsis y que el grupo producía sinergias que no se daban en el aula. Se observó también que el compromiso con el objeto de estudio se volvía radicalmente personal a la vez que el grupo se dotaba de personalidad, y que ambos aspectos se equilibraban mutuamente. Fruto de ello, y sin que hubiera previsión alguna, los seminarios tendieron a consolidarse en el tiempo con sus miembros, ampliando anualmente sus intereses. En la actualidad, el más antiguo ha encadenado siete años consecutivos de trabajo.

Camino de Delfos, después de Semana Santa. Seminario «Imágenes y misterios del mundo griego clásico». Dos integrantes del grupo sufren gastroenteritis y se rinden. Apenas queda media

hora de autobús hasta el santuario, pero, tras dos horas de trayecto desde Atenas, las primeras curvas del puerto los han fulminado. Discutimos qué hacer. Los enfermos no quieren que por culpa suya los demás pierdan la visita. Por otro lado, el curso de su enfermedad, que requiere una buena dosis de aguante, es tópico. Les dejamos en un restaurante de carretera, vacío a esas horas de la mañana, tendidos en mesas y cubiertos con mantas. Ya en el santuario, ejecutamos los ritos que llevábamos preparados: el juramento de Apolo en el templo epónimo, el monólogo en el teatro y la carrera en el estadio. Rodeados de montañas, con el brillo remoto de la ensenada que se vislumbra en el valle de abajo y vigilados por la ceñuda presencia del monte Parnaso, es fácil sentir que nosotros estamos hoy y aquí, pero que las cosas que hacemos, en cambio, que estamos haciendo ahora, no nos pertenecen, sino que pertenecen a un ser concreto llamado tiempo. Ni siquiera al tiempo en que Delfos estaba en su apogeo. Simplemente, al tiempo. Una entidad que de pronto adquiere rasgos, se identifica, acapara y retiene para sí las pequeñas intervenciones de los visitantes. Cronos saliendo del vientre de Gea o algo parecido. Las divinidades sólo necesitan que les hagas caso para obsequiarte con milagros, es todo bastante gratis. A la vuelta nos encontramos con los enfermos, que no han mejorado mucho, pero que parecen disponer de mayor viveza. Quieren que les contemos. Mascullamos lo que podemos y al final la gente les entrega sus cámaras para que se formen la idea por su cuenta.

San Petersburgo, verano. Seminario «La palabra y el número». Desde pequeño, los huevos de Carl Fabergé me producen una especie de intoxicación emocional. Literalmente, sucumbo ante su visión, y no me agrada nada confesarlo. En el Hermitage, los colegas detectan que se me va la pinza con este tema. Pasan días haciéndome bromas y yo me voy cargando de exigencia de respeto, después de todo soy su líder, aunque sea en la modalidad *primus inter pares*. El escarnio culmina con el regalo de dos piezas de imitación (una de las cuales sirve también de mechero) durante la

cena de despedida en el restaurante donde Pushkin escribió sus últimos versos antes de que lo mataran en duelo. No obstante, se lo agradezco y en mi patología hasta siento el primer borboteo de la emoción, lo que resulta risible incluso para mí. En la confusión del instante, pues no deja de ser un regalo y suponer una cierta atención a mi persona, aunque sea a través de mis debilidades —y mi veneración no disminuye hacia esas formas, por más que estén hechas de hojalata—, me propongo explicarles, y ya de paso me lo explico yo, el posible origen de mi éxtasis. Una joya es una condensación de tiempo, de tiempo de vida. El que la hizo empleó tiempo, un tiempo que era suyo. Cada diseño, cada filigrana, cada engaste suponen muchos días. Más todos los días en que la experiencia tuvo que acumularse para producir esas imágenes. Y todos los que tardó en encontrar y elegir los materiales. De pronto coge y lo da. Ahí se va todo el tiempo suyo. No es tiempo perdido, claro que no, pero es tiempo ido. Tiempo que no volverá. Hay otros tiempos, por si éste fuera poco, como el de los materiales, más caros cuanto más estables, más resistentes, más permanentes, han tardado miles de años en adquirir esas cualidades. Miles de años junto al tiempo escaso del orfebre que les dedicó el suyo. ¿Me diréis que no calculamos en los regalos que recibimos el tiempo que se empleó en pensarlos y en conseguirlos? Admitamos que eso es lo que más nos importa y que ahí reside el valor que les concedemos. Alguno dirá que es cuestión de dinero. Y no es verdad. Cuesta más dinero un televisor de plasma de última generación que escribir un poema o componer un álbum de fotos. Y tampoco cuesta lo mismo un televisor de plasma para quien le sobra el dinero que para otro que gana mil euros. El dinero también es tiempo: el que se invierte en ganarlo. Ése es el común denominador de nuestro agradecimiento y de nuestros regalos. En último término, ¿cuál es la belleza de la joya? Ninguna especialmente objetiva o canónica. Un huevo de Fabergé puede resultar ridículo, excesivo, hortera, a quien no ve lo que hay en él, que no es oro ni pedrería, ni siquiera arte, sino puro tiempo. Hay quien cree que el tiempo es abstracto, pero

en este huevo es concreto, igual que lo era el tiempo del pequeño recinto de Delfos. Sí, Delfos era un huevo de Fabergé (de hecho, lo preside un ombligo que es un huevo). No llamamos joya a nada que no contenga inmensas cantidades de tiempo. Naturalmente, el oro es tiempo.

Y ahora un viejo duelo. Debería haberlo contado antes y de hecho estaba previsto en otro sitio. Pero se ha ido zafando y al final se ocultó para aparecer en estos momentos. Estaba tan hondo que he tenido que cavar para traerlo hasta aquí. Su desenlace convivió con la desgracia de Muriel, con el anuncio de que regresaba a su país, quizá para morir. Sólo ahora me estoy dando cuenta de ello. Mi hijo, el varón, se había marchado a estudiar a Kentucky por un año. Las condiciones de la agencia estadounidense prescribían que no recibiera visitas en ese plazo. Tenía trece años. No iba en busca de ninguna clase de perfeccionamiento ni con miras altas. Estaba al borde del fracaso escolar, o sea, ya había fracasado oportunamente, y el divorcio de sus progenitores, en el que escogió cinco años atrás la convivencia con el padre, le había dejado sentimentalmente tambaleando. Me pareció que sería bueno para él poner un poco de distancia, verse dueño de sus propios recursos y de fraguar su carácter a solas y sin vientos contradictorios. Le haría fuerte, algo más fuerte, le haría por lo menos entrever la fortaleza.

Eso es lo que le pasaría a él. A su padre, en cambio, lo empujaba a un pozo. Me costaba poner nombre a ese estado de ánimo en que la tristeza, el miedo, la separación y el truncamiento de la vida cotidiana se juntaban en lo oscuro. Pero lo tiene: duelo.

Le deposité en Barajas y junto a mi novia de entonces, madre de Iris posteriormente, cogí un avión para Berlín algunas puertas más allá. Que esa noche no volvería a casa, lo había planeado con alevosía. En Berlín me quedé pegado al teléfono. El muchacho debía hacer tres trasbordos antes de llegar al destino y yo le había suplicado que llamara entre ellos, pero el buen hombre sólo tuvo a bien comunicarse una vez hubo atravesado la puerta de su nuevo

domicilio, propiedad de una familia presbiteriana. Los días de Berlín, ciudad en la que mi curiosidad se dispara, fueron una nube. Mi compañera de excursión acabó enfadándose al no encontrar motivos racionales suficientes —nadie los encontraría— para aquella sima de melancolía. Regresamos a Madrid y durante semanas evité cuidadosamente pasar por la habitación de quien me había dejado tan doliente. Vivía un suplicio en el que coincidían varias técnicas de tortura autoinfligida: sentimiento de abandono, de riesgo innecesario, de fatalidad, de castigo inmerecido, de pérdida definitiva, indiferentemente aplicados al sujeto filial y al sujeto paterno. Comenté el caso con un colega que había sufrido la misma experiencia y dijo:

—En los primeros meses sólo esperas que suene el teléfono y, si no, llamas tú con cualquier pretexto. Después del segundo mes, esperas simplemente. En el tercero o cuarto sólo deseas que apruebe. Poco más tarde se te olvida que no te ha llamado o se te olvida llamar. A partir del sexto mes el teléfono te parece una lata. Y entonces empiezas a pensar que, ya que las cosas marchan tan bien, pues no le han expulsado y ha mejorado las notas, quizá no fuera mala idea que se quedara otro año. Al fin y al cabo, aquí era un desastre. Cuando vuelve, todo es muy emocionante, pero también te has vuelto quisquilloso. Hay que prepararse para volver a empezar y no has disfrutado tanto de esas vacaciones que te merecías a cualquier precio.

Pensé: este padre no quiere a su hijo tanto como yo quiero al mío. Mejor dicho, este padre no quiere a su hijo en absoluto. Después de todo, este colega siempre me ha resultado algo egomaniaco.

Sin embargo, sus predicciones se cumplieron con los mismos contenidos y calendario, sin desviarse en una coma ni en una hora. Y con la misma conclusión nefanda: ni había disfrutado de los éxitos de mi hijo, ni de las vacaciones que me proporcionaba. Por otro lado, a punto estuve de separarme de mi novia. En realidad,

estuvimos separados dos meses. Hasta que la lástima que sentía por mí se impuso a su sentido común.

Como en *Alceste*, esa obra de Eurípides de la que a veces uno duda de que sea más trágica que ridícula (Admeto no quiere morir y consigue que su mujer Alceste le sustituya en el viaje al Hades), la imposibilidad de enfrentarme a la separación con el dolor que le corresponde —pues es el dolor lo que quiere eludirse y por tanto lo que se vuelve inexpugnable— irradió su fracaso en la forma expansiva de una detonación atómica. Me quedé sin hijo, sin novia y sin mí mismo durante un año. En otras consecuencias prefiero no pensar. La conciencia de todo ello, que sobrevino más pronto que tarde, fue un golpe mucho más duro que el que supuso la marcha de un hijo a estudiar en el extranjero. Y es que las fugas del dolor son golpes genuinos, y contienen su propia causa y efecto. No necesitan de nada ni de nadie. Están ahí, esperando, alimentándose de posibilidades, escudriñando la debilidad, hurgando en la herida. Roban el alma y empiezan a pudrir el cuerpo, al que la fosa ya recibe corrupto.

Al dolor hay que darle espacio para que respire, hay que pasearlo por las habitaciones de la casa, por las calles de la ciudad, vigilarlo como a un niño cuando se suelta de la mano, siempre al alcance de la vista, tratarlo amorosamente cuando regresa, bañarlo y dormirlo en el cuarto que es suyo, y recordarlo como era aunque la memoria nunca es fiel. Un día se hará grande y se irá. Y nosotros diremos que cuando era pequeño hacía esto y lo otro, que le gustaba aquello y lo de más allá, pero tendremos que hacer un esfuerzo para ver su rostro de hace tanto tiempo. En realidad, con el esfuerzo nos basta. Quién querría que volviera a donde estuvo, ahora que es independiente y vive su propia vida y sólo nos visita de vez en cuando, en muchas ocasiones cuando cae la tarde, las figuras se vuelven borrosas y uno duda si encender ya las lámparas o esperar un rato más a que desaparezca ese último rayo de luz que se cuelga por el balcón, en el que no se sabe si lo que brilla en su interior son infinitas motas de polvo o es una tropa de ángeles.

Epílogo

A los que van a vivir

Fíjate bien. Cuando alguien se ha ido, le seguimos recordando. No está aquí, pero sí está con nosotros. Se ha vuelto invisible, pero le vemos al cerrar los ojos. Si haces un esfuerzo más, escuchas sus palabras, aunque ahora no está hablando. ¿Quieres tocarle? Continúa con los ojos cerrados, escucha las palabras que ahora no está diciendo y alarga la mano.

Si volviera el que se ha ido, nos pondríamos muy contentos. Sin embargo, ya no tendríamos su recuerdo, pues no lo necesitaríamos. Perderíamos su cara cuando era invisible, sus palabras cuando no hablaba, la mano que lo tocaba cuando no estaba. Aprende esto: cuando alguien se va, siempre se queda. Y cuando alguien se queda, hay otro que se va.

¿Quieres saber quién eres? Pues responde: ¿tu cuerpo ha salido de otro cuerpo? Y si ha salido de otro cuerpo, ¿ese otro cuerpo salió de algún otro? ¿Y el otro de otro y así siempre? Si es así, entonces tu cuerpo no es sólo tuyo, sino que es también de todos los anteriores, pues salió de ellos. Si te apetece, puedes pensar que ya estabas en ellos antes de nacer. O que ellos están en ti, aunque ya no vivan como vives tú.

¿Quieres saber quién eres? Dime: ¿de dónde salen esas palabras que estás aprendiendo? ¿Las inventaste tú? ¿Tú

inventaste la palabra «caramelo»? ¿Y la palabra «lápiz»? ¿Y la palabra «jugar»? Ah, no fuiste tú. Pero tú las dices como si fueran tuyas. Y a veces esas palabras te hacen reír y otras veces te hacen llorar. Y eso sí que parece tuyo. Pues fíjate: lo que parece tuyo y de nadie más puede que no lo inventaras tú. Puede que te lo hayan dado. Puede que se lo debas a otro. Puede que tú no seas tan tú como crees.

¿Recuerdas cuando eras un bebé? ¿No lo recuerdas? Vaya. Pero sabes que fuiste bebé. ¿Y el día en que te pusiste a caminar? ¿Tampoco? Sin embargo, sabes que ese día existió. Eres joven y ya tienes muchas cosas que fueron y que ya no son. Algo de lo que fuiste no lo eres ya. Te harás mayor y luego aún te harás más mayor. Y dejarás de recordar todos los que fuiste y será como si no hubieran existido. Y tú serás muchos que no existen. No tengas miedo a la muerte, pues has tenido muchas y hasta ahora lo has hecho muy bien. Y sigues estando aquí.

La muerte no es lo desconocido, sino lo conocido, porque ya has pasado por ello. Cuando alguien te diga «vas a morir», contesta que eso lo has hecho desde siempre, que eso no es algo que pasará, sino que te ha pasado.

Hay que despedirse. Ahora tienes que despedirte del amigo que se va. Tienes que saber que él se va. Tienes que saber que tú también te vas de él. Di adiós y mírale a los ojos. Vuelve a casa. Escucha ese silencio. Más terrible que la ausencia es que no sepas cómo se van los que se van. Cómo te vas tú.

Prepárate para lo que pueda pasar. Eso te permitirá pensar en las cosas. Pero no te prepares para el dolor, porque cuando llega no tiene nada que ver con lo que has pensado. Si creías conocerlo, entonces te hará sentir débil, temeroso, fracasado. El dolor es lo que no puede ser pensado. Tampoco lo merece.

Hoy estás triste, me lo has dicho. Te has levantado temprano, has ido al colegio, has vuelto y ahora estás aquí, en tu cuarto, mirando de lejos tus juguetes y tus libros. Como todos los días, uno tras otro. Estás triste, la tristeza es un pájaro en su jaula. Quizá tú también creas que estás en una jaula y que no hay nada más que la jaula. A veces es así. Ahora piensa que tu jaula está en tu casa, que tu casa está en tu barrio, que tu barrio está en la ciudad en la que vives. Mira tu jaula desde el barrio y después desde la ciudad. Hay cosas más grandes que tu jaula y puedes mirar desde ellas. Ahora mira tu ciudad desde el cielo y el cielo desde las estrellas y las estrellas desde el último planeta que hay al final del universo. Ahora vuelve a mirar tu jaula. ¿Dices que no puedes verla? Tal vez no exista ya o tal vez es que te has echado a volar y estás demasiado alto. A lo mejor la jaula existía porque sólo eras capaz de mirar la jaula, desde dentro. El sitio desde el que miras cambia las cosas. ¿Sigues estando triste? Claro que sigues estando triste. Pero esta tristeza no es la misma de antes, ¿verdad? Ésta la puedes soportar.

Tienes ganas de llorar. Llorar cuanto quieras. Estoy seguro de que lloras por algo. No te olvides de llorar. No salgas a jugar, ni vayas con tus amigos, ni enciendas el televisor para no tener que llorar. Llóralo todo, hasta que no te quede una lágrima. Y así no tendrás que pensar todo el tiempo en el llanto que no hiciste, que no quieres, que te duele.

Me cuentas que tu amigo está muy triste y la desgracia que le ha ocurrido. Preguntas qué puedes hacer. Primero aprende que tú no puedes arrancarle su dolor. No puedes, esto es importante. Luego aprende que el dolor dura. Esto también es importante. ¿Qué hacer? Quédate a su lado. No le des razones ni explicaciones, porque seguramente él ya se las ha dado a sí mismo y no le han servido de nada. Tampoco produzcas la impresión de que tienes prisa, de que quieres que se le pase rápido, como si te molestara estar con él cuando se pone triste. Lo único que puedes darle es tu

presencia y tu calor. Demuéstrale que tú eres algo que nadie le puede quitar. Eso será un gran consuelo. No todo el mundo tiene algo que nadie le pueda quitar. Y si a los dos os apetece, podéis miraros juntos desde el cielo y después desde el último planeta que hay al final del universo.

Quién sabe lo que hay que hacer con el triste... ¿Hay que consolarle? ¿Hay que preguntarle? ¿Llamaremos a su puerta y le daremos un abrazo? ¿Nos mantendremos discretamente aparte? Quién sabe... Pero tú sólo tienes que hacer lo que piensas. Sin preocuparte de nadie. No te preocupes por lo que pensarán otros, ni siquiera el triste. Haz lo que piensas como si no tuvieras que rendir nunca cuentas a nadie. Como si fueras a quedarte a solas y para siempre con lo que has hecho.

Ten fe en lo que te dé consuelo. Todo lo demás no necesita tu fe: ya es como es y tú no le importas.

No naciste solo, no morirás solo, no te consolarás solo.

Estás cambiando de sitio cada pocas horas y todos los días. Y tú eres distinto en cada sitio sin dejar de ser tú. Eres la suma de todos esos sitios en los que cambias. Pero tú verás cómo haces esa suma, pues has de sumar seres distintos.

Fíjate en un jardín: hay cielo y tierra. La tierra está labrada y florece. Además hay agua en la fuente y en el estanque, hechos de piedra, como piedra es el muro que lo rodea. La tierra del jardín es todo eso: flor y árbol, agua, piedra. ¿Y el cielo? También está labrado: hay astros como la piedra, firmamento como el agua, constelaciones como árboles. Sólo que cuando la tierra se haya agostado o abandonado, el cielo seguirá ahí. Por eso un jardín es la belleza que desaparecerá y la belleza que permanecerá. Si quieres mirarlo de verdad, has de mirar a la vez arriba y abajo, pues al jardín pertenecen tanto su tierra como su cielo. Y tu vida es tu jardín.

Yo me acuerdo de todos los que tú has sido. En tu vida habrá mucha gente que sepa quién has sido. De modo que tu historia estará repartida por ahí, en la imaginación o en la memoria de los que te conocieron. Y es de ellos tanto como tuya. Quizá más, porque tú a veces olvidas. Cada uno tiene un trozo de ti, y entre todos tienen muchos trozos. Quizá más trozos que tú. Así que debes preguntarte si tu historia es tuya.

Además, en cada recuerdo sigues vivo como eras. Tú ya no eres el bebé que yo recuerdo, pero continúas siendo bebé en mi recuerdo. Así que ahora eres tú como ahora y eres tú como el bebé que fuiste. Y lo mismo pasará con todas las edades de tu vida. Alguien se acordará de cómo eras y permanecerás de esa forma, sin cambiar, y parecerá que eres eterno muchas veces, en muchos sitios, muchas veces tú y distinto.

¿Miedo a la oscuridad? ¿Temes lo que no ves? Tampoco pueden verse las hadas y los ángeles. Ni el sol durante una hermosa nevada. Ni el cielo en una noche estrellada. Ni la mano que acaricia tu cabeza cuando estás a punto de dormirte. Ni las palabras del cuento que quieres que te cuente cuando ya hemos apagado la luz. Lo cierto es que amas muchas cosas escondidas. Pero eliges el temor. Es asunto tuyo si cuando estás a oscuras piensas en ángeles o en demonios.

Lo que ves y lo que no ves. Con eso se hace la vida. Pero no se sabe si se ven más tus recuerdos, tus sueños, ese en que te quieres convertir o se ve más la ropa que llevas para estar guapo, la película que tanto te gusta, los maestros que te enseñan números y palabras. No, no se sabe. Están demasiado juntos. Quizá ocupan el mismo sitio. Igual que cuando miras un rayo de luz no sabes si lo que brilla en su interior son infinitas motas de polvo o es una tropa de ángeles.

Agradecimientos

Al seminario de investigación de la Escuela Contemporánea de Humanidades que se arriesga desde hace ya ocho años a la aventura de abrir nuevos caminos al conocimiento y a la forma de estar en el mundo. Sus miembros son: María Sendagorta, Antonio Ayuso, Pablo Quintana, Liliana Zambrano, Jesús Rasines, Nuria Labari, Carlos Ortega, Eva Serrano, Pilar Orlando, Juan Orejudo, Esther López, Analía Sivak, Marta Rodríguez, Juan Roldán, Pilar Renedo, Ana Serrano, Antonio Iglesias, y Juan Alonso Hierro. Sin ellos, este libro habría sido impensable.

A Nuria Labari, por señalarme a diario el sentido de lo que estaba escribiendo.

A María Ryan, por haberse chupado versiones innumerables de este texto y por despreciar mi desaliento.

A Rosa Montero, lectora emérita de todos mis libros, amiga y hermana, siempre al lado del corazón.

A Muriel, Alfredo y Román, a quienes pertenecen las vidas narradas.

A Julia y Alejandro Gándara Cerezo, que me han obligado a pensar, a lo largo de esta vida, en lo que hubiera preferido no pensar.

A Pilar Reyes, editora, cuya última sugerencia sobre el desarrollo de estas páginas permitió que las ideas cuajaran más allá de mis límites.

A Isabel, Javier Campo y Amparo Angulo, en cuya casa de Potes he vivido y escrito, además de recuperar el territorio sagrado de mis montañas.

A Cora Gándara Labari, por haber llegado a tiempo

Sobre el autor

Alejandro Gándara (Santander, 1957) ha desarrollado una intensa carrera literaria, no sólo a través de su propia obra, sino también como agente y promotor de la cultura española. Ha publicado novelas como *La media distancia* o *El día de hoy*, pero también ensayo. En 1992 recibió el Premio Nadal por *Ciegas esperanzas*, en 1998 el Premio Anagrama de Ensayo por *Las primeras palabras de la creación*, y el Premio Herralde en 2001 por *Últimas noticias de nuestro mundo*. En la actualidad dirige la Escuela Contemporánea de Humanidades, una institución que reúne a especialistas de la creación artística y el pensamiento para investigar sobre la sociedad contemporánea. Sus libros han sido traducidos a varios idiomas.

 © 2013, Alejandro Gándara

© De esta edición:

2013, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6

28760 Tres Cantos - Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.alfaguara.com

ISBN ebook: 978-84-204-1574-1

© Imagen de cubierta: Trevillion

Diseño de interiores realizado por Santillana Ediciones Generales, basado en un proyecto de Enric Satué

Conversión ebook: MT Color & Diseño S. L.

www.mtcolor.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)



Alfaguara es un sello editorial del Grupo Santillana

www.alfaguara.com

Argentina

www.alfaguara.com/ar

Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia

www.alfaguara.com/bo

Calacoto, calle 13, n° 8078
La Paz
Tel. (591 2) 277 42 42
Fax (591 2) 277 10 56

Chile

www.alfaguara.com/cl

Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia

www.alfaguara.com/co

Carrera 11A, nº 98-50, oficina 501

Bogotá DC

Tel. (571) 705 77 77

Costa Rica

www.alfaguara.com/cas

La Uruca

Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste

San José de Costa Rica

Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05

Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador

www.alfaguara.com/ec

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre

Quito

Tel. (593 2) 244 66 56

Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador

www.alfaguara.com/can

Siemens, 51

Zona Industrial Santa Elena

Antiguo Cuscatlán - La Libertad

Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20

Fax (503) 2 278 60 66

España

www.alfaguara.com/es

Avenida de los Artesanos, 6

28760 Tres Cantos - Madrid

Tel. (34 91) 744 90 60

Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos

www.alfaguara.com/us

2023 N.W. 84th Avenue

Miami, FL 33122

Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32

Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala

www.alfaguara.com/can

26 avenida 2-20

Zona nº 14

Guatemala CA

Tel. (502) 24 29 43 00

Fax (502) 24 29 43 03

Honduras

www.alfaguara.com/can

Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán

Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626

Boulevard Juan Pablo Segundo

Tegucigalpa, M. D. C.

Tel. (504) 239 98 84

México

www.alfaguara.com/mx

Avenida Río Mixcoac, 274

Colonia Acacias

03240 Benito Juárez

México D. F.

Tel. (52 5) 554 20 75 30

Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá

www.alfaguara.com/cas

Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,

Calle segunda, local 9

Ciudad de Panamá

Tel. (507) 261 29 95

Paraguay

www.alfaguara.com/py

Avda. Venezuela, 276,

entre Mariscal López y España

Asunción

Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú

www.alfaguara.com/pe

Avda. Primavera 2160

Santiago de Surco

Lima 33

Tel. (51 1) 313 40 00

Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico

www.alfaguara.com/mx

Avda. Roosevelt, 1506

Guaynabo 00968

Tel. (1 787) 781 98 00

Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana

www.alfaguara.com/do

Juan Sánchez Ramírez, 9

Gazcue

Santo Domingo R.D.

Tel. (1809) 682 13 82

Fax (1809) 689 10 22

Uruguay

www.alfaguara.com/uy

Juan Manuel Blanes 1132

11200 Montevideo

Tel. (598 2) 410 73 42

Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela

www.alfaguara.com/ve

Avda. Rómulo Gallegos

Edificio Zulia, 1º

Boleita Norte

Caracas

Tel. (58 212) 235 30 33

Fax (58 212) 239 10 51